J. KRISHNAMURTI

EL ESTADO CREATIVO DE LA MENTE

KIER



Pláticas de

J. KRISHNAMURTI

en Europa

EL ESTADO CREATIVO DE LA MENTE

Título original inglés
Talks by Krishnamurti in Europe, 1961

I

CREO que desde el principio debemos ver muy claro cuál es la intención de esta reunión. Creo que no debería degenerar en modo alguno en un mero intercambio intelectual de palabras e ideas, ni en una exposición del propio punto de vista. No estamos ocupándonos de ideas, porque las ideas sólo son la expresión del propio condicionamiento, de las propias limitaciones. Argüir sobre ideas -quién está en lo cierto y quién equivocado- es por cierto completamente vano. Más bien exploremos juntos nuestros problemas. En vez de ser espectadores, como en un juego que se está desarrollando, participemos cada uno de nosotros en estas discusiones, y veamos si podemos penetrar muy profundamente en nuestros problemas -no sólo los problemas del individuo, sino también de lo colectivo. Creo que nos sería posible ir más allá de las murmuraciones, del parloteo de la mente, más allá de las exigencias e influencias mundanas, y descubrir por nosotros mismos lo que es verdad. Y, al descubrir lo que es verdad, podremos afrontar, estar con los muchos problemas que tiene cada uno de nosotros

Quizá podamos así discutir inteligentemente, despacio, tanteando, para captar de este modo todo el significado de la vida, de nuestra existencia, qué es todo esto. Y creo que eso es posible sólo si podemos ser muy honestos con nosotros mismos, cosa que es bastante difícil. En el proceso de discutir deberíamos estar revelándonos a nosotros mismos, no a otro, para que por nuestra propia inteligencia, por nuestro propio pensar preciso, podamos penetrar en algo que realmente valga la pena.

Creo que la mayoría de nosotros sabemos, no sólo por los periódicos sino por nuestra propia experiencia directa, que se está realizando un tremendo cambio en el mundo. No me refiero al cambio que va de una cosa a otra, sino a la rapidez del cambio mismo, no sólo en nuestra propia vida, sino en lo colectivo, lo nacional, en todos los diversos pueblos del mundo.

Por lo pronto, las máquinas están haciendo cosas asombrosas; en muchas esferas, los cerebros electrónicos, las calculadoras, actúan con mucho mayor precisión y rapidez que nosotros los seres humanos. Y se está investigando cómo hacer máquinas que a su vez hagan funcionar a otras máquinas, sin la intervención del hombre. Se va, pues, eliminando poco a poco al hombre. Esas máquinas funcionan bajo el mismo principio que la mente humana, el cerebro humano. Quizá con el tiempo compongan, escriban poemas, pinten -tal como se ha enseñado al mono a pintar cuadros, etc. Hay una extraordinaria oleada de cambio, y el mundo jamás volverá a ser como ha sido para nosotros. Creo que todos somos conscientes de eso. Pero de lo que no estoy nada seguro es de que nos demos cuenta de nuestra relación individual con todo ese proceso, porque consideramos el conocimiento como una cosa inmensamente importante; adoramos el conocimiento; pero las máquinas son capaces de un conocimiento enormemente mayor. Este es un aspecto del problema.

Luego tenemos la existencia de todos los tipos de comunismo, fascismo y todo lo demás. Observa uno la enorme, la aplastante y degradante pobreza de Asia, y a los seres humanos buscando un sistema que resuelva el problema. Pero el problema sigue sin resolver, debido a nuestros puntos de vista limitados, nacionalistas, porque cada país, cada sistema quiere dominar.

Me parece, pues, que para hacer frente a todos estos problemas desde un punto de vista totalmente distinto, es necesaria una revolución fundamental, no la revolución comunista, socialista, norteamericana o china, sino una revolución íntima, una mente del todo nueva. Creo que ésta es la cuestión, no la bomba atómica, ni el ir a la luna, ni quién ha dado la vuelta a la tierra media docena de veces en un cohete; el mono lo ha hecho, y cada vez lo hará mas gente. Seguramente, para hacer frente a la vida como un todo, con todos sus incidentes y accidentes, tiene uno que tener una mente del todo distinta; no la mente llamada religiosa, que es el producto de la creencia organizada, sea de Oriente o de Occidente; una mente así sólo perpetúa la división y crea cada vez más superstición y miedo. Todas las absurdas divisiones y limitaciones -pertenecer a un grupo u otro, ingresar en una sociedad u otra, seguir una particular forma de creen, la o norma de acción- estas cosas, no van a resolver nuestros inmensos problemas.

Creo que sólo es posible hacer frente a estas cuestiones, si podemos penetrar en algo que no es meramente resultado de la experiencia, porque la experiencia es siempre limitada, siempre coloreada, está siempre dentro del cautiverio del tiempo. Tenemos que descubrir por nosotros mismos -¿verdad?- si es posible ir más allá de las fronteras de la mente, más allá de la barrera del tiempo, y descubrir la inmensa significación de la muerte, lo que realmente implica desentrañar lo que es vivir. Para eso, por cierto, es en absoluto esencial una mente nueva, no inglesa, india, rusa o norteamericana, sino una mente que pueda captar el significado del todo, que pueda destruir el nacionalismo, los condicionamientos, los valores, e ir más allá de las palabras, de las que es esclava.

Esa, para mí, es la verdadera cuestión, el verdadero reto. Quisiera discutir con vosotros inteligentemente, con precisión, sin sentimentalismo, sin parábolas, para descubrir si hay un medio o no lo hay, de llegar a una nueva mente. ¿Hay un sendero, un método, un sistema de disciplina que nos conduzca a ello? ¿O hay que echar completamente por la borda todos los métodos, disciplinas, sistemas e ideas, eliminarlos, si es que la mente ha de quedar fresca, joven, inocente?

Como sabéis, en la India, ese antiguo país con tantas tradiciones, en el que hay desgraciadamente tanta gente, han tenido varios -así llamados- maestros, que establecieron lo que está bien y lo que está mal, qué método debería uno seguir, cómo meditar, qué pensar y qué no pensar; y por eso están atados, sujetos en sus diversas normas de pensamiento. Y aquí también, en Occidente, el mismo proceso está en marcha. No queremos cambiar. Más o menos constantemente buscamos seguridad en todo lo que hacemos: seguridad en la familia, en las relaciones, en las ideas. Queremos estar seguros, y este deseo de estar seguros inevitablemente engendra temor, y este produce sentimiento de culpa y ansiedad. Si miramos en nosotros mismos, veremos cuán intensamente temerosos estamos de casi todo y como existe siempre la sombra de la culpabilidad. Como sabéis, en la India el ponerse una ropa limpia le hace a uno sentirse culpable; hacer una buena comida también le nace a uno sentirse culpable, por haber tanta pobreza, suciedad y miseria en todas partes. Aquí no están las cosas tan mal, porque tenéis el Estado asistencial, empleos y un considerable grado de seguridad; pero tenéis otras formas de culpa y ansiedad. Sabemos todo esto, pero desgraciadamente no sabemos cómo librarnos de todos los feos y limitantes factores; no sabemos cómo deshacernos de ellos por completo, de manera que nuestra mente vuelva a ser fresca, inocente y joven. Por cierto, es sólo la mente que se renueva la que puede percibir, observar, descubrir si hay una realidad, si hay Dios, si hay algo más allá de todas estas palabras, frases y condicionamientos.

Así pues, considerando todo esto, ¿qué va uno a hacer? Y si hay algo que hacer ¿qué es y en qué dirección esta? No sé si lo que estoy diciendo significa siquiera algo para vosotros. Para mí es muy serio, no en el sentido de cara larga, mal humor, sino en el sentido de ser intenso, urgente, inmediato; y, si vosotros sentís también la necesidad de una mente nueva, discutamos dónde va uno a empezar, qué ha de hacer.

INTERLOCUTOR: *La mente parece estar dando vueltas y más vueltas, pero al parecer nunca va más allá de sus propias limitaciones.*

KRISHNAMURTI: ¿Discutiremos esto un poco?, pues no queremos limitarnos a una reunión de preguntas y respuestas. Primero, antes de decir que la mente está dando vueltas y vueltas, tenemos que descubrir, ¿no es así? qué es el contenido total de la mente, qué entendemos en realidad por mente. Ahora bien ¿cómo respondemos a una pregunta de esa clase? ¿Cuál es el proceso que se pone en marcha cuando se hace esa pregunta? Por favor, observad vuestras propias mentes y no esperéis mi respuesta. He hecho una pregunta: ¿qué es la mente? ¿Cómo respondéis, y qué es lo que responde? ¿Cómo observáis cualquier cosa? ¿Cómo observáis un árbol? ¿Le echáis una ojeada a la superficie, u observáis el tronco, las ramas, las hojas, las flores, el fruto, la totalidad del árbol? ¿Cómo observáis una cosa totalmente? Espero que no lo estaré haciendo demasiado abstracto, pero creo que tiene uno que entrar en todo esto. Cuando preguntamos qué es la mente, ¿cómo respondéis a ese reto? ¿Desde que centro, desde qué trasfondo observáis? Y, para observar algo enteramente, de nuevo, totalmente, ¿qué hacéis?

INTERLOCUTOR: *Tiene uno que mirar con comprensión, no con la mente.*

KRISHNAMURTI: ¿Y qué entendemos por comprensión? Por favor, señor, éstas son simples argucias, pero sugiero que no introduzcamos otras palabras como sustitutos. Vamos juntos un poquito. ¿Qué entendemos por observar, ver, percibir? Cuando digo que veo algo muy claramente, ¿qué significa eso? Significa que no hemos visto sólo la cosa físicamente, con los ojos, sino también que hemos ido más allá de las palabras ¿no es así? Veo que el nacionalismo es una estúpida forma de emocionalismo, sin nada racional, sin sentido alguno. Por favor, lo veo yo, no vosotros. Primero hay inmediata percepción de la falsedad de eso; luego doy las explicaciones: cómo separa a la gente, su ponzoñosa naturaleza, lo destructivo que es llamarse a sí mismo indio, inglés, alemán, o lo que sea. No tienen que decírmelo, no tengo que razonar sobre ello, llegar a una conclusión mediante una deducción o inducción. Simplemente lo veo todo de una ojeada, hay percepción inmediata; tal como veo que el pertenecer a cualquier religión organizada es la más corruptiva y destructora existencia.

Ahora bien, ¿qué es esta capacidad de ver? Y ¿veo la totalidad de la mente? No sus segmentos, la parte intelectual, la parte emocional, la parte que retiene y usa el conocimiento, la parte que es ambiciosa y que es

contradictoria porque quiere no ser ambiciosa, etc. ¿Veo la totalidad de la cosa, completa, o estoy esperando que alguien me hable de ello?

Creo que sería muy interesante y provechoso -si se me permite usar esa palabra comercial- el que pudiéramos, cada uno de nosotros, descubrir lo que queremos decir con 'ver'. Ya sabéis: no me tienen que decir cuándo tengo hambre. Sé que tengo hambre. Ninguna cantidad de descripciones me daría la experiencia del hambre. Ahora bien, ¿podemos vosotros y yo tener experiencia directa de la mente como una cosa total? Y, cuando tenéis en efecto una experiencia de algo como un todo, como una cosa total, ¿hay entonces un centro desde el cual ello es experimentado?

Queréis experimentar 'la totalidad de la mente', ¿verdad? Queréis experimentar lo que significa el sentir total de la vida, el sentir total de no aferraros a algo. Pero, ¿cómo vais a saber qué es la totalidad de la mente? La experiencia siempre es en términos de lo conocido, ¿no es así? Y si nunca habéis experimentado la totalidad de la mente, ¿cómo vais a conocerla? ¿Veis el problema? Por favor, no os limitéis a asentir, porque hay mucho implicado en esto.

Como sabéis, cuando voláis de un sitio a otro en un avión, allí está la tierra a diez o doce mil metros bajo vosotros; y cuando pasáis a través del Pakistan, Persia, el Oriente Medio, Creta, Italia, Francia, Inglaterra, Norteamérica, etc., sabéis que todo está dividido, con las divisiones artificiales creadas por el hombre; pero existe el sentir de la totalidad de la Tierra, de toda esta Tierra que es tan extraordinariamente hermosa.

Ahora bien, para sentir la naturaleza de esa totalidad, ¿podréis experimentarla en términos de lo que ya habéis conocido? ¿O es algo no experimentable en términos de reconocimiento?

Acaso esté avanzando demasiado rápidamente en la cuestión. Preguntémonos, pues, de nuevo: ¿Qué es la mente? Entremos en esto, desarrollémoslo.

La mente es la capacidad de reconocer, de acumular conocimientos en forma de memoria; es el resultado de siglos de humano esfuerzo, experiencia y conflicto y de las actuales experiencias individuales en relación con el pasado y el futuro; es la capacidad de idear, de comunicar, de sentir, de pensar racional o irracionalmente. Existe la mente que se siente afable, tranquila, serena, y también la brutal, implacable, altanera, arrogante, vana, que se halla en un estado de autocontradicción, empujada en distintas direcciones. Es la mente que dice: 'Soy inglés' o 'norteamericano' o 'indio'. Existe la mente subconsciente, lo profundo colectivo, lo heredado; y existe la mente superficial, que ha sido educada de acuerdo a una cierta técnica, a un código de conducta, acción y conocimiento. Es la mente que busca, que solicita, que quiere permanencia, seguridad; la mente que vive de esperanza, pero que sólo conoce frustración, fracaso y desesperación; la mente que puede rememorar, recordar; la mente que es muy aguda, precisa; la que sabe lo que es amar y querer ser amado.

Seguramente, todo eso es la totalidad, ¿no es así? Esa es la mente que vosotros y yo tenemos -y los animales también, aunque en mucho menor grado. Y luego está la mente que dice que tiene que trascender todo esto, que debe llegar a alguna parte, que debe experimentar una totalidad, una cosa atemporal, inmensurable.

Así pues, todo eso es la mente. Nosotros la conocemos en segmentos, cuando estamos celosos, irritados, llenos de odio; o nos damos cuenta de ella en la autocontradicción; o hay sueños, insinuaciones, intimaciones del pasado. Todo esto es la mente. Es ella que dice, 'Soy el alma, soy el *Atman*, el yo superior, el yo inferior, esto, aquello y lo otro'. Es la mente que está atrapada dentro de los limites del tiempo, porque todo eso es del tiempo. Y es la mente que es esclava de las palabras, como los ingleses son esclavos de las palabras 'la reina', 'el Cristo'; y el indio lo es de su serie de palabras; y el chino, los comunistas, de las suyas y así sucesivamente.

Así pues, comprendiendo todo esto, ¿cómo procedéis? ¿Qué es en realidad la mente?

Abordemos esto de otra manera. Como veis, señores, tiene que haber cambio; y un cambio previsto no es cambio en absoluto. El cambio para lograr cierto resultado, mediante la práctica, la disciplina, el control, la dominación implacable, todo eso no es más que la continuidad de la misma cosa en otra forma. Y el cambio progresivo, evolucionarlo, ese acabose también, hemos terminado con él. El único cambio es el cambio radical, inmediato. ¿Como hará la mente para llegar a ese cambio, de manera que haya eliminado su condicionamiento, sus brutalidades, sus estupideces, sus temores, su culpabilidad, sus ansiedades, y que sea nueva? Yo digo que ello es posible, no por el procedimiento analítico, no por la investigación, el examen y todo eso; digo que es posible dejar limpia la pizarra de golpe, en el instante. No interpretéis esto como la gracia de Dios. No digáis, 'no es posible para mí, pero puede serlo para algún otro', porque entonces no estaremos haciendo frente a la cuestión, sino eludiéndola. Por eso dije al principio que necesitamos un pensar muy claro y preciso, un inquirir implacable.

INTERLOCUTOR: *En cuanto a esta limpieza instantánea, seguramente que en ella no puede haber pensamiento alguno.*

KRISHNAMURTI: Pero ¿cómo se va a hacer? ¿Cuál es la acción? ¿Comprendéis, señor, lo que quiero decir? Sabéis muy bien lo que está pasando en el mundo. Probablemente mejor que yo, porque no leo periódicos, no los estudio; pero viajo y veo personas, tanto importantes como insignificantes, y escucho. Sabéis que tiene que haber una tremenda revolución dentro de uno mismo, para hacer frente al reto de este caótico y embrollado mundo. Digo que eso es posible, y me gustaría, si puedo, sin impedir vuestra discusión, continuar inquiriendo en este sentido. Producir un cambio radical, ¿no es este vuestro problema, tanto si sois jóvenes como si sois viejos? ¿Cómo vamos, pues, a abordar este asunto?

INTERLOCUTOR: *Eso parece ser algo que tratamos de captar sin poderlo hacer*

KRISHNAMURTI: Cuando tratamos de comprender, cuando tratamos de captar algo, por cierto estamos ya traduciendo esto en términos de lo viejo. Señor, ¿no tenéis que ver muy claramente si éste es vuestro problema? Si os estoy imponiendo el problema, entonces habrá un estado de contradicción entre vos y yo. No impongo, no hago más que exponer el problema; si no lo veis, discutámoslo; pero si lo veis, entonces es vuestro problema, no el mío. Entonces hay relación entre vos y yo; entonces estamos en contacto uno con otro para descubrir la respuesta. Y si no es vuestro problema, entonces digo: ¿por qué no lo es? Por favor, mirad lo que está ocurriendo en el mundo; hay cada vez más exterioridad; las cosas exteriores se están volviendo más y más importantes: ir a la Luna, quién ha de llegar allá primero; ya sabéis todas las cosas infantiles que se están volviendo enormemente importantes. Así pues, si éste es un problema para todos nosotros, entonces ¿cómo respondemos a él, cómo lo encaramos?

INTERLOCUTOR: *Sólo podemos decir que no sabemos.*

KRISHNAMURTI: Cuando decimos 'no sé', ¿qué queremos decir?

INTERLOCUTOR: *Quiero decir eso, justamente.*

KRISHNAMURTI: No, perdonad, no aceréis decir eso. Voy a aclararlo un poquito, porque hay diferentes estados de 'saber' y 'no saber'. Si se os hiciera una pregunta familiar, responderíais inmediatamente, ¿no es así? Como estáis familiarizados con ella, vuestra respuesta es instantánea. Si se os preguntara algo más complicado, os tomaría un tiempo responder; y el intervalo entre la pregunta y la respuesta es el proceso del pensar ¿verdad? Este pensar es un buscar en la memoria para encontrar la respuesta. Esto es evidente; no es una cosa complicada esto de que hablo, es muy sencilla. Luego, si se hiciera otra pregunta aun más complicada, a la que por el momento no sabríais responder, diríais: 'no sé'; pero estaríais esperando, aguardando para descubrir la respuesta, ya sea en las reservas de vuestra propia memoria, o que algún otro os lo diga. De modo que, cuando decís, 'no sé', ello dignifica que aguardáis, esperando descubrir. Ahora bien, -sólo un momento- ¿podéis honestamente decir, 'no sé', que significa que no hay expectación, que no recurrís a la memoria? Hay, pues, dos estados cuando se trata de saber cómo puede haber una mente nueva; podéis decir, 'no sé', queriendo significar que esperáis que yo os lo diga; o, efectivamente no sabéis, y por lo tanto no hay expectación, no hay el querer experimentar algo; y esto puede ser lo esencial.

Retrocedamos un poco, porque creo que es importante comprender qué se entiende por hablar, percibir, ver, observar. ¿Cómo vemos realmente algo?

INTERLOCUTOR: *A mí me parece que sólo podemos ver a través de palabras.*

KRISHNAMURTI ¿Comprendéis mediante palabras? Desde luego que usamos palabras para comunicarnos, de modo que me podáis hablar y yo pueda hablaros; mas eso no es esclavizarse a las palabras. ¿Somos conscientes de lo esclavizados que estamos a las palabras? -las palabras, 'inglés', 'ruso', 'Dios', 'amor', ¿no somos esclavos de esas palabras? Y siendo esclavos de las palabras, ¿cómo podríais comprender algo que es total, que no está contenido dentro de una palabra? Como soy esclavo de la palabra 'amor' -esa palabra tan mal usada, corrompida, dividida en sexual y divino- ¿puedo comprender la naturaleza total de lo que él es, que tiene que ser una cosa asombrosa? Todo el universo está contenido en el sentido, en el significado de esa palabra.

Muy infortunadamente, como veis, somos esclavos de las palabras y tratamos de alcanzar algo que está más allá de las palabras. Extirpar, destruir las palabras y estar libres de ellas da extraordinaria percepción, vitalidad, vigor. ¿Y toma tiempo el libraros de las palabras? ¿Decís, 'tengo que pensar primero sobre ello', o, 'tengo que practicar la alerta percepción', o, 'leeré a Bertrand Russell'? ¿O es que veis efectivamente que una mente esclava de las palabras es incapaz de mirar, de observar, de sentir, de ver? -y por consiguiente, esa misma claridad, esa verdad misma destruye el servilismo.

INTERLOCUTOR: *Uno puede ver por un instante, pero luego la mente interviene otra vez.*

KRISHNAMURTI: ¿Veis por un instante que el nacionalismo es venenoso, y luego volvéis a él?

¿Nos damos cuenta que somos esclavos de la palabra? El comunista es esclavo de las palabras 'Marx', 'Stalin', etc. Y el llamado cristiano es esclavo del símbolo, la cruz, y todo el juego de las palabras relativas a eso. Id a Roma, id a cualquier parte, y todo lo que hay es la palabra.

Y acaso somos esclavos también de la palabra 'mente'. Rendimos culto a la mente, y toda nuestra educación es el cultivo de la mente. Y por cierto, lo que estamos tratando de descubrir es la totalidad de algo -que no es la palabra- el sentir que uno abarca la totalidad de la cosa sin la barrera de la palabra.

2 de Mayo de 1961

II

DECÍAMOS la última vez que nos reunimos, que tiene que efectuarse una gran revolución, no sólo por causa de la espantosa situación del mundo, sino también porque es imperativo que la mente humana esté libre para descubrir lo que es verdadero. Me parece que es esencial producir una mente nueva; una mente que no esté limitada por la nacionalidad, por las religiones organizadas, por la creencia, por ningún dogma particular, ni por las limitaciones de la experiencia. Es urgente, por cierto, producir un estado creativo, que no sea simplemente la capacidad de inventar, de pintar, escribir, etc., sino creador en un sentido mucho más profundo y amplio. Nos preguntábamos cómo es posible producir semejante revolución y qué acción es necesaria, y espero que podamos continuar en esta línea de investigación.

Hemos tratado, ¿verdad? de descubrir qué hay que hacer, incorporándonos a diversos grupos, asistiendo a varias escuelas de pensamiento y meditación. Sentimos la necesidad de descubrir qué hay que hacer, no sólo en la vida diaria, sino que también queremos saber si hay un modo de acción -en el sentido mucho más amplio de esta palabra- de una naturaleza total, no sólo en un momento dado. Creo que es bastante obvio que la mayoría de nosotros anhelamos descubrir lo que hay que hacer; y tal vez sea por eso que estáis aquí, y por lo que pertenecéis a tantos grupos, sociedades y organizaciones religiosas: para descubrir qué pensar y qué hacer.

Para mí, ese no es el problema en modo alguno La demanda del 'qué hacer', la demanda de una línea de conducta, de un particular modo de vida, es realmente muy perjudicial para la acción. Implica, ¿no es así?, un sistema que podáis seguir día a día, a fin de alcanzar una meta determinada, un determinado estado de ser. Viviendo como vivimos en este mundo loco, caótico, despiadado, tratamos de encontrar, a través de toda la confusión, una manera de vivir, un modo de acción que no nos cree más problemas. Y cito que para comprender toda esta cuestión realmente a fondo, tiene uno que comprender el esfuerzo, el conflicto y la contradicción.

La mayoría de nosotros vivimos en un estado de contradicción con nosotros mismos, no sólo colectiva sino también individualmente. Espero no estar haciendo afirmaciones absolutas; pero creo que es más o menos exacto que nosotros muy rara vez conocemos momentos en que no haya conflicto, ni contradicción en nuestro interior; no sabemos de un estado en que la mente esté por completo en calma, y en que esa misma calma sea en si acción. La mayoría de nosotros vive en contradicción, y de esta contradicción viene el conflicto. Y nos interesa saber cómo estar libres de este conflicto no sólo exterior sino también interiormente. Si podemos discutir y seguir adelante desde ahí, quizá podamos encontrar una acción que no es meramente una reacción.

Para la mayoría de nosotros, la acción es reacción. Y ¿es posible actuar sin reacción y, por tanto, no crear contradicción dentro de nosotros mismos? Espero estar expresándome claramente. Me gustaría que discutiéramos esto juntos y lo investigásemos a fondo, porque para mí el conflicto en cualquier forma que sea, es -para decirlo moderadamente- perjudicial para la comprensión, la penetración, el entendimiento. Se nos cría

y educa en el conflicto y en la competencia. Toda nuestra sociedad adquisitiva se basa en ello. ¿Es posible, pues, que la mente se libre del conflicto y así deje al descubierto todo este proceso de autocontradicción? Tal vez podamos discutir esto inteligentemente, y llegar, por consiguiente, a esa mente que se halla en un estado de revolución, y comprender así qué es obrar sin los efectos condicionantes de la experiencia y el conocimiento.

INTERLOCUTOR: *¿No sería eso actuar sin pensamiento?*

KRISHNAMURTI: Seguramente que eso sería un poco caótico ¿no es cierto? Tal vez debamos discutir primero el proceso del pensar, el mecanismo del pensamiento. Permitidme pues que os haga la pregunta: ¿qué es pensar?

INTERLOCUTOR: *Yo diría que el pensar es una reacción nerviosa frente a lo que uno ha experimentado. No podemos reaccionar ante algo que no conocemos.*

KRISHNAMURTI: Como sabéis, hay máquinas que piensan: los cerebros electrónicos, las computadoras. ¿No es nuestro pensar en gran parte una cosa parecida? ¿No es la respuesta de la memoria siendo la memoria las experiencias acumuladas, individuales y colectivas, en las que están incluidas las respuestas nerviosas? Os pregunto: ¿qué es el pensar? Os ruego experimentéis un poquito. Antes de responder, ¿no deberíais daros cuenta del proceso, del mecanismo de la respuesta? En el intervalo entre la pregunta y vuestra respuesta, el proceso del pensar está en marcha ¿verdad? El reto de la pregunta pone en movimiento el mecanismo del pensamiento, y entonces viene la respuesta ¿no es así? Si os pregunto cuál es vuestra religión o vuestra nacionalidad, respondéis -¿no es cierto?- según vuestra educación, según la creencia o incredulidad. Ahora bien, ¿qué es ese trasfondo desde el cual respondéis?

INTERLOCUTOR: *La memoria.*

KRISHNAMURTI: Así es ¿verdad? Si he nacido en cierto lugar, si me educo allí y me moldean la sociedad y la tradición en que vivo, entonces tengo cierto conjunto de experiencias, de recuerdos, y respondo a cualquier reto desde ese trasfondo. Ese es el mecanismo y eso es lo que llamamos pensar. Y de acuerdo con esa experiencia heredada y adquirida, vivo, actúo. De manera que mi pensamiento es siempre muy limitado; y así no hay libertad en el pensar.

INTERLOCUTOR: *¿No es posible tener pensar creador, por ejemplo, para hacer nuevos descubrimientos, en ciencias, en matemáticas? ¿El pensamiento proviene siempre del condicionamiento?*

KRISHNAMURTI: ¿Cuándo descubrimos realmente cualquier cosa? ¿Cómo percibimos algo nuevo, interiormente, u objetivamente?

INTERLOCUTOR: *Yo diría: cuando se han agotado los medios conocidos.*

KRISHNAMURTI: Veamos esto un poquito. Tengo un problema de matemáticas y trabajo en él, lo acometo de muchos modos distintos, hasta que me agoto; y entonces lo abandono; y a la mañana siguiente o algún tiempo después, de pronto surge la respuesta. Así, cuando mi mente ha penetrado a fondo en el problema sin encontrar respuesta, y lo abandona, entonces hay cierta quietud con respecto a ese problema, y más tarde llega la respuesta.

INTERLOCUTOR: *¿Decís que este proceso no es pensar?*

KRISHNAMURTI: Tratamos de descubrirlo, ¿verdad? Hay muchas cosas implicadas en esto. El pensar no ocurre en un solo nivel de la mente; se tiene que considerar también todo lo subconsciente. Tratamos de descubrir qué es el pensar. Y vemos que la mayor parte de nuestro pensar proviene del trasfondo de la memoria, de la experiencia, del conocimiento, etc. Y hay momentos en que vemos algo en un destello, al parecer sin relación con el pasado, y lo que vemos puede ser falso o ser verdadero, según como lo interpretemos o según sea nuestro trasfondo. Cuando la mente superficial está quieta, puede haber descubrimiento, en el sentido de una nueva invención o de una nueva idea. Pero ¿es todo nuevo

descubrimiento de la misma naturaleza? Porque tenemos que considerar la mente total, ¿no es así? -no sólo la mente superficial, sino también la mente subconsciente.

Funcionamos en un nivel muy superficial la mayo parte del tiempo, ¿no es cierto? Las actividades en que estamos empeñados son muy superficiales: no exigen la respuesta total de nuestro integro ser. Es bastante evidente que toda nuestra educación y trasfondo están adaptados pala la respuesta superficial; vivimos en la superficie de la mente. Pero existe también la mente profunda, inexplorada, inconsciente, que siempre está dando intimaciones, insinuaciones, sueños, etc.; y también estos son traducidos por la mente consciente de acuerdo a su condicionamiento. Y ¿no está condicionada toda la conciencia? El inconsciente es, por cierto, el depósito de los recuerdos raciales: las reminiscencias, las reflexiones, las tradiciones y recuerdos, los conocimientos acumulados del hombre. En cambio la mente consciente, superficial, está educada para las técnicas de este mundo moderno. Así, evidentemente, hay una contradicción entre el inconsciente y el consciente. La mente consciente puede estar educada para no tener la creencia en Dios, para ser ateo, comunista o lo que queráis, pero la inconsciente ha sido adiestrada durante siglos en la creencia; y cuando llega la crisis la mente inconsciente responde mucho más que la consciente. Todo esto lo sabéis, ¿verdad? De modo que la totalidad de la conciencia, -no sólo la superficial sino también la inconsciente- está condicionada; y cualquier respuesta del inconsciente, no es un factor liberador. Por favor, pensad en esto y discutidlo conmigo, no os limitéis a asentir o disentir. Si un matemático tiene un problema y, después de explorarlo, de profundizarlo, lo resuelve sin pensarlo, entonces ¿es esa solución algo totalmente nuevo, no generado, no surgido desde el inconsciente?

INTERLOCUTOR: *Si proviene del inconsciente es en realidad cosa vieja, no es realmente nueva, ¿verdad?*

KRISHNAMURTI: Si se me permite decirlo, aquí tiene uno que cuidarse mucho, para no ser meramente especulativo. O habla uno por comprensión directa después de explorar todo el asunto, o bien puede uno estar meramente repitiendo lo que alguien ha dicho o lo que ha leído. Si pudiéramos por el momento, o aun para siempre, descartar lo que otras personas han dicho -los *yoguis*, los *swamis*, los analistas, los psicólogos, todos ellos- entonces estaríamos en condiciones de descubrir por nosotros mismos, directamente, si es posible que la conciencia total esté libre del condicionamiento. Si no es posible, entonces lo único que puede uno hacer es continuar el viejo proceso de mejorar la conciencia total: hacerla más meritoria, más buena, noble y todo lo demás. Eso es como vivir en una cárcel y adornarla. Tanto que el cerebro haya sido condicionado por los comunistas, como por los católicos, los protestantes, los anglicanos o por cualquier otra secta, es lo mismo. Y es realmente una cuestión muy importante y vital considerar si es siquiera posible ir más allá de la conciencia limitada, condicionada; si la mente puede jamás ser libre, en el más hondo sentido de la palabra. Hay quienes dicen que la mente, como es resultado del tiempo y del ambiente, tiene que seguir siendo siempre esclava de esas influencias; pero nosotros estamos preguntando si es posible ir más allá de la mente, más allá del tiempo.

INTERLOCUTOR: *¡Cómo habría de ser posible semejante cosa!*

KRISHNAMURTI: Estamos penetrando en toda la cuestión ¿no es verdad? O la mente es capaz de liberarse de todas las influencias, y por lo tanto de todos los ambientes -sean del pasado, del presente o del futuro- o ello no es posible. Los comunistas no creen que sea posible, ni tampoco los católicos ni ninguna de las personas religiosas. Ellos hablan de libertad; pero no creen en ella porque en cuanto los abandonáis, ya os habéis convertido en herejes: os excomulgan, os queman, os liquidan y todo lo demás. ¿Es posible, pues, que se produzca una acción que no surja del campo de la conciencia, de la limitación, del condicionamiento? ¿Veis la cuestión, señores?

INTERLOCUTOR: *La experiencia de la mayoría de nosotros es que eso no es posible. Y, sin embargo, tenemos intimaciones de que puede ser posible, pero no sabemos cómo conseguirlo.*

Otro INTERLOCUTOR: *Yo creo que no es posible.*

KRISHNAMURTI: ¿Estáis sólo esperando que yo diga algo? Como veis, no sé hasta qué punto habéis penetrado vosotros mismos en todo esto.

INTERLOCUTOR: *Estoy seguro de que la mente consciente puede estar libre, pero me parece que la mente inconsciente es una enorme dificultad.*

KRISHNAMURTI: ¿Es posible, por el análisis, penetrar en el inconsciente paso a paso y desentrañarlo, y por consiguiente trascenderlo? ¿Es eso posible?

Como veis, lo inconsciente es un proceso positivo, ¿no es así? Y ¿podéis abordar un proceso positivo con una demanda positiva? Tanto lo consciente como lo inconsciente están bajo la misma limitación ¿no es cierto? La mente consciente tiene sus propios motivos para desear investigar lo inconsciente. El motivo está ahí; quiere ser libre. El motivo es positivo; y lo inconsciente no es alguna cosa vaga, es también positivo. Pero aunque la inconsciente sea positivo, con todas sus insinuaciones, intimaciones, sueños, etc., no conocéis por vosotros mismos su contenido, no sabéis lo que es en realidad. ¿Puede, pues, la mente consciente investigar algo que no conoce? Por favor, no rechacéis esto; es muy importante. ¿Podrá el análisis, ya sea el de otro o el vuestro, poner al descubierto todo el contenido de esta cosa llamada el inconsciente, del cual no os dais cuenta en absoluto?

INTERLOCUTOR: *Creo que el inconsciente es demasiado vasto.*

KRISHNAMURTI: No, no; no os limitéis a decir que es demasiado vasto, porque entonces no abordáis la cuestión efectiva, sino que os salís por la tangente. Como veis, no creo que hayáis indagado nunca en todo el proceso del pensar. ¿Hay un pensar sin la palabra, la imagen, la idea, el símbolo? Pues el símbolo está en lo inconsciente tanto como en lo consciente, ¿no es cierto? Y creo que el proceso de investigar lo inconsciente por medio del análisis es un procedimiento erróneo. Quiero decir que hay un camino que es la percepción directa.

Veamos claramente, primero, que todo pensar es mecánico. El pensar es la respuesta de la memoria, del conocimiento, de la experiencia. Y todo pensar que parta de este trasfondo está condicionado. Por lo tanto, el pensar nunca puede ser libre; siempre es mecánico.

INTERLOCUTOR: *Sí, lo veo.*

KRISHNAMURTI: ¿Qué queréis significar cuando decís 'lo veo'? Por favor, esto es muy importante.

INTERLOCUTOR: *Algo dentro de mí me lo hace percibir.*

KRISHNAMURTI: Entonces, algo dentro de vos os hace percibir que tenéis que ser nacionalista, ¿no es así? Os hace creer que hay Dios, que debéis tener una religión. Si dependéis de algo que os habla desde dentro, entonces estáis también expuesto a tener ilusiones, ¿verdad? ¿Qué queremos pues decir con 'veo'? Si digo que el nacionalismo es un veneno, ¿veis la verdad de eso?

INTERLOCUTOR: *Es evidente.*

KRISHNAMURTI: Y cuando digo que tener cualquier creencia, pertenecer a cualquier sociedad, a cualquier religión organizada, es perjudicial para el descubrimiento, ¿veis eso también?

INTERLOCUTOR: *No tan claramente, porque pertenezco a un grupo que está trabajando para las Naciones Unidas, y creo que ésa es una buena cosa.*

INTERLOCUTOR: *Quiere decir las Naciones Desunidas.*

KRISHNAMURTI: Evidentemente, están desunidas, pero estamos desviándonos. Habéis dicho muy claramente que veis el nacionalismo como un veneno. Todos habéis asentido. Pero inconscientemente todos sois nacionalistas ¿no es cierto? Os sentís ingleses, franceses, o lo que sea. Ello está ahí, hondamente arraigado ¿verdad? Y decís que no veis con la misma claridad que la creencia es destructiva para el descubrimiento. Pero, miradlo así: quiero descubrir si hay Dios. Realmente quiero descubrir por mí mismo si hay o no hay. Primero tengo, pues, que dejar a un lado todo concepto de Dios, ¿no es así?, no sólo en lo consciente, sino también en lo inconsciente. Para descubrir de veras, tengo primero que arrancar todas las raíces de la cultura en que se me ha criado, educado. No tiene que haber amparo, refugio alguno, en que crea que estoy haciendo buena obra. Como mi intención es descubrir, tengo que librarme implacablemente de todo

lo que he aceptado, de modo que no tenga ningún refugio físico, verbal, intelectual o emotivo; entonces no pertenezco a nada.

Hemos iniciado esta discusión con la pregunta sobre qué hacer en este loco mundo. Hace falta una nueva manera de mirar la vida, una mente del todo nueva; y esa nueva manera tiene que nacer de una revolución completa, de un corte total con el pasado. Y el pasado es lo inconsciente tanto como lo consciente. Así, pues, el pertenecer a cualquier particular grupo organizado de pensamiento es venenoso.

Y cualquier esfuerzo que hagamos para ser nuevos también pertenece al pasado ¿no es así? Porque toda la presente estructura de la sociedad se basa en la adquisividad, que es esfuerzo. Todo el proceso de 'tengo que ser esto', o, 'no debo ser eso', implica esfuerzo, conflicto; esto lo veo. Y cuando digo 'lo veo', quiero decir que lo veo de hecho, no emotiva, sentimental, intelectual o verbalmente. Lo veo como veo ese micrófono. Y la percepción misma de ese hecho ha eliminado por completo aquel condicionamiento. Me pregunto si os estoy trasmitiendo algo. Os ruego que no os limitéis a estar conformes conmigo. Esto no es un juego social. Porque si lo veis de la misma manera, entonces también cualquier forma que sea, es -para decirlo moderadamente- vosotros estáis fuera de todo ello, completamente, en el instante.

INTERLOCUTOR: *Creemos estar atados a nuestro condicionamiento por nuestros deberes para con la sociedad, para con la familia.*

KRISHNAMURTI: El señor dice, muy acertadamente, que estamos atados por nuestros deberes para con la familia, la sociedad, nuestro trabajo, el país, la religión en que nos hemos criado, y todo lo demás. Así, cuando nos enfrentamos con la necesidad de una mente por completo nueva, ponemos la familia, la sociedad, en oposición con el hecho. Y por lo tanto, hay un conflicto entre el hecho y lo que concebís como vuestro deber, ¿no es eso? Y así, para escapar de este conflicto entra uno en un monasterio, se hace monje o se aísla interiormente; construye uno un hábito en torno suyo y vive en él. Como veis, señores, cuando usáis las palabras 'deber' o 'responsabilidad', os habéis colocado en oposición a la libertad. Pero, si habéis percibido el hecho del cual hemos estado hablando, entonces tendréis una acción totalmente diferente con respecto a vuestra familia y la sociedad.

Como veis, trato de volver a la acción, y tal vez esté forzando el asunto. Al fin y al cabo, todos queremos hacer algo tocante a la vida. Conozco gentes de todo el mundo que se han disciplinado rígidamente, porque quieren descubrir lo que es correcto hacer. Se han aislado, han renunciado, han obedecido mandatos religiosos y han hecho tremendos esfuerzos; y, al fin de ello, son seres humanos muertos, se han secado. Es el constante esfuerzo para ser algo, para convertirse en algo, que los ha destruido. Y cuando ponéis la sociedad y la familia en oposición a la libertad, lo único que habéis hecho es introducir el factor del conflicto. Y yo digo: no introduzcáis en absoluto el elemento del conflicto. Ved su verdad, y ese ver cuidará por sí mismo de las relaciones. Veis que, como decía, para la mayoría de nosotros la acción es mera reacción. Os adulo y vosotros respondéis; os insulto, y respondéis. Nuestra acción es siempre reacción. Yo hablo de otra cosa, de la acción que no es reacción, sino que es acción total. Esto no es alguna idea mía rara, extraña, fantástica. Pero si habéis penetrado en todo esto por vosotros mismos, si habéis observado el mundo, contemplado a las personas, si las habéis estudiado, si realmente las habéis mirado -a los grandes y a los insignificantes, a los llamados santos y a los llamados pecadores- veréis que todos ellos han edificado sus vidas sobre el conflicto, la lucha, la represión y el miedo, y veréis el horror de eso. Para estar libre de todo eso, debéis primero verlo.

INTERLOCUTOR: *¡Hay tanto condicionamiento que es inconsciente!*

KRISHNAMURTI: Os ruego veáis esto. Todos vivimos en la mente consciente superficial; y ¿cómo voy a descubrir cada estrato, cada detalle del inconsciente, sin omitir nada? ¿Es posible para la mente consciente penetrar en algo que es inconsciente, que está oculto? Ciertamente, todo lo que puedo hacer es observar, estar bien despierto, alerta todo el día: mientras trabajo, mientras descanso, mientras camino, mientras hablo, teniendo así una noche sin sueños.

Hemos empezado hablando sobre una revolución que no es resultado del cálculo ni del pensamiento; porque éste es mecánico y es una reacción. El comunismo es una reacción contra el capitalismo; si dejo el catolicismo y me convierto en alguna otra cosa, también eso es una reacción. Pero si veo la verdad de que pertenecer a cualquier cosa, creer en cualquier cosa, es aferrarse a una forma de seguridad y por lo tanto impedir la percepción efectiva de lo que es verdadero, entonces no hay conflicto ni esfuerzo.

Veo, pues, que la acción que es reacción, no es acción en absoluto. Quiero descubrir qué es la libertad, veo la urgencia imperiosa, la necesidad de una mente nueva, y no sé qué hacer. Por eso me interesa el 'qué

hacer', y por lo tanto se puesto el énfasis en el 'qué hacer' y no en una mente nueva. Y el 'qué haré' se vuelve importantísimo, y digo: 'por favor, decídmelo', cosa que crea autoridad; y la autoridad es la cosa más perniciosa del mundo.

¿Podemos pues percibir interiormente, ver el hecho real de que toda nuestra acción es reacción, que toda nuestra acción nace del propósito de lograr, de llegar, de convertirnos en algo, de alcanzar alguna posición? ¿Puedo sencillamente percibir ese hecho, sin introducir el 'qué haré', o 'qué pasará con mi familia, con mi empleo', y todo eso? Porque si la mente ve el hecho, sin interpretarlo en términos de lo viejo, entonces hay percepción inmediata; entonces comprenderá uno esa acción que no es reacción; y esa comprensión es una cualidad esencial de la mente nueva

4 de mayo de 1961

III

HEMOS estado hablando anteriormente sobre la necesidad de tener una mente nueva, fresca. Por doquiera va uno, hay un terrible desorden y mucho sufrimiento, no sólo materialmente, sino también en lo interno; y hay interminable confusión. Y me parece que, en vez de enfrentar el sufrimiento y la confusión, tratamos de escapar de todo eso, ya sea a la Luna, o hacia las diversiones, o en varias formas de ilusiones. Pero sea lo que fuere que hagamos, subsiste la continuidad del sufrimiento y la confusión; y para trascender todo eso se necesita una mente nueva, fresca.

Quisiera pues continuar desde el punto en que quedamos, y considerar si es acaso posible vivir en este mundo sin conflicto. Porque me parece que una mente ocupada con el conflicto es una mente entorpecida, mediocre. Todos estamos en conflicto de una u otra clase, en diversos niveles, en distintas formas. Y, o bien lo aguantamos, o escapamos de él con demasiada facilidad en las diversiones, las reformas sociales y todo lo que ofrecen las iglesias y religiones con sus ritos, sus extrañas palabras, sus creencias y dogmas, que son románticas formas de consuelo. Y, a medida que envejecemos y los escapes se hacen más y más habituales, constantes, la mente se hace más torpe, pesada, estúpida. Creo que esto es un hecho para la mayoría de nosotros. Puede haber unos pocos momentos en que, a pesar de toda esta desdicha del conflicto, haya un claro en las nubes y vea uno algo con mucha claridad, y tenga un sentimiento de quietud, de profundidad; pero eso ocurre muy raramente.

Creo que deberíamos inquirir profundamente en este asunto, y ésta es una ardua tarea. No es precisamente cuestión de discutir unas pocas ideas, sino que más bien significa penetrar muy profundamente en nosotros mismos, ver si es posible desarraigar el conflicto, de cualquier clase que sea. Requiere una mente viva, aguda, una mente que no se deje atrapar en una red de palabras. Creo que somos propensos a escuchar, sólo para oír ciertas palabras, frases e ideas, cosa que no es más que rasguñar la superficie. Y probablemente es por esto que venimos a todas estas pláticas, año tras año, y por lo que todo ello se vuelve al fin un poco estúpido, porque nos limitamos a jugar con las ideas, sin entrar jamás hondamente en la cuestión por nosotros mismos y desarraigar de hecho el conflicto.

Creo, pues, que debemos concretarnos esta mañana a ver si es realmente posible -no teórica o verbalmente, sino en realidad- comprender la naturaleza del conflicto y acaso salir de él renovados, frescos, jóvenes e inocentes. Una mente inocente nunca está en conflicto; está en estado de acción. Una mente en acción, moviéndose, renovándose todo el tiempo, jamás puede estar en conflicto. Es sólo la mente que tiene contradicciones dentro de sí la que está perpetuamente luchando. Os ruego que, mientras hablo, no escuchéis solamente las palabras, porque en sí mismas las palabras sólo tienen un sentido muy común. Y estoy seguro que si miráis en vosotros mismos hallaréis muchas contradicciones. Así pues, os ruego que lo sigáis realmente, experimentando de hecho a medida que avanzamos, y entonces quizá al terminar esta discusión tendréis un sentimiento de claridad, un sentimiento de libertad con respecto a esta espantosa carga del conflicto.

Desde la infancia hemos aceptado el conflicto. En nuestra educación, todas las escuelas por todo el mundo crean el terreno del conflicto, y hay constante esfuerzo para competir con otros que son mucho más astutos que nosotros. Y a medida que envejecemos, seguimos el ejemplo, el líder, la autoridad, el ideal; y entonces surge esta separación entre lo que debería ser y lo que de hecho es, y en consecuencia hay contradicción. Existe no sólo el conflicto exterior, mundano, la competencia, los ideales, la ambición de lograr, el perpetuo estímulo de la sociedad moderna para volvernos más hábiles, más admirables; no sólo la imitación del vecino, sino también la imitación de Jesús, de Dios; no sólo la imitación de la moda sino

también de la virtud. Todo esto termina en la guerra exterior entre la gente, las razas, las naciones y los hombres de Estado. Y si uno rechaza todo eso como demasiado estúpido, entonces se vuelve hacia dentro, y aquí también está el problema de lograr paz, quietud, dicha, Dios, el amor, el cielo; la búsqueda interna es una reacción contra la externa, y por lo tanto sigue siendo el mismo movimiento. Es como la marea que va y vuelve. Estos con obvios hechos psicológicos; y si uno se da cuenta de todo eso, entonces no hay nada que argumentar a su respecto; es así. Podéis disputar sobre si es posible trascender todo esto; pero el hecho real es que hay conflicto interior y exterior, y que él engendra un asombroso sentido de brutalidad, una eficiencia que conduce a la crueldad. El movimiento externo puede producir cierto progreso, prosperidad, pero se puede ver lo que está pasando en el mundo: donde hay gran prosperidad hay cada vez menos libertad. Puede uno observarlo en América muy claramente: cómo hay esta gran prosperidad, y cómo va gradualmente desapareciendo el sentido de exploración, de libertad. Interiormente también, cuanto mayor es la intensidad del conflicto, tanto mayor es el impulso a la actividad; y por eso tenéis a los benefactores, a la gente que anda por ahí reformando, a las personas llamadas santas y a los intelectuales que están siempre escribiendo libros, etc. Cuanto mayor es la tensión en el conflicto, tanto más ella busca expresión mediante la capacidad.

Todos sabemos esto, todos sentimos la presión en diferentes direcciones. Conocemos el estímulo de la ambición, y donde hay ambición no hay amor en forma alguna, no hay quietud, no hay simpatía, compasión, ni afecto. Y la evasión del conflicto, tanto si el conflicto es entre dos personas como entre las naciones, y tanto si el camino de la evasión es Dios, la bebida, el nacionalismo o la propia cuenta bancaria, conduce cada vez más profundamente a un ilusorio sentido de seguridad. Nuestras mentes viven en mitos, en ideas especulativas.

De modo pues que el conflicto aumenta, y de ese estado proviene la acción, y esa acción engendra nueva contradicción. Y así estamos atrapados en esta rueda de la lucha. No hago más que poner en palabras lo que sucede en realidad. Esta es la suerte de todos. Podemos ver por nosotros mismos que la mente está siempre tratando de escapar mediante la represión, la disciplina por la que abogan los santos de todo el mundo y que realmente sólo equivale a poner la tapa sobre todas las cosas. Y si no es a la disciplina que escapamos, es a alguna forma de actividad: la reforma social, la reforma política, seguir cursos, promover la fraternidad, ya sabéis de toda esta actividad, agitación, del impulso a hacer algo con respecto a algo.

Así pues, todo lo que sabemos es que nuestra acción engendra más miseria, más desviaciones, más ilusión y sufrimiento interior y exteriormente. Toda relación, que empieza siendo tan fresca, tan nueva, degenera en algo feo, torpe o venenoso. Todos debemos habernos dado cuenta de este dual proceso de amor y odio. Y nuestra perpetua plegaria es que podamos taparlo todo; y los dioses responden, desgraciadamente, porque las evasiones están ahí, a nuestro alcance.

Ese es el cuadro: el cuadro de una idea, de un ideal y la acción resultante hacia esa idea. La mente crea la idea y luego trata de actuar aproximándose a esa idea. Por eso hay una separación, y estamos siempre tratando de construir un puente sobre esa brecha. Pero nunca lo conseguimos, porque la idea es estable, la hemos creado firmemente, la hemos fijado; pero la acción tiene que ser variada, cambiante, en constante movimiento, por las exigencias de la vida. Y así siempre hay conflicto.

Y aunque nos demos cuenta de todas estas tremendas tensiones, de estas desquiciadoras exigencias, nunca nos hemos preguntado si es posible vivir en este mundo sin conflicto. ¿Es posible? Creo que sólo es creativa la mente que no tiene un sólo movimiento de conflicto. No me refiero a la creatividad de los poetas, los pintores, los arquitectos, etc. Pueden ellos tener ciertos dones, cierta capacidad; ocasionalmente pueden ver un destello de algo y expresarlo en el mármol, escribir un poema o diseñar un edificio; mas no son verdaderamente creadores, porque siguen en guerra dentro de sí mismos y con el mundo; los arrastran sus ambiciones, sus celos, sus odios y aversiones, como al resto de nosotros. Mientras que, para encontrar a Dios o como queráis llamarlo, para hallar, para descubrir realmente si existe tal cosa, la mente ha de estar del todo libre de conflicto. Todo esto requiere enorme trabajo; y tal vez algunos de nosotros, los más viejos, estemos ya acabados, agotados. Podemos estarlo, o no estarlo.

No sé si habéis visto las pinturas en las cuevas de la Dordoña, de diecisiete mil años de antigüedad. Los colores son muy vivos, porque ni el viento ni la lluvia, entran allí nunca. Pintan al hombre luchando con animales, caballos, toros con bellos cuernos; y están llenos de un extraordinario movimiento. Pero la lucha es la misma.

La cuestión es, pues: ¿qué vamos a hacer con respecto a todo esto? Y tenéis que responder a esta pregunta porque sois vosotros los que sufrís, los que estáis en conflicto. No podéis poneros cómodos y esperar a que responda algún otro. Y esto no tiene realmente nada que ver con la edad, como sabéis; no es cuestión de si sois viejos o jóvenes.

Para presentar el problema de otro modo: vivir es actuar. No podéis vivir sin acción. Todo gesto, toda idea, toda onda de pensamiento, es acción; y toda acción hace surgir una reacción, y de esa reacción viene más acción. De modo que toda nuestra acción es reacción; y estamos atrapados en esto. Ahora bien, ¿es posible vivir con una extraordinaria abundancia de acción que no tenga raíz alguna en el conflicto? Esa es la cuestión, y espero que la estaré exponiendo claramente

INTERLOCUTOR: *Creo que eso nos sucede ocasionalmente; viene y se va, a pesar de nosotros mismos, como el viento en los árboles, o la brisa entre las hojas muertas.*

KRISHNAMURTI Es decir, ocurre ocasionalmente, y queda el recuerdo, y surge el deseo de que se repita; y así vuelve a haber conflicto. ¿Veis esto? Tengo una experiencia deliciosa al contemplar una bella nube, un hermoso rostro, una dulce sonrisa, y ello ha dejado una impresión de placer, de gozo, de éxtasis. Y quiero que se repita otra vez, y el conflicto empieza. Por favor, seguid esto hasta el fin, y veréis algo por vosotros mismos

INTERLOCUTOR: *El conflicto arranca del querer.*

KRISHNAMURTI: ¿Es así? ¿Qué hay de malo en querer algo hermoso?

INTERLOCUTOR: *Querer que vuelva otra vez, es lo que quiero decir.*

KRISHNAMURTI: Un minuto, señor. Todo querer es querer de nuevo. No habría querer alguno si no se hubiera probado previamente, si no hubiera recuerdo previo. Todo querer es un nuevo reconocimiento de lo anterior.

INTERLOCUTOR: *¿Y qué hay sobre nuestro deseo de Dios?*

KRISHNAMURTI: Es la misma cosa ¿no es así? Querer una mujer, un niño, ver una bella puesta de sol o querer a Dios, y querer la repetición de la experiencia, todo es ciertamente lo mismo. Creo que no veis esto.

INTERLOCUTOR: *Es la resistencia del querer lo que crea la contradicción.*

KRISHNAMURTI: El querer origina conflicto, y toda forma de resistencia lo engendra; pero ¿es ésa la cuestión? Después de todo, el permanente lamento del artista es que él ha conocido este destello ocasional de belleza, y quiere captarlo; lucha pues con eso, se entrega a las mujeres, a la bebida, etc. Y nosotros hacemos lo mismo; vivimos en el pasado, los 'felices días que se fueron', la añoranza de personas y recuerdos, todas las cosas que queremos volver a captar. Hay el deseo y hay la resistencia a ese deseo; pero ¿es ésa la cuestión? Todos los santos han dicho: 'eliminad el deseo'; os dicen que le volváis la espalda, que lo ahoguéis, que lo dominéis, que no seáis apasionados. Mas ¿es ésa la cuestión que estamos tratando?

INTERLOCUTOR: *No creo comprender el deseo.*

KRISHNAMURTI: ¿Es ese el problema? Mirad, señores, cuando habéis tenido una experiencia y queréis más de ella, continuarla, ¿no habéis creado un problema? Tanto si resistís como si cedéis ¿no habéis creado un problema? Hemos creado el problema de cómo mantener cierto estado ¿no es así? ¿Es esto? Ahora bien, ¿qué es un problema? Un problema, por cierto, es algo que no hemos comprendido. Cuando he comprendido algo, el problema cesa. Para un mecánico, algún fallo en un automóvil no es problema real, sabe lo que hay que hacer. Aquí no sabemos qué hacer, y el no saber es un problema. No podemos destruir el deseo, eso seria demasiado espantoso, demasiado estúpido; sería la vulgaridad del santo -lamento si esto os choca. Y la resistencia es una forma de represión, ¿verdad?

Y ¿qué hay que comprender sobre el deseo? No mucho. Sabéis qué son los deseos y cómo surgen; y conocéis también la resistencia, y cómo se produce: por nuestra educación, nuestras tradiciones, nuestro trasfondo, por la actividad de 'esto es bueno y eso es malo', por el sentimiento de que tengo que ser respetable a toda costa y que mi respetabilidad debe ser reconocida por la sociedad. Todo eso lo sabéis.

¿Podemos ahora seguir un poco más? ¿Qué es un problema? ¿Qué es lo que crea un problema?

INTERLOCUTOR: *El recuerdo de la experiencia.*

KRISHNAMURTI No podéis separar de vosotros la experiencia, ¿verdad? Eso sería morir, cerrar los ojos a la vida, volveros insensibles. El vivir es experiencia. Escuchar todo esto, mirar por la ventana, todo ello es experiencia. Pero en nosotros, cada experiencia deja su residuo como memoria, la cicatriz del recuerdo. ¿Estáis siguiendo esto? La memoria es pues el problema, no el deseo ni la resistencia. ¿Puede pues la mente vivir en un estado de vivencias, sin dejar un residuo como memoria?

Podéis comprender esto verbalmente, pero en realidad es una cosa extraordinaria penetrarlo; requiere una enorme vitalidad y energía. La mente no puede eludir la experiencia, pero todos tratamos de escapar de una experiencia vital. Aceptamos las cosas como están; hacemos más gruesos los muros de la creencia; nos negamos a ver que el mundo es uno, que la Tierra es vuestra y mía; la hemos dividido en británica, europea, India, rusa; y permanecemos, paralizados, dentro de esos muros. Así pues, rehusamos la experiencia porque en realidad no queremos ningún cambio; cultivamos la memoria, acrecentándola en vez de vaciarla.

La cuestión es pues: ¿puede la mente recibirlo todo sin que deje una huella? No podéis decir si es posible o no lo es. Pensadlo, por favor. Porque sólo la mente que experimenta, que ve, que observa, que vibra, está viviendo. Una mente no está viviendo cuando está cargada de siglos de memoria, que es lo que llamamos conocimiento, tradición. Y sin embargo, no podemos eliminar el conocimiento; tiene que estar ahí, porque si no, no sabríais como volver a casa. Pero ¿podemos vivir sin la interferencia del pasado?

INTERLOCUTOR: *El problema es que para impedir que la memoria deje su huella en la mente, tenemos que estar llenos de un enorme interés por cada una de nuestras experiencias.*

KRISHNAMURTI: Por favor, señor, fijaos en lo que habéis dicho: 'tenemos que'. El 'tenemos que' ya ha sembrado la semilla del conflicto ¿no es así?

INTERLOCUTOR: *Quizá debería haber dicho: ¿cómo puede producirse este interés?*

KRISHNAMURTI: Para obtener la respuesta correcta, tenéis que hacer una pregunta correcta. ¿Es correcta vuestra pregunta?

INTERLOCUTOR: *Es más bien: ¿Por qué no estoy interesado?*

KRISHNAMURTI: Ya sabéis, es como dar el correcto tono en un violín. Sólo podréis lograr el tono correcto cuando la cuerda tenga la tensión justa. ¿Hacéis vuestra pregunta con la tensión justa? No me refiero a un estado de conflicto, sino a la tensión justa. Si lo miráis, vos mismo lo contestaréis. Tal vez la pregunta misma que hacéis os impide descubrir por vos mismo. ¿Veis esto? Lo voy a decir de otra manera.

Veo de hecho, visualmente, el conflicto en el mundo y en mí mismo. Hay contradicción dentro y fuera. Y el esfuerzo para hacer algo sobre ello -para ser pacífico, para evitar todo sufrimiento- implica conflicto. Todo mi ser está empujado en distintas direcciones, y así hay contradicción conmigo mismo. Este es el hecho ineludible. ¿Seguís esto? Y el querer hacer algo con respecto al hecho, es la reacción de tratar de eludirlo, de repudiarlo, de resistirlo, de trascenderlo, ¿verdad? Así, el deseo, el apremio, el impulso de hacer algo sobre ello, es el problema. Pero si el hecho está ahí, y veis que no podéis hacer nada sobre él, entonces el hecho da la respuesta. ¿Hay entonces problema?

7 de mayo de 1961

IV

HEMOS estado hablando sobre la mente nueva, y estoy seguro de que ella no puede producirse por ninguna forma de voluntad, por ningún deseo o mediante ninguna intención o designio del pensamiento. Pero me parece que, si podemos comprender los diversos factores que impiden que este estado se manifieste, entonces tal vez podamos descubrir por nosotros mismos lo que es la naturaleza de la mente nueva. Quisiera pues discutir con vosotros una cuestión que puede ser algo complicada, mas espero que podamos penetrar en ella plenamente, y si es necesario continuarla la próxima vez.

No sé si alguna vez os habréis preguntado por qué existe esta compulsiva tendencia a comprometerse en cierta clase de pensamiento, a pertenecer a algo, a identificarse con una idea, a comprometerse en cierta clase

de acción. Se consagra uno por ejemplo al comunismo, y se identifica por completo con esas ideas, con esas actividades. Puede uno ver por qué hace esto; es porque uno espera finalmente que se realice la utopía, y todo lo demás. Pero eso es sólo una explicación superficial. Creo que hay una razón psicológica mucho más profunda para que cada uno de nosotros quiera pertenecer a algo: a cierta persona, a un grupo, a ciertas ideas e ideales. Y acaso podamos examinar la naturaleza íntima de este impulso. ¿Qué es, exactamente?

Creo, ante todo, que existe el deseo de actuar. Queremos producir alguna clase de reforma, cambiar el mundo de acuerdo con cierto modelo. Hay el sentir que tenemos que hacer algo juntos, que tiene que haber acción cooperativa. Y en ciertos niveles -para mejorar los caminos, para lograr mejores instalaciones sanitarias, etc.- es quizá necesario que nos dediquemos a determinada idea. Pero si uno inquiere más hondamente, comienza a descubrir -¿no es verdad?,- que existe este impulso a identificarnos con algo para tener un sentimiento de certeza, de seguridad.

Estoy seguro de que todos conocemos mucha gente que se ha comprometido con un determinado partido político, o a una determinada norma de acción, o con cierto grupo de pensamiento religioso. Y pasado un tiempo comienzan a encontrar que eso no les satisface, por lo que lo dejan y adoptan alguna otra cosa.

Creo que es importante descubrir por qué existe este impulso. ¿Por qué es que nos entregamos a algo o a alguien? Pienso que si investigamos esto podremos abrir la puerta de todo el problema del miedo.

La mente, por cierto, siempre está buscando seguridad, permanencia. Busca permanencia en las relaciones con la esposa, con el marido, con los hijos, en una idea, en el conocimiento y la experiencia. Y cuanto más experiencia tenemos y más conocimientos acumulamos, mayor es la sensación de seguridad. Y, si se me permite decirlo así, una cosa es escuchar las palabras que se están diciendo y otra muy distinta experimentar lo que esas palabras expresan. Me limito a describir la naturaleza de nuestras propias mentes; y si uno no se da cuenta de sus propios pensamientos y actividades, la descripción llega a ser una cosa muy superficial. Pero si, sobrepasando las palabras, empieza uno a comprenderse, a ver cómo uno está de hecho buscando seguridad, y lo que ello implica, entonces eso tendrá extraordinaria importancia. Satisfacerse meramente con palabras y explicaciones, como hace la mayoría de nosotros, me parece del todo fútil. Ningún hombre hambriento se satisface con la palabra 'alimento'.

¿Podemos pues entrar en toda esta cuestión del miedo -pero no en qué deberíamos hacer a su respecto? Podemos volver a esto después, y acaso no sea siquiera necesario. ¿Por Qué surge el temor? ¿Y por qué está la mente buscando siempre seguridad, no sólo materialmente, en lo externo, sino interiormente?

Hablamos sobre 'lo externo' y 'lo interno'; pero, para mí, todo es un solo movimiento, que se expresa tanto interior como exteriormente. Es un movimiento que sale y entra, como una marea. No existe eso de un mundo externo y un mundo interno, y la separación de los dos es producir una división, un conflicto. Mas, para comprender la marea hacia dentro, el movimiento interno, hay que comprender también el movimiento hacia fuera. Y si uno se da cuenta de las cosas exteriormente, y si no hay reacción para las otras en forma de resistencia, de defensa o evasión, entonces se podrá ver que el mismo movimiento va hacia dentro muy honda y profundamente; pero la mente sólo puede seguirlo si no hay división.

Si lo pensamos un poco, podemos ver que la mayor parte de las personas llamadas religiosas separan lo externo de lo interno; la actividad exterior se considera en gran parte superficial, innecesaria y hasta mala, y la interior se considera muy importante. Y así hay conflicto -en el que hemos indagado bastante a fondo el otro día. Ahora investigamos la cuestión del temor, no sólo el miedo causado por acontecimientos exteriores, sino también por las internas exigencias y compulsiones, la eterna búsqueda de certeza. Es evidente que toda experiencia es una búsqueda de certeza. Una experiencia de placer nos hace querer más de esa experiencia, y el 'más' es esta necesidad de estar seguros en nuestros places. Si amamos a alguien, queremos estar bien seguros de que el amor es correspondido, y tratamos de establecer una relación que nosotros por lo menos esperamos que será permanente. Toda nuestra sociedad se basa sobre esas relaciones. Pero ¿hay algo que sea permanente? ¿Lo hay? ¿Es permanente el amor? Nuestro constante deseo es hacer permanente la sensación ¿no es así? Y lo que no puede hacerse permanente, que es el amor, nos elude. No sé si me estoy expresando claramente. Tomemos la cuestión de la virtud. El cultivo de la virtud, el deseo de ser virtuoso de modo permanente, es en esencia el deseo de estar seguro. Y ¿es jamás permanente la virtud? Por favor, señores, no os limitéis a asentir con la cabeza, sino seguid esto efectivamente en vosotros mismos.

Digamos: uno está enojado, o siente que carece de bondad, de simpatía, de afecto. Al cultivar la calma, la tolerancia, espera uno producir un estado de virtud, siendo entonces la virtud simplemente un artículo de conveniencia, un medio para alguna otra cosa. Y, por cierto, la virtud, la bondad, no es en absoluto cultivable. La bondad, como la humildad, sólo surge cuando hay plena atención, sin tratar de ganar nada con ella. Tomad la cuestión de ser amado o de amar. ¿Es posible para la mente ambiciosa amar o ser amada? El empleado que quiere llegar a gerente, el llamado santo que quiere realizar a Dios, son ambiciosos, están ocupados en sus

propios logros; y una mente así ciertamente no puede conocer el amor. La mente que quiera comprender la naturaleza de la palabra que llamamos 'amor' tiene desde luego que estar libre de todo ese sentido de seguridad -que nos hace esencialmente vulnerables. Así pues, ¿es jamás posible estar realmente libre de miedo?

Queremos estar seguros en este mundo, materialmente, y queremos estar seguros en nuestra respetabilidad, en nuestras ideas; queremos que se nos diga qué nos ocurrirá después de la muerte; y nuestra mente está siempre persiguiendo -si la observáis- este deseo de estar seguro. Y no veo cómo puede la mente estar libre del temor, con todas sus frustraciones, mientras esté buscando seguridad. Es evidente que tiene que haber cierto grado de seguridad física; tenemos que saber de dónde ha de venir nuestra próxima comida, saber que tenemos algún sitio en que dormir, algunas ropas y todo lo demás; y una sociedad medianamente decente trata de proveer todo eso. Probablemente dentro de unos cincuenta años todo el mundo tendrá alguna forma de seguridad material. Esperemos que sea así, pero eso no hace al caso por el momento. Mas nosotros queremos estar seguros, tanto en nuestras acciones como interiormente; ¿y no es esa la causa del temor?

El miedo está siempre con nosotros, ¿no es cierto? Miedo de la oscuridad, de nuestro vecino, de la opinión pública, miedo de perder la salud, de no tener capacidad, miedo de ser un nadie en este mundo monstruoso, adquisitivo, agresivo; miedo de no llegar, de no alcanzar cierto estado de suprema dicha, de gloria, de no alcanzar a Dios o lo que sea. Y, desde luego, existe el miedo final de la muerte. Por el momento, no discutimos la muerte, sino que sólo tratamos de ver, de poner al descubierto el miedo. Obviamente el miedo siempre existe en relación con alguna otra cosa. No existe el miedo por sí mismo, *per se*. Hay docenas de temores, todos en relación con algo. Y ¿es posible permanecer completamente solo, es posible que la mente esté sola por completo sin aislarse, sin levantar murallas, torres de marfil, en torno suyo? Una mente está sola cuando ya no busca seguridad. ¿Y puede ella liberarse así por completo de todo temor?

Como veis, el tiempo está implicado en el temor. ¿Entraremos un poquito en esto? El tiempo, como ayer, hoy y mañana, es un factor del miedo. Voy envejeciendo, y la muerte me aguarda, desde ahora hasta todos los 'mañana'. Y el pensamiento de la muerte es el del miedo. ¿Habría miedo a la muerte, a una terminación, si no hubiera pensamiento del mañana, del futuro? No aceptéis lo que digo, por favor. Aceptar una explicación carece de valor. Si de hecho habéis penetrado en esta cuestión del temor por vosotros mismos, tenéis que haber puesto al descubierto el problema del tiempo, que incluye, no sólo el mañana, sino también el pasado -lo cual significa ¿no es así? experiencia. ¿Puede la mente estar tan sola, tan totalmente alejada del pasado y del futuro, que no esté en absoluto encerrada en el campo del tiempo?

La mente busca seguridad ¿no es así? mediante la identificación con una idea, con una creencia, con una determinada clase de acción, haciéndose partícipe de un grupo, de la cristiandad, del hinduismo, del budismo, de esto o aquello; y todo esto le impide estar sola. A la mayor parte de nosotros nos asusta terriblemente estar solos. Por consiguiente, existe el conflicto que surge de la contradicción, y la raíz de esta contradicción es el ansia de realización. Hay pues esta constante ansia de realizar, de ser, de llegar a ser algo permanente; y allí está la cuestión del tiempo. Todos estos son los factores del miedo, y no creo que haya ninguna necesidad de entrar en más detalles.

Ahora bien, habiendo visto la totalidad del cuadro, su sentido total, surge la pregunta: ¿puede la mente deshacerse de todo temor? Esto significa, en realidad, -si se lo puede decir así sin ser mal entendido- ¿puede uno estar solo, sin relaciones? ¿Puede haber una soledad que no sea meramente un opuesto del conflicto de la contradicción que crean las relaciones? Creo que es en esa soledad que hay verdadera relación, y no en lo otro. En la soledad no hay temor.

Después de todo, el hombre ha abordado durante siglos este problema del temor, y no estamos libres de él. Y las formas extremas del miedo llevan a diversas formas de neurosis, etc. Ahora la cuestión es: ¿podemos, vosotros y yo, viendo todo esto, quedar enteramente libres del miedo, en el instante, no hipnotizándonos y diciendo: 'Ahora estoy libre de temor'? Porque esto sería simplemente tonto. El ver la totalidad del miedo significa esencialmente ¿no es cierto? un estado de 'no ser'.

INTERLOCUTOR: *Me parece estar aterrorizado de verme forzado hacia circunstancias como la de vivir en alguna gran ciudad o trabajar en una fábrica, donde no hay nada que yo pueda amar o me parezca que vale la pena.*

KRISHNAMURTI: ¿Qué queréis hacer con respecto a eso, señor? Tengo que trabajar de la mañana a la noche, por ejemplo, en una oficinita de Londres, con un jefe desagradable; ir todos los días en autobús o subte al trabajo: la rutina, la gente extremadamente fastidiosa, lo horroroso de todo ello. ¿Qué debo hacer? Las circunstancias me fuerzan a hacer aquello. Tengo una responsabilidad: la esposa, los hijos, la madre y todo lo

demás. No puedo marcharme, escaparme a un monasterio, cosa que sería otro horror: la rutina de levantarse todas las mañanas a las dos, de recitar las mismas viejas oraciones a las mismas viejas divinidades, y todas esas cosas. En este mundo de rutina, de fastidio, de suciedad y miseria, hacemos todo lo posible para escapar; todos preguntamos: '¿qué puedo hacer para salir de esto?'

Ante todo, se nos educa mal: nunca se nos educa para amar lo que hacernos. Estamos pues atrapados y no podemos escapar; y por eso preguntamos, '¿qué haré?' ¿Es así, señores? Escapar hacia el romanticismo, hacia las creencias, iglesias, organizaciones, ideas de utopía, es evidentemente absurdo. Veo lo fútil que es, y por lo tanto lo desecho. Ya no hay la tentación de escapar y quedo con el hecho, el hecho brutal, duro. ¿Qué voy a hacer? ¡Decídmelo, señores!

INTERLOCUTOR: *Ciertamente, no podéis hacer nada sobre ello.*

KRISHNAMURTI: Señores ¿hemos vivido alguna vez con algo, sin ninguna resistencia? ¿He vivido alguna vez con mi cólera, sin resistencia? -cosa que no es lo mismo que aceptarla, ya que esto implica meramente continuarla. Vivir con el enojo, conocer toda su naturaleza interna; vivir con la envidia, sin tratar de superarla, de reprimirla o transformarla, ¿lo habéis intentado alguna vez? ¿Habéis tratado alguna vez de vivir con algo realmente hermoso, un cuadro, una vista encantadora, una magnífica montaña con una vista soberbia? Y, ¿qué pasa si vivís con ello? Pronto os acostumbráis, ¿no es así? Lo veis por primera vez y os da cierta sensación de libertad, cierta percepción, y os acostumbráis a eso; después de unos días, se disipa. Mirad los campesinos en todas partes del mundo, viviendo en medio de maravillosos paisajes. Se han habituado a ellos. Y la miseria de las ciudades en todo el mundo, la suciedad, la mugre, la fealdad, la crueldad, la espantosa brutalidad que implican: a eso también nos acostumbramos. Vivir con la belleza o con la fealdad, y no caer nunca en el hábito: eso requiere una asombrosa energía ¿no es así? No dejarse dominar por la fealdad ni embotar por la belleza, sino poder vivir con ambas, requiere sensibilidad y energía extraordinarias. Y ¿puede uno hacerlo? Por favor, pensadlo un poco, señores.

El problema de la energía es muy complicado. El alimento no da la energía de que estoy hablando. Da una energía de cierta clase; pero el vivir con algo, vivir con el amor, requiere una clase de energía del todo diferente. Y ¿cómo conseguirá uno esta energía, que es en esencia la energía, la naturaleza de la mente nueva? Por cierto, uno la consigue cuando no hay temor, cuando no hay conflicto, cuando no queréis ser algo, cuando vivís totalmente, en forma anónima.

Pero ¿de qué sirve que hable de todo esto? Implica una extraordinaria percepción de la búsqueda externa e interna de seguridad, y la mayoría de nosotros estamos demasiado cansados, somos demasiado viejos, estamos comprometidos a vivir en el pasado, o con nuestro trabajo, o en alguna oscura celda de nuestro ser. ¿Qué vamos pues a hacer?

Volvamos a nuestra primera pregunta: ¿puede la mente liberarse, al momento, de todo el impulso de la búsqueda de seguridad? ¿Puede uno vivir en un estado de completa incertidumbre, sin volverse loco?

INTERLOCUTOR: *Si uno tiene un trabajo que le agrada mucho, ¿hay miedo también en eso?*

KRISHNAMURTI: Sí, señor, porque podéis perder vuestra capacidad. Ya sabéis, la capacidad es una cosa terrible; os brinda un excelente escape. Si sois un buen pintor, un buen orador, si tenéis la capacidad de combinar palabras, de escribir, si sois un hábil ingeniero o tenéis siquiera algún don, ello os da un extraordinario sentido de seguridad, de confianza propia, en este mundo competidor y adquisitivo. Y si no tenéis confianza en vuestras propias habilidades os sentís completamente perdidos. Pero por cierto, para hallar a Dios o cualquier nombre que os guste darle, la mente ha de estar por completo vacía, ¿no es así? Tiene que estar libre de conocimientos, de experiencia, de capacidad, y por lo tanto de miedo; debe ser completamente inocente, fresca y joven.

INTERLOCUTOR: *Eso parece ser el fin total de mí mismo, tal como me conozco.*

KRISHNAMURTI: Ciertamente, señor, eso es así. No sé si habéis tratado de vivir todo un día tan completamente que no haya ni ayer ni mañana. Eso requiere mucha comprensión del pasado. El pasado no es sólo la palabra, el lenguaje, el pensamiento, sino también el mirar retrospectivamente hacia el ayer con todas sus raíces en el presente. Dejar al pasado irse por completo -los errores cometidos, las cosas falsas que uno ha dicho, las cosas perjudiciales, el daño que uno ha hecho- dejar que se vayan todos los places, dolores y recuerdos: no sé si lo habéis intentado alguna vez, simplemente dejar eso. Y no se puede dejar eso si hay pesar

o placer en las cosas recordadas. Intentadlo algunas veces, no porque yo lo diga, ni porque esperéis conseguir una recompensa o tener alguna maravillosa experiencia: esto sería un intercambio, un trueque. Pero es realmente muy extraordinario que la mente, que es resultado del tiempo, quede por completo atemporal.

INTERLOCUTOR: *¿El hábito constituye gran parte de aquello de que habláis, seguramente?*

KRISHNAMURTI: Como sabéis, tenemos que descubrir. No estoy tan sólo contestando preguntas, estamos discutiendo. Y vemos que la mente está siempre ocupada. En la mayoría de nosotros eso es así. Está ocupada con la enseñanza, con los bebés, con la casa, con el empleo; está ocupada con sus propias vanidades y virtudes -ya sabéis las cosas innumerables en que se ocupa. Y la ocupación denota hábito. Ahora bien, ¿por qué tiene que estar ocupada la mente? Ya sea que esté ocupada con el sexo, o con Dios, o con la virtud, es exactamente lo mismo. No hay ocupación noble o innoble, ¿no es así? No sé si realmente lo veis. La mera sustitución de la ocupación no es librarse de ella. Así pues, ¿por qué tiene que estar ocupada la mente?

INTERLOCUTOR: *Puede ser un modo de evadirse.*

KRISHNAMURTI: Sí, señor, es evasión, desde luego; pero, como veis, las explicaciones no nos llevan muy lejos. Avanzad un poco más, señor. Penetrad en ello.

INTERLOCUTOR: *¿No es el miedo?*

KRISHNAMURTI: Puede uno seguir indefinidamente añadiendo más y más expiaciones: evasión, miedo, codicia. Y luego ¿qué? No es que yo me ponga cínico o sea brutal o rudo. Hemos dado explicaciones: pero la mente no está libre de ocupación.

INTERLOCUTOR: *Porque la veinte es ocupación.*

KRISHNAMURTI: Decís que la mente es ocupación, lo que significa, ¿verdad? que la mente que no esté ocupada, activa, pensando, funcionando, inquiriendo, respondiendo, planteando cuestiones -todos estos son síntomas de la mente- no es una mente, ¿no es así? La palabra 'puerta' no es la puerta, y la palabra 'mente' no es la mente. ¿La mente se considera a sí misma como ocupación, o es que hay una mente que dice, 'estoy ocupada'?

Quiero descubrir por qué insiste la mente en estar ocupada. ¿Por qué decimos que si la mente no está ocupada, activa, buscando, defendiendo, teniendo ansiedad, miedo, culpa, no es una mente? Si todas esas cosas no están ahí, ¿no hay entonces mente?

INTERLOCUTOR: *Esas cosas son la mente en un nivel, pero no toda la mente.*

KRISHNAMURTI: La ansiedad, la culpa, el miedo, las reacciones, eso es lo único que conocemos, ¿verdad? Y ¿qué es la totalidad de la mente, tal como la conocernos? La totalidad de la mente, como la conocemos, es lo inconsciente y lo consciente. Retrocedamos un poco. ¿Por qué está la mente ocupada? Y ¿qué pasaría si la mente no estuviera ocupada?

INTERLOCUTOR: *Si la mente no está ocupada, hay atención profunda.*

KRISHNAMURTI: No 'si', porque eso es especulación. Como veis, no penetramos.

INTERLOCUTOR: *La mente está siempre reaccionando a varios estímulos. Ese es el proceso de estar ocupada.*

KRISHNAMURTI: Muy bien, señor, muy bien. ¿Habéis tratado alguna vez de no tener pensamiento alguno? Porque todos los pensamientos son ocupación con una cosa u otra.

INTERLOCUTOR: *Es imposible intentarlo, porque si la mente está vacía no puede uno hacerlo.*

KRISHNAMURTI: ¡No, no, señor! De nuevo, no es cuestión de 'si'; y no quiero decir 'intentar' en ese sentido. Nos aprisionan las palabras. ¿No os ha ocurrido alguna vez que el pensamiento ha llegado a terminarse? No simplemente terminar un pensamiento porque lo habéis arrojado para que muera. No quiero decir eso. Pero cuando hay pensamiento hay ocupación. El pensamiento pone en marcha el hábito; cosa que nos retrotrae al hecho de que el pensamiento es temor ¿Habéis mirado jamás alguna cosa sin pensamiento? No me refiero a un estado de 'en blanco'. Todos estáis ahí, plenamente atentos, todo vuestro ser está ahí. ¿Habéis mirado alguna vez algo en ese estado, en el cual no hay pensamiento? ¿Habéis mirado jamás una flor sin nombrarla, sin decir cuán hermosa es, que precioso color tiene, etc.? Ya sabéis cómo la mente parlotea. ¿Habéis mirado algo sin ningún juicio, sin ninguna valoración?

Como veis, si podemos mirar el miedo sin ninguna resistencia, sin aceptar, condenar ni juzgar, observando meramente cómo tiene lugar dentro de uno, y viviendo con él entonces, ¿habría temor? Pero vivir con él requiere enorme energía, de manera que la mente esté prestando toda su atención.

Supongamos, por ejemplo, que alguien me dice: 'sois un hombre muy arrogante'. Mucha gente me dice cosas, que soy esto o que soy aquello. Yo vivo con cada afirmación que ellos hagan. Si me perdonáis por hablar un minuto sobre mí mismo, yo vivo con eso, no lo resisto; no digo que está bien ni que está mal. Y vivir con eso requiere atención, para ver si es verdad. La atención es energía. La atención, la energía, es todo el universo -pero esto no viene al caso por el momento. ¿Puede uno vivir con ello, no desviarse, no falsearlo; no decir, 'me han dicho eso antes', 'yo no soy así', o bien, 'soy así y tengo que cambiar'? ¿Seguís esto? ¿Acaso no es posible vivir con lo agradable y lo desagradable, vivir con el sufrimiento -tanto si es un dolor de muelas como otra forma de sufrimiento-, vivir con el temor, sin desequilibrarse? Como sabemos, queremos vivir con las cosas agradables, las bellas experiencias que hemos tenido. Han muerto y se han ido, pero nosotros queremos vivir con ellas por lo tanto, sólo estamos viviendo con un recuerdo muerto. Con el sufrimiento no queremos vivir. Queremos encontrar una salida. Pero ¿no es posible vivir con ambos, sin buscar una solución, sin buscar una respuesta, y sin limitarse a consultarlo con la almohada? Come veis, esto es meditación.

9 de mayo de 1961

V

HABLÁBAMOS la última vez sobre el miedo, y si es siquiera posible que la mente se libre del todo de él; no parcialmente, no de modo gradual, sino eliminarlo por completo. Me gustaría, esta tarde, seguir investigando esto.

Nuestras mentes son influidas de muchas maneras: por los libros que leemos, por el alimento que tomamos, por el clima, la tradición, los innumerables retos y respuestas. Todas estas impresiones forman el condicionamiento de la mente. Somos el resultado de las influencias, las llamadas buenas y las malas, las superficiales y las profundas, las influencias no examinadas, no reconocidas, ignoradas. Y la mayoría de nosotros no se da cuenta de este hecho. Cuando utilizo la expresión 'influencias ignoradas', no me refiero a nada misterioso. De hecho, no nos damos cuenta, cuando vamos en un autobús o en el subte, de los ruidos, de los anuncios, de la propaganda en los periódicos y en los discursos de los políticos, de todo lo que está pasando. Y sin embargo somos moldeados por estas cosas; y cuando empieza uno a darse cuenta de todo esto, causa un poco de terror, de perturbación.

La cuestión es, pues, si la mente es capaz de estar alguna vez realmente libre de influencia, tanto de las influencias conscientes como de las inconscientes. Todos sabemos que han estado ensayando, creo que en Norteamérica, un método de publicidad en los cines, en la radio y en otros medios el procedimiento de decir las cosas con tal rapidez que la mente consciente no puede captarlo, pero sí la inconsciente: la impresión queda. La han llamado publicidad subliminal, y afortunadamente el gobierno la prohibió. Pero por desgracia, aun cuando se ha puesto fin a una forma de ella, todos somos esclavos de esta propaganda inconsciente, subliminal. Se la transmitimos a nuestros hijos de generación en generación, y estamos encerrados en el marco de la influencia.

Aquí no estamos haciendo propaganda: seamos muy claros sobre esto. Para mí, toda forma de influencia es destructiva para lo que es verdad. Si la mente ha de ser libre alguna vez para descubrir lo incognoscible, aquello que no puede medirse, que no es hecho por la mente del hombre, entonces uno tiene que penetrar a través de todas estas influencias. El miedo tiene sus raíces en la huella del tiempo; y la bondad no puede florecer en el campo del tiempo. ¿Puede uno pues investigar la influencia -la de la palabra, de la palabra

‘comunista’, de la palabra ‘creencia’ y la palabra ‘incredulidad’- y descubrir por sí mismo si la mente puede liberarse de la palabra, del símbolo?

Creo que es importante investigar esto, y me pregunto qué queremos decir con la palabra ‘investigación’ ¿Cómo investigamos? ¿Cómo penetra uno en las cosas? ¿Qué implica la investigación? ¿Escudriñáis conscientemente en el temor, en las diversas formas de influencia, en el efecto hipnótico de la palabra? ¿Lo observáis consciente, deliberadamente? Y cuando en efecto miráis así, ¿revela ello algo? ¿O existe otra forma de ver, de mirar, de inquirir? Por el ejercicio de la voluntad, por la incitación, por el deseo, la compulsión para inquirir, para indagar ¿descubriréis algo sobre el temor? ¿Descubriréis todas sus implicaciones? ¿Reuniréis información sobre ello poco a poco, página por página, capítulo por capítulo? ¿O comprenderéis todo el asunto de un golpe, totalmente? Seguramente, existen las dos maneras de indagar, ¿no es así? No sé si habréis pensado siquiera en ello. Existe el llamado proceso positivo de ponerse deliberadamente a investigar toda forma de temor, observando cada paso, cada palabra, dándose cuenta de todo movimiento del pensar. Y es un proceso extraordinariamente destructivo, ¿verdad?, este constante esfuerzo para descubrir. Es el proceso analítico, introspectivo

¿Hay otro modo de inquirir? Por favor, no estoy tratando de haceros pensar en determinada dirección, que es lo que hace el propagandista. Pero ¿podemos ver por nosotros mismos qué es verdadero y qué es falso, sin ninguna influencia, sin ninguna directiva verbal? ¿Podemos ver la verdad en lo falso y ver lo que es verdadero como tal? La cuestión es: ¿liberará a la mente de toda forma de temor el proceso analítico de indagación? Y ¿es acaso posible estar libre de temor? Existe el miedo autoprotector, físicamente, cuando tropezáis con una serpiente, o un perro rabioso, o un autobús que va a embestiros. Seguramente, esta forma de miedo autoprotector es saludable. Pero toda otra forma de reacción protectora se basa en el temor. Y ¿puede la mente, por medio de este proceso positivo de indagación, desenredar todos los nudos, las modalidades y los medios del temor?

Creo que deberíamos ver muy claramente, antes de seguir adelante, que aquí no se trata de que aceptéis o no aceptéis lo que se está diciendo. No inquirimos en términos de argumentación, sino que tratamos de ver lo que es el hecho real. Si uno ve un hecho, no necesita argüir sobre él o ser convencido.

La cuestión es pues, si por el examen introspectivo, por la voluntad, por el esfuerzo, podrá la mente liberarse, desentrañar las causas del temor y salir de él.

Estoy seguro de que habréis tratado de disciplinaros contra el temor o racionalizarlo: el miedo a la oscuridad. miedo de lo que la gente puede decir, miedo de docenas de cosas. Todos hemos probado la disciplina, y sin embargo el temor está ahí. La resistencia no lo eliminará. De modo que si el proceso positivo -si es que puedo usar esa palabra, porque ‘analítico’ no lo describe suficientemente- si el proceso positivo no es eficaz para liberar la mente, ¿hay entonces otro camino?

No uso la palabra ‘camino’ en el sentido de un movimiento gradual que lleve a alguna parte, implicando una distancia de aquí hasta allí. Es en el llamado camino positivo que existe lo gradual, el espacio del aplazamiento, el ‘entretanto’, el ‘con el tiempo llegaré’ y el ‘eso hay que conquistarlo tarde o temprano’, y así sucesivamente. En ese proceso hay siempre un intervalo entre el hecho de lo que es y la idea de lo que debería ser. Para mí, eso no liberará para nada a la mente, porque implica tiempo, y el tiempo se vuelve importantísimo. Para mí, el tiempo implica temor. Si no hubiera eso del mañana o del ayer, ni todas las influencias del ayer, que a través del hoy conducen al mañana -cosa que implica no sólo tiempo cronológico sino también psicológico, que es la voluntad de alcanzar, de llegar, de conquistar- entonces no habría temor, porque entonces sólo hay el momento viviente, la brecha en que el tiempo no existe.

De modo que el llamado enfoque positivo, la indagación, la actividad positiva, es esencialmente la prolongación del miedo. No sé si realmente comprendemos eso, no simplemente las palabras que estoy diciendo, que no son importantes, sino el hecho real.

Ahora bien, si el proceso positivo no es el factor que libera, entonces ¿qué es? Pero antes tenemos que comprender que la indagación sobre qué es el factor que libera, no es meramente una reacción contra el proceso positivo. Esto hay que verlo muy claramente. Por favor, aguardad, esperad un minuto y observadlo. Estoy pensando en voz alta. No he pensado todo esto de antemano. Tenemos que darnos tiempo unos a otros para observarlo realmente.

Podemos ver que la indagación que hemos llamado proceso positivo no libera a la diente del temor, porque mantiene el tiempo: tiempo en forma de mañana, que está moldeado por las influencias del pasado, actuando a través del presente. No os limitéis a aceptar esto: vedlo. Si veis su verdad o su falsedad, entonces vuestra ulterior indagación no será una simple reacción contra el proceso positivo.

Ya sabéis lo que quiero decir con la palabra ‘reacción’. No me gusta el cristianismo por una docena de razones, de modo que me hago budista. No me gusta el sistema capitalista, porque no puedo adquirir inmensas

riquezas, o por la razón que sea; así que, como una reacción me hago fascista, comunista o alguna otra cosa. Como tengo miedo, trato de desarrollar valor; pero esa sigue siendo una reacción y por lo tanto está dentro del mismo campo del tiempo.

Así, un hecho emerge de esto: que cuando veis algo como falso, cosa que no es una reacción, entonces surge un nuevo proceso -no un proceso; nace una nueva semilla.

No sé si me expreso claramente. Ante todo, para ver algo como falso o para ver algo como verdadero, hace falta una mente muy alerta; una mente que esté por completo libre de cualquier motivo.

Ahora comprendemos qué queremos decir con 'proceso analítico'; y si uno ve su falsedad, o su verdad, o si ve la verdad en lo falso, entonces ¿cómo vais a enfrentar el temor? Si no es ese el camino, entonces tenéis que volverle la espalda por completo ¿no es así? El volverle la espalda no es una reacción; carece de motivo; es sólo que lo habéis visto como falso y por lo tanto os habéis apartado de ello. Por favor, no sé si comprendéis todo esto. Creo que es muy importante comprenderlo, porque entonces cortáis las raíces mismas del esfuerzo y de la voluntad.

Así pues, ¿cual es el estado de la mente que se ha apartado del proceso analítico, con todas sus implicaciones? No os limitéis a escuchar mis palabras, sino observad vuestras propias mentes.

INTERLOCUTOR: *La mente está en completa incertidumbre.*

KRISHNAMURTI: Señores, os ruego que no respondáis. Por favor, no le deis expresión verbal aún. Esperad, por favor. No lo expreséis, ni aun a vosotros mismos, porque es algo enteramente nuevo, ¿lo seguís? Y por lo tanto no tenéis aún palabras para ello. Si ya tenéis las palabras, de hecho no estáis observando todavía.

Corno veis, ese estado es la revolución ¿no es así?, la rebelión que no es una reacción, la rebelión con respecto a toda la tradición sobre la manera de ser libres, de conseguir, de llegar. No sé si captáis esto. Vamos a cambiarlo un poquito; dejadlo cocer lentamente cierto tiempo.

Como sabéis, la mayoría de nosotros sabemos lo que es sentirse ansioso, sentirse culpable: ponerse ropas nuevas, cuando hay millones en Oriente que no tienen ropa alguna; tomar una buena comida cuando millones están hambrientos. Quizá, viviendo en un país próspero donde estáis seguros desde antes de nacer hasta la tumba, no sabéis lo que es ese sentimiento. Existe no sólo la culpa colectiva de la raza, sino también la culpa de la familia, el nombre, el gran nombre y el pequeño nombre, la culpa de los personajes muy importantes y la de los nadie, y la culpa del individuo, las cosas malas que hemos hecho, las que hemos dicho y pensado, la desesperación por todo ello. Estoy seguro que todos conocéis esto. Y partiendo de esta desesperación, hacemos las cosas más extraordinarias. Corremos por acá y por allá, ingresamos en esto o lo otro, nos hacemos esto y dejamos aquello, esperando todo el tiempo eliminar la íntima desesperación. Y la desesperación también tiene sus raíces en el miedo, y engendra muchas filosofías; y de esa manera pasamos a través de muchas muertes. No hablo en forma dramática ni romántica. Éste es el estado común por el que pasan todos, ya sea en forma intensa o muy superficialmente. Cuando es superficial, acude uno a la radio, toma un libro, se va a un cine o a una iglesia, o a ver un desfile. Cuando es muy profundo, se llega a algún extremo y se vuelve uno neurótico, o se suma a alguno de los movimientos intelectuales nuevos y de moda.

Esto es lo que está pasando en todo el mundo. Hemos negado a Dios, las iglesias han perdido su sentido, la autoridad del sacerdote se ha terminado. Cuanto más piensa uno, más depura la mente de todos estos absurdos.

Tenéis, pues, que hacer frente al temor, tenéis que comprenderlo. ¿Lo seguís? Tenéis que descubrir. Porque no sólo existe el temor de la muerte, el de las cosas que habéis hecho y las que no habéis hecho, sino que está la desesperación, la ansiedad y la culpa que nacen del temor. Todas éstas son expresiones del miedo. De modo que si la mente no ha de deteriorarse, si ha de ser viviente, activa, rica, tiene que eliminar el temor. Hasta que no hagamos eso, no creo que podamos saber lo que significa amar ni lo que significa tener paz; no la paz política y todo eso, sino un verdadero sentido de quietud interna, no afectado por el tiempo, incorruptible; esto no tiene relación con esa cosa llamada paz, que es concebida por la mente del hombre.

Es pues imperativo que la mente esté libre de miedo, porque es sólo la mente libre la que puede descubrir si hay algo más allá. Podéis llamarlo verdad, Dios o lo que queráis: eso es lo que el hombre ha estado buscando por centurias, por milenios.

11 de mayo de 1961

VI

HEMOS estado hablando sobre la completa liberación del temor; y es evidente que es en realidad necesario estar libre de él, porque el temor crea tantas ilusiones, tantas formas de autodecepción. Una mente que de alguna manera está atada al temor, consciente o inconsciente, nunca podrá descubrir qué es verdadero o qué es falso. Sin estar libre del temor, la virtud tiene muy escaso sentido. Y quisiera discutir con vosotros qué es la virtud: si existe siquiera tal cosa o si es meramente un convencionalismo social que no tiene nada que ver con la realidad. Creo que uno debe abordar el asunto comprendiendo la necesidad de que la mente esté libre del temor. Cuando no hay miedo en absoluto, ¿hay virtud? ¿Es la moralidad, la virtud, un mero convencionalismo social que cambia de tiempo en tiempo? Para la mayoría de nosotros, la virtud es una cualidad, una moralidad que resulta de la resistencia, del conflicto; pero creo que la virtud puede tener un sentido muy diferente si podemos dejar al descubierto su significado.

Podemos dejar de lado toda la moralidad social, que es más o menos necesaria: como es el tener arreglada la habitación, el tener ropas limpias; pero, fuera de esas cosas, la virtud o la moralidad es para la mayoría de nosotros una máscara de respetabilidad. La mente que se conforma, que obedece, que persigue la autoridad, los convencionalismos, no es desde luego una mente libre; es mezquina, estrecha, limitada. Tenemos pues que preguntar si la mente puede jamás quedar libre de todas las formas de imitación. Y para comprender este problema, tiene uno que eliminar realmente de la propia mente toda clase de temor. La moralidad social se basa esencialmente en la autoridad y en la imitación. De modo que, si podemos, consideremos por el momento si la mente puede comprender las limitaciones de la imitación, del ajuste a una norma. Y ¿es acaso posible que la mente se 'descondicione' a sí misma?

Me parece que la bondad, el florecimiento de la bondad, nunca puede tener lugar cuando la mente es sólo respetable, ajustándose al modelo social, a una norma ideológica o religiosa, ya sea impuesta desde fuera o cultivada desde dentro. La cuestión es pues: ¿por qué imita uno? ¿por qué se sigue, no sólo la norma social, sino también la que uno ha establecido para sí mismo por la experiencia, por la constante repetición de ciertas ideas, de ciertas formas de conducta? Existe la autoridad del libro, la autoridad de alguien que dice que sabe, la autoridad de la iglesia, y la autoridad de la ley; ¿y dónde va uno a trazar la línea que separe lo que se puede seguir y lo que no debe seguirse?

Obedecer la ley es evidentemente necesario, en el sentido de mantener la derecha o la izquierda en la carretera, según el país en que uno esté, etc.; pero ¿cuándo se vuelve la autoridad perjudicial, de hecho un mal?

Al entrar en todo esto puede uno ver ¿no es cierto? que la mayoría de nosotros busca poder. En lo social, político, económico, religioso, estamos buscando poder; el poder que da el conocimiento, el poder que da la técnica; el poder extraordinario que uno siente cuando tiene dominio completo sobre su cuerpo; el poder que da el ascetismo. Todo esto, por cierto, es un proceso imitativo; es ajustarse a una norma con el fin de obtener cierto poder, posición, vitalidad. Me parece pues que, sin comprender toda la anatomía del poder, del anhelo, del deseo de poder, la mente nunca podrá hallarse en ese estado de humildad que no es la humildad inventada por el hombre.

Así pues, ¿por qué sigue uno de alguna manera? ¿Por qué me seguís a mí, al que habla, si es que seguís? Y ¿estáis siguiendo o escuchando? Esos son dos estados por completo diferentes, ¿no es así? Seguís si queréis lograr, llegar, o ganar algo que creéis ofrece el que habla. Pero si el que habla ofrece algo, entonces en realidad es un propagandista, no un, buscador de la verdad. Y si seguís a alguien, ello significa evidentemente que estáis medrosos, inciertos: queréis que se os anime, que se os diga como llegar, cómo tener éxito.

Mientras que si escucháis en realidad -cosa que es enteramente diferente de seguir la autoridad o buscar poder- entonces estáis escuchando para descubrir lo que es verdadero y lo que es falso, y ese descubrimiento no depende de la opinión, del conocimiento. Ahora bien ¿cómo descubrís qué es falso y qué es verdadero, si estáis escuchando? Desde luego, una mente que sólo arguye consigo misma o con una persona que expone ciertas cosas, no está descubriendo lo que es verdadero o falso. Uno no está escuchando en absoluto cuando ese escuchar sólo provoca una reacción -una reacción según su conocimiento, la experiencia, la opinión, la educación, que constituyen su propio condicionamiento. Tampoco escucháis cuando hacéis un esfuerzo para descubrir lo que está diciendo la otra persona, porque todo vuestro interés entonces está absorbido por el esfuerzo. Pero si todos estos estados pueden dejarse de lado, entonces existe el estado de escuchar, que es atención.

Atención no es absoluto lo mismo que concentración. La concentración es enfocar la mente sobre un punto determinado mediante el proceso de la exclusión, mientras que la atención es plena comprensión. Hay atención cuando no sólo escucháis al orador, sino también la música sacra que están tocando en la vecindad, y el tráfico afuera; hay atención cuando la mente está totalmente atenta, sin frontera, y por lo tanto sin centro.

Una mente así está escuchando; y una mente así ve inmediatamente lo verdadero y lo falso, sin reacción, sin ninguna forma de deducción, inducción y otros trucos mentales. Está de hecho escuchando, y por lo tanto en ese mismo acto de escuchar hay una revolución, hay una transformación fundamental.

Esa atención, para mí, es virtud; es sólo en esa atención que la sencilla bondad florece, la bondad que no es producto de la educación, de la sociedad Y de todos los ajustes intelectuales de la influencia. Y quizá, también, esa atención es amor; el amor no es una virtud, tal como conocemos la virtud. Y donde hay tal amor no hay pecado; entonces uno puede hacer lo que quiera; entonces está uno más allá de las garras de la sociedad y de todos los horrores de la respetabilidad.

De modo que tiene uno que descubrir por sí mismo por qué sigue, por qué acepta esta tiranía de la autoridad: la del sacerdote, la autoridad de la palabra impresa, de la Biblia, de las escrituras indias, y todo eso. ¿Puede uno rechazar por completo la autoridad de la sociedad? No me refiero al rechazo producido por los 'beatniks' del mundo; eso es meramente una reacción. Pero ¿puede uno ver realmente que esta conformidad exterior a una norma es fútil, destructiva para la mente que quiera descubrir lo que es verdadero, lo real? Y si uno rechaza la autoridad exterior, ¿es posible también rechazar la interior, la autoridad de la experiencia? ¿Puede uno prescindir de ésta? Para la mayoría de nosotros, la experiencia es la guía del conocimiento. Decimos: 'sé por experiencia', o, 'la experiencia me dice que tengo que hacer esto'; y la experiencia se convierte en la propia autoridad interna. Y quizá ésta es mucho más destructiva, mucho peor que la externa. Es la autoridad del propio condicionamiento, y conduce a toda clase de ilusiones. El cristiano ve visiones de Cristo y el hindú ve visiones de sus propios dioses, cada cual según su propio condicionamiento. Y el hecho mismo de ver esas visiones y de experimentar esas ilusiones, hace que él sea altamente respetado y se convierta en un santo.

Ahora bien, ¿puede la mente eliminar por completo el condicionamiento de siglos? Después de todo, el condicionamiento es del pasado. Las reacciones, el conocimiento, las creencias, las tradiciones de muchos miles de ayeres, han contribuido a moldear la mente. Y ¿puede todo ello ser eliminado? Considerad por favor seriamente esto, y no os limitéis a rechazarlo diciendo simplemente: 'no es posible', o, 'sí es posible, ¿cómo voy a hacerlo?' El 'cómo' no existe. El 'cómo' implica 'mientras tanto. . .'; y una mente que está interesada en el 'mientras' está realmente difiriendo. Podéis creer que si bien la mente puede ser 'reeducada' para que sea comunista o capitalista o lo que fuere -cosa que sólo implica una forma distinta de condicionamiento- es imposible estar libre de todo condicionamiento. No sé si estáis siguiendo todo esto, y si sois conscientes de vuestro propio condicionamiento, de lo que implica, y si es posible estar libre o no de él. Mirad, el condicionamiento es la raíz misma del temor; y donde hay temor no hay virtud.

Para entrar en esto realmente a fondo hace falta mucha inteligencia, y por inteligencia quiero decir la comprensión de todas las influencias, y el estar libre de ellas. La influencia es la causa del condicionamiento. Se os ha educado para creer en Dios, en Cristo, repitiendo cosas día tras día, mientras que en la India descartan todo eso, -porque han sido criados con sus propios santos y dioses. La cuestión es pues si la mente, que ha sido influida por el fuerte peso de la tradición, siglo tras siglo, podrá dejar de lado todo eso sin esfuerzo. ¿Podéis salir de todo ello, de todo ese trasfondo, tan libremente como podéis salir de este salón? Y, ¿no es este trasfondo la mente misma? La historia de la mente es la mente. No sé si me expreso con claridad.

La mente es el trasfondo; la mente es la tradición; la mente es el resultado del tiempo. Y al ver que no hay esperanza en sus propias actividades, dice finalmente que existe la gracia de Dios y que debe esperarla, aceptarla, recibirla -lo que es otra forma de influencia- y una mente así no es inteligente.

Así pues, ¿qué va uno a hacer? Estoy seguro de que tenéis que haber pasado por todo esto. Tenéis que haber experimentado con ello: no aceptar, no confiar en la autoridad, no dejaros influir. Tenéis que haber comprendido que la mente misma no puede hacer nada. Es su propia esclava, ha creado su propio condicionamiento. Y toda reacción a ese condicionamiento no hace más que aumentarlo. Todo movimiento, todo pensamiento, toda acción que se desarrolla dentro de la mente, está aún en el campo limitado de sus propios valores. Si uno ha penetrado hasta ahí -no teórica, no intelectual, no verbalmente, sino de hecho- ¿qué pasa entonces? Espero comprenderéis la cuestión. La cuestión es que para la mente que quiera descubrir lo que es verdad y si existe algo que es inmensurable e innombrable, tiene que cesar toda autoridad: la de la ley tanto como la autoridad de la experiencia. Esto no significa que yo conduzca el coche por el lado no permitido del camino. Significa que la mente rechaza la autoridad de toda experiencia, que es el conocimiento, que es la palabra; y que rechaza las formas extraordinariamente sutiles de la influencia, la 'expectativa para recibir', las esperanzas. Entonces la mente es en realidad inteligente.

Penetrar en uno mismo tan honda y completamente, es muy ardua tarea. Aplicarse a cualquier cosa requiere energía, no esfuerzo. Y si uno ha llegado hasta ahí, entonces ¿queda algo de la mente tal como la conocemos? ¿Y no es necesario llegar a ese estado? Porque ese, por cierto, es el único estado creativo.

Escribir un poema, pintar cuadros, levantar un edificio, y todo eso, seguramente, no puede llamarse creador en el verdadero sentido de la palabra.

Como veis, percibe uno que la creación, eso que llamamos Dios, o verdad, o como queráis llamarlo, no es para una minoría selecta. No es para los que meramente tienen capacidad, un talento, como Miguel Angel, Beethoven, o los modernos arquitectos, poetas y artistas. Creo que es posible para todos, ese extraordinario sentimiento de inmensidad, de algo que no tiene barreras, que no tiene límites, que no puede ser medido por la mente ni expresado en palabras. Creo que es posible para todos. Pero no es un resultado. Surge cuando la mente empieza con la cosa mas próxima, que es ella misma, no cuando persigue lo más lejano, lo inimaginable, lo desconocido. Lo que se lo va a revelar es el autoconocer, la comprensión de sí misma; id a eso, ved lo que es, no busquéis algo externo. La mente es cosa realmente extraordinaria. Tal como la conocemos, es el resultado del tiempo; y el tiempo es la autoridad: la autoridad de lo bueno y de lo malo, de lo que se debe y de lo que no se debe hacer, de la tradición, de las influencias, del condicionamiento.

¿Puede pues la mente, vuestra mente, -no hablo en forma personal- descubrir por completo su condicionamiento, tanto el consciente como el inconsciente, y salir de él? 'Salir' es sólo una expresión verbal. Mas cuando la mente ve su condicionamiento y comprende toda su operación, todo su mecanismo, entonces, de golpe, la mente está en la otra orilla.

INTERLOCUTOR: *¿Percibe uno el propio condicionamiento por las provocaciones, los retos de la vida?*

KRISHNAMURTI: ¿Veis realmente algo por una provocación? Si reaccionáis ante una provocación, ¿llamaríais a eso ver?

INTERLOCUTOR: *Sugiero que la clase de alerta o elevada percepción de que habléis se experimenta a veces cuando uno está presenciando un accidente.*

KRISHNAMURTI: ¿Acaso la repentina impresión, el aguzamiento de la atención, os hace ver, 'ver' en el sentido que estamos discutiendo? Hablamos sobre el condicionamiento y la percepción de ese condicionamiento. ¿Qué significa esta percepción? ¿Tratáis de ver vuestro condicionamiento sólo porque digo que si vuestra mente está condicionada no podréis ver lo verdadero? ¿Esperáis que por el hecho de ver vuestro condicionamiento habrá gloria eterna, y todo eso? Ya sabéis: la experiencia es una cosa extraordinaria. O tratáis de experimentar porque alguien os habla sobre algo, o bien estáis experimentando efectivamente la cosa misma, por vosotros mismos. Nadie tiene que hablaros sobre el hambre, o la envidia, o la cólera. El descubrimiento de vuestro condicionamiento debido a que alguien os habla de él, no es vuestro descubrimiento. No sé si seguís esto. Tomad una cosa muy sencilla. El nacionalismo es una forma de condicionamiento. La mente nacionalista es localista, mediocre. ¿Veis el hecho, la verdad de eso, por vosotros mismos? ¿O es que decís: 'puede ser así, tengo que descubrirlo. Es muy posible que él tenga razón'?

Lo diré de otra manera. Veo muy claramente que el pertenecer a cualquier religión organizada es muy destructivo para el descubrimiento de Dios, o como lo queráis llamar. La mente no puede entregarse a ninguna forma de pensamiento, creencia o dogma organizado. Veo eso muy claramente, nadie tiene que decírmelo. Para mí es así y lo digo. Entonces, como tengo cierta reputación, etc., os decís: 'tengo que abandonar eso'. Entonces estáis atrapados: queréis pertenecer y sin embargo algo os dice que no pertenezcáis. No es pues vuestra experiencia. En la percepción directa no hay conflicto. Una mente que ve la efectividad de algo, sea falso o verdadero, percibe inmediatamente, sin ningún conflicto, sin ninguna causa, sin buscar ningún resultado. La cualidad de la percepción es pues muy distinta de la experiencia imitativa de copiar, que tiene un motivo ulterior.

Así, hemos estado hablando del miedo, de la autoridad, de la virtud y el condicionamiento. ¿Ve uno el hecho de su propio condicionamiento, 'el hecho'? Y, cuando de veras lo veis, ¿lo veis totalmente o sólo una parte del todo? ¿Veis todo el libro o sólo una página del libro? Si no veis la totalidad sino sólo una página, entonces habrá una batalla, una guerra en vuestro interior.

INTERLOCUTOR: *¿Cómo sabe uno si está viendo todo el libro o sólo una página?*

KRISHNAMURTI: ¿Queréis que se os asegure que veis el todo y no la parte? Si queréis estar asegurados, ¿no estáis buscando autoridad? Es una pregunta errónea, si me perdonáis el decirlo. La pregunta es ésta: '¿es posible ver el todo?'

INTERLOCUTOR: *¿Se me permite sugerir que, para hallar la correcta respuesta, uno no debe hacer preguntas ni esperar respuestas?*

KRISHNAMURTI: ¿No es eso citar el budismo Zen? Ya veis, señor, tratar de descubrir por sí mismo es mucho más vital, real, que leer un libro.

INTERLOCUTOR: *Todos tenemos momentos en que hay un darse cuenta de todo, y entonces quiere uno atraparlo y mantenerlo constantemente.*

KRISHNAMURTI: ¿Podéis captar la comprensión? ¿Y podéis retenerla continuamente? Lo que tiene continuidad no es lo real, es meramente un hábito. Todos decimos: 'debo tener esto continuamente, debo tener vuestro amor, vuestro afecto, para siempre'. Decimos eso al marido, a la esposa, y se lo decimos a Dios. Lo que tiene continuidad no es nuevo; no es el estado de creación. Es sólo cuando se muere a cada minuto que existe lo nuevo.

Volvamos al tema: ¿Cuál es el estado de la mente que ve el todo, lo total? Por favor, no tratéis de responder. Estáis tratando de descubrir por vosotros mismos. ¿Veis jamás algo totalmente? Tomad un árbol; ya sé que es una cosa muy sencilla, muy común; pero ¿veis la totalidad del árbol, la 'naturaleza del árbol', si puedo usar tal palabra? Cuando veis un río, ¿es sólo 'el Támesis', o veis la totalidad de los ríos, la 'naturaleza del río'[1]?

Como veis, señores, quiero descubrir ahora, antes de salir de esta sala, qué es lo que significa el ver totalmente, y si he visto algo totalmente. Y estamos hablando de algo, y quizá no sabemos aún lo que significa. ¿Habéis observado alguna vez una flor -no simplemente haberle dado un nombre y pasar de largo, sino haberla observado- lo que significa ver, escuchar, sentir con todo vuestro ser? Por cierto, el observar, el ver una flor, el río, la persona, los árboles, el condicionamiento, implica ¿no es así? el darse cuenta sin un centro, sin la palabra.

Mirad, cuando uno está irritado, excitado, en eso no hay centro, ¿verdad? En el momento mismo de la cólera no hay centro. Sois por completo la colora, ¿no es así? Y al minuto siguiente viene el centro, que dice: 'no debía haberme encolerizado. Tonto de mí'.

INTERLOCUTOR: *¿No es esa cólera un estado de egocentrismo?*

KRISHNAMURTI: Disculpad, pero me parece que no comprendéis esto. En el estado efectivo de cólera, no hay la reacción condenatoria de llamarlo egocentrismo; eso viene después. Estamos preguntando si la mente puede ver la totalidad de su propio condicionamiento, las influencias conscientes e inconscientes de la tradición, de los valores, de las creencias, de los dogmas, del nacionalismo, de la palabra 'británico', todo eso.

INTERLOCUTOR: *Yo diría que nunca vemos nada.*

KRISHNAMURTI: Probablemente estáis muy en lo cierto, señor. Pero ahora estamos haciendo la pregunta.

INTERLOCUTOR: *Sólo podemos sentir totalmente.*

KRISHNAMURTI: Y cuando sentís totalmente ¿hay un centro que diga: "siento totalmente'? Os ruego que no respondáis, seguid esto hasta el fin. Es muy importante estar libre de este condicionamiento, evidentemente, porque de cualquier manera que lo miréis es completamente estúpido. Estar condicionado como católico, protestante, hindú, comunista, como esto o aquello, estar condicionado por un rótulo, una palabra y todo el contenido tras el rótulo y la palabra, es muy necio. Ahora bien, ¿puede la mente eliminar todo esto de un golpe? Como veis, la virtud reside en esa percepción. El único hombre virtuoso es el que ve la totalidad de su condicionamiento y lo elimina. Los demás no son virtuosos; meramente juegan con los juguetes de la llamada civilización.

Esto significa realmente: ¿puede la mente estar del todo atenta? ¿Podéis daros plena cuenta con todos vuestros sentidos, con todo vuestro cuerpo, con toda vuestra mente? Aun si os dais cuenta así durante un fugaz segundo, nunca preguntaréis entonces: '¿cómo voy a darme plena cuenta? ¿Es ello posible?' Ya veis, creo que perdemos tanta belleza y amor y tan profundo sentido de inmensidad cuando nos rodeamos de todas nuestras palabras, querellas, creencias, dogmas y todas esas cosas. No las expulsamos; y así somos esclavos del tiempo.

14 de mayo de 1961

VII

DURANTE las últimas veces que nos hemos reunido, hemos estado hablando sobre el temor, y quizá podamos abordarlo desde un punto de vista distinto. El temor engendra toda forma de ilusión y autoengaño, y me parece que, si nuestra mente no está por completo libre de toda clase de temor, cada pensamiento, cada acción, son coloreados por aquél. Aunque hayamos hablado sobre esto con algún detalle, creo que valdría acaso la pena abordarlo de otra manera. Creo que sería bueno el que uno pudiera descubrir por sí mismo cómo penetrar en una cosa como el temor, cómo desentrañarlo, no sólo en el nivel consciente, sino en las capas más profundas, los ocultos rincones de nuestra conciencia. ¿Cómo penetra uno, por ejemplo, en el deseo? Porque el deseo, con su urgencia, su incesante demanda de autorrealización, crea temor y provoca autocontradicción.

Ahora bien, ¿Qué significado tiene el deseo? Y, en el proceso de dejarlo al descubierto, ¿puede uno llegar a comprender el afán de realizar, con sus frustraciones y desdichas? Y ¿puede uno comprender el proceso de la comparación? Porque me parece que donde hay comparación hay también afán de poder. Todas estas cosas están entrelazadas, y acaso esta tarde podamos penetrar en ello bastante profundamente.

Mirad, creo que hay un estado de la mente, que está por encima y más allá del sentimiento y del pensamiento; pero, para llegar a eso, hace falta enorme comprensión del proceso del sentimiento y también del pensamiento. Lo único que tenemos es nuestro sentimiento y pensamiento. El sentimiento es provocado por el deseo, es fortalecido y mantenido por el impulso del deseo; y el deseo siempre es en términos de promover el placer y eludir el dolor y el sufrimiento. Por consiguiente, tras del deseo siempre está la sombra del temor. Me parece, pues, que una mente que quiera pensar con precisión, sin ninguna perversión, ninguna tergiversación, tiene que inquirir sobre toda la cuestión del deseo.

Mas, ¿cómo inquiere uno? ¿Como se pone uno a desentrañar esta cosa extraordinariamente sutil llamada deseo, que es la base de todos los impulsos psicológicos? El afán de realizar trae invariablemente frustración, temor y tristeza; y por eso las personas llamadas religiosas han dicho que tenemos que renunciar al deseo; tratamos pues de dominarlo, reprimirlo, sublimarlo o eludirlo mediante las diversas formas de identificación con algo. El deseo implica conflicto. Quiero ser algo, y en el proceso mismo de tratar de ser algo hay conflicto, y entonces vierte la demanda, el esfuerzo para escapar del conflicto. Exteriormente, el deseo se expresa en la sociedad como adquisividad, la persecución del 'más'; e interiormente se expresa como progreso hacia la certidumbre.

Y ¿puede dominarse el deseo? ¿Debe someterse a control? ¿O tiene uno que darle plena salida, plena expresión? Ese es el problema. Si le da uno plena expresión, siempre hay la incertidumbre de cual puede ser el resultado, y, por lo tanto, hay una sensación de frustración y miedo. Si uno lo disciplina, lo domina, lo moldea, eso también implica conflicto entre lo que es y lo que debería ser. Y, desde luego, si uno lo reprime, lo sublima, mediante varias formas de identificación -con un determinado grupo, una determinada serie de ideas, una creencia, etc.- todavía habrá conflicto. El deseo parece engendrar conflicto, y creo que la mayoría de nosotros nos damos cuenta de esto. Si somos acaso intelectuales, buscamos una válvula de seguridad con el fin de no darle rienda suelta, y nuestros deseos toman la forma de engreimientos, vanidades y propósitos intelectuales, la adquisición de conocimientos, astucia.

Y el deseo, esperando lograr, realizar, siempre está comparando. No sé si habéis observado cómo está uno perpetuamente comparando: comparándose con algún otro, comparando el propio traje, el propio aspecto, las propias experiencias, comparando ideas, cuadros, etc. ¿Comprendemos realmente cosa alguna por la comparación? Y ¿puede la mente dejar por completo de comparar? ¿Puede uno, acaso, empezar a comprender qué es el deseo y no tratar de suprimirlo? Creo que es bastante obvio que la represión es fútil, aunque prevalece extraordinariamente en todo el mundo, especialmente entre las personas que tratan de hacer constar su propia santidad. Tanto si uno reprime un poco como si lo hace por completo, el deseo sigue allí, sólo que toma una diferente forma de expresión.

Ahora bien, la pasión y la sensualidad son dos cosas distintas, aunque ambas son formas del deseo. Tenéis que tener pasión. Para vivir con algo hermoso o con algo feo tiene que haber pasión, porque si no la belleza embota la mente y la cosa fea la falsea. La pasión es energía; y la mera represión del deseo no produce ese extraordinario sentido de intensidad, de pasión. Desde luego, si el deseo se identifica con una idea, con un símbolo, con una filosofía, produce cierta clase de intensidad. Conocéis a las personas que trotan por el mundo haciendo toda clase de buenas obras, tratando de decir a la gente lo que deberían y lo que no deberían

ser. No me refiero a esa clase de intensidad; porque si llegasen a dejar de hablar, de hacer buenas obras y todo lo demás, se verían atrapadas en sus propias miserias, en sus propias tribulaciones. Pero hay una intensidad que surge cuando comprendéis el deseo y cuando veis el significado completo de toda represión, sublimación, sustitución, escape.

Espero que no escucharéis sólo las palabras, sino que os daréis cuenta de vuestras propias formas de deseo, y que percibiréis rápida, velozmente, el camino que sigue y adónde conduce, y cómo habéis reprimido el deseo, lo habéis identificado con algo. Después de todo, el propósito de estas discusiones no es meramente que me escuchéis, sino el escuchar para descubrir, para ver todo el mapa de uno mismo, la extraordinaria complejidad propia, las tergiversaciones, las estrechas sendas, las ambiciones, los afanes, las compulsiones, las creencias, los dogmas. Al fin y al cabo, si uno no ve todo eso, si no se da cuenta de todo eso, estas reuniones son absolutamente inútiles; llegan a ser simplemente otra forma de entretenimiento, acaso un poco más intelectual, pero al final se quedará uno con cenizas. Las palabras son cenizas, y el vivir de explicaciones, de palabras, da lugar a una vida vacua, a una existencia árida.

Creo pues que valdría la pena que pudiéramos, durante el curso de estas discusiones, contender realmente con nosotros mismos, desentrañar las cosas, y luego tal vez ir más allá y por encima de este proceso de sentimiento y pensamiento. Me gustaría que esta tarde llegásemos a eso; pero no puede uno llegar a eso si no comprende de veras -no sólo en lo verbal o intelectual- lo extenso que es el deseo y todo su significado.

Creo que puede uno ver que toda forma de disciplina, control, represión, sustitución o sublimación, pervierte la belleza del deseo y por lo tanto vuelve a la mente y el corazón incapaces de ser jóvenes, ágiles. Creo que debe percibirse eso muy claramente. Y ¿es posible ver realmente esto, adiestrado como uno lo ha sido en una sociedad cuyos valores son adquisitivos, cuyos dogmas y creencias religiosas implican toda clase de desviaciones, de represiones del deseo? Es evidente que el deseo implica comparación; y la comparación, si uno entra en ello más profundamente, conduce al afán de poder.

Como veis, hablamos mucho sobre paz y amor y cosas semejantes. Todos los políticos, en todo el mundo, hablan continuamente sobre su Dios, su paz, su amor. Y ¿puede saber lo que es el amor una mente que no haya comprendido todo el significado del deseo? Y las personas religiosas consideran el deseo como cosa mala, excepto el deseo de Dios, de Jesús, o algún otro; y los monasterios están llenos de personas así ¿Pueden tales mentes ver la inmensidad de esa cosa a la que designamos con la palabra ‘amor’?

Así pues, si ve uno el significado de la represión, y por consiguiente ya no existe el impulso a reprimir, transmutar y todo lo demás, ¿qué va uno a hacer entonces con el deseo? Está allí, ardiente, urgiéndonos a realizar, a seguir adelante, a conseguir el automóvil, una casa más grande, etc. Está ahí. ¿Qué va uno, pues, a hacer? No sé si alguna vez nos habremos hecho esa pregunta. Estamos muy acostumbrados a controlarlo, a moldearlo, a refrenarlo, a lastrarlo, o a acercarlo a alguna otra cosa; lo cual es comparación. Y ¿podemos acaso detener ese proceso? Como veis, es sólo cuando ese proceso ha cesado por completo que puede uno preguntar qué ha de hacer con el deseo. No sé si habréis llegado a ese punto.

Ello quiere en realidad decir: ¿puede uno vivir en este mundo sin ambición? ¿Podéis ir a la oficina y trabajar sin ambición? Y, si lo hicierais, ¿no os barrería vuestro competidor? ¿Y no existe el miedo de que, si no hubiera ambición, sería uno simplemente eliminado? Si puedo sugerirlo, planteaos el siguiente interrogante: cuando preguntáis qué hacer con el deseo ¿tenéis que pasar primero por todas las formas de realización con sus frustraciones, desdichas, temores, delitos y ansiedad? O quizá nunca os hayáis planteado siquiera esa cuestión, sino que sólo estáis reprimiendo todo el tiempo. Tal vez, si no habéis hallado felicidad, posición, prestigio, en cierta dirección, os volváis hacia otra; éstas son sus expresiones exteriores e interiores. Cuando uno es un nadie en este mundo en desintegración, se vuelve hacia la realización interior. Nunca os hacéis esa pregunta cuando estéis justamente detrás de ella, ¿verdad?

Para una mente que esté realmente inquiriendo, que de veras quiera descubrir si hay Dios, verdad, algo más allá de todas las palabras, es por cierto muy importante comprender esto que se llama deseo. ¿Está bien no tener deseos? Y si matáis el deseo, ¿no matéis también todo sentimiento, con todas sus cual dados de sensibilidad? El sentimiento es una parte del deseo, ¿no es así?

De modo que, si uno ha entrado en todas las implicaciones de la represión, ¿no habrá entonces dejado de reprimir, de sustituir? No se trata simplemente de que os hipnoticéis verbalmente; es una cosa muy ardua, si es que habéis llegado hasta ahí. Porque una parte de este deseo es el descontento, el descontento con lo que somos; y tras de este descontento está el ansia de poder, de ser algo? de realizar de alguna manera. La mayoría de nosotros estamos enredados en esta rueda de la realización y la frustración; y en la perpetua batalla de la autocompasión, finalmente pasa uno la puerta de la desesperación.

Ahora bien, ¿puede uno ver esto de hecho, sin pasar en ello días, meses, años? ¿Puede uno ver esta eterna búsqueda de realización, que proseguimos, a pesar de que sabemos que va a traernos desdicha? ¿Podemos ver

todo esto como el contenido total de nuestra vida, y cortarlo de raíz? Y entonces, si uno ha llegado -o más bien, si se ha aproximado- hasta ahí, ¿qué va a hacer con el deseo? ¿Hay alguna necesidad, entonces, de hacer algo con respecto al deseo? ¿Me seguís?

Hasta ahora, siempre hemos hecho algo con el deseo, le hemos dado el justo cauce, la justa dirección, el justo propósito' la justa finalidad. Y si la mente -que está condicionada, que siempre está pensando en términos de logro, por medio del adiestramiento, de la educación, etc.- ya no trata de moldear el deseo como algo que esté aparte de sí misma, si la mente ya no interfiere con el deseo, si puedo usar esa palabra, entonces ¿qué hay de malo en el deseo? ¿Es esto entonces lo que hemos conocido siempre como deseo? Por favor, señores, seguid esto conmigo.

Como veis, siempre hemos pensado del deseo en términos de realización, de logro, de ganancia, de hacerse rico interior o exteriormente, en términos de eludir, en términos de 'el más' Y cuando veis todo eso, y lo dejáis de lado, entonces el sentimiento que hasta ahora hemos llamado deseo tiene un significado totalmente distinto, ¿no es así? Entonces podéis ver un hermoso automóvil, una preciosa casa, un bonito vestido, sin ninguna reacción de querer, de identificaros.

Conocéis todo el criterio social sobre la existencia en que se os ha criado, se os ha educado desde la infancia; toda la ideación, la busca de realización, la incitación a ser mejores que el vecino, etc. Cuando veis todo el contenido de este conflicto, y cuando él se ha separado de vosotros desde dentro, cuando se ha escurrido de vuestra mano, ¿es entonces el deseo eso que era antes?

Después de todo, sentir es pensar, ¿verdad? Los dos son inseparables. Cuando veo un niño en la miseria, hambriento, entonces quiero romper con la sociedad, con el político y todos los demás, y hacer algo acerca de ello. El sentimiento siempre va con el pensamiento. Y el sentimiento es percepción, sensación, contacto y todo lo demás Sentir es ser sensible; y cuando más sensibles sois, más sentís las heridas. Empezáis, pues, a construir una defensa, una protección. Todo esto es una forma de deseo. Dejar de ser sensible es evidentemente volverse íntimamente paralítico, morir. Tal vez estemos paralizados la mayoría de nosotros; eso es lo que nos acaece por nuestra educación, por las relaciones y los contactos sociales, por los conocimientos -cosas todas que nos embotan, nos vuelven estúpidos, insensibles. Y viviendo en una tumba, tratamos de sentir.

Comprendiendo todo esto, ¿hay entonces un límite para el deseo? No sé qué otra palabra usar para eso que hemos llamado deseo. ¿Veis lo que ha pasado, si es que habéis penetrado en ello? Ya no es sentimiento o pensamiento; es algo enteramente diferente, en lo que el sentimiento y el pensamiento están incluidos. Penetrad en ello. Nuestras vidas son en su mayor parte terriblemente insípidas, llenas de rutina, de fastidio -conocéis muy bien los horrores de vuestra existencia, su mediocridad- y no habremos comprendido ni un día, ni un minuto siquiera de nuestra vida, si no hemos comprendido algo de todo esto. Y es por eso quizá que somos todos tan terriblemente 'espirituales', mediocres.

Llegamos, pues, a esta cuestión, que es realmente muy interesante' si habéis entrado en ella. Lo que habíamos llamarlo deseo, con todas sus corrupciones, sus luchas, sus miserias, su sufrimiento, su impotencia, su entusiasmo, sus intereses, etc., todo ello lo ha visto uno plenamente, a fondo; de una ojeada puede uno verlo. Así como no necesitáis emborracharos para saber lo que es la sobriedad, de la misma manera, si uno ve el proceso de la realización por completo, éste habrá terminado; toda forma de realización, toda forma de ser o llegar a ser algo, habrá terminado.

INTERLOCUTOR: *Creo que uno necesita embriagarse para saber lo que es la embriaguez.*

KRISHNAMURTI: Seguramente que eso es bastante rebuscado, ¿no es así? eso de que necesite uno saber lo que es emborracharse, y que para eso tenga que beber. ¿Tiene uno que pasar por el asesinato para saber qué es el asesinato? Señores, no tratemos de ser astutos, apliquemos de veras nuestras mentes a todo esto.

INTERLOCUTOR: *Son las contradicciones en el deseo lo que hace tan imposible habérselas con él.*

KRISHNAMURTI: ¿Por qué hay contradicciones, señor? Seguid esto, por favor. Quiero ser rico, poderoso, importante; y sin embargo veo la futilidad de ello, porque veo que los personajes, con todos sus títulos y las demás cosas, no son más que nadie. Hay pues una contradicción. Pero ¿por qué? ¿Por qué hay este tironeo en distintas direcciones, por qué no es todo en una dirección? ¿Seguís lo que quiero decir? Si quiero ser político, ¿por qué no serlo y seguir adelante con eso? ¿Por qué esta retirada? Por favor, discutámoslo unos pocos minutos.

INTERLOCUTOR: *Tememos lo que podría ocurrir si nos entregáramos enteramente a un deseo.*

KRISHNAMURTI: ¿Os habéis entregado a algo alguna vez, total, completamente?

INTERLOCUTOR: *Una vez o dos, por pocos minutos.*

KRISHNAMURTI: ¿ Habéis estado completamente en ello? Acaso sexualmente; pero fuera de eso, ¿sabéis cuándo os habéis entregado a algo totalmente? Lo pongo en duda.

INTERLOCUTOR: *Tal vez al escuchar música.*

KRISHNAMURTI: Mirad, señor. Un juguete lo absorbe a un niño. Dais al niño un juguete, y él es completamente feliz; no está inquieto, está entregado a él, está allí por completo. ¿Es eso entregaros a algo? Los políticos, las personas religiosas, se entregan a algo. ¿Por qué? Porque ello significa poder, posición, prestigio. La idea de ser un alguien los absorbe como un juguete. Cuando os identificáis con algo ¿es eso entregaros a algo? Hay personas que se identifican con su país, con su reina, con su rey, etc., cosa que es otra forma de absorción ¿Es eso entregarse a algo?

INTERLOCUTOR: *¿Es posible entregarse jamás a alguna cosa de hecho, habiendo, como hay siempre, un cisma interpuesto?*

KRISHNAMURTI: Eso es, señor. Es eso exactamente. Como veis, no podemos entregarnos a algo.

INTERLOCUTOR: *¿Es posible entregarse a alguien?*

KRISHNAMURTI: Tratamos de hacerlo. Tratamos de identificarnos con el marido, con la esposa, con el hijo, con el nombre, pero sabéis mejor que yo lo que pasa; y así, ¿a qué hablar de ello? Ya veis que nos vamos desviando de aquello de que hablábamos.

INTERLOCUTOR: *Un deseo es justo y bueno cuando no perjudica a ningún otro.*

KRISHNAMURTI: ¿Es que hay deseo malo y deseo bueno? Ya veis, estáis retrocediendo al principio; hemos recorrido todo el campo, seguramente. ¿Veis cómo lo hemos traducido ya?: el deseo que es bueno y el malo, el que vale y el que no vale la pena, el noble y el innoble, el donoso y el beneficioso. Miradlo profundamente. Lo habéis dividido. ¿no es así? Esa misma división es la causa del conflicto. Habiendo introducido el conflicto por la división, habéis introducido un problema más: cómo desembarazarse del conflicto.

Como veis, señores, hemos estado hablando durante cincuenta minutos esta tarde, para ver si uno puede realmente percibir el significado del deseo. Y cuando en realidad ve uno el significado del deseo, que incluye tanto al bueno como al malo, cuando uno ve el sentido total de este conflicto, de esta división -no sólo verbalmente, sino comprendiéndolo plenamente, echándole los dientes, por decirlo así- entonces sólo hay deseo. Pero, como veis, insistimos en valorarlo como bueno y malo, beneficioso y no beneficioso. Pensé al principio que podríamos eliminar esta división, pero no es tan fácil; requiere aplicación, percepción, penetración.

INTERLOCUTOR: *¿Es posible librarse del objeto y quedarse con la esencia del deseo?*

KRISHNAMURTI: ¿Por qué voy a desembarazarme del objeto? ¿Qué hay de malo en un bello automóvil? Como veis, os estáis creando conflicto cuando hacéis esta división entre la esencia y el objeto. La dirección de la esencia cambia el objeto continuamente, y ésa es la desgracia. Cuando uno es joven, quiere el mundo: y, a medida que envejece, se harta del mundo.

Veis que estábamos tratando de comprender el deseo y haciendo de esa manera que el conflicto se extinga, se consuma. Hemos tocado muchas cosas esta tarde. El ansia de poder es muy fuerte en todos nosotros, está muy incrustado, e incluye el dominio sobre el sirviente, el marido, la esposa, ya sabéis todo eso. Acaso algunos de vosotros, en el curso de la discusión de esta tarde, hayáis penetrado en esto, hayáis visto que donde la mente está buscando realización, hay frustración y por consiguiente desdicha y conflicto. El mismo hecho de verlo equivale a abandonarlo. Quizá algunos de vosotros no hayáis seguido meramente las palabras,

sino que hayáis comprendido las implicaciones del sentimiento de querer realizar, de ser algo: lo innoble que es. El político busca realización, como el sacerdote y todos los demás, y uno ve la vulgaridad de todo esto, si puedo usar esa palabra. ¿Puede uno realmente dejarlo? Si lo veis como veríais una cosa venenosa, entonces es como sacaros una tremenda carga de las espaldas. Os habéis librado de ella; de un golpe, se ha ido. Entonces llegaréis a ese punto que es en verdad extraordinariamente significativo. No sólo esto -todo esto tiene su propia importancia- sino algo más, que es una mente que ha comprendido el deseo, el sentimiento y el pensamiento, y va por consiguiente más allá y por encima de ellos. ¿Comprendéis la naturaleza de una mente así, no su descripción verbal? La mente, entonces, es altamente sensible, capaz de intensas reacciones sin conflicto, sensible a toda forma de demanda; una mente así está más allá de todo pensamiento y sentimiento, y su actividad ya no está dentro del campo de lo que llamamos deseo.

Para la mayoría de nosotros, me temo que esto no sea más que un montón de espuma, un estado que es de desear, o de crear. Pero no podéis llegar a él de esa manera ni por ningún medio. Surge cuando uno realmente comprende todo esto; no tenéis nada que hacer.

Como veis -si no habéis de malentender lo que se está diciendo- si podéis dejar solo el deseo, sea para que se vuele o para que se disipe, simplemente dejarlo solo, esa es la verdadera esencia de una mente que no está en conflicto.

16 de mayo de 1961

VIII

ME parece que, cuando pensamos sobre el temor, tenemos que considerar su relación con el conflicto. Para mí, cualquier forma de conflicto, externo o interno, es muy destructiva; pervierte el pensar de uno mismo. Cuando hay conflicto, todo problema deja su huella en la mente; ésta llega a ser el suelo en que crece la raíz del problema. Para la mayoría de nosotros el conflicto parece tan natural e inevitable que lo aceptamos sin reparo. Pugnamos contra él, decimos que no debemos estar en conflicto, pero invariablemente lo estamos. Así pues, tal vez esta tarde podamos entrar en esto y ver si acaso es posible, viviendo en este mundo de locura, que la mente esté por completo libre de él

Pues bien, antes de entrar en eso, quisiera hablar sobre si hay un modo de pensar que no sea positivo; porque me parece que todo nuestro pensar positivo es en realidad sólo una reacción. Con la palabra 'positivo' me refiero a cuando decimos: 'tengo que', 'no tengo que', 'yo debería ser', 'yo no debería ser'; y este pensar positivo produce su propia reacción de resistencia, de rechazo. No sé si puedo comunicar esto fácilmente; se requiere mucha comprensión para entender lo que está involucrado en lo que llamamos la manera positiva de acometer nuestros problemas.

El enfoque positivo busca una explicación del problema, su racionalización, tratando de escapar de él, tratando de hacer algo concreto para no quedar atrapado en él. Eso es lo que hacemos en la vida diaria. A ese proceso lo llamo pensar positivo: es una reacción frente al problema.

El problema es el conflicto. Parecemos estar perpetuamente en conflicto acerca de tantas cosas: en nuestra relación con el marido, con la esposa, con los hijos, con la sociedad, y en nuestra relación con las ideas, las creencias, los dogmas. Estamos en conflicto en la busca de realización y en la frustración que ello trae, en la busca de la verdad, de Dios, de lo que hay que hacer, de qué pensar, cómo comportarse, cómo corregir algo que ha ido mal: existe esta constante guerra interior en marcha. Y nuestro enfoque para todo ello, me parece, es siempre positivo -esto es, hacer algo con respecto a ello, eludirlo, ingresar en sociedades, buscar alguna clase de droga, ya sea una droga religiosa, un tranquilizante o lo que fuera. Y esta actitud positiva es realmente una reacción frente al problema, ¿no es así?

Ahora bien, creo que hay una actitud negativa que no es una reacción, y que no es el opuesto del enfoque positivo. Actualmente, cuando tengo un problema como conflicto, no sé cómo resolverlo; y por eso recurro a diversas formas de escape: mediante el recuerdo, ponderándolo, combatiendo conmigo mismo, esperando lograr alguna especie de resultado, esperando que algo ocurra. Para mí, semejante actitud no nos ayuda a estar libres de conflicto, y creo que hay un enfoque que no es el positivo, tal como conocemos lo positivo, sino que es un proceso negativo de comprensión, no una reacción. Me gustaría entrar en esto un poquito.

Como veis, la mente debe estar del todo vacía para ver algo nuevo. Y lo nuevo no se produce por la investigación del problema, por su análisis. Si sois un matemático, un hombre de ciencia, un ingeniero, etc., y tenéis un problema, tratáis de analizarlo, de mirarlo desde todos los ángulos, hasta que la mente queda exhausta y lo deja dormir, o lo olvida por un tiempo; y en ese intervalo, después de una hora o cosa así, o unos

días, puede aparecer la solución. Todos sabemos esto. Pero esa respuesta no proviene de una mente nueva, fresca, vacía. Una mente nueva está del todo libre de conflicto. No tiene problemas. Y cualquier problema que surja, cualquier reto que le llegue, no deja huella, ni por un segundo; porque la impresión que persiste aunque sea un segundo deja una huella, y por eso condiciona a la mente. Como veis, sólo la mente vacía, no la mente en blanco, sino la que está plenamente viva, respondiendo a todos los retos -no como una reacción, no como un problema, sino absorbiéndolos por completo- puede sondearlos en un instante y acabar con ellos de inmediato. Y es sólo una mente vacía con esa calidad, dé esa naturaleza, la que puede estar libre de conflicto. Sólo una mente así es apasionada. Para mí, esa palabra, 'apasionada', tiene un sentido muy distinto de la acepción común. Creo que uno tiene que ser apasionado, que tiene que ser intenso, pero no con respecto a algo. Esta intensidad es diferente del entusiasmo, que es solo temporario. Una mente que está en conflicto nunca puede ser apasionada; y es sólo una mente apasionada la que ve la belleza de la vida, la belleza de todas las cosas: y esa belleza es algo extraordinario.

De modo que la cuestión es ésta: ¿es posible estar libre de conflicto -no de manera teórica, intelectual, verbal, no en un estado hipnótico, sugestionándose a sí mismo para decir que es o que no es posible- sino estar de hecho libre? ¿Es realmente posible, viviendo en este mundo, teniendo relaciones, yendo a la oficina, pensando, sintiendo, siendo brutalizado por la sociedad, estar libre de conflicto? No se si os habréis hecho esa pregunta. ¿O es que os la estoy imponiendo? Tal vez hayamos aceptado el conflicto como inevitable y hayamos convertido a Dios en el último refugio de paz, de calma, y todo lo demás.

Pero si uno se ha preguntado si la mente puede estar en realidad libre de conflicto, entonces creo que tiene uno que penetrar mucho más profundamente en el problema, cosa que espero podamos hacer esta tarde. ¿Por qué surge el conflicto? ¿Por qué surge un conflicto con mi esposa, mi marido, mi prójimo, con una idea? Responderé a mi manera; pero si podéis descubrir por vosotros mismos por qué estáis en conflicto, entonces creo que mi explicación y vuestro propio sentir concordarán. De lo contrario la comunicación es imposible. Espero comprenderéis lo que quiero decir.

Quiero, pues, saber por qué estoy en conflicto, no meramente la explicación superficial, sino que realmente quiero llegar a su raíz. Hay conflicto consciente y también inconsciente, enterrado en lo profundo de los mas íntimos rincones de mi mente, los conflictos secretos de los que nadie se entera; y quiero indagar esto hasta el fondo mismo. Ahora bien, ¿va uno a analizarlo, va a indagar en las razones, o es que lo ve como en un relámpago?

Como sabéis, aun los freudianos, los junguianos y los analistas están empezando a cambiar sus ideas. Creen que no tienen ya que tardar meses y años para desenredar al pobre individuo. Es demasiado costoso; sólo los ricos pueden permitírselo, de modo que tratan de encontrar un medio mas rápido. En lugar de tener al paciente hablando día tras día, mes tras mes, algunos de ellos están ensayando drogas, productos químicos, y una manera directa, personal, de enfrentarse con él. No es que yo haya leído libros sobre esto, pero tengo amigos, analistas y no analistas, que vienen y hablan conmigo de todo esto. En el proceso del análisis, a menos que seáis muy, muy cuidadosos, observando minuciosamente y sin falsear nunca lo que observáis, omitiréis algo, interpretaréis niel alguna cosa, y en el siguiente examen se reforzará el error. Seguid esto, por favor, y comprended que el análisis, la disección, la descomposición en partes, no es el camino. Ni lo es el control, la evasión.

Quiero saber por qué hay conflicto, este cúmulo de contradicciones. Ahora bien, ¿cómo vais a descubrir la raíz misma del asunto? Porque, si uno puede hallar su raíz, entonces ese mismo descubrimiento traerá un enfoque negativo, y no creará una reacción que tenga una acción positiva sobre lo que se descubre. ¿Comprendéis? Voy a penetrar más en ello.

Quiero saber cuál es la causa del conflicto, del conflicto total: las contradicciones, los deseos tiroteando en diferentes direcciones y el temor que surge. Pero saber es una cosa, y vivencias de hecho es otra, ¿no es así? Saber implica un observador que mira, y vivenciar es un estado en que no hay experimentador. Esto es, yo puedo deciros verbalmente cuál es la causa radical del conflicto, y vosotros podéis convenir conmigo o no, o aceptarlo y añadirlo a vuestras ulteriores explicaciones; o hay una cosa enteramente distinta, que es que, al escuchar la descripción misma, estáis vivenciando al propio tiempo la cuestión central que crea conflicto. ¿Lo estoy aclarando?

Mirad: saber es una cosa, y vivencias es otra. Saber sobre Dios o la verdad es una cosa, pero vivenciar efectivamente algo de esa inmensidad es muy diferente. La mayoría de nosotros somos conscientes de que estamos funcionando desde un centro, el centro que ha llegado a ser conocimiento, el centro que es experiencia, el centro desde el cual se producen todas las compulsivas ansias y las resistencias, el centro que siempre está buscando seguridad. Os ruego que no aceptéis mis palabras, sino que experimentéis de hecho el centro desde el cual pensáis, el 'yo'. Y donde hay un centro tiene que haber una circunferencia; y la batalla se

entabla para alcanzar la circunferencia, *lo que debería ser*. La circunferencia es siempre cosa diferente de *lo que es*. ¿No es eso así?

Todo esto lo sabemos. Sabemos que, habiendo experimentado eso, todas nuestras actividades, pensamientos y sentimientos son moldeados, proyectados, condicionados por el centro, y el centro inmediatamente dice: 'tengo que librarme de ello'. Hay pues una división entre el centro y la cosa que debería ser o la cosa que ha sido. Siempre hay esta división, y el conflicto es esencialmente la guerra entre *lo que debería ser* y *lo que es*. *Lo que es*, que es el centro, siempre está tratando de amoldarse a *lo que debería ser*, y de esa dualidad surge el conflicto.

Ahora bien, el centro está formado por los recuerdos acumulados de la experiencia, el resultado del conflicto con lo opuesto, con lo que debería ser. Soy un hombre sensual, y creo que no debería serlo, y el conflicto entre las dos cosas crea la memoria, que forma el centro, ¿no es así? El centro es memoria. Ahora bien, la memoria no tiene realidad, no es un hecho; es algo muerto, ido, terminado, aunque en un cierto nivel pueda ser utilizada cuando es necesario. Pero eso está muerto; y sin embargo nuestra vida está guiada por esta cosa muerta, por algo que no es real. Partiendo de esto funcionamos, y así crece el temor; y por eso existe la contradicción del deseo.

Dejémoslo ahí por el momento y considerémoslo de otra manera.

Creo que la mayoría de nosotros sabemos lo que es sentirse solo. Conocemos ese estado en que todas las relaciones han sido cortadas, en que no hay sentimiento del futuro ni del pasado, una sensación de completo aislamiento. Podéis estar con muchísimas personas, en un autobús repleto, o simplemente sentado junto a vuestro amigo, marido o esposa, y de pronto viene sobre vosotros esta ola, esta sensación de un vacío espantoso, una vacuidad, un abismo. Y la reacción instintiva es escapar de eso. Acudís pues a la radio, charláis, o ingresáis en alguna sociedad, o predicáis sobre Dios, la verdad, el amor y todo lo demás. Podéis escapar por medio de Dios, o por medio del cine; todas las evasiones son lo mismo. Y la reacción es el miedo de esta sensación de completo aislamiento y la evasión. Conocéis todas las evasiones: por el nacionalismo, por vuestro país, vuestros hijos, vuestro nombre, vuestras propiedades, por todo lo cual estáis dispuestos a combatir, a luchar, a morir.

Ahora bien, si uno se da cuenta de que todas las evasiones son lo mismo, y si ve realmente el significado de una sola de las evasiones ¿podéis entonces seguir escapando? ¿O es que no hay evasión? Y si no escapáis, ¿hay todavía conflicto? ¿Me seguís? El escapar de *lo que es*, el esfuerzo para llegar a alguna otra cosa que *lo que es*, esto es lo que crea conflicto. Por eso una mente que quiera trascender este sentimiento de soledad -esta cesación repentina del recuerdo de todas las relaciones, en las que están involucrados los celos, la envidia, la adquisividad, el tratar de ser virtuoso y todo eso- tiene primero que hacerle frente pasar por ello, de modo que el temor, en cualquier forma que sea, se extinga. ¿Puede, pues, la mente, ver la futilidad de todos los escapes, a través de uno de ellos? Entonces no habrá conflicto, ¿verdad? Porque no hay observador de la soledad: hay la vivencia de ella ¿Me seguís? Esta soledad es la cesación de toda relación; las ideas ya no importan; el pensamiento ha perdido su significado. Lo estoy describiendo, pero por favor no os limitéis a escuchar; porque entonces, cuando dejéis esta sala quedaréis sólo con cenizas. Al fin y al cabo, el propósito de estas discusiones es liberarse de hecho de todos estos terribles enredos, tener en la vida alguna otra cosa que el conflicto, el temor y el cansancio y fastidio de la existencia

Donde no hay temor, hay belleza, no la belleza de que hablan los poetas y que pintan los artistas, etc., sino algo completamente diferente. Y para descubrir la belleza, tiene uno que pasar por este aislamiento completo -o más bien, no tenéis que pasar por él, está ahí. Habéis escapado de él, pero ahí está, siempre siguiéndoos. Está allí, en vuestro corazón y vuestra mente, en las profundidades y rincones mismos de vuestro ser. Lo habéis encubierto, eludido, habéis huido; pelo ahí está. Y la mente tiene que pasar a través de él, como si pasara por un purgatorio de fuego. Ahora bien, ¿puede la mente pasar por ello sin reacción, sin decir que es un estado horrible? En cuanto tengáis reacción, habrá conflicto. Si lo aceptáis, tendréis todavía su carga; y si lo rechazáis, tropezaréis aun con él a la vuelta de la esquina. La mente tiene pues que pasar por ello. ¿Estáis siguiendo todo esto? Entonces la mente es esa soledad, no tiene que pasar por ella; es ella. Desde el momento en que penséis en términos de pasar por algo y de llegar a otra cosa, de nuevo estaréis en conflicto. En cuanto digáis: '¿cómo voy a pasar por ello, cómo voy a mirarlo realmente?' estaréis de nuevo atrapados en el conflicto.

Hay pues vacío, existe esta extraordinaria soledad, que ningún Maestro, ningún *gurú*, ninguna idea, ninguna actividad puede alejar. Os habéis entretenido, habéis jugado con todos ellos; pero ellos no pueden llenar este vacío, es un pozo sin fondo. Pero deja de ser un pozo sin fondo en cuanto lo estéis vivenciando, ¿comprendéis?

Como veis, si la mente ha de estar del todo libre de conflicto, totalmente, completamente sin aprensión, temor ni ansiedad, tiene que vivenciarse este extraordinario sentimiento de no tener relaciones con nada; y de eso proviene un sentido de unitotalidad. Por favor, no imaginéis que lo tenéis, es una cosa muy ardua. Es sólo entonces, en ese sentimiento de unitotalidad en que no hay temor, que existe un movimiento hacia lo inconmensurable; porque entonces no hay ilusión, no hay creador de ilusión, no hay poder de crear ilusión. Mientras hay conflicto, existe el poder de crear ilusión; y con la total cesación del conflicto, todo temor habrá cesado, y, por lo tanto, ya no hay más búsqueda.

Me pregunto si comprendéis. Después de todo, estáis aquí porque estáis todos buscando. Y, si lo examináis, ¿qué es lo que buscáis? Buscáis algo más allá de este conflicto, de esta miseria, de este sufrimiento, agonía, ansiedad. Estáis buscando un camino de salida. Pero si comprendéis aquello de que hemos estado hablando, entonces toda búsqueda cesa, cosa que es un extraordinario estado de la mente.

Sabéis que la vida es un proceso de reto y respuesta, ¿no es así? Hay el reto exterior -el reto de la guerra, de la muerte, de docenas de cosas diferentes- y nosotros respondemos. Y el reto siempre es nuevo, pero todas nuestras respuestas son siempre viejas, condicionadas. No sé si esto está claro. Para responder al reto tengo que reconocerlo, ¿no es así? Y si lo reconozco, es en término del pasado; es, pues, lo viejo, evidentemente. Vedlo, por favor, porque quiero avanzar un poco más.

A un hombre que está muy vuelto hacia dentro, los retos exteriores ya no le importan; pero tiene todavía sus propios retos y respuestas interiores. Mas yo estoy hablando de una mente que ya no busca, y, por consiguiente, ya no tiene reto y respuesta. Y éste no es un estado satisfecho, contento, como el de una vaca. Cuando habéis comprendido el significado del reto y la respuesta exterior, y el significado del reto interior que uno se presenta a sí mismo, y su respuesta, y habéis pasado por todo eso velozmente -sin tardar meses ni años en ello- entonces la mente ya no está moldeada por el medio ambiente; ya no es influenciable. La mente que ha pasado por esta extraordinaria revolución puede enfrentar todo problema, sin que el problema deje ninguna huella, ninguna raíz. Entonces, todo sentimiento de temor ha desaparecido.

No sé hasta qué punto habréis seguido todo esto. Como veis, escuchar no es simplemente oír; escuchar es un arte. Todo esto forma parte del autoconocimiento; y si uno ha escuchado en realidad, y ha penetrado en sí mismo profundamente, ello es una purificación. Y lo que se purifica recibe una bendición que no es la bendición de las iglesias.

18 de mayo de 1961

IX

ESTA mañana quisiera, si se me permite, hablar sobre el tiempo y la muerte; y como es un tema bastante complejo, creo que valdría la pena comprender qué significado tiene el aprender. La vida es un vasto complejo, con toda su inquietud, sufrimiento, angustias, amor, celos y acumulaciones; y aprendemos mediante penoso esfuerzo. Este aprender es un proceso de acumulación. Para nosotros, todo aprender es un proceso aditivo; y cuando hay adición, acumulación, ¿se aprende algo acaso? ¿Es aprender el acumular? ¿O es que sólo se aprende cuando la mente es del todo inocente? Creo que deberíamos investigar esto un poco, pues para comprender el tiempo y la muerte tiene uno que aprender, tiene que experimentar; y experimentar no es en modo alguno un proceso acumulativo.

Así también, el amor nunca es acumulación. Es algo siempre nuevo. No es cosa que nazca del recuerdo. No tiene ninguna relación con el cuadro que está sobre la repisa de la chimenea. De modo que tal vez si podemos, por tanteos pero bastante inteligentemente, comprender lo que significa aprender, entonces podremos explorar la cuestión del tiempo y la muerte, y quizá descubrir también lo que significa amar.

Para mí, el aprender implica un estado de mente que nunca está acopiando, nunca acumulando. Si uno aprende con una mente que ya ha acopiado, entonces tal aprender sólo es mera adquisición de más conocimiento ¿no es así? La acumulación de conocimiento no es aprender. Las máquinas electrónicas lo están haciendo, adquieren cada vez más conocimiento; pero son incapaces de aprender. La adquisición de conocimiento es un proceso mecánico, y el aprender nunca puede ser una cosa mecánica. Una mente tiene que estar siempre fresca, ser joven, inocente, para aprender, y una mente que esté aprendiendo siempre estará, por cierto, en un estado de humildad -no la humildad cultivada por el monje, el santo, o la persona erudita. Una mente que esté aprendiendo tiene su propia dignidad, porque se encuentra en un estado de humildad.

Utilizo la palabra 'aprender' en un sentido muy diferente, no como un proceso de adquirir conocimiento. Vivir con una cosa, y adquirir conocimiento sobre ella, son dos estados distintos. Para aprender sobre algo

tenéis que vivir con ello; y si ya tenéis conocimiento sobre ello, no podéis vivir con eso, porque entonces sólo estáis viviendo con vuestro propio conocimiento. Para descubrir por nosotros mismos acerca del problema extraordinariamente complejo del tiempo y de la muerte, tiene uno que aprender, y por lo tanto vivir con él; y esto es por completo impedido si lo abordamos con la acumulación de lo que ya conocemos, con conocimiento Ahondaré en esto un poco y tal vez podamos comunicar unos con otros.

El otro día estábamos hablando sobre el deseo. Entramos en ello bastante hondamente, pero creo que omitimos algo: que el deseo está íntimamente relacionado con la voluntad. Esta última implica seguramente, no sólo deseo, sino también elección. Donde haya elección, hay voluntad, y por lo tanto surge el problema del tiempo.

Por favor, si se me permite sugerirlo, escuchad todo esto hasta el fin. No os aferréis a partes de ello con las que estáis de acuerdo o en desacuerdo, sino consideradlo en su totalidad, en todo su contenido. Es cuestión de percepción, de ver algo directamente; y cuando veis algo muy directamente, entonces ni estáis de acuerdo ni en desacuerdo: es así.

De modo que, como decía, por el conflicto exterior e interior desarrollamos voluntad. Y la voluntad es una forma de resistencia, evidentemente, tanto si es la voluntad de logro como la voluntad de ser, el impulso a negar o la determinación de sostener algo. La voluntad está constituida por los muchos hilos del deseo, y con eso vivimos. Y cuando indagamos el tiempo, necesitamos una percepción que es del todo diferente de la voluntad de comprender. No sé si esto está claro, pero seguiré adelante con ello quizá lo veáis. Esta es una plática informal, no preparada; es más o menos un inquirir en uno mismo; y entrar en ello en una charla pública es una cosa, pero penetrar uno solo en todo esto es muy distinto. Lo que estamos tratando de hacer es comunicarnos mutuamente este viaje en el tiempo. El inquirir implica también tiempo, y el reunir palabras implica tiempo, y toda comunicación se basa en el tiempo. Y tal vez haya comprensión de lo que es el tiempo, y qué es lo atemporal, no por medio de palabras ni por comunicación verbal o intelectual, sino acaso pasando por alto todo el proceso. Pero desgraciadamente tenemos primero que indagar el tiempo verbalmente, intelectualmente. Mas esta indagación es en el sentido de aprender sobre ello, que no es recordar lo que habéis leído, ni simplemente oír las palabras que estoy diciendo, sino su percepción, el verlo directamente por vosotros mismos. Y creo que esto puede tener un inmenso valor.

El tiempo es a la vez cronológico y psicológico, exterior e interior. Y el conflicto surge cuando se introduce el tiempo en nuestra vida en forma de 'seré', 'no seré', 'tengo que llegar', 'tengo que realizar'. Y si la mente pudiera eliminar todo ese proceso, entonces podríamos hallar que la mente ya no es medible, carece de frontera, y sin embargo puede vivir en este mundo totalmente, completamente, con todos sus sentidos.

Para la mayoría de nosotros, el tiempo cronológico, en forma de hoy, mañana y ayer, es esencial. Aprender una técnica, ganarse la vida, implica tiempo. Está ahí, y no podéis evitarlo; es una realidad. Necesitáis tiempo para llegar aquí; necesitáis tiempo para aprender un idioma; existe el tiempo en el avance de la juventud a la vejez; se tarda tiempo, que implica distancia y espacio, en ir desde aquí a la luna. Todos estos son hechos, y sería absurdo e insensato negarlo.

Ahora bien, ¿existe acaso cualquier otro tiempo, como un hecho? ¿O es que la mente ha inventado el tiempo psicológico como medio de logro, como medio de llegar a ser algo? Soy envidioso, adquisitivo, brutal; pero con el tiempo me libraré gradualmente de la envidia, seré no violento. ¿Es eso una realidad, es un hecho como lo es la distancia de Londres a París? ¿Existe cualquier otro hecho tan definido y real corno el espacio y la distancia? En otras palabras: ¿existe siquiera el tiempo psicológico? Aunque lo hemos inventado, aunque vivimos con él, aunque es un hecho para nosotros, ¿existe semejante cosa? Aceptamos el tiempo cronológico y aceptamos también el tiempo psicológico, y de los dos decimos: son hechos. Uno, el tiempo cronológico, es un hecho; pero pongo en duda que el otro lo sea ¿Es necesario el tiempo para ver algo claramente, inmediatamente? Para ver la adquisividad, la envidia, todas las cosas, el sufrimiento implicado en la envidia, para ver la verdad de ello, ¿es necesario el tiempo? ¿O es que la mente inventa el tiempo psicológico para gozar de los frutos de la envidia y eludir su dolor? De modo que el tiempo puede ser el refugio de una mente indolente. Es la mente perezosa la que dice: 'no puedo ver eso inmediatamente, déme tiempo, voy a mirarla durante un período más largo; más adelante haré algo sobre ello'; o: 'sé que soy violento; pero gradualmente, cuando ya no me guste, cuando eso ya no me beneficie, cuando ya no goce con ello, lo abandonaré'. Por lo tanto, nace el ideal: la idea de 'lo que debería ser' se coloca a distancia, lejos del hecho de 'lo que es'. Hay, pues, un espacio entre el hecho y 'lo que debería ser'. Y yo pregunto: ¿es un hecho el ideal de 'lo que debería ser'? ¿ O es una conveniente invención de la mente para poder seguir adelante con los placeres y dolores, con la indolencia de la postergación?

Ahora bien, para ver algo de inmediato -lo absurdo de la envidia, de la competencia, de la moralidad social- para ver de inmediato la falsedad de eso, ¿se requiere tiempo? Para transformar la mente, para que ésta

se libere de su propio condicionamiento ¿hace falta tiempo? Como sabéis, tal como se entiende generalmente, una revolución implica poner en práctica una norma económica, social, política o de otra clase, como reacción contra lo que ha sido antes. Para mí, una reacción no es una revolución. Una revolución es instantánea y no tiene relación alguna con una reacción.

La mente, después de todo, es el resultado de muchos miles de ayeres; y siendo ella misma el resultado del tiempo, siempre piensa en términos del ayer, el hoy y el mañana. Y para descubrir si existe una atemporalidad, para descubrir realmente, para aprender sobre ello, tiene que haber una revolución completa en la mente misma. ¿Estoy trasmitiendo algo, o nada en absoluto?

Mirad: sois un inglés, un italiano, un francés, un hindú, o lo que sea, y con ello van todas las actitudes hacia la vida que condicionan, que separan, que dividen. Y este condicionamiento se ha producido a través del tiempo, por la educación, la propaganda; durante dos mil años la iglesia os ha adoctrinado para que seáis cristianos. Y este condicionamiento de la religión, del nacionalismo, de la separatividad, tiene evidentemente que ser destruido por completo, porque todas esas cosas son fronteras, limitaciones de la mente. ¿Y es cuestión de tiempo la destrucción de todo esto?

Mirémoslo de manera distinta. ¿Dónde existe el tiempo, no sólo el del reloj, sino el tiempo interno? ¿Dónde existe? Por favor, no es esta una pregunta retórica o de argumentación, ni una pregunta hecha sólo para estimular vuestra mente -eso es todo demasiado tonto. Pregunto esto porque el espacio, el tiempo y la distancia tienen que existir en un estado en el que no hay tiempo en absoluto. Ese estado debe existir primero, y cualquier otro entra en él. Sin atemporalidad, no hay espacio ni distancia. Os ruego que no aceptéis ni neguéis esto: tenemos que tentar nuestro camino en ello. Todavía no os he comunicado su sentido, de modo que no podéis decir que sea así o no, o que lo que digo no significa nada para vosotros.

Mirad, existís en el espacio. Sin espacio no existiríais. Sin el espacio entre dos palabras, éstas carecen de sentido; sin el espacio entre dos notas, no habría música. El espacio es la cosa desconocida, en la que lo conocido existe. Sin lo desconocido, no existe lo conocido. No sé si os lo estoy trasmitiendo. Por favor, esto no es algo sentimental, que pueda ser motivo de risa o de aceptación. Voy a seguir para entrar en alguna otra cosa. Si cualquier cosa que uno dice muere, no hay vida.

La mayoría de nosotros queremos una vida que tenga continuidad, la cual es tiempo y espacio. Por consiguiente, para nosotros la muerte es un horror que hay que evitar, y la vida es algo que hay que prolongar, mediante la medicina, los médicos, etc. O bien, frente a lo inevitable de la muerte, decimos, 'quiero creer en algo: que yo continuaré y que vosotros continuaréis siempre en el espacio'.

De modo que, si puede uno decirlo así, en el seno de lo desconocido, existen el tiempo y el espacio. Pero, sin tentar el propio camino en lo desconocido, la mente se hace esclava del tiempo y del espacio. Hemos tardado tiempo en llegar aquí, pero ¿se emplea tiempo para percibir algo, para ver algo que no es cuestión de tiempo? El ver que algo es falso, ¿lleva tiempo?

¿Lleva tiempo el ver lo falso del nacionalismo, lo ponzoñoso que es? Por favor, aguardad un minuto, no digáis que sí. No me refiero al ver intelectual, verbal, sino al ver real, a la percepción efectiva de ello, de modo que jamás volváis a tocarlo -eso, seguramente, no requiere tiempo ¿verdad? Uno sólo depende del tiempo cuando la mente es ineficaz, indolente.

Y la muerte. . . ¿por qué hay tal miedo a la muerte? No sólo para los viejos, sino para todos existe este miedo. ¿Porqué ? Y como tenemos miedo, hemos inventado todas las bellas teorías consoladoras: la reencarnación, el *karma*, la resurrección y todo lo demás. Es el temor lo que hay que comprender; pero no volvamos al temor; estamos tratando de comprender lo que significa morir.

La mayoría de nosotros queremos continuidad física -el recuerdo de las cosas que hemos sido, las esperanzas, las satisfacciones, las realizaciones- la mayoría vivimos con los recuerdos, las asociaciones, los cuadros sobre la repisa, los retratos. Y todo eso puede interrumpirse cuando cesa el cuerpo físico; y eso es algo muy perturbador. He vivido tanto tiempo, cincuenta o sesenta años; me he esforzado en cultivar ciertas virtudes, en adquirir conocimiento; y ¿cuál es el valor de la vida, si voy a ser separado de todo ello, si voy a cesar en el instante? Por consiguiente, el tiempo-espacio interviene. ¿Me seguís? Digo tiempo, como espacio y distancia. Para nosotros, pues, la muerte es cuestión de tiempo. Pero aquello que tiene continuidad, que no conoce terminación, nunca puede renovarse, nunca puede ser joven, fresco, inocente. Sólo aquello que muere tiene la posibilidad de creación, de renovación, de frescura. ¿Es, pues, posible morir mientras se vive, conocer la vitalidad, la energía de la muerte, con todos los sentidos plenamente despiertos? ¿Qué significa la muerte? No la muerte de vejez, enfermedad y accidente, sino la muerte de una mente que está en plena actividad, que ha probado, ha experimentado, y ha adquirido conocimientos; lo cual significa, en realidad, la muerte del ayer. ¿Comprendéis?

No sé si alguna vez habréis probado, por divertiros, a morir para todo lo que habéis conocido. Entonces diréis: 'si muero para todos mis recuerdos, para mi experiencia, mis conocimientos, mis fotografías, mis símbolos, mis apegos y ambiciones, ¿qué queda? Nada. Mas, para aprender sobre la muerte, la mente ha de hallarse, por cierto, en un estado en que es como nada. Tomemos un ejemplo: ¿habéis tratado alguna vez de morir, no sólo para el sufrimiento, sino para el placer? Queremos morir para el sufrimiento, para los recuerdos desagradables; pero morir también para el placer, para los gozos, para las cosas que os dan una enorme sensación de vitalidad, ¿lo habéis ensayado? Si es así, veréis que podéis morir para el ayer; morir para todo, de modo que cuando vais a la oficina, al trabajo, vuestra mente esté nueva. Eso, por cierto, es amor ¿no es así?, no las cosas recordadas.

De modo que la mente se ha formado a través del tiempo; la mente es tiempo. Todo pensamiento moldea la mente en el tiempo. Y para no ser moldeado por el tiempo, el pensamiento debe terminar por completo; no de manera forzada, no en forma mecánica, no eliminándolo, sino la terminación que resulta de ver la verdad de que debe terminar.

Así pues, si uno ha de aprender sobre la muerte, tiene que vivir con la muerte. Si queréis aprender con respecto a un niño, tenéis que vivir con el niño, y no asustaros de él. Pero la mayoría de nosotros muere un millar de muertes antes de la verdadera muerte. Vivir con la muerte es morir para el ayer, de modo que el ayer no deje huella en el hoy. Probadlo. Cuando existe la percepción de lo que es verdad sobre esto, entonces el vivir tiene otro sentido muy diferente; entonces no hay división entre la vida y la muerte. Pero nosotros nos asustamos de vivir y también de morir; y no comprendemos ni la vida ni la muerte. Para vivir con algo, tenemos que amarlo; y amar es morir para el ayer. Entonces podéis vivir. Vivir no es la continuidad de la memoria, ni retroceder al pasado y decir: '¡qué maravillosamente lo pasé cuando era muchacho!'

No conocemos la muerte ni conocemos la vida. Conocemos los trastornos, las ansiedades, la culpabilidad, los temores, las espantosas contradicciones y conflictos; pero no sabemos lo que es vivir. Y sólo conocemos la muerte como algo espantoso, temible; lo apartamos y no hablamos de ello. Y huimos hacia alguna forma de creencia, como la de los platos voladores, o la reencarnación, o alguna otra cosa.

Hay, pues, un morir, y por lo tanto un vivir, cuando se comprenden el tiempo, el espacio y la distancia en términos de lo desconocido. Mirad, nuestras mentes siempre actúan en términos de lo conocido, y nos movemos de lo conocido a lo conocido, y no sabemos ninguna otra cosa; y cuando la muerte interrumpe esta continuidad de lo conocido con lo conocido, nos asustamos. Y no hay consuelo. Lo que queremos es consuelo, no la comprensión de algo, el vivir con algo que no conocemos.

De modo que lo conocido es el ayer. Eso es lo único que conocemos. No sabemos lo que es el mañana. Proyectamos el pasado a través del presente hacia el futuro; y por ello nacen la esperanza y la desesperación. Pero para comprender realmente eso que se llama muerte, que tiene que ser algo extraordinario, incognoscible, impensable, inimaginable, tiene uno que aprender sobre ello, vivir con ello, llegar a ello sin conocimiento y sin miedo. Y yo digo que es posible, que uno puede morir para los muchos ayeres. Al fin y al cabo, los muchos ayeres son placer y dolor. Y cuando morís para el ayer, la mente está vacía; y se asusta de ese vacío, por lo cual empieza de nuevo, pasando de una cosa conocida a otra. Pero si puede uno morir para el placer y el dolor -no un placer o un dolor determinados- entonces la mente está sin tiempo ni espacio, y una mente así tiene entonces tiempo y espacio sin el conflicto del tiempo y el espacio. No sé si seguís esto. Creo que el lenguaje es muy limitado. Podríamos discutir esto.

INTERLOCUTOR: *Siempre he creído que donde hay espacio tiene que haber tiempo, y parece que vos lo presentéis de modo algo distinto. ¿No es tiempo el espacio entre dos palabras?*

KRISHNAMURTI: Tenor, conocemos a la vez el tiempo psicológico y el del reloj, y ¿cómo va a descubrir, la mente que está atada a estos dos tiempos -en que están involucrados espacio y distancia- cómo va a descubrir si hay un tiempo sin espacio y distancia? ¿Me seguís? Quiero descubrir si hay una atemporalidad, en la cual no existe ninguna medida en forma de tiempo y espacio. Ante todo, ¿es posible descubrir una cosa así? Podría no serlo. Si no es posible, entonces la mente es siempre esclava del tiempo y del espacio, entonces es cosa terminada. Entonces es una mera cuestión de ajuste, de tratar de tener un poco menos de sufrimiento, etc. Comprendiendo todo esto, ¿puede la mente, sin autoridad, descubrir por sí misma si existe una atemporalidad? Y ¿cómo va a descubrirlo? Sólo puede descubrirlo abandonando el tiempo psicológico, como cuando ve algo inmediatamente. Lo que significa ¿no es así? que la mente se libera del centro alrededor del cual se mueve, y que hay un morir para el centro que ha acumulado placer y rechazado el dolor. Y creo que eso tiene una relación directa con nuestra vida diaria.

INTERLOCUTOR: *¿No es el tiempo cronológico lo mismo que el psicológico?*

KRISHNAMURTI: En cierto sentido los dos son lo mismo. ¿No existe para la mente el apremio de hallarse en un estado de algo permanente? Para nosotros la permanencia es muy importante ¿no es así? Pero no hay tal permanencia, porque hay guerra, hay muerte, mi esposa se escapa con alguien, etc. El ansia de tener permanencia es el deseo de estar seguro. Pero la mente se opone a la inseguridad, de modo que inventa esperanzas y la idea de un dios permanente. Un dios que hacemos permanente en el tiempo y el espacio, no puede ser Dios; de modo que si la mente pudiera ver de manera inmediata la verdad, el hecho de que no hay nada permanente, entonces creo que el tiempo, la muerte y el amor tendrán un significado del todo diferente.

INTERLOCUTOR: *Después de detenerse el corazón, ¿hay pensamiento como persona?*

KRISHNAMURTI: ¡Oh, cómo anhelamos descubrir acerca de esto! ¡Cómo nos incorporamos en el asiento y atendemos!

Veamos. ¿Hay pensar personal y pensar colectivo? ¿O es que todo pensar es colectivo, sólo que nosotros lo personalizamos? Todos sois británicos: eso es pensar colectivo. Todos sois cristianos: también es pensar colectivo. Hay pensamiento individual sólo cuando trascendéis lo colectivo, cuando ya no estéis confinados, limitados, condicionados. Así, somos ciertamente individuos sólo en el sentido de que un organismo está separado de otro, en el sentido de que hay un espacio y una distancia entre nosotros. ¿No es colectivo todo nuestro pensar -lo cual es una idea bastante horrible-, pero no es así?

INTERLOCUTOR: *Si se os dijera que vais a morir mañana tendría eso algún efecto sobre vos personalmente?*

KRISHNAMURTI: Ninguno en absoluto, seguiría adelante. Pero la cuestión es: ¿hay pensar individual aparte del colectivo? Lo que trato de decir es esto. Se me ha educado como hindú, como cristiano, budista, o lo que sea, creyendo en todas las cosas en que cree la sociedad y formando parte de todo ello. ¿Hay pensamiento separado de eso? Todo pensamiento aparte de eso sólo puede ser una reacción ¿no es así? Puedo romper con el marco de lo colectivo y decir que estoy separado, pero en realidad eso es sólo una reacción dentro del marco, ¿verdad? Yo hablo de rechazar totalmente el marco. ¿Es posible? Si lo es, entonces hay un pensar individual que no es simplemente una reacción contra lo colectivo.

Después de todo, la muerte es la ruptura con lo colectivo. La muerte es la ruptura con el marco, en el que existe el pensar colectivo y la reacción contra lo colectivo que llamáis pensar individual, pero que sigue formando parte de lo colectivo. Morir para todo eso puede ser, y tiene que ser algo enteramente diferente, algo que no puede medirse en términos de lo colectivo ni en términos de lo individual, algo incognoscible, desconocido. Y yo digo que si no existe lo desconocido, y si lo conocido no existe dentro de lo desconocido, entonces no somos más que esclavos de lo conocido, y no hay ninguna salida. Lo incognoscible sólo es posible cuando uno muere para lo conocido.

21 de mayo de 1961

X

ME gustaría hablar esta tarde sobre la calidad de la mente meditativa. Puede ser bastante complejo y abstracto, pero si entra uno a fondo en ella -no tanto en detalle, sino para descubrir su naturaleza, su sensibilidad, su esencia- entonces tal vez valga la pena; entonces, acaso sin esfuerzo consiente ni propósito deliberado, podremos penetrar a través de la mente superficial, que vuelve nuestras vidas tan vacuas, tan superficiales y tan dominadas por los hábitos

Y creo que valdría la pena, ante todo, el que pudiéramos darnos cuenta por nosotros mismos de lo superficiales que somos. Me parece que cuanto más superficiales somos, más activos nos volvemos, más vulgares nos hacemos, y más nos entregamos a reformas sociales. Coleccionamos obras de arte, charlamos sin cesar, tenemos actividades sociales, conciertos, libros, vamos a galerías de pintura y tenemos la infaltable oficina y negocios. Estas cosas nos embotan; y cuando percibimos este embotamiento tratamos de agudizarnos con palabras, con el intelecto, con las cosas de la mente. Y siendo superficiales, también tratamos de escapar de esa vacuidad hacia las actividades religiosas, las oraciones, la contemplación, la persecución del

conocimiento; nos volvemos idealistas, colgamos cuadros en las paredes, y así sucesivamente. Creo que sabemos muy bien, si acaso somos conscientes, cuán superficiales somos, y cómo una mente que sigue un hábito o practica una disciplina para llegar a ser algo, se vuelve más y más pesada, estúpida, de modo que pierde su agudeza, su sensibilidad. Es muy difícil que una mente superficial destruya su propia estrechez, sus limitaciones, su pequeñez. No sé si habréis pensado siquiera sobre todo esto.

Aquello de que voy a hablar esta tarde, reclama, no sólo cierta actividad de la mente, del intelecto, sino también un darse cuenta de la palabra y sus limitaciones. Y si podemos comunicarnos unos con otros, no sólo verbalmente, sino más allá de los símbolos que las palabras evocan en nuestras mentes, y también tentar nuestro camino juntos, entonces empezaremos a descubrir por nosotros mismos lo que es meditar, cuál es la calidad de la mente capaz de meditación.

Me parece que, sin la comprensión de la extraordinaria belleza de la meditación, por muy aparentemente inteligente, bien dotado, capaz y perspicaz que uno pueda ser, una vida así es muy superficial y tiene poco sentido. Y al darnos cuenta de que nuestras vidas tienen muy poco sentido buscamos entonces un propósito en la vida; y cuanto mas grande es el propósito que se nos ofrece, más nobles creemos que son nuestros empeños. Creo que es una actitud completamente errónea la de buscar un propósito. No hay propósito; sólo hay un vivir más allá de todo cálculo. Y, para descubrir ese estado que está más allá de todo cálculo, se requiere una mente muy cautelosa, aguda, clara, precisa, no una mente que haya sido embotada por el hábito.

Creo que es bastante claro que nuestras vidas son vacías, superficiales. Y una mente superficial se satisface con facilidad. Tan pronto como se siente descontenta, toma un curso estrecho, establece un ideal, persigue ‘lo que debería ser’. Y una mente así, haga lo que hiciere -sentarse con las piernas cruzadas, concentrarse sobre su ombligo o pensar sobre lo Supremo- seguirá siendo superficial, porque su esencia misma es superficial. Una mente estúpida nunca puede convertirse en una mente grande. Lo que puede hacer es darse cuenta de su propia estupidez; y en cuanto se dé cuenta por sí misma de lo que es, sin imaginar lo que debería ser, entonces hay un derrumbamiento de la estupidez. Cuando uno percibe esto, toda búsqueda termina, lo que no significa que la mente se estanque, se eche a dormir. Al contrario, ella hace frente a ‘lo que es’ efectivamente, cosa que no es un proceso de búsqueda, sino de comprensión.

Al fin y al cabo, la mayor parte de las personas están buscando felicidad, Dios, verdad, amor perpetuo, una permanente morada en el cielo, una virtud, un amor permanentes. Y me parece que una mente que busca es muy superficial. Creo que debemos ser un poco claros sobre este punto, que tenemos que investigarlo, debemos ver lo absurdo de una mente superficial y sus actividades, porque no podremos penetrar en lo que estamos explorando esta tarde si estamos pensando todavía en términos de buscar, de hacer un esfuerzo, tratando de descubrir. Por el contrario, necesitamos una mente extraordinariamente aguda, quieta, tranquila. Una mente superficial, cuando hace un esfuerzo para volverse silenciosa, seguirá siendo sólo un charco superficial. Una mente insignificante, que es muy instruida, muy astuta, muy llena de la adquisitiva búsqueda de Dios, de la verdad, o de algún santo, porque quiere llegar a alguna parte, sigue siendo superficial, porque todo esfuerzo es superficial, es el resultado de una mente limitada, estrecha. Una mente así jamás puede ser sensible; y creo que uno tiene que afrontar la verdad de eso. El esfuerzo para ser, para devenir, para rechazar, para resistir, para cultivar la virtud, para suprimir, para sublimar, todo eso es en esencia la naturaleza de una mente superficial. Probablemente la mayor parte de las personas no estarán conformes con esto, pero no importa. Me parece un hecho psicológico evidente.

Ahora bien, cuando uno comprende esto, cuando se da cuenta de esto y de hecho ve su verdad, no de manera verbal o intelectual, y no deja que la mente haga innumerables preguntas sobre cómo cambiarlo, cómo salir de esta superficialidad -todo lo cual implica esfuerzo-, entonces la mente comprende que no puede hacer nada acerca de sí misma. Todo lo que puede hacer es percibir, ver las cosas inflexiblemente, como son, sin falseamiento, sin aducir opiniones sobre el hecho; tan sólo observar. Y es sumamente difícil limitarse a observar, porque tenemos las mentes adiestradas para condenar, para comparar, para competir, para justificar, o para identificarnos con lo que vemos. Por eso ella nunca ve las cosas exactamente como son. Vivir con un sentimiento tal como es -ya se trate de celos, envidia, codicia, ambición o lo que queráis-, vivir con él sin falsearlo, sin tener ninguna opinión o juicio sobre él, exige una mente que tenga energía para seguir todos los movimientos de ese hecho. Un hecho real nunca está quieto; está en movimiento, vive. Pero nosotros queremos fijarlo para captarlo con una opinión, con un juicio.

Así, pues, una mente alerta, sensible, ve la futilidad de todo esfuerzo. Aun en nuestra educación, el niño, el estudiante que hace un esfuerzo para aprender, nunca aprende realmente. Puede adquirir conocimientos, puede obtener un grado; pero el aprender es algo que está más allá del esfuerzo. Acaso esta noche podamos aprender juntos, sin esfuerzo y sin quedar atrapados dentro de los campos del conocimiento.

Darse cuenta del hecho sin distorsión, sin coloración, sin darle ninguna tendencia, mirarnos a nosotros mismos tal como somos -con todas nuestras teorías, esperanzas, desesperaciones, sufrimientos, fracasos y frustraciones- agudiza la mente de manera asombrosa. Lo que la embota es la creencia, los ideales, los hábitos, el tratar de ampliarla, de hacerla crecer, de devenir o ser. Y, como he dicho, para seguir el hecho hace falta una mente precisa, sutil, activa, porque el hecho nunca está quieto.

No sé si habéis mirado alguna vez la envidia como un hecho y la habéis seguido. Todas nuestras sanciones religiosas se basan en la envidia, desde el arzobispo hasta el más bajo clérigo; y toda nuestra moralidad social, todas nuestras relaciones, se basan en la adquisividad y comparación, que también es envidia. Y requiere una mente muy alerta seguir todo eso hasta el fin, en todos sus movimientos, en todas nuestras diarias actividades. Es muy fácil, ¿no es así? reprimirla, decir: 'veo que no debo ser envidioso', o, 'como estoy atrapado en esta corrupta sociedad, tengo que aceptarla'. Pero el seguir su movimiento, seguir cada curva, cada línea, los matices, su sutileza, ese proceso mismo de seguir el hecho hace a la mente sensible, sutil.

Ahora bien, si uno hace eso, si uno sigue el hecho sin tratar de cambiarlo, entonces no hay contradicción entre 'el hecho' y 'lo que debería ser', y por lo tanto no hay esfuerzo. No sé si realmente veis esto: que si la mente sigue el hecho, entonces no está enredada tratando de alterar el hecho, tratando de volverlo diferente. Esto también es una verdad psicológica. Y este seguir el hecho tiene que hacerse todo el tiempo, día y noche, aun durmiendo. Porque la actividad de la mente cuando el cuerpo está dormido es mucho más deliberada, resuelta, y esas actividades las descubre la mente consciente a través de símbolos, insinuaciones, sueños.

Pero si la mente está alerta todo el día, vigilando continuamente cada palabra, cada gesto, cada movimiento del pensamiento, entonces no hay sueños; la mente puede entonces trascender su propia conciencia. No proseguiremos con esto por el momento, porque lo que queremos mostrar es la necesidad de una mente sensible. Si uno quiere descubrir acerca de la verdad, Dios o como queráis llamarlo, es absolutamente necesario tener una buena mente, -no en el sentido de ser astuta, intelectual, argumentadora-, sino una mente que sea capaz de razonar, de discutir, de dudar, de preguntar e inquirir para descubrir. Una mente que tiene fronteras, que está condicionada, no es sensible; un nacionalista, un creyente, es obvio que no tiene mente sensible porque su creencia, su nacionalismo, la limitan. Por eso al seguir el hecho la mente se vuelve sensible. El hecho la vuelve sensible, no tenéis vosotros que volverla sensible.

Si esto es bastante claro, entonces ¿cuál es la naturaleza de la belleza que descubre una mente así? La belleza, para la mayoría de nosotros, está en las cosas que vemos objetivamente: un edificio, un cuadro, un árbol, un poema, un río que fluye, una montaña, una sonrisa en un rostro bonito, el niño en la calle. Y para nosotros existe también la negación de la belleza, la reacción frente a ella, que es decir: 'eso es feo'. Mas una mente sensible, es sensible tanto para lo feo como para lo bello, y por lo tanto no va en pos de lo que llama bello ni elude lo feo. Y con una mente así descubrimos que hay una belleza del todo distinta de las valoraciones de una mente limitada. Sabéis que la belleza exige sencillez. Y la mente en verdad sencilla que ve los hechos como son, es verdaderamente bella. Pero no puede uno ser sencillo si no hay abandono; y no hay abandono si no hay austeridad. No me refiero a la austeridad del taparrabo, de la barba, del monje, de una sola comida al día, sino a la austeridad de una mente que se ve como es, y que persigue sin cesar lo que ve. Y el perseguir eso es abandono, porque no hay fondeadero al cual pueda aferrarse la mente. Tiene que abandonarse por completo para ver 'lo que es'.

Así, la percepción de la belleza reclama la pasión de la austeridad. Uso deliberadamente las palabras 'pasión' y 'austeridad'. He explicado esta última; y para ver la belleza, evidentemente debéis tener pasión. Tiene que haber intensidad y tiene que haber agudeza. Una mente torpe no puede ser austera, no puede ser sencilla, y por consiguiente no tiene pasión. Es en la llama de la pasión que percibís la belleza, y que podéis vivir con belleza.

Quizá todo esto sea para vosotros palabras para recordar, para invocar, para sentir después. No hay 'después', no hay 'entretanto'. Tiene que realizarse ahora, mientras discutimos, mientras estamos en comunión uno con otro. Y esta percepción de la belleza no es sólo en las cosas -en vasos, estatutos y en los cielos- sino que también empieza uno a descubrir la belleza de la meditación y la intensidad, de la pasión, de la mente meditativa.

Ahora quisiera indagar la meditación, porque la meditación es necesaria, y estamos poniendo sus cimientos. Para la meditación se requiere una mente capaz de estar en silencio -no que haya sido silenciada por medio de tretas, por la disciplina, por persuasión, por represión, sino una mente que esté en completa quietud. Eso es absolutamente indispensable para una mente que se halle en estado de meditación. Por lo tanto, la mente ha de estar libre de todos los símbolos y palabras. La mente es esclava de las palabras ¿no es así? Los británicos son esclavos de la palabra 'reina', y la persona religiosa es esclava de la palabra 'Dios',

etc. Una mente que esté atiborrada de símbolos, palabras, ideas, es incapaz de estar en silencio, quieta. Y si está atrapada en el pensamiento no puede estar quieta. Esa quietud no es estancamiento, no es un estado en blanco ni de hipnosis; pero uno llega a ella oscura, inesperadamente, sin volición ni deseo, cuando se comprende el proceso del pensamiento.

El pensamiento es, después de todo, la reacción de la memoria; y ésta es el residuo de la experiencia, que a su vez es el centro, el 'yo'. Allí está pues la formación del centro, del 'yo', del 'ego', que es esencialmente la acumulación de experiencia, pasada y presente, en relación con lo colectivo tanto como con lo individual. De ese centro, que es el residuo de la memoria, surge el pensamiento. Y hay que comprender por completo ese proceso, cosa que es el conocimiento propio. Por eso, sin conocerse a sí mismo, consciente tanto como inconscientemente, la mente nunca puede estar quieta. Sólo puede provocar quietud hipnotizándose, cosa que es demasiado infantil, falta de madurez.

Así pues, el autoconocer es inmediato, es necesario, y es urgente, porque la mente, conociéndose y conociendo todas sus tretas, fantasías y actividades, llega entonces sin esfuerzo, sin buscarlo, sin premeditación, a ese estado de completa quietud. Conocerse a sí mismo es conocer la totalidad del pensamiento y saber cómo se divide a sí mismo en el yo superior y el yo inferior; es ver todo este movimiento de la experiencia, la memoria, el pensamiento y el centro -centro que se convierte en pensamiento, memoria y experiencia; y experiencia que a su vez vuélvese memoria, condicionando aún más la experiencia.

Espero que estaréis siguiendo todo esto, porque si os observáis atentamente, lo veréis. El centro jamás es estático. Lo que era el centro se convierte en la experiencia, y ésta en el centro; y el centro se transforma en memoria. Es como la causa y el efecto. Lo que era la causa llega a ser el efecto, y el efecto se convierte en causa. Y este proceso no es sólo consciente, sino también inconsciente. Lo inconsciente es el residuo de la raza, del hombre, ya sea del Este como del Oeste; esas tradiciones heredadas, al unirse a lo presente se transforman en otra tradición. Darse cuenta de las muchas capas de lo inconsciente y de su movimiento requiere una mente que sea extraordinariamente aguda y viva, que ni por un momento busque jamás seguridad, consuelo. Porqué en cuanto buscáis seguridad, consuelo, estáis acabados, empantanados, aprisionados. Una mente anclada a la seguridad, al consuelo, a una creencia, a una norma o a un hábito, no puede ser veloz.

De modo que todo esto es el conocerse a sí mismo; y conocerse a sí mismo es descubrir el hecho y seguirlo sin el impulso de cambiarlo. Y eso exige atención. La atención es una cosa y la concentración es otra muy distinta. La mayor parte de las personas que quieren meditar esperan lograr concentración. Cualquier niño de escuela sabe qué es la concentración. El quiere mirar por la ventana y el maestro le dice: 'mira tu libro', y hay una batalla interna entre el deseo de mirar hacia fuera y el impulso del miedo, de la competencia, que le hace mirar al libro. De modo que la concentración es una forma de exclusión, ¿no es así? Y, en ese proceso, aunque podáis agudizaros, estaréis limitando le mente. Os ruego sigáis todo esto sin aceptar ni negar, sino simplemente observándolo.

Una mente que sólo se está concentrando conoce la distracción; pero la que está atenta, no sujeta por la concentración, no conoce distracción. Entonces todo es un movimiento viviente. Por favor, observad esto con todo corazón y veréis que os desprendéis de todas las cargas de los edictos religiosos que se os han impuesto, y que mirareis la vida de modo distinto; la vida entonces se vuelve algo asombroso, de enorme importancia: el vivir mismo, y no el escapar.

Como sabéis, cuando le dais un juguete a un niño, se calma toda su agitación y se queda quieto, absorto en el juguete. Y lo mismo es con nosotros; tenemos nuestros juguetes, nuestros Maestros, Salvadores, imágenes; y la mente se absorbe en ellos y se aquieta. Pero esa absorción es la muerte para la mente.

Ahora bien, la atención no es lo opuesto de la concentración; no tiene relación con ésta, y por lo tanto no es una reacción con respecto a ella. Hay atención cuando vuestra mente se da cuenta de cada movimiento que se produce dentro y fuera de sí misma. Implica, no sólo oír todos los ruidos de los autobuses, de los coches, sino también lo que se dice, y daros cuenta de vuestra reacción ante lo que se dice, sin elección, de modo que la mente no tiene entonces fronteras. Cuando la mente está así atenta, entonces la concentración tiene un significado muy diferente; entonces la mente puede concentrarse, pero esa concentración no es un esfuerzo, no es una exclusión, sino parte de esta alerta percepción. No sé si estáis siguiendo esto.

Una atención así es bondad, es virtud; y en esa atención hay amor, y por lo tanto, hagáis lo que hiciereis, no hay mal. El mal surge sólo cuando hay conflicto. Una mente atenta, que se da plena cuenta de sí misma y de todas las cosas dentro de sí, una mente semejante es entonces capaz de ir más allá de sí misma.

La meditación no es, pues, un proceso de saber cómo meditar, de que se nos enseñe a meditar. Eso carece por completo de madurez; se convierte en un hábito, y el hábito embota la mente. Una mente presa de su propio condicionamiento puede tener visiones de Cristo o de los dioses indios o de lo que sea, pero sigue

estando condicionada. Un cristiano sólo verá visiones de Cristo, y el indo verá sólo sus propios dioses favoritos. Una mente meditativa no es imaginativa; por consiguiente no tiene visiones.

Así pues, cuando la mente, que ha estado agitándose dentro de sus propios movimientos, persigue la actividad de sus pensamientos, está enamorada de su centro, de su movimiento, de sus experiencias, sólo entonces puede ella seguir, sólo entonces está quieta.

Ahora, esperad un minuto. El que habla puede deciros verbalmente lo coque entonces ocurre, polo eso es de muy poca importancia, porque tenéis que descubrirlo vosotros. Tenéis que llegar al estado en que vosotros abrís la puerta; si otro abre la puerta por vosotros, o trata de hacerlo, entonces el otro se vuelve vuestra autoridad y vosotros sus seguidores. Por lo tanto, hay muerte para la verdad. Hay muerte para la persona que dice que sabe, y hay muerte para la persona que dice: 'decidme'. El anhelo de saber engendra autoridad; de modo que el líder y el seguidor están atraparlos en la misma red.

Ahora bien, el que habla indaga esto, no para convenceros, no para induciros, no para enseñaros ni nada de eso, sino porque cuando comprendáis esto veréis qué relación tienen el tiempo y el espacio.

Sabéis que cuando la mente está por completo sin barreras, sin limitación, está plena; y, estando plena, está vacía; y estando vacía puede contener el tiempo -tiempo como espacio y distancia, tiempo como ayer, hoy y mañana. Pero sin ese vacío no hay tiempo, no hay espacio, no hay distancia. Por ese vacío existe el tiempo, y por consiguiente la distancia y el espacio. Y cuando la mente descubre esto, cuando lo experimenta -no verbalmente sino de hecho, no como una cosa recordada -entonces esa mente sabe lo que es creación; creación, no la cosa creada. Y entonces veréis que cuando dais la vuelta a la esquina, cuando camináis por un bosque o por alguna calle sucia, dondequiera que sea, os enfrentaréis con lo eterno.

Así, la mente ha viajado dentro de sí misma, en lo más profundo de sí misma, sin reservas. No es como el viaje a la Luna, en un cohete, cosa que es bastante fácil, mecánica; sino que es el viaje interior, la mirada interna que no es una simple reacción a lo exterior. Es el mismo movimiento, el externo y el interno. Y cuando existe esta profunda mirada interna, esta interna persecución, este empeño, este interno fluir, esta marcha interior, entonces la mente no es nada aparte de aquello que es sublime. Por lo tanto, termina toda indagación, toda búsqueda, toda ansiedad.

Por favor, no os dejéis hipnotizar, influir, por lo que se está diciendo. Si sois influidos no sabréis por vosotros mismo lo que es el amor. La meditación es el descubrimiento de esto cosa extraordinaria llamada amor.

28 de mayo de 1961

XI

LA última vez hablábamos sobre la meditación y la belleza, y creo que si pudiéramos volver a esto un poco, podríamos luego seguir con aquello de que quiero discutir esta vez.

Decíamos que hay belleza, un sentimiento de belleza que trasciende los sentidos, un sentimiento no provocado por las cosas producidos por el hombre o por la naturaleza. Está más allá de estas cosas; y si fuéramos a proseguir la indagación sobre lo que es belleza -que no es meramente subjetiva ni objetiva-, llegaríamos a esa misma intensa percepción del sentimiento de belleza a que se llega por la meditación. Creo que la meditación, la mente meditativa, es absolutamente esencial. Hemos indagado eso bastante a fondo y vimos que una mente meditativa es inquisitiva, sigue todo el proceso del pensamiento y es capaz de trascender las limitaciones de éste.

Tal vez para algunos de nosotros sea sumamente difícil meditar, y puede ser que no hayamos pensado siquiera sobre el asunto. Pero si uno ha indagado cuidadosamente esta cuestión de la meditación -que no es autohipnosis, ni imaginación, ni el provocar visiones y toda esa cuestión sin madurez- llega invariablemente, creo, a ese mismo sentimiento, a esa misma intensidad a que llega cuando la mente es capaz de percibir lo que es bello, no provocado. Y una mente que es silenciosa, que está en calma y en esa intensidad, descubre un estado que no está limitado por el tiempo y el espacio.

Me gustaría esta vez hablar sobre lo que es la mente religiosa. Como hemos estado diciendo desde el principio de estas improvisadas pláticas, estamos tratando de comunicarnos mutuamente, estamos haciendo un viaje juntos. Por consiguiente no estáis escuchando al que habla con prejuicio, con benevolencia, con agrado o desagrado; escucháis para descubrir por vosotros mismos qué es verdadero. Y para descubrir lo verdadero, preso como uno está en tanto pensamiento, esperanza y desesperación falsos, sin madurez, no tiene que aceptar nada en absoluto de lo que está diciendo el que habla. Debe uno investigar, explorar; y eso requiere

una mente libre, no la mera reacción de una mente con prejuicios, obstinada, sino una mente en realidad libre, que no está anclada a ninguna creencia, dogma o experiencia particular, sino que es capaz de seguir un hecho con mucha claridad y precisión. Y para seguir los hechos se requiere una mente muy sutil. Como decíamos el otro día, un hecho jamás es estático, nunca está quieto; siempre se está moviendo, tanto si es el hecho que uno observa dentro de sí mismo como si es un hecho objetivo. La observación de un hecho exige una mente capaz, precisa, lógica, y sobre todo, libre para proseguir.

Me parece que en este mundo actual, con todas sus confusiones, miseria y agitación, la mente científica y la mente religiosa son necesarias. Esos, por cierto, son los dos únicos estados reales de la mente -no la mente creyente, ni la mente condicionada, tanto si está condicionada por el dogma del cristianismo como por el del hinduismo, o por cualquier otra creencia o religión. Después de todo, nuestros problemas son inmensos, y el vivir se ha vuelto mucho más completo; tal vez exteriormente haya mayor sensación de seguridad, la impresión de que acaso no haya guerras atómicas, por causa del gran miedo a ellas. Cree uno que aunque tal vez haya una guerra lejana, no será en Europa; y así puede uno sentirse más seguro, física e interiormente. Pero me parece que una mente que busque seguridad se vuelve torpe, mediocre; y una mente así es incapaz de resolver sus propios problemas.

Así pues, viviendo en este mundo -con su rutina, su fastidio, con la superficial existencia de su clase media, alta o baja-, para resolver nuestros problemas, para trascenderlos, para profundizar interiormente, sólo hay dos caminos: un enfoque científico, o un enfoque religioso. El enfoque religioso incluye al científico, pero éste no contiene dentro de sí al enfoque religioso. Pero nosotros necesitamos el espíritu científico, porque éste es capaz de examinar inexorablemente todas las causas que traen la desdicha del hombre; el espíritu científico puede producir paz en el mundo, objetivamente, puede alimentar a la humanidad, darle casas, ropas, etc. -no sólo para los ingleses o los norteamericanos, sino para todo el mundo. No puede uno vivir en la prosperidad en un extremo de la Tierra, habiendo en el otro extremo degradación, enfermedades, hambre y miseria. Probablemente la mayoría de vosotros no sabéis nada de todo eso, pero deberíais saberlo. Hace falta el espíritu científico para resolver todos estos inmensos problemas, para desbaratar por completo todas las estupideces del nacionalismo, todos los acomodos políticos, las ambiciones, la codicia del poder. Pero desgraciadamente, como vemos, el espíritu científico se interesa más que nada en ir a la Luna y más allá, en mejorar nuestras comodidades, tener mejores refrigeradores, mejores automóviles, etc. Eso está bien hasta cierto punto, pero me parece un punto de vista muy limitado.

Sabemos qué es el espíritu científico: el espíritu de la investigación, que nunca está satisfecho con lo que se ha hallado, que siempre está cambiando, que nunca permanece estático. Es el espíritu científico el que ha construido el mundo industrial; pero un mundo industrial sin una revolución íntima produce un modo de vida mediocre. Sin una revolución interna, todas las llamadas glorias y bellezas de la vida intelectual sólo hacen a la menté más torpe, más contenta, satisfecha, segura. El progreso en cierto modo es esencial, pero el progreso también destruye la libertad. No sé si habéis observado que cuantas más cosas tenéis menos libres estáis. Y por eso las personas religiosas de Oriente han dicho: 'desechemos las cosas materiales, no tienen importancia. Busquemos las otras cosas'; pero a éstas tampoco ellos las han encontrado. Sabemos, pues, mas o menos, qué es el espíritu científico: el que existe en el laboratorio. No hablo del hombre de ciencia; él está probablemente como vosotros y yo, aburrido de su diaria existencia, es avaricioso, busca poder, posición, prestigio y todo eso.

Ahora bien, es mucho más difícil descubrir qué es el espíritu religioso. ¿Cómo procede uno cuando quiere descubrir algo verdadero? Queremos descubrir qué es el verdadero espíritu religioso -no el extraño espíritu que prevalece en las religiones organizadas, sino el verdadero espíritu. ¿Cómo emprende uno eso?

Creo que uno comienza a descubrir qué es el verdadero espíritu religioso, sólo a través del pensar negativo, porque, para mí, el pensar negativo es la más elevada forma de pensar. Por pensar negativo entiendo el descartar, el desprenderse por completo de las cosas falsas, el destruir las cosas que el hombre ha establecido para su propia seguridad, para su propia protección íntima, todas las diversas defensas y el mecanismo del pensamiento que construye esas defensas. Creo que uno tiene que destruirlas, pasar por ellas rápida y velozmente, y ver si hay algo más allá. Y desprenderse de todas estas cosas falsas no es una reacción frente a lo que existe. Por cierto, para descubrir qué es el espíritu religioso y para abordar esto negativamente, tiene uno que ver qué es aquello en que cree, por qué cree, por qué acepta todos los innumerables condicionamientos que imponen sobre la mente humana las religiones organizadas en todo el mundo. ¿Por qué creéis en Dios? ¿Por qué no creéis en Dios? ¿Por qué tenéis tantos dogmas, creencias?

Pues bien, podéis decir que si uno pasa por todas estas estructuras llamadas positivas, tras de las cuales se refugia la mente, si pasa por ellas sin tratar de hallar algo más, entonces no quedará nada, sólo desesperación. Pero creo que tiene uno que pasar también por la desesperación. La desesperación solo existe

cuando hay esperanza -la esperanza de estar seguro, de estar permanentemente cómodo, perpetuamente mediocre, perpetuamente feliz. Para la mayoría de nosotros la desesperación es la reacción frente a la esperanza. Pero para descubrir qué es el espíritu religioso, me parece que la indagación debe surgir sin ninguna provocación, sin ninguna reacción. Si vuestra búsqueda no es más que una reacción -porque queréis encontrar más seguridad interna- entonces lo que buscáis es meramente mayor confortación, ya sea en una creencia, en una idea, o en el conocimiento, en la experiencia. Y me parece que un pensamiento así, nacido de reacción, sólo puede producir más reacciones, y por lo tanto no hay liberación del proceso de la reacción que impide el descubrimiento. No sé si me explico claramente.

Creo que tiene que haber un enfoque negativo, lo que significa que la mente ha de darse cuenta del condicionamiento impuesto por la sociedad con respecto a la moralidad, darse cuenta de las innumerables sanciones que impone la religión, y percibir también cómo, al rechazar estas imposiciones externas, ha cultivado uno ciertas resistencias internas, las creencias conscientes e inconscientes que se basan en la experiencia, en el conocimiento, y que se convierten en normas directivas.

Así, pues, la mente que quiera descubrir qué es el verdadero espíritu religioso tiene que estar en un estado de revolución, lo que significa la destrucción de todas las cosas falsas impuestas sobre ella, ya sea por presiones exteriores o por ella misma; porque la mente siempre está buscando seguridad.

Me parece, pues, que el espíritu religioso tiene en sí este constante estado de una mente que nunca construye, que nunca edifica para su propia seguridad. Porque si construye, por el ansia de estar segura, entonces vive detrás de sus propias murallas, y así no es capaz de descubrir si hay algo nuevo.

Por eso la muerte, la destrucción de lo viejo, es necesaria -la destrucción de la tradición, librarse totalmente de lo que ha sido, la remoción de las cosas que ella ha acumulado como memoria, a través de los siglos, de muchos ayeres. Entonces, podríais decir: '¿qué queda? Todo lo que soy es esta novela, esta historia, las experiencias. Si todo eso se ha ido, se ha eliminado, ¿qué queda?' Ante todo, ¿es posible eliminar todo eso? Podemos hablar sobre ello, pero, ¿es realmente posible? Yo digo que lo es -no por influencia, no por coerción; eso es demasiado tonto, falto de madurez. Mas yo digo que puede hacerse si uno indaga en ello muy profundamente, dejando de lado toda autoridad. Y ese estado en que queda limpia la pizarra -lo que significa morir cada día y de instante en instante para las cosas que uno ha acumulado- requiere mucha energía y honda penetración; y eso forma parte del espíritu religioso.

Otra parte del espíritu religioso es el espíritu de poder, en que están incluidos la ternura y el amor. Estoy tratando de expresarlo en palabras; os ruego que no os quedéis con las palabras. He dicho que otra parte del espíritu religioso es el poder que viene por el amor. Y con la palabra 'poder' me refiero a algo enteramente distinto del impulso a ser poderoso, del sentimiento de conminación, de ejercer control; del poder que viene por la abstinencia, o el poder de una mente perspicaz que es ambiciosa, que tiene codicia, envidia, qué quiere lograr: semejante poder es pernicioso. El dominio de una persona sobre otra, el poder del político, el poder de influir sobre las personas para qué piensen de cierto modo, tanto si lo hacen los comunistas como las iglesias, los sacerdotes o la prensa, ese poder, para mí, es maligno por completo. Me refiero a algo enteramente diferente, no sólo en grado sino en calidad, algo sin ninguna relación con el poder de la dominación. Existe tal poder, un algo exterior, no provocado por nuestra voluntad o nuestro deseo. Y en ese poder hay esa cosa extraordinaria que es el amor; y eso forma parte del espíritu religioso.

El amor no es sensual; no tiene nada que ver con la emoción; no es la reacción ante el temor; no es el amor que tiene la madre por su hijo, o el marido por la esposa, etc.

Por favor, seguid esto, entrad en ello, no aceptéis ni rechacéis, porque estamos haciendo un viaje juntos. Podéis decir: 'tal amor, tal estado de mente que no se basa en un reconocimiento, en un recuerdo, en una asociación, no es posible'. Pero yo creo que lo encontraremos. Llega uno a él oscuramente cuando empieza a investigar todo este proceso del pensamiento, los caminos de la mente. Es un poder que tiene en sí mismo su propio ser; es energía sin causa. Es enteramente diferente de la energía que es engendrada por el yo, el 'ego', en la persecución de las cosas que desea. Y tal energía exista; pero sólo puede encontrarse cuando la mente está libre, no atada al tiempo ni al espacio. Esa energía surge cuando el pensamiento -como experiencia, como conocimiento, como el ego, el centro, como el yo el 'mí' que está picando su propia energía, su volición con sus pesares, sus miserias, etc.-, se ha disuelto. Cuando ese centro se ha disipado, entonces existe esa energía, ese poder que es el amor.

Hay aún otro estrato de la mente religiosa que es un movimiento -un movimiento que no está dividido en lo externo y lo interno. Seguid esto un poco, por favor. Conocemos el movimiento externo, los movimientos objetivos; y de éste per te una reacción contra ello que llamamos el movimiento interno, un alejamiento de lo externo, una renunciación a ello, o bien su aceptación como lo inevitable, que ha de aguantarse; y se cultiva como reacción un movimiento hacia dentro, con sus creencias, experiencias, etc. Existe el movimiento hacia

fuera, el volverse hacia fuera, el ser ambicioso, agresivo, y así sucesivamente; y cuando eso falta, entonces hay un volverse hacia dentro. Nunca buscamos la verdad cuando la mente es feliz. Cuando la mente está satisfecha, deleitada, tiene en sí misma tal vitalidad que no quiere ni aun musitar el nombre de Dios. Sólo nos volvemos a lo interior, como hacen los viejos, cuando somos desdichados, cuando las cosas exteriores han fallado, cuanto ya no tenemos éxito, cuando tenemos trastorno en la familia, cuando hay muerte, conflicto, etc. Nunca acudimos a la religión cuando somos jóvenes, porque todas nuestras glándulas funcionan óptimamente. Estamos satisfechos con el sexo, la posición, el prestigio, el dinero, la fama, y todo eso. Cuando esas cosas empiezan a fallarnos, entonces nos volvemos hacia dentro; o si aún somos jóvenes, nos volvemos 'beatniks'. Todo eso es una reacción; y la revolución no es una reacción.

Ahora bien, si uno ve la verdad de todo eso muy claramente, entonces hay un movimiento que es tanto lo exterior como lo interior; no hay división. Es un movimiento -movimiento que ve las cosas exteriores con precisión, con claridad, objetivamente, como son; y es el mismo movimiento que se vuelve hacia dentro, no como una reacción, sino como la ola que va y que vuelve, siendo la misma agua. El ir hacia fuera, es mantener abiertos y vivos los ojos, los sentidos, todo; y el ir hacia dentro es cerrar los ojos. Uso estas expresiones como medio de decíroslo, no tenéis que tener los ojos cerrados. El ir hacia dentro es la mirada interna; habiendo comprendido lo exterior, los ojos se vuelven hacia dentro; pero no como una reacción. Y la mirada interna, la comprensión interior, es completa quietud, calma; porque ya no hay nada más que buscar, nada más que comprender.

No me gusta tener que usar la expresión 'interno', mas espero que hayamos comprendido. Es este estado interno que es creación. No tiene nada que ver con el poder de inventar, de producir cosas, etc., que tiene el hombre. Es el estado de creación. Este estado de creación surge sólo cuando la mente ha comprendido la destrucción, la muerte. Y cuando la mente ha vivido en ese estado de energía, que es el amor, sólo entonces existe tal estado de creación.

Ahora bien, la parte jamás es el todo. Hemos descrito las partes; pero el rayo de una rueda no es la rueda, aunque ésta contiene los rayos. No podéis abordar el todo a través de la parte. El todo se comprende sólo cuando tenéis el sentimiento de la totalidad de lo que se ha dicho sobre las diversas partes de la mente religiosa. Cuando conseguís el sentimiento total de ello, entonces en ese sentir total están incluidos la muerte, la destrucción, el sentido de poder por el amor, y la creación. Y esta es la mente religiosa. Mas, para llegar a esa mente religiosa, la mente tiene que ser precisa, pensar clara y lógicamente, sin aceptar nunca las cosas exteriores ni las interiores que ha creado para sí, como conocimiento, experiencia, opinión y todo eso.

De modo que la mente religiosa contiene dentro de sí la científica, pero ésta no contiene a aquella. El mundo trata de unir las dos, pero es imposible; por eso tratará de condicionar al hombre para que acepte la separación. Pero nosotros estamos hablando de algo enteramente distinto. Estamos tratando de hacer un viaje de descubrimiento, lo que significa que tenéis que descubrir. Aceptar lo que se dice no tiene valor alguno; en ese caso estáis de nuevo en la vieja rutina, sois esclavos de la propaganda, de la influencia, y todo lo demás.

Pero si vosotros habéis emprendido también el viaje, y si sois capaces de descubrir, hallaréis que podéis vivir en este mundo; entonces los trastornos de este mundo tienen sentido. Porque en este contenido total, en este sentimiento total, hay orden y desorden, ¿no es así? ¿Comprendéis? Tenéis que destruir para crear. Pero no es la destrucción de los comunistas. El desorden -si puedo usar esa palabra- que existe en la mente religiosa, no es lo opuesto del orden. Ya sabéis cómo nos gusta el orden. Cuanto más burgueses, limitados, mediocres somos, más nos gusta el orden. La sociedad quiere orden; cuanto más corrompida está, más ordenada quiere ser. Eso es lo que quieren los comunistas: un mundo perfectamente ordenado. Y los demás lo queremos también; tenemos miedo del desorden. Por favor, comprended: no estoy recomendando un mundo desordenado. No utilizo la palabra 'desorden' en fin sentido reaccionario, en absoluto. La creación es desorden; pero ese desorden, siendo creativo, tiene orden en sí. Esto es difícil transmitirlo. ¿Lo captáis?

Así, la mente religiosa no es esclava del tiempo. Donde existe el tiempo -esto es, el ayer con todos sus recuerdos, moviéndose a través del hoy y creando así el futuro y condicionando la mente- este desorden creativo no existe. Por eso la mente religiosa no tiene futuro, no tiene pasado, ni está viviendo en el presente como un opuesto del ayer y el mañana, porque en esa mente religiosa no está incluido el tiempo. No sé si comprendéis.

La mente puede, pues, llegar a ese estado religioso. Y utilizo la palabra 'religioso' para transmitir algo enteramente nuevo, sin relación con las religiones del mundo, que están todas muertas, moribundas, decayendo. Así pues, mente religiosa es la que sólo puede vivir con la muerte, con esa extraordinaria energía de poder, de amor. No lo interpretéis. No preguntéis acerca de amar al uno o a los muchos; eso es pueril. Es sólo la mente religiosa la que puede ir hacia dentro; y el ir hacia dentro no es en términos de tiempo y espacio. El ir hacia dentro es sin límites, sin fin, no puede ser medido por una mente que está atrapada en el tiempo. Y

la mente religiosa es la única que va a resolver nuestros problemas, porque no tiene problemas. Cualquier problema que exista es absorbido y disuelto en el instante; por lo tanto no tiene problemas. Y es sólo la mente que no tiene problemas, que es en verdad religiosa, la que puede resolver todos los problemas. Y esa mente tiene, por consiguiente, una intima relación con la sociedad; pero la sociedad no tiene relación con ella.

Así pues, en ese sentido de la palabra 'religiosa', es necesaria una revolución en cada uno de nosotros -una revolución total, no parcial. Toda reacción es parcial; y la revolución de que hablamos no es parcial, es una cosa total. Y sólo una mente así puede estar en intimidad con la verdad. Sólo una mente así puede estar en amistad con Dios, o como queráis llamarlo. Sólo una mente así puede jugar con la realidad

PREGUNTA: *¿Crea la mente misma el desorden y el orden?*

KRISHNAMURTI: Me temo, señor, que no hayáis emprendido el viaje. Tiene que haber muerte para que haya algo nuevo. Palabras, frases, la formulación intelectual de preguntas, estas cosas no tienen relación con aquello de que hemos estado hablando. Como sabéis, cuando veis algo muy bello, inmenso -las montañas, los ríos- la mente se vuelve silenciosa, ¿no es así? La belleza de lo que se ve barre de vuestra mente toda indagación, todo sentimentalismo, todo susurro del pensamiento; durante ese segundo quedan eliminados, porque la cosa vista es demasiado grande. Pero si la eliminación es hecha por algo exterior a vosotros, entonces es una reacción; entonces volvéis después a vuestros recuerdos. Pero si en realidad habéis emprendido el viaje, vuestra mente se halla entonces en ese estado en que no hace preguntas, en que no tiene problemas. Señor, una mente que está muriendo, que está muerta, tiene problemas; no la mente que es vital, vigorosa, en movimiento como un río, intensa

PREGUNTA: *Creo que convendréis en que el estado de la sociedad humana deja mucho que desear. ¿Es posible que una persona religiosa actúe sobre esa sociedad en forma eficaz, contra todas las demás personas que están actuando de modo distinto?*

KRISHNAMURTI: Iba a hablar sobre eso la próxima vez. ¿Qué valor tiene todo esto para la sociedad? ¿De que sirven los pocos, uno o dos que comprendan esto? ¿Qué es la sociedad, y qué es lo que la sociedad quiere? Quiere posición, prestigio, dinero, sexualidad; su estructura misma se basa en la adquisividad, en la competencia, en el éxito. Si decís algo contra todo eso, no os quieren. No podéis evitarlo. Si algunas de estas llamadas personas espirituales, los sacerdotes y todos los demás, empezasen a hablar de no ser ambiciosos, de no tener ninguna guerra, ninguna violencia en absoluto, ¿creéis que tendrían seguidores? Nadie escucharía. Y estoy seguro de que no escucharéis lo que se está diciendo, porque vais a continuar vuestras propias vidas; vais a seguir por la senda de la ambición, la frustración y la seguridad, que es realmente el sendero de la muerte. Sacaréis trocitos de esto, para añadirlos a lo que ya conocéis. Aquello de que hablamos es algo enteramente distinto, algo realmente extraordinario en su belleza, en su profundidad. Pero para llegar a ello, para comprenderlo, para vivir con ello, se requiere enorme trabajo, el trabajo de ir hacia dentro, de desentrañar la mente inconsciente y la consciente, y el mundo que os rodea. O bien podéis ver todo ello en un relámpago, y eliminarlo. Ambas cosas requieren asombrosa energía.

25 de mayo de 1961

XII

ESTA es la última plática de la presente serie, y hemos estado considerando durante todas las reuniones en que hemos estado juntos, qué actitud o acción es necesaria para hacer frente al reto de un mundo que es a tal extremo confuso y destructivo. Está en marcha por todas partes un proceso de destrucción, de degeneración, no sólo dentro de la sociedad, sino también dentro del individuo. Hay una ola de deterioro que siempre parece alcanzarnos. Hay muchas divisiones entre la gente, no sólo económicamente sino también racial y religiosamente. Hay terrible sufrimiento y miseria por todo el Oriente, no sólo en lo material sino también en lo emocional, en lo psicológico; hay tensión, conflicto, confusión por todas partes.

Considerando todo esto, me parece que es necesaria una mente por completo nueva; no una mente reacondicionada, no una mente que haya sido reeducada por los comunistas, los capitalistas, los cristianos o los hindúes, sino una mente del todo nueva. Y hemos estado considerando la manera de crear esta mente nueva.

Hemos abordado esto virtualmente desde todos los puntos de vista, exterior e interiormente, y hemos visto, creo, que cuanto más tratamos de cambiar la mente desde fuera -por la propaganda, que es lo que son la mayoría de las religiones, o por la presión económica o social- más condicionada está la mente, tanto más superficial, vacía, torpe, insensible se vuelve. Es bastante evidente, creo, para cualquiera que haya observado siquiera estas cosas, que una mente que esté condicionada, consciente o inconscientemente, una mente influida, por muy sutilmente que sea, es del todo incapaz de hacer frente a los muchos problemas que surgen en la moderna civilización.

Creo que la mayoría de nosotros, en lo interior, psicológicamente, somos muy insignificantes y estrechos, estamos atiborrados de información y conocimientos. Y tenemos tantos problemas -los de las relaciones, los que surgen en nuestras vidas diarias, qué hacer y qué no hacer, qué creer y qué no creer, la eterna búsqueda de comodidad, de seguridad y de una evasión del sufrimiento- que cuando uno ha contemplado ampliamente todas estas cosas, parece quedar muy poca esperanza. Por eso, es obvio que lo necesario, lo eminentemente deseable y esencial, es la calidad de una mente del todo nueva; porque ahora, cualquier cosa que toquemos suscita un nuevo problema.

Así pues, como decíamos en nuestra última reunión, es necesaria una mente religiosa. Y podemos ver ¿no es así? que una mente religiosa es la que se ha purgado de todas las creencias, de todos los dogmas, que es capaz de una percepción interna, de una comprensión que produce cierta calma, quietud. Y, estando quieta interiormente, hay una intensa percepción de todo lo exterior a ella. Esto es, como ha comprendido todos los conflictos, frustraciones, perturbaciones, inquietudes, sufrimiento, dentro de sí misma, y está por lo tanto en calma, se vuelve intensamente activa en lo exterior, en cuanto todos los sentidos están vitalmente despiertos, capaces de observar sin ninguna distorsión, de seguir todos los hechos sin parcialidad.

Así, la mente religiosa, no sólo es capaz de observar las cosas exteriores con claridad, lógica y precisión, sino que, por el autoconocimiento, se ha calmado interiormente, con una calma que tiene movimiento propio. Y dijimos que esa mente religiosa esta, por consiguiente, en un estado de constante revolución. No hablamos de ninguna forma de revolución parcial, de revolución comunista, socialista o capitalista. En general, los capitalistas no quieren revolución alguna, pero los otros sí; y su clase de revolución es siempre parcial: económica, etc. En tanto que una mente religiosa produce una revolución total, no sólo por dentro sino también por fuera; y creo que es la revolución religiosa, y no otra, la que puede resolver los muchos problemas de la existencia humana.

Y ¿qué puede hacer una mente así? ¿Qué podemos vos y yo, como dos individuos, hacer en este mundo monstruoso, loco? No sé si habéis pensado alguna vez sobre esto. ¿Qué puede hacer una mente religiosa?

Hemos explicado con toda claridad que una mente religiosa no es cristiana, hindú o budista, ni pertenece a alguna vana secta, ni a alguna sociedad con fantásticas creencias e ideas; sino que una mente verdaderamente religiosa ha percibido interiormente su propia validez, la verdad de sus propias percepciones, sin distorsión, y por lo tanto es capaz de pensar lógica, racional, cuerdamente los problemas que surgen, sin dejar nunca que arraigue ningún problema. Desde el momento en que se deja que un problema eche raíces en la mente, hay conflicto; y donde hay conflicto está en marcha el proceso del deterioro, no sólo exteriormente, en el mundo de las cosas, sino también interiormente, en el de las ideas, de los sentimientos, los afectos.

¿Qué puede, pues, hacer la mente religiosa? Probablemente muy poco, porque el mundo, la sociedad, están compuestos de personas que son ambiciosas, codiciosas, adquisitivas, que son fácilmente influenciables, que quieren pertenecer a algo, que quieren creer, y que se han comprometido a ciertas formas de pensamiento y normas de acción. No podéis cambiarlas, salvo mediante la influencia, la propaganda, ofreciéndoles nuevas formas de condicionamiento. Pero la mente religiosa les está diciendo que se despojen por completo, interiormente, de todo. Porque es sólo en la libertad que puede uno descubrir lo que es verdadero y si hay verdad, Dios. La mente creyente jamás puede descubrir lo que es verdadero ni si hay Dios; sólo la mente libre es la que puede descubrir. Y para ser libre tiene uno que traspasar todas las servidumbres que la mente se ha impuesto y que la sociedad ha creado en su derredor. Esta es una ardua tarea; requiere gran penetración, exterior e interiormente.

Después de todo, la mayoría de nosotros somos presa del sufrimiento. Todos sufrimos de uno u otro modo, en lo física en lo intelectual e interiormente. Somos torturados, y no torturamos a nosotros mismos. Conocemos la desesperación y la esperanza, y todas las formas del miedo; y en este vórtice de conflictos y contradicciones, realizaciones y frustraciones, anhelos, celos y odio, la mente está presa. Como está presa, sufre, y todos sabemos lo que es ese sufrimiento: el sufrimiento que trae la muerte, el sufrimiento de una mente insensible, el sufrimiento de una mente que es muy racional, intelectual, que conoce la desesperación porque todo lo ha desmenuzado y no queda nada. Una mente que sufre da nacimiento a diversos tipos de filosofías de la desesperación; escapa hacia diversas avenidas de esperanza, seguridades, confortación, hacia

el patriotismo, la política, la argumentación verbal y las opiniones. Y para una mente que sufre siempre hay una iglesia, una religión organizada, ya preparada, esperando recibirla y volverla aún más embotada por el consuelo que le ofrece.

Todo esto lo sabemos; y cuanto más pensamos sobre todo ello, tanto más tensa se vuelve la mente, y no hay camino de salida. Materialmente podréis hacer algo con respecto al sufrimiento, tomar una píldora, ir a un médico, tomar mejor alimentación; mas, al parecer, no hay salida de todo ello más que por la evasión. Pero la evasión embota mucho la mente. Puede ella ser aguda en sus argumentaciones, en su actitud defensiva; pero la mente que escapa es siempre miedosa, porque tiene que proteger aquello hacia lo cual ha escapado, y todo lo que protegéis, lo que poseéis, evidentemente engendra miedo.

El sufrimiento, pues, sigue; conscientemente podremos deshacernos de él, pero inconscientemente está ahí, ulcerando, corrompiendo. Y ¿puede uno librarse de él del todo, por completo? Creo que ésa es la pregunta correcta; porque si preguntamos cómo se libra uno del sufrimiento, entonces el 'cómo' crea una norma de lo que hay que hacer y lo que no hay que hacer, lo cual significa seguir la ruta de la evasión en vez de hacer frente a toda la cuestión, a la causa y el efecto del sufrimiento mismo. Me gustaría, pues, antes de empezar a discutir, entrar en esta cuestión.

El sufrimiento pervierte y desvía la mente. El sufrimiento no es el camino hacia la verdad, la realidad, Dios o el nombre que os guste darle. Hemos tratado de ennoblecer el sufrimiento, diciendo que es inevitable, que es necesario, que trae comprensión, y todo eso. Pero la verdad es que cuanto mas intensamente sufrís, tanto más anheláis escapar, crear una ilusión, hallar una salida. Me parece pues que una mente cuerda, sana, tiene que comprender el sufrimiento y estar por completo libre de él. ¿Y es esto posible?

Ahora bien, ¿cómo va uno a comprender la totalidad del sufrimiento? No nos estamos ocupando meramente de una clase de sufrimiento por el que podáis estar pasando, o esté pasando yo; hay, como sabemos, muchas clases de sufrimiento. Pero nosotros estamos hablando del sufrimiento como un todo, hablamos de la totalidad de algo; y, ¿cómo comprende o siente uno el todo? Espero estar explicándome con claridad. Por la parte nunca puede uno sentir el todo, pero si uno comprende el todo entonces la parte puede ocupar su lugar, entonces la parte tiene sentido.

Pero, ¿cómo siente uno el todo? ¿Comprendéis lo que quiero decir? Sentir, no simplemente como ingles, sino sentir el total de la humanidad; sentir, no sólo la belleza del campo inglés, que es hermoso, sino la belleza de toda la tierra; sentir el amor como un todo, no sólo el amor por mi esposa e hijos, sino su sentimiento total; conocer el sentimiento total de la belleza, no la de un cuadro enmarcado en la pared, o la sonrisa de una bonita cara, o una flor o un poema, sino ese sentimiento de la belleza que está más allá de todos los sentidos, de todas las palabras, más allá de todas las expresiones. ¿Cómo lo siente uno?

No sé si os habréis hecho alguna vez esa pregunta. Porque, como sabéis, nos satisfacemos muy fácilmente con un cuadro en la pared, con nuestro jardín particular, con un árbol que hemos escogido en el campo. Y, ¿cómo llega uno a sentir esta totalidad de la tierra y los cielos, y la belleza de la humanidad? Sabéis lo que quiero decir: el sentido hondo de esto.

Voy a profundizar en esto, si tenéis la bondad de seguirlo; pero dejémoslo a un lado por el momento. Dejaremos que la pregunta se cocine, se resuma lentamente, que siga desarrollándose, y la abordaremos de otra manera distinta.

Una mente que está en conflicto, en combate, en guerra consigo misma, se embota; no es una mente sensible. Ahora bien, ¿qué es lo que la hace sensible, no sólo para una o dos cosas, sino sensible como un todo? ¿Cuándo es sensible, no sólo para la belleza, sino para la fealdad, para todo? Sólo lo es, seguramente, cuando no hay conflicto, es decir, cuando; la mente está en quietud interior y es, por lo tanto, capaz de observar todo lo exterior, con todos sus sentidos. Pero ¿qué es lo que crea conflicto? Y hay conflicto, no sólo en la mente consciente, superficial -la que es terriblemente consciente de sus propios razonamientos, de su propio conocimiento, de sus realizaciones técnicas, etc.- sino también en la mente; recóndita, subconsciente, que probablemente, si acaso uno se da cuenta, está a punto de ebullición todo el tiempo. ¿Qué crea pues conflicto? Os ruego que no respondáis, porque el mero análisis mental o investigación psicológica no resuelve el problema. El examen verbal puede mostrar intelectualmente las causas del sufrimiento, pero nosotros estamos hablando de estar totalmente libres de él. Tenemos pues que experimentar mientras estamos hablando, y no permanecer en el nivel verbal.

Lo que crea conflicto es obviamente el tironeo en diferentes direcciones. Un hombre completamente entregado a algo, está por lo general perturbado, desequilibrado; no tiene conflicto: él es eso. Un hombre que cree completamente en algo, sin una duda, sin una pregunta, que está por completo identificado con aquello en que cree, no tiene conflicto, no tiene problema. Ese es más o menos el estado de una mente enferma. Y a la mayoría de nosotros nos gustaría poder identificarnos así con nosotros mismos, estar tan entregados a algo

que no haya más problema. La mayoría de nosotros, por no haber comprendido todo el proceso del conflicto, sólo querernos eludirlo. Pero, como lo hemos señalado, el eludirlo sólo trae nueva desdicha.

Así pues, comprendiendo todo eso, me hago esta pregunta, y por lo tanto os la hago a vosotros también: ¿qué es lo que crea conflicto? Y el conflicto implica no sólo los deseos contradictorios, las contradictorias voluntades, temores y esperanzas, sino toda contradicción.

¿Por qué existe, pues, la contradicción? Por favor, espero que estéis atendiendo, a través de mis palabras, a vuestras propias mentes y corazones. Espero que estéis utilizando mis palabras como una puerta por la que estáis mirando, escuchándoos a vosotros mismos.

Una de las mayores causas de conflicto es que hay un centro, un ego, el yo, que es el residuo de toda memoria, de toda experiencia, de todo conocimiento. Y ese centro está siempre tratando de ajustarse a lo presente, o de absorber el presente en sí mismo -siendo el presente el hoy, todos los momentos del vivir, en que están incluidos reto y respuesta. Está perpetuamente traduciendo todo aquello con que se encuentra, en términos de lo que ya ha conocido. Lo que ha conocido es todo el contenido de los muchos millares de ayeres, y con ese residuo trata de enfrentar el presente. Por consiguiente modifica el presente, y en el proceso mismo de la modificación, lo ha cambiado, y así crea el futuro. Y, en este proceso del pasado que interpreta el presente y así crea el futuro, el yo, el 'sí mismo', el centro queda atrapado. Eso es lo que somos.

De modo que la fuente del conflicto es el experimentador, y lo que él está experimentando ¿no es así? Cuando decís, 'os amo', u 'os odio', siempre existe esta división entre vosotros y aquello que amáis u odiáis. Mientras haya una separación entre el pensador y el pensamiento, el experimentador y la cosa experimentada, el observador y lo observado, tiene que haber conflicto. División es contradicción. Ahora bien, ¿puede esta división ser salvada, de modo que seáis lo que veis, que seáis lo que sentís?

Veamos antes muy claramente que, mientras haya división entre el pensador y el pensamiento, tiene que haber conflicto, porque el pensador siempre trata de hacer algo con respecto al pensamiento, trata de cambiarlo, de modificarlo, de controlarlo de dominarlo; trata de volverse bueno, de no ser malo, etc. Mientras exista esta división, que engendra conflicto, tiene que haber este trastorno de la existencia humana, no sólo dentro, sino también fuera.

Pero, ¿hay un pensador aparte del pensamiento? ¿Estoy exponiendo la cuestión con claridad? ¿Es el pensador una entidad separada, algo distinto, algo permanente, separado del pensamiento? ¿O es que sólo hay pensamiento, el cual crea al pensador, porque entonces puede dar a éste permanencia? ¿Me seguís? El pensamiento es impermanente, se halla en constante estado de flujo; y a la mente no le gusta estar en estado de flujo, quiere crear algo permanente, en que pueda estar segura. Pero, si no hay pensamiento, no hay pensador ¿verdad? No sé si habéis experimentado alguna vez con esto, si habéis pensado siquiera en esta dirección, o investigado todo el proceso del pensar y quién es el pensador. El pensamiento ha dicho que el pensador es supremo, que existe el alma, el yo superior, y así ha dado al pensador una morada permanente; pero todo eso sigue siendo resultado del pensamiento.

Así pues, si uno observa ese hecho, si uno realmente lo percibe, entonces no hay centro.

Mirad, esto puede ser bastante sencillo de decir verbalmente; pero es muy difícil indagarlo, verlo, vivenciarlo. Creo que la fuente del conflicto es esta división entre el pensador y el pensamiento. Esta división crea conflicto; y una mente en conflicto no puede vivir, en el más alto sentido de esa palabra; no puede vivir totalmente.

No sé si habéis observado alguna vez que, cuando tenéis un sentimiento muy intenso, de belleza o de fealdad, provocado desde fuera o despertado interiormente, en ese inmediato estado de intenso sentimiento no hay, en el instante, ningún observador, ninguna división. El observador aparece sólo cuando ese sentimiento ha disminuido. Entonces se produce todo el proceso de la memoria; decimos entonces: 'tengo que repetirlo' o 'tengo que evitarlo', y el proceso del conflicto empieza. ¿Podemos ver la verdad de esto? Y ¿qué entendemos por 'ver'? ¿Cómo veis la persona que está sentada en la plataforma? No sólo veis visualmente, sino también intelectualmente; estáis viendo esa persona a través de vuestra memoria, de vuestro agrado y desagrado, a través de vuestras diversas formas de condicionamiento; y por lo tanto no estáis viendo, ¿verdad? Cuando realmente veis algo, veis sin nada de eso. ¿No es posible mirar una flor sin nombrarla, sin ponerle un rótulo: simplemente mirarla? Y, cuando oís algo bello -no sólo música organizada, sino la nota de un pájaro en un bosque- ¿no es posible escucharlo con todo vuestro ser? Y del mismo modo, ¿no puede uno percibir realmente algo? Porque si la mente es capaz de percibir, de sentir de hecho, entonces sólo hay el experimentar, y no el experimentador; entonces hallaréis que el conflicto, con todas sus desdichas, esperanzas, defensas, etc., termina.

Cuando veis toda la verdad de algo, cuando veis la verdad de que el conflicto cesa solamente cuando no hay división entre el observador y lo observado, cuando de hecho experimentáis ese estado, sin introducir en

él todas las huestes de la memoria, todos los ayeres, entonces el conflicto cesa. Entonces estáis siguiendo los hechos, y no estáis enredados en la división que la mente hace entre el observador y el hecho.

El hecho es que soy estúpido, que estoy aburrido, atado a la torpe rutina de la existencia diaria. Eso es un hecho, pero no me gusta; de modo que hay una división. Aborrezco lo que estoy haciendo, de modo que se pone en marcha el mecanismo del conflicto, con todas las defensas, las evasiones y las desdichas que implica. Pero el hecho es que mi vida es una cosa fea, que es superficial, vacía, brutal, dominada por el hábito.

Ahora bien, sin crear este sentimiento de división, y, por tanto, conflicto, ¿puede la mente limitarse a seguir el hecho; seguir toda la rutina, los hábitos; seguirlo sin tratar de cambiarlo? Eso es percepción, en el sentido en que estamos usando esa palabra. Y hallaréis que el hecho nunca es estático, nunca está quieto. Es una cosa en movimiento, viviente; pero la mente querría volverlo estático, y por lo tanto surge el conflicto. Os amo, quiero aferrarme a vos, poseeros; pero vos sois una cosa viva, os movéis, cambiáis, tenéis vuestro propio ser; y así, hay conflicto, y de esto viene sufrimiento. Y ¿puede ver la mente el hecho y seguirlo? Lo cual implica, en realidad, una mente muy activa, viva e intensa exteriormente, y sin embargo quieta por dentro. Una mente que no esté absolutamente quieta por dentro no puede seguir un hecho, porque éste es muy rápido. Y sólo una mente así es capaz de este proceso, capaz de seguir todo hecho sin cesar tal como se presenta, sin decir que el hecho debería ser esto o que debería ser aquello, sin crear la división, el conflicto y la desdicha. Sólo una mente así corta de raíz todo sufrimiento.

Entonces veréis, si habéis ido hasta ahí -no en espacio y tiempo sino en comprensión- que la mente llega a un estado en que está completamente sola.

Como sabéis, para la mayoría de nosotros, estar sólo es una cosa terrible. No estoy hablando ahora del sentimiento de soledad, que es cosa diferente. Caminar solo, estar solo con alguien o con el mundo, estar solo con un hecho. Solo, en el sentido de una mente que no está influida, una mente que ya no está presa en el ayer, una mente que no tiene futuro, que ya no está buscando, que ya no tiene miedo: sola. Una cosa que es pura está sola; una mente que está sola conoce el amor, porque ya no está enredada en los problemas del conflicto, de la desdicha y la realización. Unicamente una mente así es nueva, religiosa. Y quizá sólo una mente así pueda curar las heridas de este mundo caótico.

INTERLOCUTOR: *¿Queréis hablarnos un poco más sobre lo que es el amor?*

KRISHNAMURTI: Hay dos cosas implicadas en esto, ¿no es cierto? Hay la definición verbal según el diccionario, cosa que no es el amor, obviamente. La palabra 'amor' no es el amor, como tampoco la palabra 'árbol' es el árbol. Eso es una cosa, y en eso están incluidos todos los símbolos, las palabras, las ideas sobre el amor. La otra es que únicamente podéis hallar el amor por la negación, sólo podéis descubrirlo a través de la negación. Y para descubrir, la mente tiene antes que librarse de la esclavitud a las palabras, las ideas y los símbolos. Esto es, para descubrir, tiene uno que eliminar todo lo que ha conocido sobre el amor. ¿No tenéis que eliminar todo lo conocido si queréis descubrir lo desconocido? ¿No tenéis que barrer todas vuestras ideas, por bellas que sean, todas vuestras tradiciones, por nobles que sean, para descubrir qué es Dios, para descubrir si hay Dios? Dios, esa inmensidad, tiene que ser incognoscible, no medible por la mente. De modo que el proceso de medición, comparación y reconocimiento debe ser descartado por completo, si uno quiere descubrir.

Del mismo modo, para saber, vivenciar, sentir lo que es el amor, la mente ha de estar libre para descubrir. Debe estar libre para sentirlo, para estar con él, sin la división del observador y lo observado. La mente ha de destruir por completo las limitaciones de la palabra; debe ver toda la implicación de la palabra: el amor pecaminoso y el amor divino; el amor que es respetable y el que es impuro; todos los edictos sociales, las sanciones y los tabúes que hemos puesto en torno a esa palabra. Y hacer eso -amar a un comunista, amar a la muerte es una labor enormemente ardua, ¿no es así? Y el amor no es lo opuesto del odio, porque lo que es opuesto forma parte de su opuesto. Amar, comprender la brutalidad que existe en el mundo, la brutalidad del rico y del poderoso; ver una sonrisa en el rostro de un pobre hombre mientras vais por el camino, y ser feliz con esa persona: probad a hacerlo alguna vez, y veréis. Amar requiere una mente que esté siempre purgándose de las cosas que ha conocido, experimentado, acopiado, reunido, a las que se ha apegado. Así que no hay descripción de esa palabra; sólo hay su sentimiento, su totalidad.

INTERLOCUTOR: *En otras paladas, en ese momento uno es amor.*

KRISHNAMURTI: Me temo que no, señor, porque no existe un momento conocido, que sea 'ese momento'. No existe el proceso de reconocer que sois amor. ¿No habéis estado alguna vez irritado; no habéis odiado

jamás a alguien? ¿Decís, en ese momento: 'soy eso'? No hay un momento reconocible, ¿verdad? Sois eso por completo.

INTERLOCUTOR: *Cristo nos enseñó cómo amar, en sus palabras: 'ama a tu prójimo como a ti mismo'.*

KRISHNAMURTI: Por favor, señor, espero poder decirlo de manera que no comprendáis mal. Para descubrir qué es verdadero, no puede haber autoridad, no puede haber maestro, ni seguidor. La autoridad del libro, del profeta, del salvador, del *gurú*, tiene que terminar por completo, totalmente, si uno ha de descubrir cómo amar al prójimo. No hay enseñanza, y si la hay y la seguís, entonces la enseñanza ha dejado de serlo. ¿Qué diferencia hay entre el dictador y el sacerdote que está lleno de poder y autoridad?

INTERLOCUTOR: *Ninguna.*

KRISHNAMURTI: No es bueno limitarse a responderme, señor. Esa no era una pregunta retórica. Al fin y al cabo, todos tenemos autoridades: la del profesor que sabe, la del médico, la del policía, la del sacerdote o la autoridad de nuestra propia experiencia. Se requiere una mente inteligente para ver dónde es mala la autoridad; y evitar la autoridad es sumamente difícil. Ello significa percibir la autoridad completa, su totalidad, la malignidad del poder, ya sea en el político como en el sacerdote, en el libro, o vuestra propia autoridad sobre la esposa, el marido. Y cuando lo veis, cuando lo sentís en realidad por completo, entonces ya no sois un seguidor. Sólo una mente así es capaz de descubrir qué es verdadero, porque estando libre puede percibir el hecho. Para percibir el hecho de que odiáis, no necesitáis autoridad; lo que necesitáis es una mente que esté libre de temor, libre de la opinión, y que no condene. Todo esto requiere arduo trabajo. Vivir con algo hermoso o con algo feo requiere intensa energía. ¿Habéis observado que el aldeano, el montañés que vive en una magnifica montaña, ni siquiera la ve? Se ha acostumbrado a ella. Pero, para vivir con algo sin acostumbrarse nunca a ello, tiene uno que ser muy intenso, para tener aquella energía. Y esa energía viene cuando la mente está libre, cuando no hay temor ni autoridad.

INTERLOCUTOR: *¿Es un proceso de pensamiento el proceso de depurar la mente*

KRISHNAMURTI: ¿Puede jamás ser puro el pensamiento? ¿No es todo pensamiento impuro? Como el pensamiento nace de la memoria, está ya contaminado. Por lógico y racional que sea, está contaminado, es mecánico. Por consiguiente no hay tal pensamiento puro, o pensamiento 'libre'. Mas, para ver la verdad de eso, se requiere indagar todo el proceso de la memoria, lo que implica ver que la memoria es mecánica, basada en muchos ayeres. El pensamiento nunca puede hacer pura a la mente; y ver ese hecho es la purificación de la mente. Por favor, no aprobéis ni desaprobéis. Penetrad en ello, id tras de ello, como vais tras el dinero, la posición, la autoridad y el poder: Poned el diente en ello; de eso sale una mente maravillosa, una mente depurada, inocente, fresca, una cosa que es nueva, y por eso en estado de creación, y por lo tanto, en revolución.

INTERLOCUTOR: *¿Queréis decirnos qué ocurre en el momento de percibir 'lo que es'?*

KRISHNAMURTI: Puedo daros una descripción de ello, pero ¿os ayudará? Veámoslo. El hecho es que odiamos, que somos celosos, envidiosos. Y vosotros lo condenáis, diciendo: 'no debo', de modo que hay una división. Ahora bien, ¿qué es lo que crea división? Ante todo, la palabra. La palabra 'celos' es en sí misma separativa, condenatoria. La palabra es invención de la mente enredada en el conocimiento de siglos, e incapacitada por consiguiente para mirar el hecho sin la palabra. Pero cuando la mente mira el hecho sin condenación -esto es, sin la palabra- entonces el sentimiento no es lo mismo que la descripción verbal, no es la palabra. Tomad la palabra 'belleza' ¡Todos parecéis susurrar cuando esa palabra se menciona! Para la mayoría de nosotros la belleza es cosa de los sentidos. Es además descriptiva: 'es un hombre de agradable aspecto', '¡qué feo edificio!' Hay comparación: 'esto es más hermoso que aquello'. Siempre se usa la palabra para describir algo que percibimos a través de los sentidos, lo manifestado, como el cuadro, el árbol, el cielo, una estrella, una persona.

Ahora, ¿hay belleza sin la palabra, más allá de la palabra, más allá de los sentidos? Si preguntáis al artista dirá que sin la expresión, la belleza no existe; pero ¿es así? Para descubrir lo que es la belleza, su inmensidad, su totalidad, tienen que vivificarse los sentidos, hay que ir más allá de las cosas que hemos rotulado como belleza y fealdad. No sé si estáis siguiendo todo esto. De la misma manera, seguir un hecho como los celos

requiere una mente que le conceda plena atención. Cuando ve uno el hecho, en la percepción misma de él, en el instante en que lo veis, los celos han desaparecido, se han ido por completo. Pero nosotros no queremos la desaparición total de los celos. Se nos ha enseñado a gustar de ellos, a vivir con ellos, y creemos que si no hay celos no hay amor.

De modo que se necesita atención, observación, para seguir un hecho. Y ¿qué pasa después? Lo que ocurre cuando estáis efectivamente observando es mucho más importante que el resultado final. ¿Comprendéis? El observar mismo es mucho más importante que estar libre del hecho.

INTERLOCUTOR: *¿Puede haber pensar sin memoria?*

KRISHNAMURTI: Dicho de otro modo: ¿Hay pensamiento sin la palabra? Como sabéis, esto es muy interesante si penetráis en ello. ¿Está utilizando el pensamiento el que habla? El pensamiento, como la palabra, es necesario para la comunicación, ¿no es así? El que habla tiene que usar palabras: palabras inglesas para comunicarse con vosotros los que entendéis el inglés. Y las palabras provienen de la memoria, evidentemente. Pero, ¿cuál es la fuente? ¿Qué es lo que está detrás de la palabra? Voy a decirlo de otro modo.

Hay un tambor; da un tono. Cuando el parche está tenso en el grado debido, lo golpeáis y da el tono correcto, que podéis reconocer. El tambor, que está vacío, en la debida tensión, es como puede ser vuestra mente. Cuando hay la debida atención y hacéis la debida pregunta, entonces da la respuesta correcta. La respuesta puede ser en términos de la palabra, de lo reconocible; pero lo que sale de ese vacío es seguramente creación. La cosa que se crea partiendo del conocimiento es mecánica; pero la que sale del vacío, de lo desconocido, eso es el estado de creación.

28 de mayo de 1961

XIII

CREO que desde el principio debemos ver muy claramente por qué hemos venido aquí. Para mí estas reuniones son muy serias, y utilizo esa palabra con un significado especial. 'Seriedad', para la mayoría de nosotros, implica el adoptar cierta línea de pensamiento, una determinada manera de vivir, seguir una norma escogida de conducta; y esa norma, ese modo de vivir, gradualmente llega a ser la ley que guía nuestra vida. Para mí, eso no constituye seriedad, y creo que sería muy provechoso y que valdría la pena el que pudiéramos, cada uno de nosotros, tratar de descubrir qué es lo que tomamos en serio.

Quizá la mayoría de nosotros, consciente o inconscientemente, estamos buscando seguridad en una u otra forma; seguridad en la propiedad, en las relaciones y en las ideas. Y consideramos que estos empeños son muy serios. Para mí, repito, eso no es seriedad.

Para mí, la palabra 'seriedad' implica cierta purificación de la mente. Empleo la palabra 'mente' en sentido general, no especifico, y más adelante veremos el significado de esa palabra. Una mente seria se está dando cuenta constantemente, y por ello se está purificando; y en ella no existe ninguna clase de búsqueda de seguridad. No persigue una particular fantasía, no pertenece a ningún grupo determinado de pensamiento ni a ninguna religión, dogma, nacionalidad o país; y no se interesa por los problemas inmediatos de la existencia, aunque uno tenga que cuidar de las cotidianas eventualidades. Una mente en realidad seria tiene que ser extraordinariamente sensible, aguda, de modo que no tiene ilusiones y no se enreda en experiencias que parecen provechosas, útiles o placenteras.

Sería pues juicioso que pudiéramos, desde el principio mismo de estas reuniones, ver muy claramente, por nosotros mismos, hasta qué punto y a qué profundidad somos serios. Si nuestras mentes son agudas, inteligentes y serias, entonces creo que podemos considerar toda la estructura de la existencia humana a través del mundo, y de esa comprensión total venir a lo particular, al individuo. Veamos pues todo lo que está sucediendo en el mundo, no meramente a titulo de información, ni investigando algún problema particular -de un país o de una determinada secta o sociedad, ya sea democrática, comunista o liberal- sino más bien veamos lo que de hecho ocurre en el mundo. Y de ahí, después de ver el todo, después de asir el significado de los acontecimientos externos, (no como información, como opinión, sino viendo el hecho efectivo de lo que está pasando), podemos entonces venir al individuo. Esto es lo que quisiera hacer.

Como sabéis, la opinión, el juicio y la valoración son absolutamente fútiles frente a un hecho. Lo que penséis, la opinión que tengáis, la religión o secta a que pertenezcáis, las experiencias que hayáis tenido, estas cosas carecen de todo sentido ante un hecho. El hecho es mucho más importante que vuestro pensamiento

sobre el hecho; tiene un significado mucho mayor que vuestra opinión, que se basa en vuestra educación, religión, cultura y condicionamiento particulares. No vamos, pues, a tratar de opiniones, ideas, juicios; vamos, si podemos, a ver los hechos como son. Eso requiere una mente libre, una mente que sea capaz de mirar.

Me pregunto si habéis pensado alguna vez sobre la cuestión de lo que significa mirar, ver. ¿Es meramente cuestión de percepción visual, o es que el ver, el mirar, es algo mucho más profundo que la mera acción de ver? Para la mayoría de nosotros, el ver implica lo inmediato; lo que pasa hoy y lo que va a pasar mañana; y lo que va a pasar mañana está coloreado por el ayer. Nuestro mirar es, pues, muy estrecho, muy miope, confinado, y nuestra capacidad de mirar es muy limitada. Creo que si quiere uno mirar, ver -más allá de las colinas, de las montañas, de los ríos y de los verdes campos, más allá del horizonte- debe haber cierta clase de libertad. Requiere una mente muy firme; y una mente no es firme cuando no es libre. Y me parece muy importante que tengamos esta capacidad de ver, no meramente lo que queremos ver, no lo que es agradable según nuestras estrechas y limitadas experiencias, sino el ver las cosas como son; ver las cosas como son libera a la mente. Es por cierto una cosa extraordinaria el percibir de manera directa, sencilla, total.

Pues bien, con esa generalización, sigamos adelante y veamos todas las cosas que están pasando en el mundo; y vosotros sabréis probablemente mucho más sobre ello, porque leéis los diarios, las revistas, los artículos, que son producidos todos de acuerdo con los prejuicios del autor, del editor, del partido. La palabra impresa es muy importante para la mayoría de nosotros. Ocurre que yo no leo periódicos, pero he viajado mucho y he visto a muchísimas personas; he estado en las estrechas callejuelas en que viven los muy pobres, y he hablado con los políticos, las personas muy importantes (por lo menos ellas creen que son importantes); y vosotros sabéis lo que está pasando. Hay hambre, miseria, degradación, pobreza, en Oriente. Ellos harían cualquier cosa para tener una comida completa, abundante; y por eso quieren romper las fronteras del pensamiento, de la costumbre, de la tradición. Y luego existe el otro extremo, lugares en que hay inmensa prosperidad, una prosperidad como el mundo nunca ha conocido, y en que abunda el alimento, hay profusión de ropas, casas limpias, confortables, como en este país. Y observa uno que estas comodidades engendran cierta satisfacción, una mediocridad, cierta actitud de aceptar las cosas y no querer ser molestados.

El mundo está dividido en fragmentos, en lo político, lo religioso, lo económico, en el pensamiento y en la filosofía. Y los acontecimientos del mundo son fragmentarios. Las religiones y los gobiernos tratan de ganar las mentes de los hombres; quieren dominarlos, convertirlos en técnicos, soldados, ingenieros, físicos, matemáticos, porque entonces serán útiles a la sociedad. Y se está extendiendo la religión o creencia organizada, en forma de catolicismo o de comunismo. Tenéis que saber todo esto muy bien. La creencia organizada está plasmando la mente del hombre, tanto si es la creencia organizada de la democracia, como la del comunismo, del cristianismo o del islam. Considerad todo esto y no digáis, 'perdéis el tiempo repitiendo todo esto'. No lo pierdo, porque primero quiero ver lo que efectivamente ocurre, y luego, si es posible, destruir todo eso dentro de nosotros mismos, destruirlo totalmente. Porque el movimiento exterior, lo que llamamos el mundo, es la misma marea que vuelve hacia dentro. El mundo exterior no es diferente del mundo interior, y sin comprender el mundo exterior carece de todo sentido el volverse hacia dentro. Creo que es esencial comprender el mundo exterior, la brutalidad, la crueldad, la tremenda ansia de éxito, cuán intensamente quiere uno pertenecer a algo, ligarse a ciertos grupos de ideas, pensamientos y sentimientos. Si podemos comprender todos los acontecimientos exteriores, no en detalle, sino abarcar su totalidad, viéndolo todo sin prejuicios, sin miedo, sin buscar seguridad, sin refugiarse tras las propias teorías, esperanzas y fantasías favoritas, entonces el movimiento interno tiene un sentido muy distinto. Es el movimiento interno que ha comprendido lo externo, a lo que yo llamo seriedad.

Veis, pues, que por todo el mundo la mente del hombre está siendo moldeada y dominada: por las religiones, en nombre de Dios, en nombre de la paz, de la vida eterna, etc.; y también por los gobiernos, mediante interminable propaganda, mediante imposiciones económicas, el empleo, la cuenta bancaria, la educación, etc. De modo que al fin sois simplemente una máquina, aunque no tan buena en algunos aspectos como las computadoras electrónicas; estáis llenos de información. Eso es lo que nuestra educación hace por nosotros. Nos volvemos, pues, gradualmente más y más mecánicos. Sois un suizo, un norteamericano, un ruso, un inglés, un alemán, y así sucesivamente. Se os plasma para toda la vida en un molde, y sólo muy pocos escapan de este horror, salvo para caer en alguna caprichosa religión o fantástica creencia.

Esa es, pues, la vida, el ambiente en que vivimos; puede haber una ocasional esperanza, un breve deleite; pero detrás de todo eso hay miedo, Desesperación y muerte. Y ¿cómo hacemos frente a esa vida? ¿Qué es la mente que se enfrenta con esa vida? ¿Comprendéis la pregunta? Nuestras mentes aceptan estas cosas como inevitables; se ajustan a ese molde y lenta pero definitivamente se deterioran. El problema real es, pues, cómo destruir todo esto: no en el mundo exterior; no lo podéis, el proceso histórico continúa. No podéis impedir que los políticos tengan guerras. Probablemente habrá guerras; espero que no, pero probablemente las habrá, no

aquí ni allí, quizá, sino en algún pobre e infortunado país lejano No podemos detener eso. Pero creo que podemos destruir en nuestro interior todas las estupideces que la sociedad nos ha inculcado; y esta destrucción es creatividad. Lo que es creativo siempre es destructivo. No estoy hablando de la creación de un nuevo molde, de una nueva sociedad, de un nuevo orden, de un nuevo Dios o una nueva iglesia. Digo que el estado de creación es destrucción. No crea una forma de conducta, un modo de vivir. Una mente creativa no tiene normas. A cada momento destruye lo que ha creado. Y es sólo una mente así la que puede enfrentarse con los problemas del mundo; no la mente astuta, ni la informada, no la que piensa en su propio país, ni la que funciona fragmentariamente.

Así pues, lo que nos interesa es la destrucción de la mente, para que pueda tener lugar algo nuevo. Y eso es lo que vamos a discutir en todas estas reuniones: cómo producir una revolución en la mente Tiene que haber una revolución, tiene que haber una destrucción total de todos los ayeres; de otro modo no estaremos en condiciones para enfrentar lo nuevo. Y la vida es siempre nueva, como el amor. El amor no tiene ayer ni mañana, es siempre nuevo. Pero la mente que ha probado la saciedad, la satisfacción, guarda ese amor como recuerdo y lo adora, o pone la fotografía en el piano o sobro la chimenea como símbolo del amor.

De modo que, si estáis dispuestos, y si también es vuestra intención, entraremos en la cuestión de cómo transformar la perezosa, cansada y asustada mente, que está cargada de dolor, que ha conocido tantas luchas, tantas desesperaciones, tantos placeres, la mente que ha llegado a ser tan vieja y que nunca ha sabido lo que es ser joven. Si queréis, entraremos en eso; al menos trataré de hacerlo, queráis o no. La puerta está abierta y sois libres de venir y de marcharos. Éste no es un auditorio cautivo; por eso, si no os gusta, es mejor no oírlo, porque lo que oís sin quererlo oír llega a ser vuestra desesperación, vuestro veneno. Conocéis, pues, desde el principio mismo cuál es la intención del que habla: que no vamos a dejar piedra por mover, que todos los secretos rincones de la mente van a ser explorados, van a ser abiertos, y su contenido destruido, y que de esa destrucción va a salir la creación de algo nuevo, algo enteramente diferente de cualquier creación de la mente.

Para esto necesitáis seriedad, fervor. Debemos ir despacio, tanteando, pero sin cejar. Y quizá al fin de todo esto -o al principio mismo, porque no hay principio ni fin en el proceso destructor- pueda uno encontrar aquello que es inmensurable, pueda uno repentinamente abrir la puerta de la percepción, la ventana de la mente, y recibir aquello que es innombrable. Tal cosa existe, más allá del tiempo, más allá del espacio, más allá de la medida; no puede ser descripta ni expresada en palabras. Sin descubrirla, la vida resulta enteramente vacua, superficial, estúpida, un desperdicio de tiempo.

Así pues, acaso podamos ahora discutirlo un poco, hacer preguntas. Pero antes tenemos que descubrir qué significa discutir, qué entendemos por una pregunta. Una pregunta equivoca recibe una respuesta errónea. Sólo una pregunta correcta recibe una correcta respuesta; y es extraordinariamente difícil hacer una pregunta correcta. Para hacer una pregunta justa -no sólo a mí, sino a vosotros mismos y a todos nosotros- se requiere una mente penetrante, astuta, alerta, vigilante, dispuesta a descubrir. Os ruego, pues, que no hagáis preguntas que no sean apropiadas a lo que estamos discutiendo. Y al discutir, no discutamos como escolares, poniéndoos vosotros de una parte y yo de la otra -cosa que está bien en los colegios o en las sociedades para debates- sino discutamos para descubrir, lo cual es la actitud de la mente científica y de la que no tiene miedo. Entonces tal discusión llega a valer la pena; entonces avanzaremos y descubriremos por nosotros mismos qué es lo verdadero y qué lo falso. Por lo tanto, cesa la autoridad del que habla, porque no hay autoridad en el descubrimiento. Es sólo la mente embotada, perezosa, la que busca autoridad. Pero una mente que quiere averiguar, experimentar algo total y completa mente, tiene que descubrir, tiene que penetrar. Y espero que estas reuniones nos ayudarán a cada uno de nosotros a ver por nosotros mismos -no por los ojos de alguna otra persona- aquello que vale la pena, lo que es verdad y lo que es falso.

INTERLOCUTOR: *¿Por qué nos resulta difícil hacer una pregunta acertada?*

KRISHNAMURTI: ¿Encontráis difícil hacer una pregunta correcta? ¿O queréis hacer una pregunta? ¿Veis la diferencia? A nosotros no nos interesa hacer una pregunta justa, ¿verdad? Fui yo quien dijo que sólo una pregunta correcta recibe una respuesta correcta. Seguramente, os interesa presentar un problema que tenéis; por eso que no os interesa para nada lo relativo a una 'pregunta correcta'. Pero si queréis comprender vuestro propio problema, entonces tenéis que averiguar qué es realmente el problema; y la investigación misma de lo que efectivamente es vuestro problema, traerá la pregunta correcta, ¿comprendéis? No es que tengáis que hacer una pregunta correcta. No podéis, no sabéis. Pero si el problema es intenso, si ha sido estudiado, entonces no podéis menos que hacer la pregunta justa. Por lo general no estudiamos el problema, no lo miramos de cerca; rozamos su superficie, y desde la superficie hacemos una pregunta. Y la pregunta superficial sólo traerá una respuesta superficial. Y la respuesta superficial es todo lo que queremos saber. Si

sentimos temor, preguntamos: '¿cómo voy a librarme del temor?' Si no tenemos dinero, preguntamos: '¿cómo voy a conseguir mejor empleo o tener éxito?' Pero si comenzáis a investigar todo el problema del éxito, tras del que va todo ser humano, y si entráis en ello, si descubrís lo que significa, por qué existe esta ansia, por qué existe este miedo de no tener éxito -y espero que penetremos en esto- entonces, en el proceso mismo de entrar en ello, forzosamente haréis la pregunta correcta.

INTERLOCUTOR: *¿Qué es lo que nos impide entrar a fondo en un problema?*

KRISHNAMURTI: ¿ Qué es lo que nos contiene? Muchas cosas, ¿verdad? ¿Queréis de veras entrar muy a fondo en el problema del temor? ¿Sabéis lo que ello significa? Significa explorar todos los rincones de la mente, eliminar todos los refugios, quebrantar toda forma de evasión en que se haya refugiado la mente. ¿Y queréis hacer eso? ¿Queréis revelaros a vosotros mismos? Por favor, no digáis 'sí', con tanta facilidad. Ello implica abandonar tantas cosas a que estáis aferrados. Puede significar el abandono de vuestra familia, vuestros empleo, vuestras iglesias, vuestros dioses, y todo el resto. Muy pocas personas quieren hacer esto. Por eso hacen preguntas superficiales, tales como el modo de librarse del temor, y creen que han resuelto el problema. O preguntan si existe Dios. Pensad un poco en la estupidez de hacer semejante pregunta. Para descubrir si existe Dios, ciertamente tenéis que dejar todos los dioses; tenéis que estar completamente desnudos para descubrir; hay que quemar todas las necedades que el hombre ha erigido acerca de Dios. Eso quiere decir no tener miedo, rodar solo, y hay muy poca gente que quiera hacer eso.

INTERLOCUTOR: *Es muy penoso penetrar en un problema.*

KRISHNAMURTI: No, no, señora. Es difícil, pero no es penoso. Como veis, utilizamos la palabra 'penoso', y la palabra misma os impide ir al problema. De modo que primero, si queremos penetrar en un problema, debemos comprender como la mente es esclava de las palabras. Por favor, escuchad esto. Somos esclavos de las palabras. Como sabéis, la palabra 'suizo' hace estremecer al suizo, como al cristiano la palabra 'Cristo', y al inglés la palabra 'Inglaterra'. Somos esclavos de palabras, de símbolos, de ideas. ¿Y cómo puede una mente así penetrar en un problema? Antes de que pueda hacerlo tiene que descubrir lo que la palabra significa. No es precisamente una cosa fácil; requiere una mente que comprenda totalmente, que no piense en forma fragmentaria.

Mirad, señores, el problema es sencillo. Hay hambre en el mundo; probablemente no mucha en Suiza o en Europa, pero sí en Oriente; no tenéis idea de la pobreza, la inanición, la degradación y los horrores de todo eso. No se está resolviendo el problema, porque todos quieren resolverlo de acuerdo con su propia norma, la norma comunista o la democrática, o con arreglo a sus propios conceptos nacionales. Lo abordan en forma fragmentaria, y por lo tanto nunca será resuelto. Sólo podrá resolverse cuando se acometa totalmente, sin tener en cuenta las nacionalidades, la política de los partidos y todo lo demás.

INTERLOCUTOR: *Entonces, para hacer frente a esta confusión del mundo necesitamos orden.*

KRISHNAMURTI: Un momento, señor. ¿Queremos orden en el mundo? Por favor, pensadlo. Al fin y al cabo, orden es lo que ofrecen los comunistas. Primero producir un desorden, confusión, miseria; y luego crear orden con arreglo a cierto tipo de ideas. ¿Queréis orden en vuestra vida, señor? Pensadlo, por favor.

INTERLOCUTOR: *¿Qué precio tenemos que pagar por eso?*

KRISHNAMURTI: No es ese el problema. Podéis tener orden y pagar el precio por medio de una dictadura militar, por el sometimiento de vuestra mente, ajustándoos a la autoridad, etc. Y estáis pagando el precio cuando pertenecéis a cierto grupo, a cierta sociedad religiosa, ¿no es así? Tenéis a Jesús, a Mahoma, tenéis algún otro en la India, y seguís; y hay orden; habéis pagado el precio durante siglos. Ahora bien, ¿queréis orden? Pensadlo y ved sus implicaciones. ¿O es que en la acción misma de vivir, que es destructiva, hay orden?

INTERLOCUTOR: *El miedo es sin duda uno de nuestros mayores tropiezos e impide el progreso. Pero nosotros no podemos destruirlo todo desde el principio mismo. ¿No deberíamos contentarnos por el momento con medidas a medias?*

KRISHNAMURTI: Decís que destruir todo a fin de liberaron del miedo es demasiado difícil para gente ordinaria como nosotros; ¿y, no hay una manera más suave, más lenta de hacer las cosas? Me temo que no. Ya veis, habéis usado la palabra 'progreso' y la palabra 'miedo'. El progreso exterior crea temor ¿no es cierto? Cuanto más tenéis -más coches, lujos, salas de baño, etc.- más miedo tenéis de perderlo. Pero si os interesa comprender el miedo, entonces el progreso no embota ni satisface a la mente. ¿Y existe progreso interiormente? Para mí, no. Sólo existe el ver inmediatamente, y para ver de inmediato la mente no debe ser perezosa. No, por favor, no estéis de acuerdo conmigo, porque es muy difícil. Sólo seguidlo. Para ver claramente, lo cual ocurre siempre de inmediato, la mente ya no ha de tener la capacidad de elegir. Para ver las cosas como son, inmediatamente, la mente debe dejar de condenar, de evaluar, de juzgar. Eso no requiere progreso, no exige tiempo. Señor, cuando hay algo peligroso veis las cosas inmediatamente, vuestra respuesta es inmediata. En eso no hay progreso. Cuando amáis algo con todo vuestro ser, la percepción es inmediata.

INTERLOCUTOR: *Pero para alcanzar esa posibilidad de ver inmediatamente . . .*

KRISHNAMURTI: Mirad, señor, la palabra "alcanzar de nuevo implica tiempo y distancia. La mente es pues esclava de la palabra 'alcanzar'. Si la mente puede librarse de las palabras 'conseguir', 'alcanzar', 'llegar', entonces el ver puede ser inmediato.

25 de Julio de 1961

XIV

PIENSO que es muy importante, especialmente durante estas discusiones, descubrir cómo escuchar. Muy pocos de nosotros escuchamos: meramente oímos. Oímos superficialmente, como oímos ese ruido ahí fuera, en la calle, y eso que así oímos entra muy poco en el cerebro. Lo que oímos sólo superficialmente, lo desechamos a la menor provocación. Pero hay otra diferente manera de escuchar en la cual el cerebro está alerta sin esfuerzo, interesado, serio, queriendo descubrir lo que es verdad y lo que es falso, sin adelantar ninguna opinión, ningún juicio, y sin traducir ni comparar lo que se dice con lo que ya conoce. Por ejemplo, la última moda es ahora interesarse en el Zen; esa es la manía. Y si durante estas pláticas tratáis de comparar lo que se está diciendo con lo que habéis leído, en ese proceso no estáis escuchando en absoluto, ¿verdad? Sólo estáis comparando, y esta comparación es una forma de pereza. Mientras que, si escucháis sin el intermedio de lo que habéis aprendido, oído o leído, entonces estáis escuchando y respondiendo directamente, sin ningún prejuicio. Estáis viendo la verdad o la falsedad de lo que se está diciendo, y eso es mucho más importante que limitarse a comparar, valorar, juzgar.

Espero, pues, que no os molestará que siga repitiendo que es muy difícil aprender el arte de escuchar; es tan difícil como ver. Y tanto el ver como el escuchar son necesarios

Decíamos la última vez que hay mucho caos en el mundo. Exteriormente hay pobreza, hambre y corrupción; e interiormente también hay confusión, dolor y pobreza del ser. Hay contradicción en el mundo. Los políticos hacen declaraciones a favor de la paz y preparan la guerra; se habla de la unidad del hombre y al mismo tiempo se la destruye. Y partiendo de este caos, de este desorden, todos queremos orden. Tenemos pasión por el orden. Lo mismo que tenemos pasión por tener nuestras habitaciones limpias, ordenadas, tenemos también pasión por producir orden en el mundo. Me pregunto si hemos pensado alguna vez profundamente en esa palabra, lo que implica. Queremos orden interiormente, queremos estar sin contradicción, sin lucha, sin confusión, de modo que no haya sensación de desarmonía y lucha; y por eso acudimos a lideres espirituales, para que nos den el orden, o nos unimos a grupos, o seguimos cierta serie de ideas, ciertas disciplinas. Así erigimos autoridades; queremos que se nos diga lo que tenemos que hacer. Tratamos de producir orden mediante la conformidad, la imitación.

De la misma manera queremos también tener orden externo, en la política, en el mundo de los negocios. Por eso hay dictadores, tiranos, gobiernos totalitarios que prometen orden total, en el que no se os permite pensar para nada. Se os dice lo que hay que pensar, del mismo modo que se os dice lo que tenéis que pensar cuando pertenecéis a una iglesia o a un grupo que cree en cierta serie de ideas. La tiranía de la iglesia es tan brutal como la de los gobiernos. Pero nos gusta porque queremos orden a cualquier precio. Y tenemos orden. La guerra produce un extraordinario orden en el Estado. Todos cooperan para destruirse unos a otros.

Así pues, esta obsesión por el orden debe ser comprendida. ¿Produce orden la sumisión de la propia confusión a la autoridad, interna o externa? ¿Comprendéis la pregunta?

Estoy confuso, no sé qué hacer. Mi vida es estrecha, insignificante, confusa, miserable; me encuentro en un estado de contradicción y no se qué hacer. Acudo pues a alguien, a un maestro, a un *gurú*, a un santo, a un salvador; y probablemente algunos de vosotros también venís aquí con esa actitud. De modo que, partiendo de vuestra confusión, escogéis vuestro líder, y cuando actuáis desde la confusión, vuestra elección sólo crea nueva confusión. Os entregáis a la autoridad, lo que significa que no queréis pensar en absoluto, no queréis descubrir por vosotros mismos lo que es verdad y lo que es falso. Descubrir qué es verdad y qué es falso es tarea ardua; tenéis que estar vigilantes, tenéis que estar alertas. Pero la mayoría de nosotros somos perezosos, torpes, no somos profundamente serios, más bien queremos que nos digan qué hay que hacer; y por eso tenemos los santos, los salvadores, los maestros, para nuestra conducta interna; y exteriormente están los gobiernos, los tiranos, los generales los políticos, los especialistas. Y esperamos que siguiéndolos, gradualmente terminarán todos nuestros trastornos y que de ese modo tendremos orden.

Por cierto, la palabra 'orden' implica todo eso ¿no es así? Pero ¿produce orden la demanda de orden? Os ruego que consideréis esto, porque quiero entrar en ello. Pienso que la autoridad y el poder de cualquier clase son destructivos. El poder en cualquier forma es pernicioso. Y sin embargo anhelamos mucho aceptar ese mal, porque estamos confusos; como no sabemos, queremos que se nos dirija.

Por eso pienso que desde el principio mismo de estas pláticas deberíamos comprender que el que habla no tiene autoridad alguna; ni vosotros, los que estáis escuchando, sois seguidores de lo que se está diciendo. Tratamos de investigar, de descubrir juntos. Si habéis venido con la idea de que se os dirá lo que hay que hacer, os iréis de aquí con las manos vacías.

Para mí, lo importante es ver que hay desorden exterior e interiormente, y que la demanda de orden es tan sólo la demanda de seguridad, protección, certeza. Y desgraciadamente no hay seguridad, ni exterior ni interiormente. Los bancos pueden quebrar, puede haber guerra, hay muerte, los valores de bolsa pueden derrumbarse, puede ocurrir cualquier cosa, y están sucediendo cosas terribles. De modo que la demanda de orden es la demanda de seguridad, protección; y eso es lo que todos queremos, ya seamos viejos o jóvenes. No nos preocupamos tanto de la seguridad interior porque no sabemos cómo empezar para conseguirla; pero esperamos que por lo menos podremos tener seguridad exterior mediante buenos bancos, buenos gobiernos, mediante una tradición que ha de continuar indefinidamente. Así la mente llega gradualmente a quedar satisfecha, embotada, segura, atada a la tradición. Y es evidente que una mente así nunca podrá descubrir lo que es verdad o lo que es falso; es incapaz de hacer frente al tremendo reto de la existencia.

Espero que no os estaré hipnotizando con mis palabras, sino que estaréis escuchando para descubrir efectivamente por vosotros mismos si existe o no tal cosa como la seguridad. Este es un enorme problema. Vivir en un mundo exterior en el que no hay seguridad, y vivir en un mundo interior en el que no hay tradición, no hay ayer ni mañana, significa que, o uno se vuelve desequilibrado, totalmente loco, o llega a ser extraordinariamente despierto y cuerdo.

No es cuestión de elección. No podéis elegir entre la seguridad y la inseguridad; mas uno puede ver el hecho de que no existe seguridad interior, psicológicamente. Ninguna relación está segura; y por mucho que os aferréis a cierta doctrina, a una creencia, con ella siempre va la duda, la sospecha, y por lo tanto el miedo. Investigar esto es necesario cuando hay pasión por el orden.

Tampoco es cierto lo opuesto: que uno tenga que vivir en el desorden, en el caos. Eso es sólo una reacción. Sabéis que vivimos y actuamos por reacción. Todas nuestras acciones son reacciones. No sé si lo habéis notado. Y si vemos que el orden no es posible, entonces invariablemente creemos que tiene que haber lo opuesto, el desorden, la reacción al orden. Pera si uno ve la verdad de que la demanda de orden implica todo lo que acabamos de indicar, entonces, de ese descubrir, miento de lo que es verdad, viene el orden real. ¿Me expreso con claridad? Voy a exponerlo de manera diferente.

La paz, por cierto, no es el estado en que no hay guerra. La paz es algo diferente. No es el intervalo entre dos guerras. Para descubrir lo que es la paz uno debe estar totalmente libre de violencia. Estar libre de violencia requiere un tremendo examen de la violencia. Significa de hecho que en la violencia está implícita la competencia, la ambición, el deseo de éxito, el ser enormemente eficiente el disciplinarse y seguir ciertas ideas e ideales. Es evidente que forzar la mente a adaptarse -que el modelo sea noble o innoble no viene al caso- implica violencia.

Decimos que si no nos adaptamos habrá caos, mas esta afirmación es una reacción, ¿no es cierto? La violencia no es una cosa superficial; para sondearla hace falta mucha investigación. Enojo, celos, odio, envidia, son todas expresiones de violencia. Estar libre de violencia es estar en paz, no hallarse en un estado de desorden. Es por esto que el conocerse a sí mismo no es sólo cuestión de examinar las cosas por casualidad una mañana y olvidarse de ello por el resto de la semana. Es una cuestión muy seria.

Así pues, comprender el orden es mucho más importante que reaccionar diciendo: 'si no hay orden habrá caos' ¡Como si el mundo en que estamos viviendo fuera maravilloso, hermoso, amable, sin caos ni miseria! Basta con mirarse a sí mismo para ver cuán pobre es uno interiormente. No tenemos afecto, simpatía, amor, somos feos y se nos persuade muy fácilmente; y existe toda esta búsqueda de compañía, jamás somos capaces de estar solos.

Es pues importante ver la totalidad del orden, y no tomar sólo de él pequeñas partes que nos convengan. Y es muy difícil ver algo totalmente, como veis el árbol entero. He hablado un poquito sobre el orden, la autoridad y la conformidad; y si podéis ver la totalidad de eso, entonces veréis que el cerebro, la mente, está libre de esta demanda de orden, y libre por consiguiente de seguimiento, tanto si se trata de seguir a un héroe nacional, la leyenda y todo ese absurdo, como si se trata de vuestro particular maestro, *gurú*, santo y todo lo demás.

Ahora bien, ¿qué es 'ver totalmente'? Ante todo, ¿qué es ver? ¿Es sólo la palabra? Por favor seguid esto con un poco de cuidado; si no tenéis inconveniente. Cuando decís 'veo', ¿qué entendéis por eso? No me respondáis, por favor, sólo seguid conmigo. No me estoy erigiendo en vuestra autoridad, y vosotros no sois mis seguidores. No la tengo, gracias a Dios. Estamos investigando juntos esta cuestión de ver, porque es muy importante, como descubriréis por vosotros mismos.

Cuando decís, 'veo ese árbol', ¿lo veis de hecho, o estáis sólo satisfechos con las palabras 'yo veo'? Pensadlo. Considerémoslo despacio. ¿Decís 'ese es un roble, un pino, un olmo', lo que sea, y seguís adelante? Si es así, ello indica que no veis el árbol, porque estáis atrapados en la palabra. Es sólo cuando comprendéis que la palabra no es importante, y podéis dejar de lado el símbolo, el vocablo, el nombre, que podéis mirar. Es una cosa muy ardua mirar, porque ello significa que el nombre, la palabra, con todos los recuerdos, las reminiscencias asociadas con la palabra, deben dejarse de lado. Vosotros no me miráis a mí. Tenéis ciertas ideas sobre mí; tengo cierta reputación y todo eso, y esto os impide ver. Si podéis despojar a la mente de todo ese absurdo, entonces podéis ver; y ese ver es enteramente diferente del ver a través de la palabra.

Ahora bien, ¿podéis mirar vuestros dioses, vuestros placeres favoritos, vuestros sentimientos de nobleza, de espiritualidad, y todas esas cosas, despojados de la palabra? Eso es muy arduo, y muy pocas personas están dispuestas a mirar realmente. Ese ver es total, porque ya no está asociado con la palabra y los recuerdos, con los sentimientos que la palabra evoca. El ver alguna cosa totalmente implica, pues, que no hay división, que no hay reacción con respecto a lo que se ve: no hay más que el ver. Y ver el hecho en sí mismo produce una serie de acciones que están disociadas de la palabra, de la memoria, de las opiniones e ideas. Esto no es una hazaña intelectual, aunque lo parezca. Ser intelectual o ser emocional es más bien estúpido. Pero ver totalmente el miedo libra a la mente del miedo.

Mas no vemos nada totalmente porque estamos siempre mirando las cosas a través del cerebro. Esto no quiere decir que no deba usarse el cerebro; al contrario, debemos utilizar nuestro cerebro hasta su mayor capacidad. Pero es la función del cerebro dividir las cosas; ha sido educado para observar en partes, para aprender por partes, no totalmente. Darse cuenta del mundo, de la tierra, totalmente, implica no tener ningún sentimiento de nacionalidad, ni tradiciones, dioses, iglesias, ni la división del suelo y delimitación de la tierra en coloreados mapas. Y ver a la humanidad como seres humanos, implica no estar segregados como europeos, norteamericanos, rusos, chinos o indios. Pero el cerebro rehusa ver totalmente la tierra y el hombre que está sobre ella, porque el cerebro ha sido condicionado a través de siglos de educación, tradición y propaganda. Por eso el cerebro, con todos sus hábitos mecánicos, sus instintos animales, su impulso a permanecer a salvo, en seguridad, jamás puede ver nada totalmente. Y sin embargo es el cerebro que nos domina; es el cerebro que está funcionando todo el tiempo.

Os ruego no saltéis hacia la idea de que tiene que haber algo además del cerebro, que tiene que haber en nosotros un espíritu con el que tenemos que ponernos en contacto, y todos esos disparates. Voy paso a pasó; de modo que os ruego lo sigáis, si queréis.

El cerebro está pues condicionado: por el hábito, la propaganda, la educación, por todas las influencias diarias, la mezquindad de vida y por su propio eterno parloteo. Y con ese cerebro miramos. Ese cerebro, cuando escucha lo que se dice, cuando mira un árbol, un cuadro, cuando lee un poema o escucha un concierto, es siempre parcial; siempre reacciona en términos de 'me gusta' o 'no me gusta', de lo que es provechoso y lo que no lo es. Es la función del cerebro reaccionar, pues de otro modo seríais destruidos de la noche a la mañana. Es, por lo tanto, el cerebro, con todas sus reacciones, recuerdos, impulsos y compulsiones -conscientes tanto como inconscientes- el que mira, ve, escucha y siente. Mas el cerebro, siendo en sí mismo parcial, siendo en sí mismo el producto del tiempo y del espacio, de toda la educación -como lo hemos descripto- no puede ver totalmente. Está siempre comparando, juzgando, evaluando; pero es función del

cerebro reaccionar y valorar, de modo que, para ver las cosas totalmente el cerebro debe estar en expectativa, quieto. Espero estarme explicando con claridad.

Así pues, el ver totalmente algo sólo puede tener lugar cuando el cerebro es altamente sensible, cuando responde agudamente a la razón, a la duda, a la interrogación, y sin embargo reconoce las limitaciones del razonamiento, de la duda, de la interrogación; y, por lo tanto, no se permite a sí mismo interferir con lo que está viendo. Si realmente queréis descubrir otra cosa que el producto del cerebro, éste tiene primero que llegar a su límite, dudando, argumentando, discutiendo, queriendo descubrir y conocer su propia existencia limitada, parcial; y esa experiencia misma de conocer la limitación, aquieta la mente, el cerebro. Entonces existe el ver total.

Cuando puede uno ver la totalidad del orden -con todas las implicaciones en que más o menos hemos entrado- entonces verá que de esa total comprensión viene un orden enteramente distinto. Desde luego, el verdadero orden sólo puede venir cuando se produce la destrucción de la mente que reclama orden para su propia satisfacción, para su seguridad. Cuando el cerebro ha destrozado su propia creación, cuando ha destruido el suelo en que se crían toda clase de fantasías, ilusiones, deseos, anhelos, entonces de esa destrucción surge un amor que crea su propio orden.

PREGUNTA: *Creo que una mayor actividad creativa en el aula contribuiría a descondicionar la mente.*

KRISHNAMURTI: Debemos comprender lo que se entiende por creatividad. Como veis, usamos la palabra 'creativo' muy descuidadamente, muy fácilmente. Un pintor, un poeta, un inventor, un maestro en la clase, todos ellos dicen que son creativos. ¿Sabéis cuándo sois creadores, y podéis usar la creatividad en una clase? Es como esto: un pintor tiene un momento de lucidez en que ve, vivencia, y luego lo expresa en el lienzo. Por favor seguid esto un poco. Y al expresarlo en el lienzo, empieza a notar que ha perdido ese momento de lucidez; y cuando no puede captarlo de nuevo, lo persigue por medio de la bebida, de las mujeres, los entretenimientos, las diversiones, esperando que volverá. Y, cuando ha abandonado todo eso y camina tranquilamente al lado de algún arroyo o por una senda, de repente tiene otra vez el mismo sentimiento, que una vez más expresa en la tela. Y la expresión llega a ser una cosa vendible; se vende. Y él se vuelve ambicioso, quiere producir, quiere crear más.

Ahora bien, un hombre ambicioso, un hombre que quiere popularidad, fama -ya sea en el aula, o en el mundo de los negocios, o por medio de la invención o el arte- ¿es creativo? En cuanto quiere hacer algo con la 'creatividad', en cuanto se vuelve ambicioso por utilizarla, por ayudar a otros con ella, etc., en ese momento, ¿no ha destruido toda creatividad? Como veis, queremos poner la creatividad, o Dios, o lo que sea, en uso; queremos sacar provecho de ello; y me temo que eso no se pueda hacer. Podéis tener una capacidad, un don, en cierta dirección; mas no lo llaméis acción creativa, pensar creativo. Ningún pensar es creativo, porque el pensar no es más que una reacción. Y, ¿puede la creación ser una reacción?

PREGUNTA: *¿Cómo podemos ver la totalidad del miedo?*

KRISHNAMURTI: Temo que no podamos entrar en esto ahora porque tenemos que terminar, pero lo consideraremos durante el curso de nuestras pláticas. Mirad: lo importante es comprender lo que se quiere decir con 'ver totalmente', y no sólo el ver totalmente una cosa, como el miedo, el amor, el odio, esto o aquello. Al querer ver totalmente el miedo, queréis desembarazaros de él, ¿no es verdad? Y el deseo mismo de 'desembarazarse' o de 'lograr' impide el ver total. Ya sabéis, todo esto implica mucho conocimiento propio, conocer todas las cosas acerca de vosotros mismos, cada rincón de vosotros mismos. Cuando miráis vuestro rostro en el espejo lo conocéis muy bien, cada curva, cada línea, cada ángulo; y del mismo modo tiene uno que conocer muy profundamente acerca de sí mismo, no sólo el yo consciente sino también las ocultas capas del inconsciente.

Sólo hay una cosa que quiero transmitir esta mañana, si se me permite: no ideas, no sentimientos, no alguna cosa 'espiritual' extraordinaria, sino cuán importante es ver totalmente. Y ver totalmente implica ver sin juzgar, sin condenar, sin evaluar. Implica también que el cerebro no reacciona ante lo que ve, sino que tan sólo observa en ese estado en que no hay pensador separado de la cosa observada. Esto es enormemente difícil, de modo que no creáis que lo conseguiréis simplemente jugando con las palabras; implica comprender toda la cuestión de la contradicción, porque nos encontramos en un estado de contradicción.

27 de julio de 1961

XV

COMO dije al principio de estas discusiones, creo que es muy importante el ser serios. Aquí no hablamos de ideas; e infortunadamente la mayoría de nosotros parecemos estar en comunión con las ideas y no con 'lo que es'. Me parece muy importante seguir 'lo que es', el hecho, el estado efectivo de nuestro propio ser; seguir lo 'factual' hasta el fin mismo y descubrir la esencia de las cosas es, después de todo, seriedad. Nos gusta discutir, argüir y estar en contacto con las ideas, pero me parece que las ideas no conducen a ningún parte, son muy superficiales, son sólo símbolos; y el estar atados a símbolos conduce a una existencia muy superficial. Es una muy ardua tarea la de dejar de lado o ir más allá de las ideas y estar en contacto con lo que es, con el estado real de nuestra propia mente, de nuestro propio corazón; y para mí, el penetrar en eso muy profundamente, completa y acabadamente, constituye seriedad. Mediante el proceso de llegar hasta el mismo fin, se descubre la esencia, de modo que experimenta uno la totalidad; y entonces nuestros problemas tienen un sentido del todo diferente.

Quisiera esta mañana entrar en la cuestión del conflicto, y llegar a su fin mismo, si podemos, no meramente como una idea, sino experimentar de hecho por nosotros mismos si la mente es capaz de estar completa y totalmente libre de todo conflicto. Para descubrir uno mismo eso realmente, no es posible permanecer en el nivel de las ideas.

Es evidente que no puede uno hacer nada con respecto al conflicto en el mundo exterior; es generado por unas pocas personas sin freno, en todo el mundo, y podemos ser destruidos por ellas, o seguir, viviendo. Rusia, Norteamérica u otros pueden sumirnos a todos en una guerra, y no podemos hacer gran cosa sobre esto. Pero creo que puede uno hacer algo muy radical con respecto a nuestros propios conflictos internos, y eso es lo que me gustaría discutir. ¿Por qué estamos en tales conflictos dentro de nosotros mismos, bajo nuestra piel, psicológicamente? ¿Es ello necesario? ¿Y es posible vivir una vida en que no haya conflicto alguno, sin vegetar, sin echarse a dormir? No sé si habéis pensado sobre ello y si para vosotros es un problema. Para mí, el conflicto destruye toda forma de sensibilidad, falsea todo pensamiento; y donde hay conflicto no hay amor. El conflicto es esencialmente ambición, el culto del éxito. Y nos hallamos interiormente en estado de conflicto, no sólo en el nivel superficial, sino también a mucha hondura en nuestra conciencia. Me pregunto si nos damos cuenta de esto; y si es así, ¿qué hacemos acerca de ello? ¿Lo eludimos mediante las iglesias, los libros, la radio, mediante las diversiones, los entretenimientos, el sexo y todo lo demás, incluyendo los dioses que adoramos? ¿O sabemos cómo afrontarlo, cómo contender con ese conflicto, cómo llegar a su fin mismo y descubrir si la mente puede estar por completo libre de todo conflicto?

El conflicto implica, desde luego, contradicción: contradicción en el sentimiento, en el pensamiento, en la conducta. Existe contradicción cuando uno quiere hacer algo pero se ve forzado a hacer lo opuesto. En la mayoría de nosotros, si hay amor, hay también celos, odio; y eso también es una contradicción. En el apego hay aflicción y pena, con su contradicción y conflicto. Me parece que cualquier cosa que toquemos trae conflicto, y ésa es nuestra vida de la mañana a la noche; y aun cuando dormimos nuestros suenas son los perturbadores símbolos de nuestras vidas diarias

Así pues, cuando consideramos el estado total de nuestra conciencia, vemos que nos hallamos en el conflicto de la contradicción con nosotros mismos, el perpetuo intento de ser buenos, de ser nobles, de ser esto y no ser aquello. Me pregunto por qué ocurre esto. ¿Es acaso necesario? Y ¿es posible vivir sin este conflicto?

Como dije, vamos a entrar en esto, no ideológicamente sino de hecho, lo que significa percibir nuestro estado de conflicto, comprender sus implicaciones y estar en efectivo contacto con él, no a través de las ideas, de las palabras, sino realmente en contacto. ¿Es eso posible? Como sabéis, puede uno estar en contacto con el conflicto a través de la idea; y efectivamente estamos más en contacto con la idea del conflicto que con el hecho mismo. Y la cuestión es si la mente puede desechar la palabra y estar en contacto con el sentimiento. Y ¿podemos descubrir por qué existe este conflicto si no nos damos cuenta de todo el proceso del pensar -no del proceso de alguna otra persona, sino del nuestro?

Por cierto hay división entre el pensador y el pensamiento, tratando eternamente el pensador de dominar, de ajustar el pensamiento. Sabemos que esto ocurre, y mientras exista esta división tiene que haber conflicto; mientras exista un experimentador y la experiencia, como dos estados diferentes, tiene que haber conflicto. Y el conflicto destruye la sensibilidad, destruye la pasión, la intensidad; y sin pasión, sin intensidad, no podéis ir hasta el fin mismo de ningún sentimiento, de ningún pensamiento ni acción.

Para ir hasta el fin mismo y descubrir la esencia de las cosas, necesitáis pasión, intensidad, una mente muy sensible -no una mente informada, atiborrada de conocimientos. No podéis ser sensibles sin pasión; y la

pasión, ese impulso a descubrir, se embota por la constante batalla interior. Desgraciadamente aceptamos la lucha y el conflicto como inevitables, y cada día nos volvemos más insensibles y embotados Las formas extremas de esto llevan a la enfermedad mental; pero ordinariamente hallamos un escape en las iglesias, en las ideas y en toda clase de cosas superficiales. ¿Es posible, pues, vivir sin conflicto? ¿O es que estamos tan hondamente condicionados por la sociedad, por nuestras propias ambiciones, codicia, envidia, y por la busca de éxito, que aceptamos el conflicto como bueno, como una cosa noble y que tiene un propósito? Sería provechoso, creo, que cada uno de nosotros pudiera descubrir lo que realmente piensa sobre el conflicto. ¿Lo aceptamos, o estamos atrapados en él y no sabemos cómo escapar? ¿O es que estamos satisfechos con nuestras muchas evasiones?

Esto significa, en realidad, entrar en toda la cuestión de la autorrealización y del conflicto de los opuestos, y ver si hay alguna realidad para el pensador, el experimentador que está eternamente anhelando más experiencia, más sensación, horizontes más amplios.

¿Es que sólo existe el pensar, y no el pensador; sólo un estado de experimentar, y no el experimentador? En cuanto surge el experimentador a través de la memoria, tiene que haber conflicto. Creo que eso es bastante sencillo, si lo habéis pensado. Es la raíz misma de la autocontradicción. Para la mayoría de nosotros, el pensador ha llegado a ser de máxima importancia, y no el pensamiento; el experimentador, y no el estado de experimentar.

Esto involucra en realidad la cuestión que estábamos discutiendo el otro día, de lo que entendemos por ver. ¿Vemos la vida, otra persona, un árbol, a través de las ideas, de las opiniones, de los recuerdos? ¿O es que estamos en directa comunión con la vida, la persona o el árbol? Creo que nosotros vemos a través de ideas, de los recuerdos y juicios, y que por lo tanto jamás vemos. De la misma manera ¿me veo a mí mismo corno 'realmente soy', o es que me veo como 'debería ser', o como 'he sido'? En otras palabras, ¿es divisible la conciencia? Hablamos muy fácilmente de la mente inconsciente y consciente, y de las muchas capas distintas que hay en ambas. Existen tales capas, tales divisiones, y están en oposición unas con otras. ¿Tenemos que pasar por todas esas capas una por una y desecharlas o tratar de comprenderlas -lo que es una forma muy fatigosa e ineficaz de encarar el problema- o es posible dejar de lado todas las divisiones, todo aquello, y darse cuenta de la conciencia total?

Como decía el otro día, para darse cuenta de algo totalmente, tiene que haber una percepción, una visión que no esté teñida por una idea. No es posible ver algo entera y totalmente si hay un motivo, un propósito. Si nos interesa el cambio, no estamos viendo lo que realmente es. Si estamos interesados en la idea de que tenemos que ser diferentes, que debemos cambiar lo que vemos en algo mejor, más bello y todo eso, entonces no somos capaces de ver la totalidad de 'lo que es'. Entonces la mente se interesa simplemente en el cambio, en la modificación, en la mejora, en el perfeccionamiento.

¿Me puedo ver, pues, como soy, como una conciencia total, sin quedar atrapado en las divisiones, las capas, las ideas opuestas dentro de la conciencia? No sé si alguna vez habréis practicado alguna meditación, -y no voy a discutir esto ahora; pero si lo habéis hecho tenéis que haber observado el conflicto dentro de la meditación: la voluntad tratando de dominar el pensamiento, y el pensamiento divagando lejos. Esa es una parte de nuestra conciencia, esa ansia de controlar, de moldear, de estar satisfecho, de tener éxito, de hallar seguridad, y ver al mismo tiempo lo absurdo, lo inútil, lo fútil de todo ello. La mayoría de nosotros trata de desarrollar una acción, una idea, una voluntad de resistencia que actúe como una muralla en torno a nosotros mismos y dentro de la cual esperamos permanecer en un estado sin conflicto

Ahora bien, ¿es posible ver la totalidad de este conflicto y estar en contacto con esa totalidad? Esto no significa estar en contacto con la idea de la totalidad del conflicto, ni que os identifiquéis con las palabras que estoy usando, sino que significa estar en contacto con el hecho de la totalidad de la existencia humana, con todos sus conflictos de dolor, miseria, aspiración y lucha. Significa hacer frente al hecho, vivir con él

Como sabéis, vivir con algo es extraordinariamente difícil. Vivir con esas montañas circundantes, con la belleza de los árboles, con las sombras, la luz de la mañana y la nieve, vivir realmente con ello es muy arduo. Todos nosotros lo aceptamos, ¿no es verdad? Viéndolo día tras día, nos embotamos para ello, como les pasa a los campesinos, y nunca volvemos a mirarlo realmente de nuevo. Pero vivir con ello, verlo cada día con frescura, con claridad, con sensibilidad, con aprecio, con amor, eso requiere mucha energía. Y vivir con una cosa fea sin que lo feo pervierta, corroa la mente, eso también requiere mucha energía. Vivir tanto con lo bello como con lo feo, como tiene uno que hacerlo en la vida, requiere enorme energía; y ésta se malogra, se destruye cuando estamos en perpetuo estado de conflicto.

¿Puede, pues, la mente mirar la totalidad del conflicto, vivir con él, sin aceptarlo ni rechazarlo, sin dejar que el conflicto desvíe nuestras mentes, sino observando realmente todos los movimientos internos de nuestros propios deseos, que crean el conflicto? Creo que eso es posible; no sólo posible, sino que así sucede

cuando hemos penetrado muy hondamente en ello, cuándo la mente sólo observa y no resiste, no rechaza, no escoge. Entonces, si ha llegado uno hasta ahí, no en términos de tiempo y espacio sino en efectiva experiencia de la totalidad del conflicto, entonces descubriréis por vosotros mismos que la mente puede vivir mucho más intensamente, con más pasión y vitalidad; y una mente así es esencial para que surja ese algo inmensurable. Una mente en conflicto jamás puede descubrir lo que es verdadero. Puede charlar perpetuamente sobre Dios, la bondad, la espiritualidad y todo lo demás, pero es sólo una mente que haya comprendido por completo la naturaleza del conflicto y está por consiguiente fuera de él, la que puede recibir lo innombrable, lo que no puede ser medido.

Quizá podamos discutir o hacer preguntas sobre todo esto. Hacer una pregunta correcta es muy difícil, y en el hecho mismo de hacer una pregunta correcta creo que encontraremos por nosotros mismos la respuesta. Hacer una pregunta adecuada implica que uno tiene que estar en contacto con el hecho, con lo que es, y no con ideas y opiniones.

INTERLOCUTOR: *¿Cuál es la naturaleza de la creación?*

KRISHNAMURTI: Señor, ¿cuál es la naturaleza de la belleza? ;Cuál es la naturaleza del amor? ¿Cuál es la naturaleza de una mente que no está en conflicto? ¿Es que queréis una descripción? Y si la descripción os satisface, y la aceptáis, entonces sólo estáis aceptando las palabras, no estáis de hecho experimentando por vos mismo. Ya veis, nos contentamos muy fácilmente con explicaciones, con ideas intelectuales; pero todo ese proceso es simplemente jugar con palabras; y de eso surge la pregunta errónea. Señor, ¿no queréis descubrir vos mismo si es posible vivir sin conflicto en este mundo?

INTERLOCUTOR: *Tiene uno la impresión de que debe adoptar una actitud contra el mundo exterior, y, en el acto mismo de oponernos al mundo, hay conflicto.*

KRISHNAMURTI: Me pregunto si realmente hacemos alguna cosa sólo porque nos guste hacerlo. ¿Sabéis lo que quiero decir? Amo lo que estoy haciendo; no es que tenga una gran sensación por sentarme en una plataforma y hablar a mucha gente; no es por esto que lo hago. Lo hago porque me gusta, aun cuando no hubiera más que una persona o ninguna. Y si ello crea conflicto ¿qué importa? Al fin y al cabo, ninguno de nosotros quiere que se le moleste. Gustamos crear una plácida posición y vivir en ella cómodamente con nuestras ideas, nuestros maridos, nuestras esposas, nuestros hijos y nuestros dioses. Y viene alguien o algo -la vida, una tempestad, un terremoto, una guerra- a sacudirnos. Y reaccionamos, tratamos de construir murallas más fuertes, creamos mayor resistencia para no ser perturbados; y Dios es nuestro último refugio, en el cual esperamos que no habrá más perturbación. Si somos perturbados, y esa perturbación provoca inquietud, ¿qué mal hay en eso? No os estoy forzando para que escuchéis; la puerta está allí, abierta. Lo que estamos tratando de hacer aquí es comprender el conflicto. ¿Y qué hay de malo en estar contra el mundo? Después de todo, el mundo contra el que estamos es el mundo de la respetabilidad, de los innumerables y falsos dioses, iglesias e ideas; estamos contra el odio, la envidia, la codicia y todas esas cosas que hemos inventado para protegernos. Si hacéis eso y ello crea perturbación, ¿qué mal hay en ello?

INTERLOCUTOR: *Creo que no hay conflicto si vivimos de momento a momento,*

KRISHNAMURTI: Un momento. Ya veis cómo nos desviamos hacia ideas. Eso de 'si vivimos de momento a momento' es condicional, es una idea, lo que significa que nunca hemos muerto para nada, nunca hemos muerto para el placer, para el dolor, para nuestras exigencias y ambiciones. ¿Podéis morir realmente para todo ello?

INTERLOCUTOR: *¿Cómo vamos a saber si hacemos frente al hecho real o a la idea sobre el hecho?*

KRISHNAMURTI: Pues, éste es un problema vuestro, ¿verdad? ¿Y cómo haréis para descubrirlo? ¿Habéis mirado alguna vez algo, o habéis tenido un sentimiento sin una idea? Suponed que tengo un sentimiento de odio. ¿Conozco ese sentimiento sólo por la palabra? ¿Sentimos por medio de ideas? Diciendo que soy indo, cosa que es una idea, tengo cierta emoción de nacionalidad; de modo que es la idea que crea la emoción, ¿no es así? Como se me ha educado para que me considere indo y me he identificado con un determinado trozo de la Tierra, con un determinado color, eso me da ciertas sensaciones; y con esas sensaciones estoy satisfecho. Pero si se me hubiera educado de otro modo, para ser simplemente un ser humano, no identificado con una

raza o grupo determinado, mi sentimiento sería del todo distinto ¿no es así? Las palabras tienen pues para nosotros ciertas connotaciones -comunista, creyente, incrédulo, cristiano- y por medio de esas palabras tenemos ciertos sentimientos, ciertas sensaciones. Para la mayoría de nosotros, las palabras son muy importantes. Trato de descubrir si la mente puede alguna vez estar libre de la palabra; y cuando está libre, ¿cuál es el estado de la mente que siente? ¿Me explico con claridad?

Mirad, señor, hemos estado hablando esta mañana sobre el conflicto, y quiero descubrir, sin jugar con palabras, si la mente es capaz de estar libre de conflicto. Quiero descubrir, llegar hasta el mismo fin de ello, lo que significa que tengo que estar realmente en contacto, no con ideas, sino con el conflicto mismo, ¿no es así? De modo que no debo ser desviado por ideas, debo tentar mi camino en todo esto, estar en contacto con el dolor, el sufrimiento, la frustración, todo el conflicto, sin buscar excusas ni justificaciones, sino penetrando honda, profundamente en ello. ¿Hago esto verbalmente, con palabras? ¿Comprendéis lo que quiero decir? Por eso pregunté esta mañana cómo vemos algo, si es por la pantalla de las palabras o por el contacto efectivo. ¿Es posible sentir sin la palabra? Después de todo, un hambriento quiere alimento; no se satisface con la descripción del alimento. ¿Y queréis vosotros, de la misma manera, descubrir con respecto al conflicto y llegar directamente hasta el fin de la cuestión? ¿O es que os satisfacéis con una descripción verbal del estado de la mente que no está en conflicto? Si queréis agotar esta cuestión tenéis que experimentar el conflicto, saberlo todo con respecto a él. Un solo conflicto, si podéis vivir con él, estudiarlo, dormir con él, soñarlo, comerlo, revelará la totalidad de todos los conflictos. Pero eso requiere pasión, intensidad. Vivir en la superficie y discutir no lleva a ninguna parte y disipa la poca energía que uno tenga.

INTERLOCUTOR: *Si vais hasta el fin del conflicto por vos mismo, ¿tenéis entonces que aceptar el conflicto que hay en el mundo?*

KRISHNAMURTI: ¿Podéis separar el mundo tan neta y definitivamente de vos mismo? ¿Es el mundo tan diferente de vosotros? Como veis, señores, creo, si puedo decirlo así, que hay algo que no hemos comprendido. Para mí el conflicto es una cosa muy destructora, interior lo mismo que exteriormente; y quiero averiguar si hay una forma de vivir sin estar en conflicto. No me digo, pues, que es inevitable, y no me doy la explicación de que mientras yo sea adquisitivo tiene que haber conflicto. Quiero comprenderlo, penetrarlo, ver si puedo destruirlo, ver si es posible vivir sin él. Tengo 'hambre' de hacer eso, y no hay descripciones ni explicaciones que me vayan a satisfacer. Lo que significa que tengo que comprender todo este proceso de la conciencia, que es el 'yo', y al comprender eso, estoy comprendiendo al mundo. Las dos cosas no están separadas. Mi odio es el odio del mundo; mis celos, mi adquisividad, mi ansia de éxito, todo esto pertenece también al mundo. ¿Puede, pues, mi mente destruir todo esto? Si digo: 'indicadme cómo destruirlo', entonces estoy meramente usando un método para dominar el conflicto; y eso no es la comprensión del conflicto.

Veo, pues, que tengo que mantenerme despierto para el conflicto, darme cuenta de él, espiar todos sus movimientos en mis ambiciones, mi codicia, mis compulsivos apremios, etc. Y si me limito a vigilarlos, acaso descubra, pero no hay garantía. Creo que sé muy bien lo que es esencial si quiero descubrir: esto es, pasión, intensidad, desentenderse de las palabras y las explicaciones, de modo que la mente llegue a ser muy aguda, alerta, atenta a toda forma de conflicto. Ese es el único camino, por cierto, para ir hasta el fin mismo del conflicto.

30 de julio de 1961

XVI

LA última vez que nos reunimos, decíamos que la seriedad es esa necesidad, esa intención de ir hasta el fin mismo de las cosas, y descubrir la esencia; y, si no existe esa compulsiva energía que le mueve a uno a descubrir lo que es verdadero, entonces me temo que estas pláticas tengan muy poca significación. Parece una lástima hablar en una hermosa mañana como ésta, pero me gustaría penetrar en la cuestión de la humildad y del aprender.

Al decir humildad no me refiero, claro está, a esa pretenciosa vanidad que se oculta bajo el nombre de humildad. La humildad no es una virtud; porque cualquier cosa que sea cultivada, disciplinada, controlada, sacada de uno mismo, es una cosa falsa; la humildad no es cosa para sembrar y cosechar; debe surgir. Y la humildad no es la subyugación de ese deseo que busca realización en el éxito. Tampoco es la humildad religiosa de los monjes, los santos, los sacerdotes, ni la producida por una austeridad cultivada. Es algo por

completo diferente. Para experimentarla en realidad, creo que uno tiene que ir hasta el fin mismo, para que todos los rincones de la propia mente, todos los lugares oscuros, secretos, ocultos del propio corazón y de la mente, queden expuestos a esta humildad, empapados en ella. Y si queremos descubrir la esencia misma de la humildad, creo que tenemos que considerar qué es aprender.

¿Es que acaso aprendemos nunca? ¿No es mecánico todo nuestro aprender? Para nosotros, el aprender es un proceso aditivo ¿no es así? El proceso aditivo forma un centro, el 'yo', y ese centro experimenta; y la experiencia se convierte en memoria, es memoria; y esa memoria colorea toda nueva experiencia. Ahora bien, ¿es el aprender un proceso acumulativo, como lo es el conocimiento? Y si existe el proceso acumulativo de la experiencia, del conocimiento, del ser y devenir, ¿hay entonces humildad? Si la mente esta atiborrada do conocimientos, de experiencia, de recuerdos, no puede en manera alguna recibir lo nuevo. Así pues, ¿no es necesario vaciar del todo la mente para que surja aquello que esta fuera del tiempo? ¿Y no implica esto el sentido total, completo de la humildad, un estado en el que la mente no está deviniendo, acumulando, ni está ya buscando o procurando aprender?

Me pregunto si tino ha aprendido algo. Ha acumulado; ha tenido muchas experiencias, muchos incidentes que han dejado su marca y se han acumulado como recuerdos. Puedo aprender un nuevo idioma, aprender una nueva manera de explorar los cielos; pero todos esos son procesos acumulativos, mecánicos, a los qué llamamos aprender. Ahora bien, este proceso mecánico de aprender deja un centro, ¿no es así? Y este centro, que acumula conocimiento, experimenta, resiste, desea ser libre, afirma, acepta y desecha, está siempre en lucha, en conflicto. Y es este centro el que está siempre acumulando y vaciándose; hay el movimiento positivo de adquirir y el movimiento negativo de rechazar. A este proceso lo llamamos aprender.

Si me perdonáis que lo diga, estoy seguro de que algunos de vosotros estáis tratando de aprender algo del que habla. Pero no vais a aprender nada de mí, porque vosotros sólo podéis aprender algo que sea mecánico, como las ideas. No estamos ocupándonos de las ideas, ni de la descripción de alguna otra cosa; nos interesa el hecho, 'lo que es'. Y comprender lo que es, no es un proceso mecánico, no es cuestión de considerar algo con el fin de juntar, ni un proceso por medio del cual podáis agregar al centro o sustraerle. Es desde este centro, acumulado a través de los siglos, condicionado por la sociedad, por la religión, por las experiencias, por la educación, que estamos siempre tratando de cambiar. Actuando desde este centro tratamos de cambiar nuestras cualidades, de cambiar nuestra manera de pensar, de implantar una nueva serie de ideas y descartar las anteriores. De modo que este centro está siempre tratando de reformarse, o de destruirse, para conseguir algo más; y ese es lo que estamos haciendo continuamente.

Por favor, escuchad esto. Este centro es lo que llamamos el ego, el yo, o cualquier nombre que queráis darle. El nombre no importa, pero el hecho sí es importante, 'lo que es'. Y en este proceso de cambio hay violencia. Todo cambio implica violencia, y por la violencia no puede haber nada nuevo. Cuando uno dice, 'tengo que dominarme, tengo que subyugarme', -lo que significa ajustarse a una norma- ello implica violencia. Los santos, los líderes, los maestros, los profetas, todos hablan del cambio y del control. Y es evidente que el proceso del centro, disciplinándose para ajustarse a una norma, implica violencia. Y cuando hablamos de no violencia, ello significa lo mismo.

De modo que el cambio implica, ¿no es así?, violencia dentro del campo del tiempo: 'soy esto y voy a esforzarme para ser aquello'. El 'aquello' está a la distancia: el ideal, el ejemplo, la norma. En este proceso de tratar de convertir la violencia en paz está todo el conflicto de los opuestos. Así, cuando decimos, 'tengo que aprenderlo todo acerca de mí mismo', estamos todavía atrapados en el proceso acumulativo, que solamente refuerza el centro. Por consiguiente puede uno ver, no en forma meramente verbal, intelectual, sino experimentándolo efectivamente, el hecho de que donde existe un centro que busca cambio -en el que está involucrado la violencia- jamás puede haber paz.

De manera que para mí no existe el aprender; sólo hay el ver. El ver no es acumulativo; no es un proceso de reunir o de rechazar. Ver 'lo que es', es destructivo; y en la destrucción hay paz, no violencia. La violencia, la revolución o el cambio existen en el proceso de acumular, de mantener el centro. Pero cuando uno ve el conjunto de ese proceso, en forma total, completa, con todo su ser, entonces el hecho, aquello que es, resulta completamente destructivo: y lo que es destrucción es creación.

Por consiguiente, la humildad es el estado de la mente que ha descartado por completo todo el proceso acumulativo y su opuesto, y que de instante en instante se da cuenta de lo que es. Por lo tanto no tiene opinión, no juzga; y una mente así sabe lo que es la libertad. Una mente atrapada en la violencia no tiene libertad; y la que está buscando libertad nunca puede ser libre, porque para ella la libertad es una nueva acumulación.

La humildad implica destrucción total, no de las cosas exteriores, sociales, sino completa destrucción del centro, de uno mismo, de las propias ideas, experiencias, conocimientos, tradiciones, vaciando la mente por

completo de todo lo que ha conocido. Por eso, una mente así ya no piensa en términos de cambio. Es realmente una cosa maravillosa, si puede uno sentir eso. Como veis, esto es parte de la meditación

De modo que primero tenemos que comprender a fondo el proceso del cambio; porque eso es lo que queremos la mayoría de nosotros: cambiar. El mundo está cambiando muy rápidamente en las cosas exteriores. Van a ir a la Luna, inventan cohetes y todo eso; los valores están cambiando; la *Coca Cola* se ha extendido por todo el mundo; las antiguas civilizaciones se derrumban. La rapidez del cambio sobrepasa al hecho mismo. Todos los antiguos dioses, las tradiciones, los salvadores, los Maestros, se van o se han ido ya. Unos cuantos se aferrar a ellos, alzando en torno suyo un muro defensivo, pero todo se marcha. Y la mente no se interesa en la destrucción, no se interesa en la creación, sino sólo en defenderse, buscando siempre una nueva protección, un nuevo refugio.

Así pues, si entráis muy honda y seriamente en la cuestión de la humildad, tendréis que poner en duda todo este proceso del aprender -el aprender en el nivel de la palabra, que le impide a uno ver las cosas como realmente son. Una mente que ya no se interesa por el cambio no tiene miedo, y por lo tanto es libre. Y me parece que una mente que haya comprendido aquello de que hemos estado hablando es absolutamente esencial. Entonces ya no está tratando de cambiarse según otra norma, ya no se está exponiendo a nuevas experiencias, ya no pide ni reclama, porque una mente así es libre; por tanto, puede estar quieta, tranquila; y entonces, quizá, aquello que es innombrable pueda surgir. La humildad, pues, es esencial, pero no esa clase de libertad cultivada, artificial. Como veis, tiene uno que estar sin capacidades, sin talentos; debe ser interiormente como nada. Y creo que si uno ve esto, sin tratar de aprender la manera de ser como nada -cosa que es demasiado estúpida y necia- entonces verlo es vivenciarlo. Y entonces quizá pueda surgir lo otro.

¿Podemos hablar sobre esto -sólo sobre esto, y no de cómo vamos a cambiar el mundo, ni de lo que algún gran político se propone hacer?

INTERLOCUTOR: *¿Es la comprensión una capacidad?*

KRISHNAMURTI: ¿Es la comprensión una capacidad? ¿Algo que se ha de cultivar, que se ha de alimentar lentamente? La capacidad implica un proceso de tiempo; ¿y comprendo yo algo por medio del tiempo, a través de muchos días? ¿O es que comprendo algo, lo veo, inmediatamente? ¿Comprendo que ser nacionalista, identificarse con un determinado grupo, secta o creencia, es de hecho estúpido? ¿Veo por completo todo el significado de pertenecer, de comprometerse a algo? Como sabéis, todos queremos pertenecer a un particular grupo, sociedad, raza, familia o nombre; queremos entregarnos a una forma de acción: comunista, socialista, religiosa o moral. Y, ¿por qué es así? Hay varias cosas implicadas en ello, ¿no es verdad? Nos gusta actuar juntos, 'cooperativamente'. Eso puede estar bien en cierto nivel; pero el estar interiormente comprometido a algo por cierto le impide a uno comprender y alcanzar iluminación. ¿Lleva tiempo el ver eso? Toma tiempo porque soy perezoso, porque me he comprometido y temo que si dejo mis compromisos ello me causará trastornos. Y así, digo, 'dedicaré algún tiempo para pensarlo'. Una mente perezosa se inhibe para ver de manera directa, clara, efectiva. Por cierto, ver la propia estupidez no requiere tiempo. Yo puedo verlo, nadie tiene que decírmelo. Pero cuando quiero cambiar eso, cuando quiero volverme inteligente, cuando quiero ser más esto y menos aquello, entonces ello implica tiempo y también violencia. Mas el ver que soy entupido, verlo realmente y estar por completo en ello, no sólo exige comprensión, sino que el propio acto de ver destruye por sí solo todo lo que he erigido en mí y en torno mío. Y eso es lo que me da miedo.

Así pues, para ver que soy estúpido, estrecho, de mente mezquina, burguesa, mediocre y para vivir con eso, sin tratar de cambiarlo, sin tratar de pulirlo ni de darle un nuevo nombre, un nuevo título y todo lo demás; para vigilar todos sus movimientos, sus pretensiones, para ver la estupidez de tratar de volverse inteligente, para todo eso no hace falta tiempo, no hace falta capacidad. Lo que requiere es seriedad para ir hasta el fin mismo de ello.

Ya sabéis, señores, cuando hay peligro actuamos inmediatamente, sentimos inmediatamente, vemos inmediatamente. Todos nuestros instintos, todos nuestros sentidos están plenamente despiertos, y no hablamos de tiempo.

INTERLOCUTOR: *A uno le parece ver la necedad del deseo y queda libre de él, pero después viene otra vez.*

KRISHNAMURTI: Nunca he dicho que una mente libre no tenga deseo. Después de todo, ¿qué mal hay en el deseo? El problema se presenta cuando él crea conflicto, cuando quiero ese bonito coche que no puedo tener. Pero ver el coche, la belleza de sus líneas, el color, la velocidad que puede alcanzar, ¿qué mal hay en ello? Ese deseo de observarlo, de mirarlo ¿es malo? El deseo sólo se vuelve apremiante, compulsivo, cuando quiero

poseer la cosa. Vemos que el ser esclavo de cualquier cosa, del tabaco, de la bebida, de un particular modo de pensar, implica deseo, y que el esfuerzo para romper con la costumbre también implica deseo. Y así, decimos que hay que llegar a un estado en que no haya deseo. ¡Ved cómo amoldamos la vida a nuestra pequeñez! Y en consecuencia nuestra vida llega a ser una cosa mediocre, llena de oscuros rincones y temores ignorados. Mas si comprendemos todo eso de que hemos estado hablando, por verlo efectivamente, entonces creo que el deseo tiene un sentido del todo distinto.

INTERLOCUTOR: *¿Es posible distinguir entre estar identificado con lo que vemos y vivir con lo que vemos?*

KRISHNAMURTI: ¿Por qué queremos estar identificados con cualquier cosa? Para llegar a ser algo más grande, más noble, que valga más la pena, ¿no es así? Queremos dar importancia a la vida porque la vida no tiene importancia para nosotros. ¿Por qué hemos de identificarnos con la familia, con el amigo, con una idea, con un país? ¿Por qué no deshacerse de toda identificación y vivir todo el tiempo con 'lo que es', que siempre está cambiando, nunca quieto?

INTERLOCUTOR: *Si uno no se identifica con las cosas, entonces supongo que podrá vivir fuera de todo aquello.*

KRISHNAMURTI: El hecho es, ¿no es así?, que nosotros vivimos dentro de nuestro propio estrecho circulo, con nuestros mezquinos celos, nuestras vanidades, nuestras estupideces. Esa es nuestra vida, y tenemos que enfrentarnos con eso y no identificarnos con los dioses, las montañas, etc. Es mucho más arduo, exige mayor intensidad e inteligencia vivir con la cosa que es, sin tratar de cambiarla, que vivir con Jesús, que sólo es una evasión.

INTERLOCUTOR: *Al descubrir, hay gozo y placer; y ¿no es aprender el descubrir?*

KRISHNAMURTI: ¿Descubrimos nuestro dolor y vivimos con él en gozo y deleite? Uno puede descubrir las bellezas de la Tierra y regocijarse en ellas, o descubrir las estupideces del político y rechazarlas: pero descubrir todo el significado del dolor es cosa muy diferente ¿no es cierto? Eso quiere decir que tengo que descubrir el dolor propio y el del mundo. Estudiar el libro del dolor, aprender acerca de él, significa que estáis tratando de saber qué hacer y qué no hacer, para poder salvaguardaros. Por favor, hablemos de esto; yo no soy una autoridad. No creo que podáis aprender sobre el dolor. En tal caso el aprender se vuelve mecánico. Mas una mente que vea el peligro de la acumulación mecánica no intenta aprender; observa, ve, percibe, cosa del todo distinta del aprender. Estar con el dolor, vivir con él, sin aceptar ni justificar, conocer su movimiento como una cosa viva, requiere mucha energía y penetración.

INTERLOCUTOR: *Me parece que una de las primeras cosas es saber de qué está hecha la mente.*

KRISHNAMURTI: ¿De qué está hecha la mente? El cerebro, los sentidos, la capacidad, el juicio, la duda, la superstición, el temor; hay la mente que se divide a sí misma, que niega, que anhela, que tiene aspiraciones, que busca seguridad, permanencia, toda esta conciencia que es heredada, y que ha impuesto sobre ella lo presente, con su educación, experiencia, etc.; por cierto la mente es todo eso. Es el centro que ve, evoluciona, cambia, lucha, sufre; es el pensador y el pensamiento, tratando siempre el pensador de dominar el pensamiento.

Y ¿es posible que la mente se vacíe de todo eso? No podéis decir que sí ni que no. Todo lo que puede uno hacer es descubrir si es posible o no ver las fronteras de la conciencia y sus limitaciones, si es necesario que haya una frontera, y si es posible ir más allá de todo eso.

Una mente seria conoce sus propias limitaciones, se da cuenta de su propia mediocridad, estupidez, cólera, celos, ambiciones; y, habiéndolas comprendido, se queda quieta, sin buscar, sin desear, sin tratar de alcanzar nada más. Sólo una mente así ha producido orden en sí misma y está por eso quieta; y sólo una mente así puede tal vez recibir algo que no es producto de la mente.

INTERLOCUTOR: *Conocerse a sí mismo requiere cierto esfuerzo.*

KRISHNAMURTI: Lo dudo. Señores, ¿no estáis haciendo esfuerzos ya? Siempre estamos haciendo un esfuerzo para ser algo, para adquirir, para hacer algo. ¿Requiere esfuerzo el ver? Estoy interesado en mirar esa

montaña y la verde ladera, simplemente en mirarla; y ¿requiere eso esfuerzo? Lo requiere cuando no estoy interesado, cuando se me dice que tengo que mirar. Y si no me interesa y no se me fuerza para mirar ¿para qué preocuparme?

INTERLOCUTOR: *¿Cómo consigue uno la energía para todo esto?*

KRISHNAMURTI: Dije que requiere energía vivir con 'lo que es'; y se pregunta cómo adquiere uno energía. Os ruego que investiguéis esto. Obtenéis energía cuando no tenéis conflicto, cuando no hay contradicción en vuestra mente, ni lucha, ni violencia; cuando no estáis arrastrados en opuestas direcciones por innumerables deseos. Disipáis esa energía adorando el éxito, queriendo ser algo, queriendo ser famoso, queriendo realizar -ya conocéis las innumerables cosas que hacemos, que producen contradicción. Disipamos nuestra energía yendo al psiquiatra, a las iglesias, en las innumerables evasiones que buscamos. Si no hay contradicción, si no hay temor de los dioses, de lo último o de vuestro prójimo, de lo que otro diga, entonces tenéis energía, no en escasa cantidad sino abundante. Y es necesario que tengáis esa energía, esa pasión, para seguir hasta el fin mismo cada pensamiento, cada sentimiento, cada sugerencia, cada intimación.

1 de agosto de 1961

XVII

QUISIERA hablar con vosotros esta mañana sobre una cuestión bastante compleja; pero antes de empezar con eso, creo, como he dicho anteriormente, que es necesaria cierta seriedad. No la seriedad de una cara larga, ni de la excentricidad, sino esa compulsiva insistencia para ir hasta el fin mismo, cediendo donde sea necesario, pero sin embargo continuando. Quiero tratar esta mañana de algo que necesita toda vuestra seriedad y atención; el Oriente lo llama meditación, y no estoy nada seguro de que Occidente comprenda plenamente lo que se indica con esa palabra. No estamos representando a Occidente ni a Oriente; pero tratamos de descubrir qué es meditar, porque para mí eso es muy importante. Ello abarca la totalidad de la vida y no simplemente un fragmento. Concierne a la totalidad de la mente y no sólo a una parte de ella. Desgraciadamente, la mayoría de nosotros cultiva la parte y llega a ser muy eficiente en esa parte. Entrar en todo ese proceso que es el desentrañar y revelar los oscuros rincones de nuestra propia mente; explorar sin tener un objeto, sin buscar un fin; llegar a la completa comprensión de toda la mente y, quizá, ir más allá, es para mí meditación.

Me gustarla entrar en ello bastaste cuidadosamente, porque cada paso revela algo. Y espero que nosotros. todos nosotros, no nos quedaremos simplemente en el nivel verbal, ni en el nivel del análisis intelectual, y que no separemos meramente algunos trozos escogidos de manera emocional o sentimental, sino que, siendo un poco serios, lleguemos hasta el fin mismo de esto. Y quizá sea necesario continuar con ello la próxima vez.

Todos estamos buscando algo, no sólo en el nivel físico, sino también en el nivel intelectual, y en los niveles más profundos de la propia conciencia. Siempre estamos buscando felicidad, comodidad, seguridad, prosperidad, y ciertos dogmas, creencias, en los cuales pueda la mente mantenerse y estar cómoda. Si observáis vuestra propia mente, vuestro propio cerebro, veréis que siempre está buscando y que nunca está satisfecho, sino que siempre espera de algún modo quedar satisfecho de manera permanente, perpetua. Buscamos bienestar material, y la mayoría de nosotros, desgraciadamente, nos contentamos con las comodidades materiales, un poco de prosperidad, un poco de conocimiento, con mediocres relaciones, etc. Si estamos descontentos, como quizá lo estemos algunos de nosotros, con las cosas materiales, entonces buscamos los consuelos y las seguridades psicológicas interiores, o queremos más grandes desahogos intelectuales, más conocimiento. Y este buscar, este inquirir es explotado por todas las religiones por todo el mundo. Los cristianos, los hindúes y los budistas ofrecen sus dioses, sus creencias, sus seguridades, que la mente acepta; y, quedando así condicionada, ya no busca más. De modo que nuestra búsqueda es canalizada, explotada. Si somos completamente desdichados, si estamos descontentos del mundo y de nosotros mismos, de nuestra falta de capacidad, entonces tratamos de identificarnos con algo más grande, algo más vasto; y cuando encontramos algo que nos satisface momentáneamente, pronto lo perdemos, sólo para seguir buscando.

Este proceso de descontento, de aferrarnos a algo hasta que una sacudida nos desprende de ello, engendra efectivamente ¿no es cierto? el hábito de seguir, el hábito de creas una autoridad para nosotros mismos: la autoridad de las iglesias y de los diversos sacerdotes, de los santos, de las sanciones, etc., lo cual existe en todo el mundo.

Ahora bien, una mente que esté paralizada por la autoridad -ya sea la autoridad de una religión, la de la capacidad, de la experiencia o del conocimiento- nunca puede estar libre para descubrir. Desde luego que la mente tiene que estar libre para descubrir. Y uno de los inmensos problemas es el de librar la mente de toda autoridad. No me refiero a la autoridad del policía y de la ley. Ir de contramano en el camino obviamente conducirá a accidentes, y si violáis la ley os veréis en la cárcel. Es demasiado necio y absurdo eludir la autoridad a ese nivel, no pagar impuestos, etc. Estoy hablando de la autoridad que es autocreada o impuesta por la sociedad, por la religión, por los libros, etc., debido a nuestro deseo de hallar, de buscar.

Me parece, pues, que una de las cosas indispensables, una absoluta necesidad, es que la mente se libere de todo sentido de autoridad. Ello es dificilísimo, porque cada palabra, cada experiencia, cada imagen, cada símbolo, deja su huella en forma de conocimiento, que se convierte en nuestra autoridad. Podéis eludir la autoridad externa, pero cada uno de nosotros tiene su propia autoridad secreta, la autoridad que dice, 'yo sé'. La autoridad, el seguimiento de una norma, engendra acción fragmentaria.

Puede uno ser muy buen músico o alguna otra cosa, pero sea lo que fuere, sigue siendo ello acción fragmentaria. Y estamos hablando de una acción total, en la que el fragmento está incluido. Esta acción total cubre la totalidad de la vida: lo físico, lo emocional, lo intelectual. Es la acción que surge cuando uno ha penetrado hondo en el inconsciente y ha dejado al descubierto todos los oscuros secretos de la propia mente, y ésta queda entonces purificada. Esa acción total es meditación.

Requiere pues muy arduo trabajo, una percepción interna, el dejar al descubierto todas las sendas y veredas de la autoridad que hemos establecido para nosotros mismos a lo largo de los siglos, y en las que deambulamos constantemente. Es una de las cosas más difíciles ser libre: olvidar todas las cosas interiores que uno ha conocido del ayer; morir para todas las experiencias que uno ha tenido, placenteras o penosas. Pero sólo entonces está la mente libre para vivir, para actuar totalmente.

Para realizar esto hace falta darse cuenta sin elección, un darse cuenta pasivo, en el cual se revelan todos los secretos anhelos, los apremios, las compulsiones, las apetencias y los deseos; en el que la mente no escoge, sino que sólo observa. Desde el momento en que escojáis, ya habréis establecido sutilmente autoridad, y por eso la mente ya no está libre. Darse cuenta internamente de todo movimiento del pensar, las implicaciones de cada palabra, el significado de cada deseo, de cada anhelo, y no negar ni aceptar, sino perseguir, vigilar, sin escoger, esto libera a la mente de la autoridad. Es sólo cuando la mente está libre que puede descubrir lo que es verdad y lo que es falso, y no antes; y esta libertad no está al final sino al principio. Por lo tanto, la meditación no es un proceso de dominar, disciplinar, moldear la mente por el deseo, por el conocimiento.

Espero que estaréis siguiendo todo esto. Probablemente parte de ello es nuevo para vosotros, y puede ser que lo rechacéis. Como sabéis, el aceptar o rechazar indica la incapacidad para seguir hasta el fin mismo lo que otro está diciendo; y, como os habéis tomado la molestia de venir hasta aquí, me parece que sería absurdo el que os limitarais a decir: 'tiene razón', o 'no está en lo cierto'. Escuchad, pues, para descubrir, no lo que cree vuestra mente, sino si el que habla está diciendo alguna falsedad o verdad; para ver de hecho lo falso en la verdad o la verdad como verdad. Esto es imposible si habéis leído algún libro sobre la meditación o sobre psicología y estáis comparando lo que se dice con lo que sabéis Entonces os habéis desviado, no estáis escuchando. Pero si escucháis, no con esfuerzo sino porque queréis descubrir, hallaréis que hay cierto rozo en escuchar. Creo que la clave está en el acto mismo de escuchar lo que es verdadero. No tenéis que hacer nada excepto participar efectivamente en el acto de escuchar, que no es identificar. En la meditación no hay identificación, no hay imaginación.

Así pues, cuando la mente empieza a comprender todo el proceso de su propio pensar, veréis entonces cómo el pensamiento se convierte en autoridad; hallaréis que el pensamiento, basado en la memoria, en el conocimiento, en la experiencia, y el pensador que guía al pensamiento, se convierten en la autoridad. Por eso la mente tiene que darse cuenta de sus propios pensamientos, de los motivos de los cuales han surgido, de su causa. Y si inquirís muy profundamente, encontraréis que la autoridad del pensamiento cesa por completo.

De modo que para construir la casa de la meditación, debe uno poner la adecuada fundación. Evidentemente toda forma de envidia, que es esencialmente comparación -vosotros tenéis alguna cosa bella que no tengo yo; sois inteligentes y yo no; tenéis un don que yo no poseo -todo esto tiene que desaparecer. La mente que es envidiosa -envidiosa de posesiones, envidiosa de capacidad- no puede llegar muy lejos, ni tampoco lo puede una mente ambiciosa. La mayoría de nosotros somos ambiciosos; y la mente ambiciosa está siempre esperando tener éxito, esperando realizar, no sólo en este mundo sino también en lo interior. Una mente madura no conoce éxito ni fracaso.

Por eso la mente debe estar completamente libre, no apenas libre por casualidad, en forma fragmentaria, sino totalmente libre. Y eso también es muy arduo. Significa purificar la mente que ha sido educada durante siglos para competir, para buscar el éxito.

Como sabéis, estar libre de la envidia no es una cuestión de tiempo. No es cuestión de desembarazarse gradualmente de la envidia, o de crear lo opuesto e identificarse con ese opuesto o de tratar de producir una integración con lo opuesto, todo lo cual implica un proceso gradual. Si sois ambiciosos y establecéis el ideal de la no ambición, entonces, para recorrer la distancia, para lograr el ideal, habéis de tener tiempo. Para mí, ese proceso carece por completo de madurez. Si veis algo claramente, se os desprende. Ver la envidia totalmente, con todas sus implicaciones -cosa que no es por cierto muy difícil- no requiere tiempo. Si miráis si os dais cuenta, se os muestra rápidamente; y por el hecho de verla, ella os abandona.

Es obvio que una mente que es envidiosa, ambiciosa, egocéntrica, no puede ver la plenitud de la belleza; no puede saber lo que es el amor. Puede uno estar casado, puede tener hijos, tener casas y perpetuar el propio nombre; pero una mente que es envidiosa y ambiciosa no puede conocer el amor. Conocerá el sentimiento, el emocionalismo, el apego; pero el apego no es el amor.

Y, si habéis visto eso, no meramente en forma intelectual o verbal, notaréis que existe la llama de la pasión. La pasión es necesaria. Y con esa llama de pasión puede uno ver las montañas y las largas laderas con verdes árboles, puede uno ver la desdicha por todas partes, las espantosas divisiones que el hombre ha creado en su afán de seguridad; puede uno sentir con intensidad, mas no egocéntricamente. Así, pues, éstos son los cimientos; y puestos los cimientos, la mente está libre; puede seguir adelante, y tal vez no, haya ulterior avance. A menos, pues, que esta totalidad esté completamente establecida en la mente, toda búsqueda, toda meditación, todo seguimiento de la palabra, sea el que fuere que la haya dicho, sólo conduce a la ilusión, a falsas visiones. Una mente que esté condicionada en el cristianismo puede evidentemente tener visiones de Jesús, pero una mente así vive en ilusiones basadas en la autoridad; y una mente semejante es muy limitada y estrecha.

Así pues, si uno ha visto todo esto íntimamente, tiene que 'ser', de inmediato -esto no es para pasado mañana, o para el mes que viene, sino de hecho para este momento presente. Las palabras que estoy usando no expresan la cosa efectiva; las palabras no son la cosa, y si os limitáis a seguir al que habla, no os estaréis siguiendo interiormente a vosotros mismos. De modo que la meditación es esencial. La meditación no es sentarse con las piernas cruzadas, respirar de cierta manera, repetir una frase o seguir una fórmula; todos esos son trucos, aunque podáis conseguir lo que el sistema ofrece. Pero lo que consigáis será un fragmento, y por lo tanto inútil. Por cierto, uno puede ver de una ojeada todo el proceso de la disciplina, del seguimiento y de la conformidad, y dejarlo en el instante, porche lo comprende por completo. Pero la comprensión inmediata es imposible cuando la mente es perezosa. Y la mayoría de nosotros somos perezosos; por eso preferimos métodos, sistemas que nos dicen qué hay que hacer.

Hay una cierta forma de pereza que es muy buena: es cierta pasividad. Ser pasivo es bueno, porque entonces veis las cosas muy claramente, con agudeza. Pero ser física o mentalmente perezoso embota la mente y el cuerpo, de modo que es incapaz de mirar, de ver.

Así, habiendo puesto los cimientos -lo que en realidad es negar la sociedad y la moralidad de la sociedad- puede uno ver que la virtud es una cosa maravillosa, una cosa bella, pura. No podéis cultivarla, lo mismo que no podéis cultivar la humildad. Sólo el hombre vano cultiva la humildad; y hacer un esfuerzo para ser humilde es sumamente estúpido. Mas uno llega a la humildad fácilmente, descuidadamente, cuando la mente empieza a comprenderse, a comprender todos los oscuros e inexplorados rincones de la propia conciencia. En el conocimiento de vosotros mismos llegáis a la humildad; y esa humildad es la base misma, los ojos mismos, el aliento mismo por el que veis, decís, comunicáis. No podéis conoceros si condenáis, juzgáis, evaluáis; pero vigilar, ver 'lo que es' sin distorsión, observar como observaríais una flor sin dividirla en partes, eso es conocerse a sí mismo. Sin autoconocimiento, todo pensamiento conduce a la perversión y a la ilusión. De modo que, con el autoconocimiento, empieza uno a echar los cimientos de la verdadera virtud, que no es reconocible por la sociedad o por otra persona. Desde el momento en que la sociedad u otro la reconozca, estáis dentro de su molde, y por consiguiente vuestra virtud es la virtud de la respetabilidad, y ya no es, pues, virtud.

El autoconocimiento es, pues, el comienzo de la meditación. Hay mucho más que decir sobre la meditación; esto es sólo una introducción, como si dijéramos, es sólo el primer capítulo. Y el libro jamás termina; no hay terminación, no hay llegar. Y la maravilla de todo esto, la belleza de todo esto es que, cuando la mente -en la cual está incluido el cerebro, todo- ha visto y se ha vaciado de todos los descubrimientos que ha hecho, cuando está enteramente libre de lo conocido, sin motivo de ninguna clase, entonces quizá surja lo incognoscible, aquello que no puede medirse.

INTERLOCUTOR: *No comprendo bien que la libertad haya de existir al principio y no al fin, porque al principio está todo el pasado, y no la libertad.*

KRISHNAMURTI: Mirad, señor, esto involucra una cuestión de tiempo. ¿Seréis libre al fin? ¿Seréis libre después de muchos días, de muchos siglos? Por favor, no se trata de argüir con vos, o de que aceptéis lo que digo; tenemos que verlo. Estoy condicionado como hindú, como cristiano, como comunista, o lo que queráis; estoy moldeado por la sociedad, por los acontecimientos, por innumerables influencias. ¿Es el descondicionamiento una cuestión de tiempo? Haced el favor de pensar sobre ello. Si decís que es cuestión de tiempo, entonces estáis añadiendo entretanto más y más condicionamiento, ¿no es así?

Señor, mirad esto: toda causa es también un efecto ¿no es cierto? Causa y efecto no son dos cosas estáticas separadas, ¿verdad? Lo que fue el efecto se convierte de nuevo en la causa; es una cadena, que sufre continua modificación, que es influida, que madura, disminuye o aumenta a lo largo del tiempo, y así sucesivamente. Estáis condicionado como inglés, judío o suizo, o lo que sea, ¿y queréis decir que lleva tiempo ver lo absurdo que es eso? Y si veis lo absurdo que es, ¿lleva tiempo desprenderse de eso? Como veis, no queremos notar su perniciosa naturaleza porque nos gusta, nos hemos educado con esa base. La bandera significa algo para nosotros porque sacamos beneficio de eso. Si decís: 'ya no soy suizo' o esto o aquello, podríais perder vuestro empleo, la sociedad podría rechazaros, acaso no pudierais casar en forma respetable a vuestro hijo o hija. Por eso nos aferramos a todo ello, y eso es lo que nos impide verlo inmediatamente y desprendernos de la cosa.

Fijaos señor. Si he estado trabajando toda la vida para alcanzar, para llegar a ser famoso, para tener éxito, ¿creéis que voy a deshacerme de eso? ¿Creéis que voy a desprenderme del provecho, del prestigio, del nombre, de la posición? Uno puede dejarlo inmediatamente si ve realmente el absurdo de todo ello, la brutalidad, la crueldad de eso, en lo cual no hay afecto no hay amor, sino sólo acción especulativa. Mas no queremos verlo, y por eso inventamos excusas, diciendo: 'lo haré quizá, con el tiempo, pero por favor no me perturbéis justamente ahora'. Esto es lo que me parece que estamos diciendo la mayoría de nosotros, no solamente los talentosos, sino nosotros, los que somos personas corrientes, mediocres: todos estamos haciendo esto. Cortar la cuerda no lleva tiempo. Lo que requiere es percepción inmediata, inmediata acción, como cuando veis un precipicio, una serpiente.

INTERLOCUTOR: *¿Cómo podemos ver con esa claridad, y olvidar cada experiencia?*

KRISHNAMURTI: ¿No debéis tener una mente inocente para ver cualquier cosa con claridad? Es evidente que cada experiencia moldea la mente, aumenta su condicionamiento; y, a través de todo ese condicionamiento, tratamos de ver algo nuevo. No digo que haya algo nuevo; no se trata de eso. Pero si la mente desea ver si existe algo enteramente nuevo, algo que es creación, por cierto tiene que ser una mente inocente, una mente joven, fresca. No digo que debemos olvidar toda experiencia; es evidente que no podéis olvidar toda experiencia. Pero puede uno ver que el proceso aditivo de la experiencia vuelve mecánica a la mente, y una mente mecánica no es creativa

3 de agosto de 1961

XVIII

HEMOS hablado mucho de afrontar el hecho, observándolo sin condenarlo ni justificarlo, abordándolo sin ninguna opinión. Especialmente en el caso de hechos psicológicos, tendemos a introducir nuestros prejuicios, nuestros deseos, nuestros impulsos, que falsean 'lo que es' y suscitan cierto sentimiento de culpa, de contradicción, una negación de lo que es. Hemos estado hablando también de la importancia de la destrucción completa de todas las cosas que hemos construido como refugio, como defensa. La vida nos parece demasiado vasta, demasiado vertiginosa para nosotros, y nuestras perezosas mentes, nuestra lenta manera de pensar, los hábitos a que nos hemos acostumbrado, crean invariablemente una contradicción dentro de nosotros; y tratamos de dictar condiciones a la vida. Y gradualmente, al continuar y aumentar esta contradicción y conflicto, nuestras mentes se vuelven más y más embotadas. Desearía, pues, esta mañana, si se me permite, hablar sobre la sencilla austeridad de la mente, y sobre el sufrimiento.

Es muy difícil pensar directamente, ver las cosas con claridad y seguir lo que vemos hasta el fin mismo, con lógica, razonadamente, con cordura. Es muy difícil ser claros y por lo tanto sencillos. No me refiero a la sencillez de las vestiduras exteriores, de las pocas posesiones; sino que me refiero a una sencillez interior. Creo que es indispensable el que abordemos con sencillez un problema muy complejo, como el del sufrimiento. De modo que, antes de abordar el dolor, tenemos que ver muy claramente lo que queremos decir con la palabra 'sencillo'.

La mente, tal como la conocemos ahora, es muy compleja, infinitamente astuta y sutil. Ha tenido muchos mas experiencias, y tiene dentro de sí todas las influencias del pasado, de la raza, el residuo de todo el tiempo. Es muy difícil reducir toda esta vasta complejidad a la sencillez; pero creo que hay que hacerlo, de lo contrario no podremos trascender el conflicto y dolor.

Por eso la pregunta es: dada toda esta complejidad del conocimiento, de las experiencias, de la memoria, ¿es acaso posible contemplar el dolor y estar libre de él?

Ante todo, creo que para descubrir por uno mismo la manera de pensar sencilla y directamente, las definiciones y las explicaciones son realmente perjudiciales. La definición en palabras no hace sencilla a la mente, y las explicaciones no producen claridad de percepción. Por eso, me parece que tiene uno que darse cuenta cabalmente de la esclavitud a las palabras, aunque tenga también que darse cuenta de que es necesario utilizar palabras para la comunicación. Pero lo que se comunica no es meramente la palabra; la comunicación está más allá de la palabra; es un sentir, un ver, que no puede ponerse en palabras. Una mente en realidad sencilla no significa una mente ignorante. Mente sencilla es la que está libre para seguir todas las sutilezas, los matices, los movimientos de un hecho dado. Y para hacer esto, la mente tiene, por cierto, que estar libre de la esclavitud a las palabras. Semejante libertad produce una austeridad de sencillez. Cuando existe esa sencillez de enfoque, creo que entonces podemos percibir directamente y tratar de comprender lo que es el dolor.

Creo que la sencillez de la mente y el dolor están relacionados. Por cierto, vivir en el dolor a lo largo de nuestros días es, para decirlo con suavidad, la cosa más insensata que se puede hacer. Vivir en conflicto, en frustración, siempre enredados en el temor, en la ambición, presos del afán de realizar, de tener éxito, vivir toda una vida en ese estado me parece inútil e innecesario por completo. Y para estar libres del dolor, creo que debemos abordar muy sencillamente este complejo problema.

Hay varias clases de dolor, físico y psicológico. Hay el dolor físico de la enfermedad -un dolor de muelas, la pérdida de un miembro, por tener vista defectuosa, etc.; y está el dolor interno que viene cuando perdéis a alguien a quien amáis, cuando no tenéis capacidad y veis personas que la tienen, cuando carecéis de talento y veis gente que lo tiene y que tiene dinero, posición, prestigio, poder. Existe siempre el afán de realizar; y, en la sombra de la realización, siempre hay frustración, y con ella llega el dolor.

Hay, pues, estas dos clases de dolor: el físico y el psicológico. Puede uno perder un brazo, y entonces viene todo el problema del dolor. La mente vuelve al pasado, recuerda lo que ha hecho, que ya no puede jugar al tenis, que ya no es capaz de hacer muchas cosas; compara, y en ese proceso se engendra el dolor. Estamos familiarizados con esta clase de cosas. El hecho es que he perdido mi brazo, y que, por muchas que sean las teorías, las explicaciones, las comparaciones, por mucha lástima que tenga de mí mismo, no recuperaré ese brazo. Pero la mente se entrega a la compasión de sí misma, retrocede al pasado. Por eso el hecho del presente está en contradicción con lo que ha sido. Esta comparación trae conflicto invariablemente, y de ese conflicto proviene el dolor. Esa es una de las clases de dolor.

Luego tenemos el dolor psicológico. Mi hermano, mi hijo, ha muerto, se ha ido. Ninguna teorización, explicación, creencia o esperanza me lo devolverá jamás. La implacable e inflexible realidad es el hecho de que se ha ido. Y el otro hecho es que yo me siento solo, porque él se ha ido. Éramos amigos, conversábamos, retamos, disfrutábamos juntos, y la compañía ha cesado y he quedado solo. La soledad es un hecho, y la muerte es un hecho. Me veo obligado a aceptar el hecho de su muerte, mas no acepto el hecho de estar solo en el mundo. Empiezo, pues a inventar teorías, esperanzas, explicaciones, como una evasión del hecho, y son las evasiones las que producen dolor, no el hecho de que yo esté solo, no el hecho de que mi hermano haya muerto. El hecho nunca puede traer dolor, y creo que es muy importante comprender esto, si es que la mente ha de quedar real y totalmente, por completo, libre de dolor. Creo que sólo es posible estar libre del dolor cuando la mente ya no busca explicaciones y escapes, sino que se enfrenta con el hecho. No sé si alguna vez habréis intentado hacer esto.

Sabemos lo que es la muerte y el miedo extraordinario que ella evoca. Es un hecho que moriremos, cada uno de nosotros, nos guste o no. Por eso racionalizamos la muerte o escapamos hacia las creencias -*karma*, reencarnación, resurrección, etc.- y por lo tanto mantenemos el miedo y huimos del hecho. Y la cuestión es si la mente está de veras interesada en llegar hasta el fin mismo y en descubrir si es posible estar total y completamente libre de dolor, no con el tiempo, sino en el presente, ahora.

Así pues, ¿puede cada uno de nosotros hacer frente al hecho, con inteligencia y sensatez? ¿Puedo hacer frente al hecho de que mi hijo, mi hermano, mi hermana, mi marido o esposa, quien fuere, ha muerto, y que yo estoy solo, sin escapar de esa soledad hacia las explicaciones, las ingeniosas creencias, las teorías, etc.? ¿Puedo yo observar el hecho, sea el que fuere: que carezco de talento, que soy una persona torpe y necia, que estoy solo, que mis creencias, mis estructuras religiosas, mis valores espirituales, son simplemente otras tantas defensas? ¿Puedo ver estos hechos sin buscar modos y medios de escapar? ¿Es ello posible?

Creo que sólo es posible cuando a uno no le interesa el tiempo, el mañana. Nuestras mentes son perezosas y por eso siempre estamos pidiendo tiempo -tiempo para vencer esto, tiempo para mejorar. El tiempo no disipa el dolor. Puede ser que olvidemos un particular sufrimiento, pero allí está siempre el dolor, en lo profundo. Y creo que es posible eliminar enteramente el dolor en si, no mañana, no en el transcurso del tiempo, sino ver la realidad en el presente, y trascenderla.

Al fin y al cabo, ¿por qué tenemos que sufrir? El sufrimiento es una enfermedad. Acudimos a un médico y nos libramos de la enfermedad. ¿Por qué hemos de aguantar dolor alguno? Mirad, no estoy hablando retóricamente, cosa que sería demasiado tonta. ¿Por qué habríamos de tener, cada uno de nosotros, dolor alguno? Y ¿es posible librarse de él por completo?

Como veis, esa pregunta implica: ¿por qué hemos de estar en conflicto? El dolor es conflicto. Decimos que el conflicto es necesario, que forma parte de la existencia, que en la naturaleza y en todo lo que nos rodea hay conflicto, y que estar sin conflicto es imposible. Aceptamos pues el conflicto como inevitable, en nuestro interior y fuera, en el mundo.

Para mí, el conflicto, de cualquier clase que sea, no es necesario. Podéis decir: 'Esa es una peculiar idea vuestra y carece de validez. Soís solo, no estáis casado, y ello es fácil para vos; pero nosotros tenemos que estar en conflicto con nuestros vecinos, por nuestros empleos; todo lo que tocamos engendra conflicto'.

Mirad, creo que la acertada educación entra en esto; y nuestra educación no ha sido correcta; se nos ha enseñado a pensar en términos de competencia, en términos de comparación. Me pregunto si uno realmente comprende, si en realidad ve directamente al comparar. ¿O es que uno sólo ve claramente, con sencillez, cuando la comparación ha cesado? Por cierto, uno sólo puede ver con claridad cuando la mente ya no es ambiciosa, ya no está tratando de ser o de llegar a ser algo -lo que no quiere decir que uno haya de estar satisfecho de lo que uno es. Creo que se puede vivir sin comparación, sin compararse uno con otro, sin comparar lo que somos con lo que deberíamos ser. El hacer frente a 'lo que es' sin cesar, barre por completo todas las evaluaciones comparativas, y creo que de ese modo puede uno eliminar el dolor. Creo que es muy importante que la mente esté libre del dolor, porque entonces la vida tiene un sentido totalmente diferente.

Como sabéis, otra de las infortunadas cosas que hacemos es buscar bienestar, no sólo físico, sino también psicológico. Queremos refugiarnos en una idea, y cuando esa idea falle nos desesperamos, lo que también engendra dolor. La cuestión, pues, es ésta: ¿Puede la mente vivir, funcionar, estar sin ningún amparo, sin ningún refugio? ¿Puede uno vivir de día en día, enfrentando cada hecho como surge y sin jamás buscar un escape, haciendo frente todo el tiempo a lo que es, a cada reputo del día? Porque entonces creo que encontraremos que no sólo termina el dolor, sino que la mente se vuelve asombrosamente sencilla y clara; es capaz de percibir directamente, sin palabras, sin el símbolo.

No sé si alguna vez habéis pensado sin palabras. ¿Hay algún pensar sin verbalización? ¿O es que todo pensar consiste en meras palabras, símbolos, descripciones, imaginación? Como veis, todas estas cosas -las palabras, los símbolos, las ideas- perjudican la clara visión. Creo que, si uno quiere llegar hasta el fin mismo del dolor para descubrir si es posible estar libre del dolor -no eventualmente, sino viviendo libre cada día- tiene uno que entrar muy profundamente en sí mismo y desembarazarse de todas estas explicaciones, palabras, ideas y creencias, de modo que la mente esté de veras depurada y capacitada para ver lo que es.

INTERLOCUTOR: *Cuando hay dolor, seguramente es inevitable el querer hacer algo al respecto.*

KRISHNAMURTI: Señor, como decíamos el otro días queremos vivir con el placer, ¿no es así? No tratamos de cambiar el placer; queremos que continúe todo el día y toda la noche, perpetuamente. No deseamos alterarlo, ni siquiera tocarlo, ni aun rozarlo con el aliento, por temor de que se vaya; queremos aferrarnos a él, ¿verdad? Nos adherimos a lo que nos deleita, que nos da gozo, placer, sensación -a cosas como ir a la iglesia, ir a 'misa', etc. Estas cosas nos producen mucha excitación, sensación, y no queremos cambiar ese sentimiento; él hace que uno se sienta cerca de la fuente de las cosas, y nosotros queremos esa sensación, ¿no es cierto? ¿Por qué no podemos vivir igualmente con el dolor, con la misma intensidad, sin querer hacer nada con respecto a él? ¿Lo habéis intentado alguna vez? ¿Habéis tratado alguna vez de vivir con un dolor físico? ¿Habéis intentado vivir con el ruido?

Vamos a simplificarlo. Cuando un perro está ladrando por la noche y queréis dormir, y sigue ladrando y ladrando, ¿qué hacéis? Lo resistís, ¿no es así? Le arrojáis objetos, lo maldecís, hacéis lo que podáis contra él. Pero si en lugar de eso estuvierais con el ruido, si escucharais el ladrido sin ninguna resistencia, ¿habría fastidio? No sé si alguna vez lo habréis intentado. Deberíais intentarlo alguna vez: no resistir. Así como no rechazáis el placer, ¿no podéis de la misma manera vivir con el dolor sin resistencia, sin elección, sin tratar nunca de escapar, sin entregaros nunca a la esperanza e invitar por ello la desesperación: simplemente vivir con él?

Mirad, vivir con algo significa amarlo. Cuando amáis a alguien, queréis vivir con esa persona, estar con ella, ¿no es así? De la misma manera puede uno vivir con el dolor, no púdicamente, sino viendo todo su cuadro, sin tratar nunca de eludirlo, sino sintiendo su fuerza, su intensidad, y también su completa superficialidad, lo que significa que no podéis hacer nada con respecto a él. Después de todo, no queréis hacer nada respecto de aquello que os da intenso placer; no queréis cambiarlo, queréis dejarlo fluir. De la misma manera, vivir con el dolor significa, realmente, amar el dolor, y eso requiere mucha energía, mucha comprensión; significa vigilar continuamente para ver si la mente está escapando del hecho. Es terriblemente fácil escapar; puede uno tomar una droga, tomar una bebida, encender la radio, tomar un libro, charlar, etc. Pero vivir con algo enteramente, de manera total, tanto si es placer como si es dolor, requiere una mente que esté intensamente alerta. Y cuando la mente está tan alerta, crea su propia acción; o más bien, la acción viene del hecho y la mente no tiene que hacer nada con respecto a él.

INTERLOCUTOR: *En el caso del dolor físico, ¿no debemos acudir a un médico?*

KRISHNAMURTI: Por supuesto, si tengo un dolor de muelas, voy al dentista. Si tenéis alguna dolencia física, ¿no iréis al médico? ¿No somos bastante superficiales cuando hacemos semejante pregunta? No estamos hablando sólo del dolor físico sino también del sufrimiento psicológico, de todas las torturas mentales por las que uno pasa por causa da alguna idea, de alguna creencia, de alguna persona; y nos estamos preguntando si es posible estar totalmente libres del dolor interno. Señor, el organismo físico es una maquina y se desarregla, y tenéis que hacer lo mejor que podáis y seguir adelante con él; pero uno puede cuidar de que el organismo mecánico no interfiera con la mente, que no la pervierta, que no la desvíe, y que permanezca sano a pesar de la enfermedad física. Y nuestra pregunta es si la mente, que es la fuente de toda lucidez, así como de todo conflicto, desdicha y dolor, puede estar libre de éste, no contaminada por nuestras dolencias físicas y todo lo demás.

Al fin y al cabo, vamos envejeciendo cada día, pero seguramente es posible mantener la mente joven, fresca, inocente, no abrumada por la enorme carga de la experiencia, de los conocimientos, de la desdicha. Creo que una mente joven, inocente, es absolutamente necesaria si quiere uno descubrir lo que es verdad, si hay Dios, o como queráis llamarlo. Una mente vieja, una mente torturada, llena de sufrimiento, jamás puede hallarlo. Y es absurdo convertir el dolor en algo necesario, algo que eventualmente os llevará al cielo. En el cristianismo se exalta el sufrimiento como un camino hacia la iluminación. Tiene uno que estar libre del sufrimiento, de la oscuridad; sólo entonces puede existir la luz.

INTERLOCUTOR: *¿Me es posible estar libre de dolor cuando veo tanto sufrimiento en torno mío?*

KRISHNAMURTI: ¿Qué pensáis al respecto? Id al Oriente, a la India, a Asia, y veréis mucho dolor, dolor físico, hambre, degradación, pobreza. Esa es una clase de dolor. Venid al mundo moderno, y todos están ocupados decorando la prisión exterior, enormemente ricos, prósperos, pero también ellos son muy pobres interiormente, muy vacíos; ahí también hay dolor. ¿Qué podéis hacer sobre ello? ¿Qué podéis hacer sobre mi dolor? ¿Podéis ayudarme? Pensadlo, señores.

He estado hablando esta mañana más o menos media hora sobre el dolor y la manera de librarse de él. ¿Os ayudo? ¿Realmente os ayudo en el sentido de que os libráis de él, de no llevarlo con vosotros un día más, de estar totalmente libres de dolor? ¿Es que os ayudo? No lo creo. Por cierto tenéis que hacer todo el trabajo vosotros mismos. Yo sólo estoy señalando. El poste indicador no tiene valor, en el sentido de que no sirve de nada el sentarse allí a leer eternamente el letrero. Tenéis que hacer frente a la soledad y llegar hasta el fin mismo de ella, de todo lo implicado en ella. ¿Puedo yo ser de ayuda para el dolor del mundo? No sólo conocemos nuestra propia angustia y desesperación, sino que también la vemos en los rostros de otros. Podéis señalar la puerta por la que hay que pasar para estar libres, pero la mayoría de las personas quieren ser llevadas a través de esa puerta. Adoran a aquel de quien creen que los llenará; lo convierten en un salvador, un Maestro, cosas todas que son pura necedad.

INTERLOCUTOR: *¿Para qué le sirve a otro una persona libre si ésta no puede ayudarle?*

KRISHNAMURTI: Cuán terriblemente utilitarios somos ¿verdad? Queremos utilizarlo todo para nuestro propio beneficio, o para beneficiar a algún otro. ¿De qué utilidad es una flor a la vera del camino? ¿Para qué sirve una nube que está más allá de las montañas? ¿Cuál es la utilidad del amor? ¿Lo podéis utilizar? ¿Sirve de algo la caridad? ¿Sirve de algo la humildad? No ser ambicioso en un mundo lleno de ambición, ¿tiene eso alguna utilidad? Ser bondadoso, ser amable, ser generoso: estas cosas no son de ninguna utilidad para un hombre que carezca de generosidad. Una persona libre es completamente inútil para un hombre que esté dominado por la ambición. Y como la mayor parte de nosotros estamos enredados en la ambición, en el deseo de éxito, esa persona es de muy escasa significación. Puede hablar de libertad, pero lo que nos interesa a nosotros es el éxito. Lo único que os puede decir es que paséis a la otra orilla del río, y que veáis la belleza del cielo, el encanto de ser sencillo, amar, ser bondadoso, ser generoso, carecer de ambición. Muy poca gente quiere venir a la otra orilla; por eso el hombre que se encuentra en ella es de muy poca utilidad. Probablemente lo pondréis en una iglesia y lo adoraréis. Eso es todo, poco más o menos.

INTERLOCUTOR: *Vivir con el dolor implica su prolongación, y nosotros rehuimos prolongar el dolor.*

KRISHNAMURTI: Por cierto, no es eso lo que he expresado. Para vivir con algo, ya sea la fealdad o la belleza, tiene uno que ser muy intenso. Vivir con estas montañas día tras día, si no sois sensibles a ellas, si no las amáis, si no veis sin cesar su belleza, sus cambiantes colores y sombras, sería llegar a ser como los campesinos que se han vuelto indiferentes para todo ello. La belleza corrompe lo mismo que la fealdad, si no sois sensibles para ella. Vivir con el dolor es como vivir con las montañas, porque el dolor embota la mente, la atonta. Vivir con el dolor implica vigilar sin cesar, y eso no prolonga el dolor. En el momento en que lo veis por completo, ya ha desaparecido. Cuando se ve algo totalmente, ha terminado. Cuando vemos toda la construcción del dolor, su anatomía, su intimidad, no teorizando sobre él, sino viendo efectivamente el hecho, su totalidad, entonces él se desprende. La rapidez, la celeridad de la percepción, depende de la mente. Pero si ésta no es sencilla, directa, si está atiborrada de creencias, esperanzas, temores, desesperaciones, queriendo cambiar el hecho, 'lo que es', entonces estáis prolongando el dolor.

INTERLOCUTOR: *Nuestros preconceptos se interponen en el camino, y tenemos que encararnos con ellos, y eso puede llevar tiempo.*

KRISHNAMURTI: Señor, percibir que uno se siente solo y también darse cuenta de que quiere escapar de eso, las dos cosas son instantáneas, ¿no es así? El hecho de que me siento solo y el hecho de que quiero escapar, los puedo percibir inmediatamente, ¿verdad? Puedo ver también instantáneamente que cualquier forma de escape es una evasión del hecho de la soledad, que yo tengo que comprender. No puedo deshacerme de ella.

Como veis, nuestra dificultad es, creo, que estamos tan apegados a las cosas en que nos refugiamos, que ellas son muy importantes para nosotros, se han vuelto extraordinariamente respetables. Creemos que si dejásemos de ser respetables, Dios sabe lo que pasaría. Por consiguiente nuestro apego a la respetabilidad se convierte en lo importante, y no el hecho de querer comprender la soledad, o cualquier otra cosa, totalmente.

INTERLOCUTOR: *Si no tenemos la intensidad, ¿qué podemos hacer al respecto?*

KRISHNAMURTI: Dudo que queramos esa intensidad. Ser intenso implica destrucción, ¿no es así? Significa destruir todas las cosas que hemos considerado tan importantes en la vida. Por eso, quizá, el miedo nos impide ser intensos.

Como sabéis, todos queremos ser terriblemente respetables, ¿no es así?, los jóvenes tanto como los viejos. La respetabilidad significa reconocimiento por parte de la sociedad; y la sociedad sólo reconoce a los que tienen éxito, a los que son importantes, a los famosos, e ignora a los demás. Adoramos, pues, el éxito y la respetabilidad. Y cuando no os preocupa que la sociedad os crea o no respetables, cuando no buscáis éxito, no queréis llegar a ser alguien, entonces hay intensidad -lo que significa que no hay miedo y que no hay conflicto, ni interna contradicción y consiguiente tenéis abundante energía para seguir el hecho hasta el fin mismo.

6 de agosto de 1961

XIX

SI se me permite, continuaremos con aquello de que hablamos anteayer, que era todo el contenido de lo que es la meditación. En Oriente, la meditación es un hecho diario muy importante para las personas que han ahondado mucho en esta cuestión; y quizá ella no sea tan urgente o seria en Occidente. Pero como involucra el proceso total de la vida, creo que debemos considerar lo que está implicado en ella.

Como decía, sería por completo fútil y vacuo el que os limitaseis a seguir las palabras o frases y os quedarais meramente en el nivel verbal. Cuando seguís esta cuestión sólo intelectualmente, es como seguir a un ataúd hasta la tumba. Pero Si entráis en ello muy profundamente, revelará las cosas más extraordinarias de la vida. Como dije, no nos estamos ocupando del primer capitulo de un libro completo, porque no hay fin para el proceso total del vivir. Pero tenernos que considerar las cuestiones a medida que surgen.

Vamos a entrar en ello bastante más profunda y comprensivamente, como veréis; pero antes creo que es necesario comprender qué es pensar negativo y qué es pensar positivo. No utilizo estas dos palabras, ‘negativo’ y ‘positivo’, en el sentido de opuestos. La mayoría de nosotros pensamos positivamente, acumulamos, añadimos; o, cuando es conveniente, beneficioso, sustraemos. El pensar positivo es imitativo, conformista, se ajusta al molde de la sociedad o a lo que ella desea; y la mayoría de nosotros estamos satisfechos con ese pensar positivo. Para mí, ese pensar positivo no conduce a ninguna parte.

Ahora bien, el pensar negativo no es lo opuesto del pensar positivo; es un estado completamente diferente, un proceso distinto; y creo que uno tiene que comprender esto claramente antes de que podamos seguir más allá. El pensar negativo es desnudar la mente por completo; es hacer que el cerebro, que es el repositorio de las reacciones, esté quieto.

Tenéis que haber notado que el cerebro es muy activo, está constantemente reaccionando; el cerebro tiene que reaccionar, pues de lo contrario muere. Y, en su reacción, crea procesos positivos, a los que llama pensar positivo; y estos son todos defensivos, mecánicos. Si habéis observado vuestro propio pensar, habréis visto que aquello de que estoy hablando es muy sencillo, no es complicado.

Me parece que lo primordial es que el cerebro sea plenamente consciente, que sea sensible, sin reaccionar; y por lo tanto creo que es necesario pensar negativamente. Podemos discutir esto después, mas, si lo captáis, veréis que el pensar negativo no implica esfuerzo, mientras que el pensar positivo sí lo implica -siendo el esfuerzo conflicto, en el que está involucrada la realización, la represión, la negación.

Os ruego que observéis vuestras propias mentes según funcionan, vuestros cerebros actuando; no os limitéis a escuchar mis palabras. Las palabras no tienen hondo significado, se utilizan sólo para transmitir, para comunicar. Si os quedáis en el nivel verbal, no podéis llegar muy lejos.

Así que todos nosotros -por la educación, por la cultura, por la influencia de la sociedad, de la religión, etc.- tenemos cerebros muy activos; pero la totalidad de la mente es muy torpe. Y el hacer que el cerebro esté quieto y sin embargo sea plenamente sensible, activo, pero sin cultivar defensas, es una tarea muy ardua, como sabréis si habéis entrado en todo esto. Y no implica esfuerzo alguno el hacer que el cerebro sea enormemente activo, y esté no obstante totalmente quieto.

Para la mayoría de nosotros, el esfuerzo parece formar parte de nuestra existencia; al parecer, no podemos vivir sin él: esfuerzo para levantarnos por la mañana, esfuerzo para ir a la escuela, a la oficina, para sostener una actividad continuada, esfuerzo para amar a alguien. Toda nuestra vida, desde que nacemos hasta que entramos en la tumba, es una serie de esfuerzos. Esfuerzo significa conflicto; y no hay esfuerzo alguno si observáis las cosas como son, el hecho como es. Pero nosotros nunca nos hemos observado como somos, consciente o inconscientemente. Siempre cambiamos, sustituimos, transformamos, reprimimos lo que vemos en nosotros mismos. Todo eso implica conflicto; y una mente, un cerebro que esté en conflicto nunca está quieto. Y para pensar profundamente, para ir muy a lo hondo, necesitamos, no un cerebro torpe, no un cerebro que se eche a dormir, que esté dopado por la creencia, por las defensas, sino un cerebro que sea intensamente activo, y que sin embargo esté en calma.

El conflicto es lo que entorpece la totalidad de la mente; de modo que, si hemos de entrar en esta cuestión de la meditación, si hemos de penetrar profundamente en la vida, tenemos que comprender desde el principio el conflicto y el esfuerzo. Si lo habéis observado, sabréis que nuestro esfuerzo siempre es para lograr, para llegar a ser algo, para tener éxito; y por lo tanto, hay conflicto y frustración, con su desdicha, esperanza y desesperación. Y los que están sin cesar en conflicto, se vuelven torpes. ¿No conocemos a personas que están continuamente en conflicto, y lo torpes que son? De modo que para llegar muy lejos y muy

profundamente, tiene uno que comprender por completo la cuestión del conflicto y del esfuerzo. El esfuerzo, el conflicto, se producen cuando hay pensar positivo; no hay esfuerzo ni conflicto cuando hay pensar negativo, que es la más elevada forma de pensar.

Ahora bien, todo pensar es mecánico, porque todo pensar viene como una reacción desde el trasfondo de la experiencia, de la memoria. Y, como el pensar es mecánico, nunca puede ser libre; puede ser razonable, sano, lógico, según su trasfondo, su educación, su condicionamiento; pero nunca puede ser libre.

No sé si acaso habéis experimentado para descubrir qué es pensar. No me refiero a su definición en el diccionario, ni a la idea del filósofo sobre ello, sino, si habéis observado que el pensar es una reacción.

Os ruego sigáis esto, porque tiene uno que entrar en ello. Si os hago una pregunta familiar, respondéis inmediatamente, porque estáis familiarizado con la respuesta. Si se hace una pregunta algo más complicada, habrá un espacio de tiempo durante el cual el cerebro estará funcionando, buscando en la memoria para hallar una respuesta. Si se hace una pregunta aún más complicada, es más largo el intervalo de tiempo mientras el cerebro piensa, busca, trata de descubrir. Y si se os hace una pregunta con la cual no estáis familiarizados, entonces decís: 'No lo sé'. Pero en ese estado de: 'no lo sé', el cerebro aguarda para encontrar la respuesta, ya sea mirando en libros o preguntando a alguien; pero espera la respuesta. Creo que todo este proceso del pensar se puede ver muy sencillamente; es lo que estamos haciendo todo el tiempo; es la reacción del cerebro partiendo del depósito de la experiencia, del conocimiento que hemos acumulado.

Ahora bien, el estado de la mente que dice 'no sé', y espera la respuesta, es enteramente diferente del estado de la mente que dice, 'no sé', pero que no aguarda una respuesta. Espero que seguiréis esto, porque si no se aclara, creo que no podréis seguir lo que viene después. Aun estamos hablando sobre la meditación y explorando todo el problema del cerebro y la mente. Si no comprende uno la raíz de todo pensamiento, es imposible ir más allá del pensamiento.

Hay pues dos estados: existe el cerebro que dice 'no sé' y que busca una respuesta, y existe el otro estado de no saber porque no hay respuesta. Si vemos esto claramente, entonces podemos seguir adelante e investigar la cuestión de la atención y la concentración.

Todo el mundo sabe lo que es la concentración. El niño de escuela lo sabe cuando quiere mirar hacia fuera por la ventana y el maestro le dice: 'mira al libro'. El muchacho fuerza su mente para mirar al libro, cuando lo que en realidad quiere es mirar por la ventana. Y así, hay conflicto. La mayoría de nosotros estamos familiarizados con el proceso de forzar el cerebro a concentrarse. Y este proceso de la concentración es excluyente, ¿no es cierto? Elimináis, apartáis cualquier cosa que perturbe la concentración. Por lo tanto, cuando hay concentración, hay distracción. ¿Me seguís? Porque se nos ha enseñado a concentrarnos, que es un proceso de exclusión, de eliminación, y por consiguiente hay distracción, y por ello, conflicto.

Ahora bien, la atención no es el proceso de concentración, y en ella no hay distracción. La atención es algo enteramente diferente, y voy a entrar en ello.

Por favor, es una cuestión muy seria ésta de que estamos hablando; y el venir aquí no es como ir a un concierto, esperando que se nos entretenga. Requiere una enorme labor por vuestra parte; significa penetrar en lo interior, sin ningún sentimiento de querer o no querer. Si no podéis seguirlo seriamente, entonces limitaos a escuchar tranquilamente, oíd las palabras y olvidadlo. Pero si entráis en ello profundamente; las implicaciones son muy grandes, porque veréis, a medida que yo penetre en ello un poco más, que la libertad es necesaria. Cuando una mente está en conflicto, haciendo un esfuerzo, no hay libertad; y donde haya concentración y resistencia a la distracción tampoco habrá libertad. Pero si comprendemos lo que es la atención, entonces comenzaremos a darnos cuenta también que todo conflicto ha cesado, y por lo tanto hay la posibilidad de que la mente esté totalmente libre -no sólo la mente superficial, sino también la subconsciente, en la cual están ocultos los secretos pensamientos y deseos

Sabemos ahora lo que es la concentración. ¿Qué es, pues, la atención? Hago esa pregunta, y la reacción instintiva de cada uno de nosotros es hallar una respuesta, dar una explicación, definirla; y cuanto más hábil sea la definición, más satisfecho queda uno. No estoy dando una definición; estamos inquiriendo negativamente. Si lo hacéis con pensar positivo, entonces nunca encontraréis la belleza de la atención. Mas, si habéis comprendido lo que es el pensar negativo -que es no pensar en términos de reacción, que el cerebro no busque una respuesta-, entonces descubriréis lo que es la atención. Voy a ahondar en esto un poco.

La atención no es concentración; en ella no hay distracción; en la atención no hay conflicto, no se persigue un fin; por lo tanto, el cerebro está atento, lo que significa que no tiene fronteras; está quieto. La atención es un estado de la mente en que ha cesado todo conocimiento, y en el que sólo existe la indagación.

Ensayad alguna vez una cosa sencilla. Cuando salís a dar un paseo, estad atento. Entonces encontraréis que oís, que veis mucho más que cuando el cerebro está concentrado; porque la atención es un estado de 'no conocer', y por lo tanto de inquirir. El cerebro está inquiriendo sin ninguna causa, sin ningún motivo, cosa que

es investigación pura, la cualidad de la mente realmente científica. Puede tener conocimientos, pero ese conocimiento no estorba a la investigación. Por lo tanto, una mente atenta puede concentrarse; pero la concentración no es resistencia, exclusión. ¿Seguís esto alguno de vosotros?

Así, -para seguir adelante partiendo de esto- este estado de atención es el de una mente que no está atiborrada de información, conocimientos, experiencias; es un estado mental que vive en el 'no conocer'. Esto significa que el cerebro, la mente, ha descartado por completo toda influencia, toda norma, toda sanción; ha comprendido la autoridad, ha disuelto la ambición, la envidia, la codicia, y es totalmente opuesta a la sociedad y a toda moralidad. Ya no sigue a nada. Una mente así puede entonces proceder a inquirir.

Ahora bien, inquirir profundamente requiere silencio. Si quiero mirar esas montañas y escuchar el arroyo que corre por ahí, no sólo tiene que estar tranquilo el cerebro, sino que toda la mente, la consciente y la subconsciente, tiene también que estar en completa calma para percibir. Si el cerebro está parloteando, si la mente quiere asir, retener, entonces, no está viendo, no está atendiendo a la belleza del rumor de la corriente. Así que la indagación implica libertad y silencio.

Como es sabido, se han escrito libros sobre la manera de conseguir una mente tranquila por medio de la meditación y la concentración. Se han escrito volúmenes al respecto -y no es que yo haya leído ninguno de ellos. Han venido a mí personas que han hablado sobre esto. Adiestrar la mente para que esté en silencio es pura tontería. Si adiestráis la mente para que esté en silencio, entonces os halláis en un estado de decadencia, del mismo modo que todas las gentes que se ajustan por el temor, por la codicia, la envidia o la ambición son mentes muertas, embotadas, estúpidas. Una mente torpe, estúpida, puede estar en calma, pero seguirá siendo pequeña y mezquina, y nada nuevo puede nunca llegar a ella.

De modo que una mente atenta no tiene conflicto, y por lo tanto, es libre; y una mente así está en calma, en silencio. No sé si habéis llegado hasta ahí; si es así, sabréis que aquello de que estamos hablando es meditación.

En este proceso de autoconocimiento hallaréis que la mente silenciosa no es una mente muerta, que es extraordinariamente activa. No es la actividad de la realización, no es la actividad que agrega y que quita, la que va, viene y que llega a ser; porque ese estado intensamente activo ha surgido sin buscarlo en forma alguna, sin ningún esfuerzo; constantemente lo ha comprendido todo, todas las fases de su ser. No ha habido represión de ninguna clase ni, por lo tanto, temor, imitación, conformidad. Y si la mente no ha hecho todas estas cosas, no puede haber silencio.

Ahora bien, ¿qué ocurre después? Hasta ahora ha usado uno palabras para comunicar; pero la palabra no es la cosa. La palabra 'silencio' no es el silencio. Os ruego, pues, comprendáis esto: que para que el silencio exista, la mente tiene que estar libre de la palabra.

Pues bien, cuando la mente está realmente en calma, y de hecho es activa y libre y no está preocupada con la comunicación, la expresión, la realización, entonces hay creación. Esa creación no es una visión. Los cristianos tienen visiones de Cristo; y los hindúes tienen visiones de sus propios pequeños o grandes dioses. Reaccionan según su condicionamiento; proyectan sus visiones, y lo que ven nace de su trasfondo; lo que ven no es el lecho, sino que es proyectado por sus deseos, sus anhelos, sus esperanzas. Mas una mente que esté atenta y silenciosa no tiene visiones, porque se ha librado de todo condicionamiento. Por consiguiente, una mente así sabe lo que es la creación -siendo ésta enteramente diferente de la llamada creatividad del músico, del pintor, del poeta.

Entonces, si habéis llegado hasta ahí, veréis que hay un estado de mente que es sin tiempo y sin espacio y que, por lo tanto, ve o recibe aquello que no tiene medida; y lo que se ve y siente, y el estado de vivencia, son del momento, y no para ser acumulados.

Así pues, esa realidad que no se puede medir ni nombrar, que no tiene palabra alguna, surge solo cuando la mente está por completo libre y silenciosa, en un estado de creación El estado de creación no es precisamente alcohólico, estimulado; pero cuando uno ha comprendido y pasado por este autoconocimiento, y está libre de todas las reacciones de la envidia, de la ambición y la codicia, entonces veréis que la creación es siempre nueva y, por consiguiente, siempre destructiva. Y la creación nunca puede estar dentro del armazón de la sociedad, dentro del marco de una limitada individualidad. Por eso carece de sentido la individualidad limitada que busca la realidad. Y cuando existe esa creación, hay la destrucción completa de todo lo que tino ha acumulado. y por consiguiente existe siempre lo nuevos Y lo nuevo siempre es verdadero, inmensurable.

PREGUNTA: *¿Son lo mismo el estado de atención total el deseo sin motivo?*

KRISHNAMURTI: Señores, el deseo es una cosa muy extraordinaria, ¿no es cierto? Para nosotros, el deseo va acompañado de mucha tortura; conocemos el deseo como conflicto, y por eso le atribuimos esas

limitaciones. Y nuestros deseos son tan limitados, tan estrechos, tan mezquinos, tan mediocres: queremos un coche, queremos ser más bellos, queremos lograr ¡Mirad lo mezquino que es todo esto! No creo que exista un deseo sin ninguna tortura, sin ninguna esperanza ni desesperación. Lo hay, mas no puede ser comprendido mientras el deseo engendre conflicto. Pero cuando hay la comprensión total del deseo, de los motivos, de las torturas, las renunciaciones, la disciplina, los afanes por los que uno pasa, cuando todo eso es comprendido, disuelto de manera que desaparezca por completo, entonces acaso el deseo sea alguna otra cosa. Puede ser amor. Y el amor puede tener su expresión. El amor no tiene mañana, ni piensa en el pasado, lo que significa que el cerebro no actúa sobre el amor. No sé si alguna vez lo habéis observado: cómo el cerebro interfiere con el amor, cómo dice que tiene que ser respetable, lo divide en divino y pecaminoso, lo está siempre ajustando, sometiendo a control, guiando, haciéndolo adaptar a la norma de la sociedad o de su propia experiencia.

Pero existe un estado de afecto, de amor, en el cual el cerebro no interfiere; y quizá pueda encontrarse ese amor. Pero, ¿por qué comparar? ¿Por qué decir que es como eso o como aquello?

Mirad, señores, no sé si alguna vez habéis contemplado una gota de lluvia al caer del cielo. Esa gota única tiene la naturaleza de todos los ríos, de todos los océanos, de todos los arroyos, y del agua que bebéis. Pero esa gota única no está pensando que será el río: sencillamente cae, completa, total. Del mismo modo, cuando la mente ha pasado por todo este autoconocimiento, es completo. En ese estado no hay comparación. Lo que es creación no es comparativo; y, como es destructivo, no hay nada de lo viejo dentro de él.

De modo que, no verbal ni intelectualmente, sino de hecho tiene uno que pasar por este proceso de conocimiento propio, desde ahora y eternamente, porque no hay terminación para el conocimiento propio. Y no teniendo fin no tiene comienzo, y por lo tanto es ahora.

Hay otra cosa de la que quisiera hablar, y es: por qué quiere uno adorar. Como sabéis, todos queremos adorar un símbolo, un Cristo, un Buda. ¿Por qué? Puedo daros muchas explicaciones: queréis identificaros con algo que sea más grande; queréis ofreceros a algo que creéis es verdadero; queréis estar en la presencia de algo sagrado, etc. Pero una mente que adora es una mente moribunda, que decae. Tanto si adoráis al héroe que va a la Luna, al héroe del pasado o del presente, o al que está sentado en el estrado, todo es lo mismo. Si adoráis, entonces la creación no puede surgir, nunca se os acercará. Y una mente que no conoce ese extraordinario estado está sufriendo perpetuamente. De modo que, cuando uno, ha comprendido este problema de la adoración, entonces este muere y se desprende como cae una hoja en el otoño. Entonces la mente puede seguir adelante sin barrera alguna.

8 de agosto de 1961

XX

HABLÁBAMOS ayer sobre la manera de meditar, y cómo, si hay libertad, la mente puede ahondar mucho en sí misma. Y quisiera esta mañana, si es posible, considerar varias cosas: en primer lugar, el temor, y después el tiempo y la muerte. Creo que están relacionadas entre sí y que, sin comprender uno, no es posible en modo alguno que comprendamos los otros. Sin comprender todo el proceso del temor, no podremos percibir lo que es el tiempo; y en el proceso de comprender el tiempo, podremos penetrar en esta extraordinaria cuestión de la muerte. La muerte tiene que ser un hecho muy extraño. Tal como es la vida, con su abundancia, su riqueza, sus variedades, su plenitud, así tiene que ser la muerte. Por cierto, la muerte debe traer consigo novedad, frescura, inocencia. Mas, para comprender esa vasta cuestión, es evidente que la mente ha de estar libre de miedo.

Cada uno de nosotros tiene muchos problemas, no solamente externos sino también internos, y estos pesan más que aquellos. Si comprendemos los problemas internos, si penetramos en ellos profundamente, entonces los exteriores se tornan muy sencillos y claros. Pero el problema exterior no es diferente del problema interior. Es el mismo movimiento, como la marea oceánica que va y vuelve de nuevo. Y si sólo seguimos el movimiento hacia fuera y nos quedamos ahí, no podremos comprender el movimiento hacia dentro de esa marea; ni comprenderemos el movimiento interno si meramente eludimos, si abandonamos la comprensión de lo externo. Es el mismo movimiento, que llamamos exterior e interior.

La mayoría de nosotros estamos preparados para ver la marea exterior, el movimiento que va hacia fuera; y en esa dirección los problemas aumentan cada vez mas. Y sin comprender esos problemas, no es posible el movimiento interno, la mirada hacia dentro.

Desgraciadamente, tenemos a la vez problemas externos: sociales, económicos, políticos, religiosos, y también los internos, sobre lo que hay que hacer, cómo comportarse, cómo responder a los diversos retos de la

vida. Parece que, sea lo que fuere que toquemos, en lo externo o en lo interno, se producen más problemas, más desdichas, más confusión. Creo que es bastante claro para la mayoría de los que vigilarnos, observamos, vivimos, que cualquier cosa que toquemos con las manos, las mentes o los corazones, aumenta nuestros problemas: hay mayor miseria, mayor confusión. Y creo qué todos nuestros problemas pueden comprenderse cuando comprendemos el temor.

No estoy usando esa palabra, 'comprender', en forma intelectual ni verbal, sino que hablo de ese estado de comprensión que surge cuando percibimos, cuando vemos el hecho, no sólo visualmente, sino en lo interno. Ver el hecho implica un estado en que no hay justificación ni condenación, sino sólo una observación, el ver una cosa sin interpretación. Porque toda interpretación falsea. La comprensión es instantánea cuando no hay justificación, condenación ni interpretación.

Para la mayoría de nosotros esto es difícil, porque creemos que la comprensión es cuestión de tiempo, cuestión de comparar, de acumular más información, mas conocimiento. Pero la comprensión no requiere ninguna de esas cosas. Requiere sólo esto: la percepción directa, el ver recto, sin ninguna interpretación ni comparación. De modo que, sin comprender el temor, se acrecientan invariablemente nuestros problemas.

Ahora bien, ¿qué es el temor? Cada cual tiene su propia serie de temores. Puede uno tener miedo de la oscuridad, miedo de la opinión pública, de la muerte, de no tener éxito en la vida; miedo de la frustración, de no poder realizar, da no tener capacidad, de sentirse inferior. A cada giro de la mente, existe el temor; cada susurro del pensamiento, consciente o inconscientemente crea esa cosa terrible llamada el temor.

¿Qué es, pues, el temor? Y os ruego que os hagáis esta pregunta a vosotros mismos. ¿Es algo aislado, separado, sin relación, o está siempre relacionado con algo? Espero que comprenderéis lo que quiero decir, porque no estamos haciendo psicoanálisis. Tratamos de descubrir si es posible liberar por completo a la mente del temor, no poco a poco, sino entera y completamente. Y, para descubrir eso, tenemos que averiguar qué es el temor, cómo surge; y para descubrir a su vez esto, tenemos que inquirir sobre el pensamiento, no sólo el pensar consciente, sino también el inconsciente, las profundas capas de nuestro propio ser. Por cierto, el indagar en lo inconsciente no es un proceso de análisis; porque, cuando analizáis u otro analiza, siempre está el observador, el analista que analiza, y por lo tanto hay división, disimilitud, y por eso hay conflicto.

Quiero descubrir cómo surge el temor. No sé si nos damos cuenta de nuestros propios temores, y de cómo Bordamos cuenta de ellos. ¿Somos conscientes meramente de una palabra, o es que estamos en contacto directamente con lo que causa el temor? ¿Es fragmentaria la cosa que produce el temor? ¿O es una cosa total, que tiene diversas expresiones de temor? Yo puedo temer la muerte; vosotros podéis temer a vuestro vecino, a la opinión pública; otro puede temer ser dominado por la esposa, o ella por el marido; pero la causa tiene que ser una sola. Por cierto, no hay varias causas distintas que produzcan diversos tipos de temor. Y ¿librará a la mente del temor el descubrir la causa de este? Saber, por ejemplo, que tengo miedo de la opinión pública, ¿libra eso del miedo a la mente? El descubrimiento de la causa del temor no nos libera del temor.

Por favor, comprended esto un poquito; no tenemos tiempo de entrar en ello con gran detalle, porque esta mañana tenemos que abarcar un vasto campo.

El conocer la causa, o las innumerables causas que engendran temor, ¿vaciará eso la mente de temor? ¿O es que hace falta algún otro elemento?

Al indagar sobre lo que es el temor, no sólo tiene uno que darse cuenta de las reacciones externas, sino también de lo inconsciente. Utilizo esa palabra, 'inconsciente', de una manera muy sencilla, no filosófica, psicológica ni analítica. Lo inconsciente son los motivos ocultos, los pensamientos sutiles, los secretos deseos, las compulsiones, impulsos, exigencias. Pero ¿cómo examina u observa uno lo inconsciente? Es bastante sencillo observar lo consciente a través de sus reacciones de agrado y desagrado, pena y placer; pero ¿cómo investiga uno lo inconsciente, sin la ayuda de otro? Porque si tenéis la ayuda de otro, ese otro puede tener prejuicios, estar limitado, de modo que él falsea lo que interpreta. Así pues, ¿cómo va uno a examinar esta cosa enorme llamada la mente oculta, sin interpretación; mirarla, observarla, abarcarla totalmente, y no por partes? Porque si la examináis por partes, cada examen deja su propia marca, y con esa marca examináis la parte siguiente, produciendo así aún mayor distorsión. Por consiguiente, no hay ninguna claridad mediante el análisis. Me pregunto si captáis aquello de que estoy hablando.

Podemos ver, seguramente, que el descubrimiento de la causa del temor no libera a la mente del tensor, y que tampoco el análisis nos libera de él. Tiene que haber una total comprensión, una completa revelación de la totalidad de lo inconsciente; y ¿cómo se pone uno a ello? ¿Veis el problema?

Seguramente, lo inconsciente no puede examinarse a través de la mente consciente. La mente consciente es una cosa reciente -reciente en el sentido de que ha sido condicionada para ajustarse al medio ambiente; ha sido recientemente moldeada por la educación para adquirir ciertas técnicas con el fin de vivir, de lograr ganarse la vida; ha cultivado recuerdos y puede hacer, por lo tanto, una vida superficial en una sociedad

intrínsecamente corrupta y estúpida. La mente consciente puede ajustarse, y su función es hacerlo. Y cuando no es capaz de ajustarse al ambiente, hay una neurosis, un estado de contradicción, etc. Pero la mente educada, reciente, no puede en modo alguno inquirir en lo inconsciente, que es viejo, que es el residuo del tiempo, de todas las experiencias raciales. Lo inconsciente es el repositorio del infinito conocimiento de las cosas que han sido. Así pues, ¿cómo va a examinarlo la mente consciente? No lo puede, por estar tan condicionada, tan limitada por el conocimiento reciente, por los recientes incidentes, experiencias, lecciones, ambiciones y ajustes. Esta mente consciente no puede en manera alguna ver lo inconsciente, y creo que esto es bastante fácil de comprender. Por favor, esto no es cuestión de asentir o disentir; si empezamos con eso de 'tenéis razón' o 'estáis muy equivocado', entonces eso carecerá de sentido, estaremos perdidos. Si ve uno inmediatamente el significado de esto, entonces no hay asentimiento ni disentimiento, porque está uno indagando.

Ahora bien, ¿qué es necesario -si ha de examinar uno lo inconsciente- para sacar todo el residuo, para limpiar el inconsciente totalmente, de manera que él no cree todas las contradicciones que engendran conflicto? ¿Cómo va uno a proceder para indagar en lo inconsciente, sabiendo que una mente instruida no es capaz de examinarlo, ni tampoco el analista, cuyo examen es fragmentario? ¿Cómo va uno a examinar esta mente extraordinaria que tiene tan vastos tesoros, que es el depósito de las experiencias, de las influencias raciales y climáticas, de la tradición, de las incesantes impresiones? ¿Cómo va uno a sacar todo ello a luz? ¿Lo sacaréis fragmentariamente, o ha de extirparse totalmente? Si no comprendéis el problema, entonces carece de sentido seguir inquiriendo. Lo que digo es que si lo inconsciente ha de examinarse por partes, entonces eso no tiene fin, porque el hecho mismo de examinar e interpretar fragmentariamente refuerza las capas de la mente oculta. Hay que examinarlo como un cuadro completo. Por cierto, el amor no es fragmentario; no puede dividirse en divino y profano, ni ponerse en diversas categorías de respetabilidad. El amor es algo total, y una mente que divide el amor, jamás puede saber lo que él es. Para sentir, para comprender el amor, es preciso no abordarlo fragmentariamente.

De modo que si eso está realmente claro -que la totalidad no puede ser comprendida a través de las partes-, entonces se sabrá producido un cambio, ¿no es verdad? No sé si veis lo que quiero decir.

Ahora bien, la mente inconsciente debe ser abordada negativamente, porque no sabéis qué es. Sabemos lo que otras personas han dicho sobre ella, y ocasionalmente sabemos de ella a través de las intimaciones, las insinuaciones. Pero no conocemos todas sus vueltas y revueltas, la extraordinaria calidad de lo inconsciente, todas las raíces. Por tanto, para comprender algo que no conocemos, tiene uno que abordarlo negativamente, con una mente que no esté buscando una respuesta.

El otro día hablamos sobre el pensar positivo y el pensar negativo. Dije que el pensar negativo es la más elevada forma de pensar; y que todo pensar, tanto positivo como negativo, es limitado. El pensar positivo nunca es libre; pero el negativo puede serlo. Por lo tanto, la mente negativa, mirando a lo inconsciente, que no conoce, está en relación directa con él.

Mirad, esto no es alguna cosa extraña, un nuevo culto, una nueva manera de pensar; todo eso es falto de madurez, infantil. Mas cuando uno quiere descubrir por sí mismo con respecto al temor, y librarse totalmente de él, no en partes sino por completo, entonces tiene que indagar las profundidades de la propia mente. Y esa indagación no es un proceso positivo. No hay instrumento alguno que la mente pueda crear o fabricar para excavar. Todo lo que la mente superficial puede hacer es estar quieta, dejar de lado voluntariamente, con facilidad, todo su conocimiento, sus capacidades, sus dones, ser independiente de todas sus técnicas. Cuando hace eso, se encuentra en un estado negativo. Para hacerlo, tiene uno que comprender el pensamiento.

¿No engendra temor el pensamiento, la totalidad del pensamiento, y no simplemente uno o dos pensamientos? Si no hubiera ningún mañana, o el próximo minuto ¿habría temor? Morir para el pensamiento es la terminación del temor. Y toda conciencia es pensamiento.

Llegamos, pues, a lo que se llama el tiempo. ¿Qué es el tiempo? ¿Existe el tiempo? Hay tiempo según el reloj, y nosotros creemos que hay también tiempo interno, psicológico. ¿Pero hay tiempo aparte del tiempo cronológico? Es el pensamiento que crea el tiempo; porque el pensamiento mismo es producto del tiempo, de muchos ayeres: 'He sido aquello, soy esto, y seré eso'. Para ir a la Luna, hace falta tiempo; toma muchos días, muchos meses, construir el cohete; y también requiere tiempo adquirir el conocimiento sobre la manera de construirlo. Pero todo eso es tiempo mecánico, tiempo medido por el reloj. El ir a la Luna implica distancia, y la distancia está también dentro del campo del tiempo, dentro del campo de las horas, los días, los meses; pero fuera de este tiempo ¿existe acaso el tiempo? Seguramente, es el pensamiento que ha creado el tiempo. Existe el pensamiento: tengo que volverme más inteligente, tengo que descubrir cómo competir, tengo que tratar de alcanzar éxito; ¿cómo voy a ser respetable, cómo voy a subyugar mis ambiciones, mi cólera, mis brutalidades? Y este incesante proceso del pensar, que forma parte del cerebro mecánico, engendra el tiempo. Pero ¿existe

el tiempo si cesa el pensamiento? ¿Seguís esto? Si el pensamiento cesa, ¿hay temor? Digamos que temo la opinión pública -lo que la gente diga sobre mí, lo que piensen de mí. Ese pensar acerca de ello engendra temor. Si no hubiera pensamiento, no me importaría un bledo la opinión pública, y por lo tanto no habría temor. Empiezo, pues, a descubrir que el pensamiento crea temor, que el pensamiento es el resultado del tiempo. Y el pensamiento, que es el resultado de muchos ayeres, modificado por todas las experiencias del presente, crea el futuro, que sigue siendo pensamiento.

De modo que todo el contenido de la conciencia es un proceso de pensamiento; por consiguiente está confinado dentro del tiempo. Espero que estéis siguiendo todo esto.

Ahora bien, ¿puede la mente estar libre del tiempo? No digo estar libre del tiempo cronológico -eso sería estar loco, ser mentalmente desequilibrado. Hablo del tiempo como logro, como éxito, ser algo mañana, llegar o no llegar a ser; como realización y frustración, el desprenderse de alguna cosa y adquirir otra. Lo cual significa que la cuestión es: ¿puede el pensamiento -que es la totalidad de la conciencia, lo revelado y lo no revelado- morir por completo, dejar de ser? Cuando ello ocurra, habréis comprendido la totalidad de la conciencia.

Así pues, morir para el pensamiento -para el pensamiento que conoce placeres, que sufre, para el pensamiento que conoció la virtud, la relación personal, que había llegado a ser y se había expresado de varios modos, siempre dentro del campo del tiempo-, es ciertamente, muerte total. No hablo de la muerte mecánica, orgánica, corporal. Los médicos pueden acaso inventar alguna droga que haga posible la continuación de la existencia orgánica durante 150 ó 200 años. ¡Dios sabe para qué! Pero esto no hace al caso. Lo que importa es el morir en el cual no hay temor.

¿Puede, pues, la mente morir para todo lo que ha conocido, para el pasado -ya que eso es la muerte? Eso es lo que nos amedrenta a todos: la muerte, la cesación repentina, en la que no hay argumentación. No podéis argüir con la muerte: es el fin. Y cesar significa morir para el pensamiento, y por lo tanto para el tiempo.

No sé si habéis acaso experimentado con esto. Es bastante fácil morir para el sufrimiento; todos quieren eso. Pero ¿no es posible morir para los placeres, para las cosas que habéis acariciado, los recuerdos que os dan estímulo, que os dan un sentimiento de bienestar, morir para todo aquello que está dentro del tiempo? Si habéis intentado, si lo habéis hecho, entonces veréis que la muerte tiene un sentido por completo distinto de la muerte por decadencia.

Como sabéis, no morimos para todo ello; en vez de esto, de momento a momento decaemos, nos corrompemos, nos deterioramos, nos consumimos. Morir implica no tener continuidad de pensamiento. Podéis decir: 'eso es muy difícil de hacer, y, si uno lo ha hecho, ¿para qué sirve?' No es difícil, pero requiere enorme energía. Requiere una mente que sea joven, fresca, sin miedo, y, por lo tanto, libre del tiempo. Y ¿qué valor tiene esto? Acaso ningún valor utilitario; morir para el pensamiento y por tanto para el tiempo significa descubrir la creación -creación que es destruir y crearlo todo de nuevo; a cada instante. En eso no hay deterioro, no hay un consumirse. Es sólo el pensamiento el que se marchita, -el pensamiento que crea el centro del 'yo' y del 'no yo'- sólo eso es lo que conoce decadencia.

Así pues, morir para todo lo que la mente ha acumulado, reunido, experimentado, cesar en el instante, es creación, en la que no hay continuidad. Lo que tiene continuidad está siempre decayendo. No sé si habéis observado este perpetuo anhelo de continuidad, que tenemos la mayoría de nosotros, el deseo de que tenga continuidad una relación particular entre el marido y la esposa, el padre y el hijo, y todo lo demás. La relación, cuando es continua, es decadente, muerta, sin valor. Pero cuando uno muere para la continuidad hay algo nuevo, una frescura.

De modo que la mente puede experimentar de manera directa lo que es la muerte, cosa que es muy extraordinaria. La mayoría de nosotros no sabemos lo que es el vivir; y por eso no conocemos el morir. ¿Sabemos lo que es el vivir? Sabemos lo que es luchar, lo que es la envidia, conocemos las brutalidades de la existencia, la vulgaridad de todo eso, los odios, las ambiciones, las corrupciones, los conflictos. Todo eso es lo que nosotros conocemos; esa es nuestra vida. Pero no conocemos la muerte, y por eso ella nos espanta. Tal vez si supiéramos lo que es el vivir, sabríamos también lo que es morir. Vivir es ciertamente un movimiento atemporal, en el cual la mente ya no está acumulando. Desde el momento en que hayáis acumulado, ya estaréis en un estado de decadencia. Porque tanto si se trata de una vasta experiencia, o de una pequeña experiencia, alrededor de ella construís el muro de la seguridad.

Así, saber qué es el vivir, significa morir a cada minuto para las cosas que uno ha adquirido, las satisfacciones intimas, los dolores internos; no en el proceso del tiempo, sino morir para ello a medida que surge. Entonces hallareis, si habéis llegado hasta ahí, que la muerte es como la vida. Entonces el vivir no está separado del morir, y eso da un extraordinario sentido de belleza. Esa belleza está más allá del pensamiento y del sentimiento; y no puede ser concebida y utilizada para pintar un cuadro, para escribir un poema o tocar un

instrumento. No tiene aplicación. Hay una belleza que surge cuando la vida y la muerte son lo mismo, cuando vivir y morir son sinónimos; porque entonces la vida y la muerte dejan la mente completamente rica, total, íntegra

INTERLOCUTOR: *¿Podernos hacer preguntas sobre esto?*

KRISHNAMURTI: Parece que unos pocos están tan listos para preguntar, que no sé si habréis escuchado al que habla. ¿Estabais escuchando, o estabais ocupados en formular vuestras preguntas? ¿Comprendéis? Ya estabais formulando vuestras preguntas y por consiguiente no escuchabais. Por favor, no es que sea rudo, creedme. Sólo lo señalo. Si uno hubiera escuchado esta plática, sus preguntas estarían contestadas.

INTERLOCUTOR: *Por la exploración del temor; ¿no habrá peligro de desorden mental?*

KRISHNAMURTI: ¿Podría haber un peligro de desorden mental mayor que el que hay en la mentalidad en que estamos viviendo ahora? ¿No estamos todos, si me perdonáis que lo señale, un poquito desequilibrados mentalmente? No estoy siendo rudo; no es mi intención o pensamiento el juzgaros. Pero existe esta extraordinaria preocupación sobre el peligro acrecentado de enfermedad mental. ¿Sabéis qué es lo que nos hace enfermar? No es la investigación sobre el temor. Las guerras, el comunismo, el fanatismo religioso, la ambición, la competencia, el esnobismo, estas cosas son los indicios de una persona mentalmente enferma. Ciertamente, la indagación sobre el temor y el liberar de él por completo a la mente es de la más alta cordura. La pregunta indica ¿no es así, señores? que creemos que la actual sociedad es una cosa maravillosa. Probablemente aquellos de entre nosotros que tengan una buena cuenta bancaria y estén cómodos, creerán que las cosas van muy bien, y no querrán que se les moleste. Pero la vida es una cosa muy perturbadora, algo muy destructivo; y es de eso que tenemos miedo. No estamos interesados en el vivir, en estar libres de miedo; sino que queremos encontrar un rincón donde estemos seguros y cómodos, y que se nos deje en paz para vegetar. Señor, esto no es retórica; ese es nuestro deseo intimo, secreto. Buscamos esta seguridad en todas las relaciones. ¡Qué celos y que envidia hay en las relaciones! ¡Qué odio cuando la esposa se separa del marido, o el marido se va con otra! ¡Cómo buscamos la aprobación de la sociedad y la bendición de la iglesia! Por cierto, son todas estas muchas cosas las que traen deterioro, la destrucción de la cordura.

INTERLOCUTOR: *Estas cosas son completamente nuevas para nosotros, y creo que tenemos que continuar con ellas.*

KRISHNAMURTI: Señor, no podéis continuar con ellas. Si continuáis con ellas, serán meras ideas, y las ideas no van a crear nada nuevo. He estado hablando sobre la destrucción total de las cosas que la mente ha construido íntimamente. No podéis continuar con la destrucción; si lo hacéis, será simplemente construcción, edificar de nuevo aquello que tiene que ser destruido.

Necesitamos una mente nueva, fresca, un nuevo corazón, una mente inocente, joven, decisiva; y para tener una mente así, tiene que haber destrucción; tiene que haber una creación que siempre es nueva.

10 de agosto de 1961

XXI

ESTA es la última plática de esta reunión. Durante estas pláticas hemos abarcado muchísimas cuestiones, y creo que esta mañana deberíamos considerar qué es una mente religiosa. Quisiera profundizarlo bastante, porque creo que sólo una mente así puede resolver todos nuestros problemas, no sólo los problemas políticos y económicos, sino los mucho más fundamentales de la existencia humana. Antes de entrar en esto, creo que debemos repetir lo que ya hemos dicho: que una mente seria es la que está dispuesta a ir a la raíz misma de las cosas y descubrir lo que es verdad y lo que es falo en ellas; que no se detenga a medio camino y no se deje distraer por ninguna otra consideración. Espero que esta reunión haya demostrado suficientemente que hay al menos unos pocos bastante capaces y serios para hacer esto.

Creo que todos estamos muy familiarizados con la actual situación del mundo, y no necesitamos que se nos diga de los regaños, la corrupción, las desigualdades sociales y económicas, la amenaza de guerras, la constante amenaza de Oriente contra Occidente, etc. Para comprender toda esta confusión y producir claridad,

me parece que tiene que haber un cambio radical en la mente misma, y no sólo reformas de remiendos o un mero ajuste. Para pasar a través de toda esta confusión, que no está sólo fuera de nosotros, sino también dentro, para contender con todas las crecientes tensiones y exigencias, uno necesita una revolución radical en la psiquis misma, necesita tener una mente enteramente distinta.

Para mí, revolución es sinónimo de religión. Con la palabra 'revolución' no me refiero a los cambios económicos o sociales inmediatos, sino que quiero decir una revolución en la conciencia misma. Todas las demás formas de revolución, sea comunista, capitalista o lo que queráis, son sólo reaccionarias. Una revolución en la mente, que significa la destrucción completa de lo que ha sido, de modo que la mente sea capaz de ver lo que es verdad sin distorsión, sin ilusión, esa es la vía de la religión. Creo que la mente real y verdaderamente religiosa existe, puede existir. Creo que, si uno lo profundiza, puede descubrirlo por sí mismo. Una mente en verdad religiosa es la que ha derribado, destruido todas las barreras, todas las mentiras que le han impuesto la sociedad, la religión, el dogma, la creencia, y que ha ido más allá para descubrir lo que es verdad.

Entremos, pues, ante todo en la cuestión de la experiencia. Nuestros cerebros son el resultado de la experiencia de siglos; el cerebro es el depósito de la memoria. Sin esa memoria, sin la experiencia y el conocimiento acumulados, no podríamos funcionar en absoluto como seres humanos. La experiencia, la memoria, es evidentemente necesaria en un cierto nivel. Pero creo que es también bastante obvio que toda experiencia basada en el condicionamiento del conocimiento, de la memoria, tiene que ser limitada, y por lo tanto la experiencia no es un factor de liberación. No sé si habréis siquiera llegado a pensar en esto.

Toda experiencia está condicionada por la experiencia pasada. No hay pues experiencia que sea nueva; siempre está ella coloreada por el pasado. En el proceso mismo de experimentar, existe la distorsión que surge del pasado, siendo el pasado el conocimiento, la memoria, las diversas experiencias acumuladas, no sólo del individuo, sino también de la raza, de la comunidad. Ahora bien, ¿es posible negar toda esa experiencia?

No sé si habéis indagado la cuestión de la negación, qué significa negar algo. Significa la capacidad de negar la autoridad del conocimiento, negar la autoridad de la experiencia, de la memoria, de los sacerdotes, de la iglesia, todo lo que ha sido impuesto sobre la psiquis. Sólo hay dos medios de negación para la mayoría de nosotros: por el conocimiento o por la reacción. Negáis la autoridad del sacerdote, de la iglesia, de la palabra escrita, del libro, ya sea porque habéis estudiado, indagado, acumulado otros conocimientos, o bien porque no os gusta y reaccionáis contra ello. Sin embargo, la verdadera negación implica ¿no es así? que negáis sin saber lo que va a pasar, sin ninguna futura esperanza. Decir, 'no sé lo que es verdad, pero esto es falso' es, por cierto, la única negación verdaderas porque esa negación no parte del conocimiento calculado, no parte de la reacción. Después de todo, si sabéis a lo que os conduce vuestra negación, entonces es meramente un intercambio, una cosa del mercado; y, por lo tanto, no tiene nada de verdadera negación.

Creo que uno tiene que comprender esto un poco para penetrar en ello bastante profundamente, porque quiero descubrir, mediante la negación, qué es la mente religiosa. Me parece que por la negación puede uno descubrir lo que es verdadero. No podéis descubrir lo que es verdadero por la afirmación. Tenéis que dejar la pizarra completamente limpia de lo conocido antes de poder descubrir.

Vamos, pues, a averiguar qué es la mente religiosa mediante la denegación, es decir, por la negación, por el pensar negativo. Y es obvio que no hay indagación negativa si la negación se basa en el conocimiento, en la reacción. Espero que esto sea bastante claro. Si niego la autoridad del sacerdote, del libro, de la tradición, porque no me gusta, esa no es más que una reacción, porque entonces sustituyo lo que he negado por alguna otra cosa; y si niego porque tengo suficientes conocimientos, hechos, información, etc., entonces mi conocimiento se convierte en mi refugio. Pero hay una negación que no es resultado de la reacción ni del conocimiento, sino que viene de la observación, de ver una cosa como es, lo que de hecho ella es; y esa es verdadera negación, porque deja la mente limpia de todas las suposiciones, de todas las ilusiones, autoridades, deseos.

¿Es, pues, posible negar la autoridad? No me refiero a la autoridad del policía, de la ley del país, y todo eso; eso es tonto, falto de madurez, y nos llevaría a la cárcel; sino que me refiero a la negación de la autoridad impuesta profundamente por la sociedad sobre la psiquis, sobre la conciencia; negar la autoridad de toda experiencia, de todo conocimiento, de manera que la mente se halle en un estado de no saber lo que será, sino sólo saber lo que no es verdadero.

Sabréis, si habéis seguido esto hasta aquí, que ello os da un asombroso sentido de integración, de no estar desgarrado entre conflictivos y contradictorios deseos; ver lo que es verdadero, lo que es falso, o ver lo verdadero en lo falso, os da un sentido de real percepción, de claridad. Habiendo destruido todas las seguridades, los temores, las ambiciones, vanidades, visiones, propósitos, todo, la mente se encuentra entonces en un estado de completa soledad, libre de influencias.

Ciertamente, para descubrir la realidad, para hallar a Dios o como queráis llamarlo, la mente ha de estar sola, no influenciada, porque una mente así es entonces pura, y una mente pura puede seguir adelante. Cuando hay completa destrucción de todas las cosas que ha creado dentro de sí como seguridad, como esperanza y como resistencia contra la esperanza -lo que es desesperación-, etc., entonces viene ciertamente un estado libre de temor, en el que no hay muerte. Una mente que esta sola, vive por completo, y en ese vivir hay un morir a cada minuto; y por lo tanto, para esa mente no hay muerte. Es realmente extraordinario si habéis penetrado en esto; descubrís por vosotros mismos que no existe eso de la muerte; sólo hay ese estado de pura austeridad de la mente que está sola.

Esta soledad no es aislamiento, no es encerrarse en alguna torre de marfil; no es el sentirse solo. Todo eso ha sido dejado atrás, olvidado, disipado y destruido. Una mente así conoce, pues, lo que es destrucción; y tenemos que conocer la destrucción, porque de lo contrario no podremos hallar nada nuevo. Y ¡cómo nos espanta destruir todas las cosas que hemos acumulado!

Hay un proverbio sánscrito que dice: 'Las ideas son las hijas de mujeres estériles'. Y creo que la mayoría de nosotros se satisface con ideas. Podéis considerar las pláticas que hemos tenido como un intercambio de ideas, como un proceso de aceptar nuevas ideas y desechar las viejas, o como un proceso de negar ideas nuevas y aferrarse a las antiguas. No estamos ocupándonos en absoluto de ideas. Tratamos de hechos; y cuando a uno le interesan los hechos, no hay ajuste; o lo aceptáis o lo rechazáis. Podéis decir: 'no me gustan esas ideas, prefiero las antiguas, voy a vivir a mi manera'; o bien podéis marchar con el hecho. No podéis comprometeros, no podéis ajustaros; la destrucción no es ajuste. El ajustarse, el decir: 'tengo que ser menos ambicioso, no tan envidioso', no es destrucción. Y, ciertamente, tiene uno que ver la verdad de que la ambición, la envidia, es fea, estúpida, y tiene uno que destruir todos esos absurdos. El amor nunca se ajusta. Es sólo el deseo, el miedo, la esperanza, los que se ajustan. Es por eso que el amor es cosa tan destructora, porque rehusa adaptarse o conformarse a una norma.

Empezamos, pues, a descubrir que cuando hay destrucción de toda la autoridad que, en su deseo de estar seguro interiormente, el hombre ha creado por sí mismo, entonces hay creación. La destrucción es creación.

Entonces, si habéis abandonado las ideas, y no os estáis ajustando a vuestra propia norma de existencia, o a una nueva norma que a vuestro juicio está creando el que habla -si habéis llegado hasta ahí- hallaréis que el cerebro puede y tiene que funcionar sólo con respecto a las cosas exteriores, responder sólo a las demandas exteriores; por lo tanto, el cerebro se aquieta por completo. Esto significa que la autoridad de sus experiencias ha terminado, y por lo tanto no puede ya crear ilusión. Y para descubrir lo que es verdad es esencial que cese el poder de crear ilusión en cualquier forma. Y el poder de crear ilusión es el poder del deseo, el poder de la ambición, de querer ser esto y no querer ser aquello.

Así, el cerebro tiene que funcionar en este mundo con la razón, con cordura, con claridad; pero interiormente ha de estar completamente en calma.

Nos dicen los biólogos que el cerebro ha tardado millones de años en llegar a su actual etapa de desarrollo, y que seguirá desarrollándose por millones de años. Ahora bien, la mente religiosa no depende del tiempo para su desarrollo. Desearía que pudierais seguir esto. Lo que quiero significar es que cuando el cerebro -que debe funcionar respondiendo a la existencia exterior- se vuelve tranquilo interiormente, entonces ya no existe el mecanismo de la acumulación de experiencia y conocimiento, y, por lo tanto, interiormente está completamente quieto, pero lleno de vida, y entonces puede saltar los millones de años.

Para la mente religiosa, pues, no hay tiempo. El tiempo sólo existe en ese estado de una continuidad que se mueve hacia otra continuidad y realización. Cuando la mente religiosa ha destruido la autoridad del pasado, las tradiciones, los valores impuestos sobre ella, entonces es capaz de estar sin tiempo. Entonces está por completo desarrollada. Porque, después de todo, cuando habéis negado el tiempo habéis negado también todo desarrollo a través del tiempo y del espacio. Mirad, esto no es una idea; no es una cosa para jugar con ella. Si habéis pasado por esto, sabéis lo que es, os halláis en ese estado; pero si no habéis pasado por ello, entonces no podéis simplemente recoger estas ideas y jugar con ellas.

Veis, pues, que destrucción es creación; y en la creación no hay tiempo. La creación es ese estado en que el cerebro, habiendo destruido todo el pasado, está completamente quieto, y por lo tanto en ese estado en que no hay tiempo ni espacio en que crecer, expresar, devenir. Y ese estado de creación, no es la creación de las pocas personas dotadas: los pintores, los músicos, escritores, arquitectos. Sólo la mente religiosa es la que puede hallarse en un estado de creación. Y la mente religiosa no es la que pertenece a alguna iglesia, alguna creencia, algún dogma: esto sólo condiciona la mente. Ir a la iglesia todas las mañanas y adorar esto o aquello no os convierte en una persona religiosa, aunque la sociedad respetable pueda aceptaros como tal. Lo que hace religiosa a una persona es la destrucción total de lo conocido.

En esta creación hay un sentido de belleza; una belleza no compuesta por el hombre; una belleza que está más allá del pensamiento y del sentimiento. Después de todo, pensamiento y sentimiento no son más que reacciones; y la belleza no es una reacción. Una mente religiosa tiene esa belleza -que no es la mera apreciación de la naturaleza, de las encantadoras montañas y del rumoroso arroyo, sino un sentido de belleza del todo diferente-, y con ella va el amor. No creo que podáis separar la belleza y el amor. Ya sabéis, para la mayoría de nosotros, el amor es una cosa penosa, porque con él siempre vienen los celos, el odio y los instintos posesivos. Pero este amor de que hablamos es el estado de la llama sin el humo.

A sí, la mente religiosa conoce esta destrucción completa, total, y lo que significa hallarse en un estado de creación -el cual no es comunicable. Y con él existe el sentido de belleza y amor, que son indivisibles. El amor no puede dividirse en divino y físico. Es amor. Y con él va naturalmente -no es necesario decirlo- un sentido de pasión. No puede uno llegar muy lejos sin pasión, siendo la pasión intensidad. No es la intensidad de querer cambiar algo, de querer hacer algo, la intensidad que tiene una causa, de modo que cuando elimináis la causa desaparece la intensidad. No es un estado de entusiasmo. La belleza sólo puede existir cuando hay una pasión que es austera; y la mente religiosa, hallándose en este estado, tiene una peculiar cualidad de fuerza.

Como sabéis, para nosotros la fuerza es resultado de la voluntad, de muchos deseos entretejidos en la trama de la voluntad. Y esa voluntad es, en la mayoría de nosotros, una resistencia. El proceso de resistir algo o de perseguir un resultado desarrolla la voluntad, y esa voluntad suele llamarse fuerza. Pero la fuerza de que hablamos no tiene nada que ver con la voluntad; es una fuerza sin causa. No puede ser utilizada, pero sin ella nada puede existir.

De modo que, si uno ha ido así profundamente descubriendo por sí mismo, entonces existe la mente religiosa; y ella no pertenece a ningún individuo. Es la mente, la mente religiosa, aparte de todos los esfuerzos humanos, demandas, afanes individuales, compulsiones, etc. Hemos estado describiendo sólo la totalidad de la mente, que puede parecer dividida por el uso de palabras diferentes; mas es una cosa total, en la cual todo esto está contenido. Por consiguiente, una mente religiosa semejante puede recibir aquello que no es medible por el cerebro. Eso es innombrable; no puede contenerlo ningún templo, ningún sacerdote, ninguna iglesia, ningún dogma. Es mente en verdad religiosa la que niega todo eso y vive en aquel estado.

PREGUNTA: *¿Puede adquirirse la mente religiosa por la meditación?*

KRISHNAMURTI: Lo primero que hay que comprender es que no podéis adquirirla, no podéis obtenerla, no puede ella producirse por medio de la meditación. Ninguna virtud, ningún sacrificio, ninguna meditación, nada del mundo puede comprar esto. Para que eso sea, tiene que cesar totalmente este sentido de alcanzar, de realizar, de ganar, de comprar. No podéis utilizar la meditación. Aquello de que he estado hablando es meditación. La meditación no es un medio para algo. Descubrir en todos los momentos de la vida cotidiana qué es verdadero y qué es falso, es meditación. La meditación no es algo por cuyo medio escapáis, algo en lo que conseguís visiones y toda clase de grandes emociones -eso es autohipnosis, cosa sin madurez, pueril. Mas el vigilar todos los momentos del día, ver cómo opera vuestro pensamiento, ver funcionar el mecanismo de la defensa, ver los temores, las ambiciones, las codicias y envidias, vigilar todo esto, indagarlo todo el tiempo, eso es meditación, o parte de la meditación. Sin poner el buen cimiento no hay meditación, y poner el buen cimiento es estar libre de ambición, de codicia, de envidia y todas las cosas que hemos creado para nuestra autodefensa. No tenéis que acudir a nadie para que os diga qué es la meditación o para que os dé un método. Lo puedo descubrir muy sencillamente vigilándome, lo ambicioso que soy o que no soy. No me lo tiene que decir otro; lo sé. Arrancar la raíz, el tronco, el fruto de la ambición, verla y destruirla totalmente es absolutamente necesario. Como veis, queremos llegar muy lejos sin dar el primer paso. Y hallaréis que si dais el primer paso, ese es el último. No hay otro paso.

PREGUNTA: *¿Es verdad que no podemos utilizar la razón para descubrir lo que es verdadero?*

KRISHNAMURTI: Señor, ¿qué entendemos por razón? La razón es pensamiento organizado, como la lógica es ideas organizadas ¿no es así? Y el pensamiento, por muy ingenioso, por amplio y bien informado que sea, es limitado. Todo pensamiento es limitado. Vos mismo lo podéis observar, esto no es alguna cosa nueva. El pensamiento nunca puede ser libre; es una reacción, una respuesta de la memoria; es un proceso mecánico. Puede ser razonable, cuerdo, lógico, pero es limitado. Es como las computadoras electrónicas. Mas el pensamiento nunca puede descubrir lo que es nuevo. El cerebro, a través de los siglos, ha adquirido, ha acumulado experiencias, respuestas, recuerdos; y cuando esa cosa piensa, está condicionada, y portero no

puede descubrir lo nuevo. Pero cuando ese cerebro ha comprendido todo el proceso de la razón, de la lógica, del inquirir, del pensar -no rechazando eso sino comprendiéndolo- entonces queda en calma. Ese estado de quietud puede entonces descubrir lo que es verdadero.

Señor, la razón os dice que debéis tener líderes. Habéis tenido lideres políticos o religiosos. Ellos no os han llevado a ninguna parte, excepto a mayor miseria, más guerras, mayor destrucción y corrupción.

PREGUNTA: *Uno ve lo absurdo de condenar exterior e interiormente, pero sigue condenando. ¿Qué va uno, pues, a hacer?*

KRISHNAMURTI: Cuando decimos: 'veo que no tengo que condenar', ¿qué queremos decir con esa palabra 'veo'? Por favor, seguid esto algo despacio. Estoy examinando la palabra 'veo'. ¿Qué queremos significar con ella? ¿Cómo vemos una cosa? ¿Vemos el hecho a través de las palabras? Cuando digo 'veo que es absurdo condenar', ¿lo veo? ¿O es que estoy viendo las palabras 'no debo condenar'? No veo el hecho real de que el condenar no lleva a ninguna parte ¿verdad? No sé si me estoy expresando claramente. La palabra 'puerta' no es la puerta ¿verdad? La palabra no es la cosa; y si confundimos la cosa con la palabra, entonces no la vemos. Mas si podemos apartar la palabra, podremos mirar la cosa misma. Si veo todo lo que implica el catolicismo, el comunismo -si veo la cosa no la palabra-, entonces la he comprendido, he terminado con ella. Pero si me aforra a la palabra, entonces la palabra es un impedimento para ver.

La mente, pues, debe estar libre de la palabra, para ver el hecho. Tengo que ver el hecho de que la condenación, de cualquier clase que sea, impide a la mente el ver realmente algo. Si sólo condeno la ambición, no veo toda la anatomía, la estructura de la ambición. Si la mente quiere comprender la ambición, tiene que cesar de condenar; tiene que haber la percepción del hecho, sin resistirlo, sin negarlo. Entonces el ver el hecho tiene su propia acción. Si veo el hecho de toda la estructura de la ambición, entonces el hecho mismo revela a la mente lo absurdo, la dureza, la naturaleza infinitamente destructiva de la ambición; y la ambición se desprende; no tengo que hacer nada al respecto.

Y si veo, íntimamente, la plena significación de la autoridad, si la estudio, si la vigilo, si penetro en ella, jamás rechazando, jamás aceptando, sino viendo, entonces la autoridad se extingue.

13 de agosto de 1961

XXII

SIEMPRE es difícil, creo, comunicar a otro cosas serias, y ello es así más especialmente en estas reuniones en que vosotros habláis francés y yo, infortunadamente, tengo que hacerlo en inglés. Pero creo que podemos comunicarnos con suficiente claridad, si no nos quedamos meramente en el nivel verbal. Las palabras son medios para comunicar, para transmitir algo, y en sí mismas no son importantes. Pero la mayoría de nosotros, creo, permanecemos en el nivel verbal, y por lo tanto la comunicación se hace mucho más difícil, porque aquello de que queremos hablar está igualmente en el nivel intelectual y en el emocional. Queremos comunicarnos uno con otro en forma comprensiva, como un todo; y para eso necesitarnos un enfoque total -verbal, emocional e intelectual. Emprendamos, pues, juntos el viaje, vayamos juntos, y miremos comprensivamente nuestros problemas, aunque esto es extremadamente difícil.

Ante todo, el orador no habla como hindú y no representa el Oriente, aunque haya nacido en cierto lugar y tenga cierto pasaporte. Los nuestros son problemas humanos, y como tales carecen de fronteras; no son hindúes, franceses, rusos ni americanos. Tratamos de comprender todo el problema humano, y estoy usando la palabra 'comprender' de una manera muy definida. El mero uso de las palabras no da comprensión, y la comprensión no es una cuestión de conformidad o disconformidad. Si queremos comprender lo que se está diciendo, debemos considerarlo sin prejuicio, sin dudar ni aceptar, sino escuchando efectivamente.

Ahora bien, al escuchar, que es todo un arte, tiene que haber cierto sentido de quietud del cerebro. En la mayoría de nosotros, nuestros cerebros están activos sin cesar, respondiendo siempre al reto de una palabra, una idea o una imagen; y este proceso constante de responder a un reto no produce comprensión. Lo que trae comprensión es tener el cerebro que esté muy quieto. El cerebro, después de todo, es el instrumento que piensa, que reacciona; es el depósito de la memoria, el resultado del tiempo y de la experiencia, y no puede haber comprensión si ese instrumento está continuamente agitado, reaccionando, comparando lo que se esta diciendo con lo que ya ha almacenado. Escuchar, si puedo decirlo así, no es un proceso de estad de acuerdo, condenar o interpretar, sino de mirar un hecho totalmente, comprensivamente. Para eso el cerebro debe estar

quieto, pero también muy despierto, capaz de seguir acertada y razonablemente, no de manera sentimental o emotiva. Sólo entonces podemos acometer los problemas de la existencia humana como un proceso total, y no fragmentariamente.

Como la mayoría de nosotros sabemos, los políticos del mundo están dirigiendo, desgraciadamente, nuestros asuntos. Probablemente, nuestras mismas vidas dependen de unos pocos políticos: franceses, ingleses, rusos norteamericanos o indos; y eso es una cosa muy triste; pero es un hecho. Y al político sólo le interesa lo inmediato de las cosas: su país, su posición, su política, sus ideales nacionalistas. Y como resultado, existen los problemas inmediatos de la guerra, del conflicto entre el Este y el Oeste, el comunismo combatiendo al capitalismo y el socialismo contra cualquier otra forma dé autocracia. De modo que el problema apremiante, inmediato, es de guerra y paz, y de cómo manejar nuestras vidas para no ser aplastados por estos enormes procesos históricos.

Mas creo que seria una lástima muy grande que nos ocupáramos meramente de lo inmediato: de la actitud francesa en Argelia, de lo que va a pasar en Berlín, de si habrá guerra y cómo nos arreglaremos para sobrevivir. Esos son los problemas con que nos apremian los diarios, la propaganda; pero creo que es mucho más importante considerar lo que le va a ocurrir al cerebro humano, a la mente humana. Si nos preocupamos sólo de los acontecimientos actuales y no de la totalidad del desarrollo de la mente y cerebro humanos, entonces nuestros problemas no harán más que aumentar y multiplicarse.

Podemos ver, ¿verdad?, que nuestras mentes, nuestros cerebros, se han vuelto mecánicos. Se influye sobre nosotros en todas direcciones. Cualquier cosa que leamos deja su huella, y toda propaganda deja su señal; el pensamiento es siempre repetidor y por eso el cerebro y la mente se han vuelto mecánicos, como una máquina. Funcionamos en nuestros empleos mecánicamente, nuestras relaciones mutuas son mecánicas, y nuestros valores son meramente tradicionales. Las computadoras electrónicas son muy parecidas a la mente del hombre, si bien nosotros tenemos un poco más de inventiva, ya que las hemos hecho; pero ellas funcionan como nosotros, mediante la reacción, la repetición y la memoria. Y todo lo que nos preocupa es cómo hacer que el mecanismo, que está enraizado en el hábito y la tradición, funcione más suavemente, sin ninguna perturbación; y puede ser que eso sea el fin de la vida humana. Todo esto implica, ¿verdad?, no libertad, sino tan sólo una búsqueda de seguridad. Los prósperos reclaman seguridad; y los pobres de Asia, que apenas comen una vez al día, también quieren seguridad. Y la respuesta de la mente humana a toda esta miseria es tan sólo mecánica, habitual, indiferente.

De modo que la cuestión que urge es por cierto cómo liberar el cerebro y la mente. Porque si no hay libertad no hay creatividad. Hay invención mecánica, ir a la luna, descubrir nuevos medios de locomoción, etc.; pero eso no es creación, eso es invención. Hay creación sólo cuando hay libertad. La libertad no es una mera palabra; la palabra es por completo distinta del estado real. Ni puede la libertad ser convertida en un idea, porque el ideal es sólo una postergación. Lo que quiero discutir durante estas pláticas es pues si es posible liberar la mente y el cerebro. El limitarse a decir que es posible o que no lo es, es inútil; pero lo que podemos hacer es descubrir por nosotros mismos a través del ensayo, del autoconocerse, de la indagación, de la intensa búsqueda. Y eso requiere la capacidad de razonar, de sentir, de romper con la tradición y destruir los muros que uno ha construido para su seguridad. Si no estáis dispuestos a hacer eso, desde la primera plática hasta la última, entonces creo que perdéis el tiempo viniendo aquí. Los problemas que abordamos son muy serios: son los problemas del miedo, de la muerte, la ambición, la autoridad, la meditación, etc. Cada problema debe ser encarado objetivamente, no en forma emotiva, intelectual o sentimental. Y ello requiere un pensar preciso, gran energía, para poder proseguir cada investigación hasta el fin mismo y descubrir la esencia de las cosas. Eso parece ser esencial.

Si observamos, no sólo los acontecimientos exteriores del mundo, sino también lo que está pasando dentro de nosotros mismos, descubrimos -¿no es verdad?- que somos esclavos de ciertas ideas, esclavos de la autoridad. Durante siglos hemos sido moldeados por la propaganda para ser cristianos, budistas, comunistas o lo que sea. Pero, por cierto, para descubrir la verdad no tenemos que pertenecer a ninguna religión en absoluto. Es una cosa muy difícil no comprometerse en absoluto a ninguna norma de acción o de pensamiento. No sé si habréis tratado alguna vez de no pertenecer a nada, si habéis rechazado por completo la tradicional aceptación de Dios -lo cual no significa hacerse ateo, cosa tan tonta como el creer, sino rechazar la influencia de la iglesia, con toda su propaganda de dos mil años.

Ni es fácil tampoco negar que sois francés, hindú, ruso o americano; quizá sea eso aún más difícil. Es bastante fácil negar algo si sabéis a dónde os lleva la negación; eso es simplemente pasar de una cárcel a otra; pero si rechazáis todas las prisiones sin saber adónde os va ello a conducir, entonces estáis solo. Y me parece que es absolutamente esencial estar solo por completo, sin influencia; porque es únicamente entonces que podemos descubrir por nosotros mismos lo que es verdad, no sólo en este mundo de la consistencia diaria,

sino también más allá de los valores de este mundo, más allá del pensamiento y el sentimiento, más allá de la medida. Tan sólo entonces sabremos si hay una realidad que está más allá del espacio y del tiempo; y ese descubrimiento es creación. Mas, para descubrir lo verdadero, tiene que haber este sentido de soledad, de libertad. No podéis viajar lejos si estáis atado a algo: a vuestro país, a vuestras tradiciones, a vuestro habitual modo de pensar. Es como estar atado a una estaca.

Si queréis pues descubrir lo que es verdad, tenéis que romper todas las ataduras e inquirir no sólo en lo exterior, en vuestra relación con las cosas y las personas, sino también interiormente, que es conocerse a sí mismo; no sólo superficialmente, en la conciencia de vigilia, sino también en lo inconsciente, en los ocultos rincones del cerebro y la mente. Eso requiere constante observación; y si observáis así, veréis que no hay verdadera división entre lo exterior y lo interior; pues el pensamiento, como una marea, fluye tanto hacia dentro como hacia fuera. Todo es el proceso único del autoconocerse. No podéis simplemente rechazar lo externo, porque no sois algo que está aparte del mundo. El problema del mundo es vuestro problema, y lo exterior e interior con las dos caras de la misma moneda. Los ermitaños, los monjes y las llamadas personas religiosas que rechazan el mundo, están meramente escapando, con todas sus disciplinas y supersticiones, hacia sus propias ilusiones.

Podemos ver que exteriormente no somos libres. En nuestros empleos, en nuestras religiones, en nuestros países, en nuestra relación con nuestras esposas, nuestros maridos, hijos, en nuestras ideas, creencias y actividades políticas, no somos libres. Interiormente tampoco lo somos, porque no sabemos lo que son nuestros motivos, nuestras ansias, nuestras compulsiones, las exigencias inconscientes. No hay, pues, libertad ni exterior ni interiormente, y eso es un hecho. Mas primero tenemos que ver ese hecho, y la mayoría de nosotros nos negamos a verlo; lo explicamos, lo recubrimos de palabras, de ideas, etc. El hecho es que tanto psicológica como exteriormente queremos seguridad. En lo exterior queremos estar seguros de nuestro empleo, de nuestra posición, de nuestro prestigio, de nuestras relaciones; y en lo interior queremos la misma seguridad; y, si un baluarte se destruye, acudimos a otro.

Así pues, percibiendo esta situación extraordinariamente compleja en que funcionan el cerebro y la mente, ¿cómo es posible trascender todo esto? Espero que estaré transmitiendo hasta qué callejón sin salida hemos llegado. La cuestión es: ¿nos enfrentamos alguna vez de veras con el hecho? El hecho es que el cerebro y la mente buscan seguridad en cualquier forma, y donde hay esta ansia de seguridad hay miedo. Nunca hacemos frente realmente a este hecho; decimos que es inevitable, o bien preguntamos cómo nos libraremos del miedo. Mientras que, si podemos encararnos de frente con el hecho, sin tratar de escapar, de interpretarlo o transformarlo, entonces el hecho actúa por sí mismo.

No sé si, psicológicamente, habréis llegado, experimentando hasta ahí, porque me parece que la mayoría de nosotros no nos damos cuenta hasta qué punto se han vuelto mecánicas nuestras mentes, nuestros cerebros; y no nos hemos preguntado si es posible hacer frente a ese hecho completamente, con intensidad.

Por favor, aclaremos bien que no estoy tratando de convenceros de nada; eso sería demasiado falto de madurez. Aquí no estamos haciendo propaganda, eso podemos dejarlo a los políticos, a las iglesias y a las otras gentes que venden cosas. No estamos vendiendo nuevas ideas, porque las ideas no tienen sentido; podemos jugar con ellas intelectualmente, pero no llevan a ninguna parte. Lo importante, lo que tiene vitalidad, es enfrentarse con un hecho; y el hecho es que la mente, todo nuestro ser, se ha mecanizado durante siglos. Todo pensamiento es mecánico; y para percibir ese hecho y trascenderlo, tiene primero uno que ver que es así.

Ahora bien, ¿cómo se pone uno en contacto, emocionalmente, con un hecho? Intelectualmente puedo decir que sé que bebo y que es muy malo beber -tanto en lo físico como en lo emocional y psicológico- y sin embargo sigo bebiendo. Pero entrar en contacto emocionalmente con el hecho es una cosa muy distinta; entonces el contacto emocional con el hecho tiene una acción propia. Sabéis que, si lleváis largo tiempo conduciendo un coche, os adormecéis y decís: 'tengo que despertar', pero seguís conduciendo. Y entonces, más tarde, cuando pasáis peligrosamente cerca de otro coche, hay repentinamente un inmediato contacto emocional, y al punto despertáis y os desviáis a un lado para descansar un poco. ¿Habéis visto alguna vez un hecho repentinamente de la misma manera y entrado en contacto con él totalmente, por completo? ¿Habéis visto alguna vez en realidad una flor? Lo dudo, porque realmente no miramos una flor; lo que hacemos inmediatamente es ponerla en una categoría, darle un nombre, llamarla 'una rosa', tomarle el perfume, decir cuán hermosa es y dejarla a un lado como a lo ya conocido. El nombrar, la clasificación, la opinión, el juicio, la elección, todas esas cosas os impiden verla realmente.

Del mismo modo, para ponerse en contacto emocional con un hecho, es preciso no nombrar, no ponerlo en una categoría, no juzgarlo; tiene que cesar todo pensamiento, toda reacción. Sólo entonces podéis mirar. Tratad, alguna vez, de mirar una flor, un niño, una estrella, un árbol, o lo que queráis, sin todo el proceso del

pensar, y entonces veréis mucho más. Entonces no habrá ninguna pantalla de palabras entre vosotros y el hecho, y por consiguiente habrá un contacto inmediato con el. Valorar, condenar, aprobar, poner en una categoría, ha sido nuestro ejercicio durante siglos; Y darse cuenta de todo esto es comenzar a ver un hecho.

Actualmente toda nuestra vida está confinada por el tiempo y el espacio, y nos inundan los problemas inmediatos. Nuestros empleos, nuestras relaciones personales, los problemas de los celos, del temor, la muerte, la vejez, etc., estas cosas llenan nuestras vidas. ¿Es capaz la mente, el cerebro, de trascender todo eso? Yo digo que sí, porque he experimentado con esto, lo he seguido hasta la mayor profundidad, lo he trascendido. Pero no es posible que aceptéis lo que dice el que habla, porque la aceptación carece de valor. Lo único que tiene valor es el que vosotros también emprendáis el viaje; mas para eso tiene que haber libertad al principio mismo, tiene que haber intención de descubrir, no de aceptar ni de dudar, sino de descubrir. Entonces veréis, al penetrar a fondo en la cuestión, que la mente puede ser libre; y sólo una mente libre así es la que puede descubrir lo verdadero.

Tal vez algunos de vosotros queráis hacer preguntas sobre lo que hemos estado diciendo. Ya sabéis, es muy difícil discutir, hacer preguntas. Para hacer la pregunta correcta tenéis que conocer vuestro problema. La mayoría de nosotros no conocemos nuestros problemas; nos movemos en la superficie, pero no encaramos de hecho el problema, y por eso hacemos preguntas erróneas. Si podemos discutir bien, entonces creo que ello será muy entretenido; se aprende mucho más jugando con el justo problema que siendo mortalmente serios acerca de cosas superficiales, como hacen la mayoría de las personas

INTERLOCUTOR: *¿Cómo hace uno para ponerse en contacto con un hecho emocionalmente?*

KRISHNAMURTI: Estar en contacto directo con algo exige un enfoque total, no meramente intelectual, emocional o sentimental. Requiere una comprensión total

INTERLOCUTOR: *¿No tiene uno que estar atento al dual proceso que se desarrolla dentro de nosotros todo el tiempo? Y ¿no es eso autoconocimiento?*

KRISHNAMURTI: Hemos usado las palabras 'atento', 'dualidad' y 'autoconocimiento'. Observemos estas tres palabras, una por una, porque si no comprendemos esas tres palabras no podremos comunicarnos.

Pues bien, ¿qué significa estar 'atento'? Escuchad esto, por favor, porque no es una mera sutileza; quiero dejar claro que ambos comprendemos las palabras que usamos. Podéis vosotros darle un significado y yo otro. Para mí, cuando uno pone plena atención, en eso no hay concentración; no hay exclusión. Sabéis cómo se ve forzado a mirar su libro un escolar que quiere mirar por la ventana; pero eso no es atención. Atención es ver por la ventana lo que ocurre fuera y también lo que tenéis delante. Observar sin exclusión es una cosa bastante difícil de hacer.

Luego, ¿qué queréis decir con 'proceso dual'? Sabemos que hay un proceso dual, lo bueno y lo malo, odio y amor, etc. Y es muy difícil estar atento a estas cosas, ¿no es así? Y, ¿por qué establecemos este proceso dual? ¿Existe en realidad o es una invención cerebral para eludir el hecho? Soy violento, por ejemplo, o celoso, y eso me molesta, no me gusta; digo, pues, que no tengo que ser celoso, violento; lo cual es escapar del hecho, ¿verdad? El ideal es una invención del cerebro para escapar de 'lo que es'; y así hay dualidad. Mas, si me enfrento por completo con el hecho de que soy celoso, entonces no hay dualidad. Afrontar el hecho implica que yo penetro en toda la cuestión de la violencia y los celos; y, o encuentro que me gusta, en cuyo caso el conflicto ha de continuar, o bien veo todas sus implicaciones y quedo libre del conflicto.

Ahora, ¿qué entendemos por 'autoconocimiento'? ¿Qué significa 'conocerse a sí mismo'? ¿Me conozco? ¿Es el yo una cosa estática, o está siempre cambiando? ¿Puedo conocerme? ¿Conozco a mi esposa, a mi marido, a mi hijo, o sólo conozco el cuadro creado por mi mente? Después de todo, no puedo conocer una cosa viviente, no puedo reducir una cosa viviente a una fórmula; lo único que puedo hacer es seguirla, sea donde fuere que ello pueda conducirme; y si la sigo, nunca puedo decir que la conozco. De modo que conocer el yo es seguirlo, seguir todos los pensamientos, los sentimientos, los motivos, y no decir ni por un momento 'lo conozco'. Sólo podéis conocer algo que es estático, muerto.

Veis, pues, la dificultad de las tres palabras involucradas en esta pregunta: 'atención', 'dualidad' y 'conocerse a sí mismo'. Si podéis comprender todas estas palabras, e ir aún más allá de ellas, entonces sabréis plenamente lo que significa hacer frente a un hecho.

INTERLOCUTOR: *¿Hay un medio para aquietar la mente?*

KRISHNAMURTI: Ante todo, cuando hacéis esa pregunta, ¿os dais cuenta de que vuestra mente está agitada? ¿Os dais cuenta de que nuestra mente jamás está quieta, que está constantemente parloteando? Ese es un hecho. La mente está hablando sin cesar, ya sea sobre algo o hablándose a sí misma; está activa todo el tiempo. ¿Por qué hace uno esa pregunta? Pensadlo conmigo por favor. Si es porque os dais cuenta parcialmente del parloteo y queréis escapar de ello, entonces lo mismo podríais tomar una droga, una píldora para adormecer la mente. Pero si estáis inquiriendo y realmente queréis descubrir por qué parlotea la mente, entonces el problema es enteramente distinto. Lo primero es una evasión; lo otro es seguir a ese parloteo hasta el fin.

Ahora bien, ¿por qué parlotea la mente? Por 'parloteo' queremos decir, ¿no es así?, que siempre está ocupada con algo: con la radio, con sus problemas, con su empleo, sus visiones, sus emociones, sus mitos. Pero ¿por qué está ocupada, y qué pasaría si no estuviera ocupada? ¿Habéis tratado alguna vez de no estar ocupado? Si lo habéis hecho, hallaréis que en el momento en que el cerebro no está ocupado hay temor. Porque ello significa que estáis solo. Si os encontráis sin ocupación, la experiencia es muy dolorosa, ¿verdad? ¿Habéis estado solo alguna vez? Lo dudo. Podéis caminar solo, estar sentado solo en el autobús, o solo en vuestro cuarto, pero vuestra mente está siempre ocupada, vuestros pensamientos siempre os acompañan. Cuando cesa la ocupación descubrió que estáis completamente solo, aislado, y ello es una cosa que amedrenta; y por eso la mente continúa parloteando, parloteando, parloteando.

5 de septiembre de 1961

XXIII

ME gustaría discutir con vosotros la cuestión de la autoridad y la libertad. Y quisiera penetrar en ello muy hondamente, porque creo que es muy importante comprender toda la anatomía de la autoridad.

Ante todo, quisiera señalar que no estoy discutiendo en forma académica, superficial, verbal; mas, si somos realmente serios, entonces creo que, por el mismo hecho de escuchar correctamente, se produce, no sólo comprensión, sino también inmediata liberación de la autoridad. Después de todo, el tiempo no libera a la mente de nada. La libertad sólo es posible cuando hay percepción directa, comprensión completa, sin esfuerzo, sin contradicción, sin conflicto. Semejante comprensión libera a la mente de modo inmediato de cualquier problema que la agobie. Si seguimos el problema y vemos hasta qué punto puede la mente penetrar en él, a fondo, totalmente, entonces quedaremos libres de esta carga.

No sé si habéis pensado muy profundamente sobre la cuestión de la autoridad. Si lo habéis hecho, sabréis que la autoridad destruye la libertad, coarta la creación, engendra temor y de hecho paraliza todo pensamiento. La autoridad implica conformidad, imitación ¿no es así? No sólo existe la autoridad exterior del policía, de la ley -que hasta cierto punto es comprensible sino existe la autoridad interior del conocimiento, de la experiencia, de la tradición, del seguimiento de una norma establecida por la sociedad, por un maestro, sobre cómo comportarse, cómo conducirse, etc.

Vamos a ocuparnos enteramente de la comprensión de la autoridad interna, psicológica; de la psiquis que establece una norma de autoridad para su propia seguridad.

¿Os habéis preguntado alguna vez por qué, a través de las edades, los seres humanos han estado confiando en otros para su norma de conducta? Queremos ¿no es verdad?, que se nos diga qué hay que hacer, cómo comportarse, qué pensar, cómo actuar bajo ciertas circunstancias. La búsqueda de autoridad es constante, porque la mayoría de nosotros tenemos miedo de errar, miedo de fracasar. Rendís culto al éxito, y la autoridad ofrece éxito. Si seguís cierto modo de conducta, si os disciplináis de acuerdo a ciertas ideas, os dicen, con el tiempo hallaréis salvación, realización, libertad. Para mí es totalmente absurda la idea de que la disciplina, el control, la represión, la imitación y la conformidad puedan jamás llevarnos a la libertad. Es obvio que no podéis paralizar la mente, moldearla, retorcerla, y hallar libertad en ese proceso. Las dos cosas son incompatibles, se niegan mutuamente.

Ahora bien, ¿por qué buscan siempre, la mente y el cerebro humanos, una norma a la cual conformarse? Y puedo decir aquí que mi explicación carece de valor, que no tiene sentido alguno si cada uno de vosotros no os dais cuenta de vuestra propia inclinación a seguir: a seguir una idea o un maestro. Pero si la explicación despierta realmente vuestra propia percepción del estado de vuestra mente, entonces las palabras tienen significación. ¿Por qué hay, pues, este impulso a seguir? ¿No es el resultado del deseo de estar seguro, de estar a salvo? Por cierto, el deseo de seguridad es el motivo, el fondo de esta tendencia a seguir. Lo cual implica ¿verdad?, la creencia de que por medio del éxito, de la conformidad, evitará uno todo temor. Mas

¿existe eso de la seguridad interior? Es evidente que la búsqueda misma de seguridad es temor. Exteriormente tal vez sea necesario tener cierto grado de seguridad: una casa, tres comidas al día, ropas, etc.; pero interiormente ¿existe acaso eso que se llama seguridad? ¿Estáis seguro en vuestra familia, vuestras relaciones? No os atrevéis a dudarlo, ¿verdad? Aceptáis que es así, se ha convertido ello en una tradición, en un hábito; pero, en el momento en que realmente inquirís sobre vuestra relación con vuestro marido, esposa, hijo, vecino, esa misma indagación se vuelve peligrosa.

Todos nosotros, en una u otra forma, estamos buscando seguridad; y para eso tiene que haber autoridad. Y así decimos que hay Dios, el cual, fallando todo lo demás, será nuestra última seguridad. Nos aferramos a ciertos ideales, esperanzas, creencias, que nos garantizan una permanencia, aquí y en el más allá. ¿Pero existe tal seguridad? Creo que cada uno de nosotros tiene que descubrir, batallar consigo y comprender claramente si hay o no eso que llamamos seguridad.

Exteriormente, apenas hay ninguna seguridad hoy día. Las cosas están cambiando muy rápidamente; en lo mecánico, hay nuevos inventos, bombas atómicas; y en lo social hay revoluciones exteriores, especialmente en Asia, la amenaza de guerra, comunismo, etc. Pero las amenazas a nuestra seguridad interna crean en nosotros una resistencia mucho mayor. Cuando creéis en Dios o en alguna forma de permanencia interna, es casi imposible romper esa creencia. Ninguna bomba atómica destruirá vuestra creencia, porque en esa esperanza os habéis arraigado Nos hemos entregado, cada uno, a cierta manera de pensar, y tanto que sea verdadera o falsa, que tenga o no alguna realidad o razón, parece no tener importancia; la hemos aceptado y a ella nos asimos

Ahora bien, romper con todo eso, descubrir la verdad de todo el asunto, significa una revolución mucho mas grande que ninguna revolución comunista, socialista o capitalista; significa empezar a librarse de la autoridad y descubrir de hecho que no existe eso de la permanencia interna, de la seguridad. Por lo tanto, significa descubrir que en todo momento la mente ha de hallarse en estado de incertidumbre. Y a nosotros nos atemoriza la incertidumbre, ¿no es verdad? Creemos que un cerebro que se halla en estado de incertidumbre tiene que descomponerse, tiene que enfermar mentalmente. Por desgracia, hay muchísimos casos mentales porque la gente no puede encontrar seguridad. Se han soltado de su amarradero, de sus creencias, ideales, fantasías, mitos, y así enferman mentalmente. Una mente que esté de veras incierta no tiene miedo. Sólo la mente miedosa es la que sigue y requiere autoridad. Y ¿es posible ver todo esto y dejar de lado la autoridad y el miedo del todo, por completo?

Y ¿qué entendéis por 'ver'? ¿Es el ver una mera cuestión de explicación intelectual? ¿Os ayudarán las explicaciones, el razonamiento, la recta lógica, a ver el hecho de que toda autoridad, obediencia, aceptación, conformidad, paraliza la mente? Para mí ésta es una cuestión muy importante. El ver no tiene relación alguna con las palabras, con las explicaciones. Creo que podéis ver algo directamente, sin ninguna persuasión verbal, argumentación ni razonamiento intelectual. Si prescindís de la persuasión, de la influencia -cosas todas carentes de madurez, pueriles- entonces, ¿qué es lo que os impide ver, y por lo tanto estar libres inmediatamente? Para mí, 'ver' es una acción de lo inmediato; no es del tiempo. Y por consiguiente, el liberarse de la autoridad no es del tiempo; no es cuestión de: 'seré libre'. Pero mientras os agrade la autoridad y halléis atractivo el proceso del seguir, no permitiréis que lo inmediato del problema llegue a ser urgente, vital.

El hecho es que a la mayoría de nosotros nos gusta el poder el poder de la esposa sobre el marido, del marido sobre la esposa, el poder de la capacidad, el sentimiento de que uno es hábil, el poder que dan la austeridad y el dominio sobre el cuerpo. Cualquier forma de poder es autoridad, tanto si es el poder del dictador, el poder político, el poder religioso, o el dominio de uno sobre otro. Ello es totalmente pernicioso, ¿y por qué no podemos ver eso sencilla y directamente? Por 'ver' quiero significar una comprensión total, en la cual no hay vacilación sino sólo una respuesta completa. ¿Qué impide esa respuesta completa?

Esto suscita la cuestión de la autoridad de la experiencia, del conocimiento, ¿verdad? Después de todo, para ir a la luna, para construir un cohete, tiene que haber conocimiento científico; y a la acumulación de conocimiento la llamamos experiencia. Para lo exterior tenéis que tener conocimientos; tenéis que saber dónde vivís, tenéis que saber edificar, construir cosas y desmontarlas. Tal conocimiento externo es superficial, mecánico, meramente aditivo, descubrir cada vez más y más. Pero lo que ocurre es que el conocimiento y la experiencia llegan a ser nuestra autoridad interna. Podemos rechazar por pueril la autoridad externa, -tal como el pertenecer a una determinada nación, grupo, familia, el adherirnos a una particular sociedad con sus especiales maneras, códigos y todo ese absurdo- pero es sumamente difícil dejar de lado la experiencia que uno ha reunido, la autoridad del conocimiento que uno ha acumulado.

No sé si habéis penetrado siquiera en este problema; pero si es así, veréis que una mente que esté cargada, agobiada de conocimientos y experiencia, no es una mente inocente, una mente joven; es vieja,

decadente, y jamás puede hallar una cosa viviente en forma libre, plena, total. Y, en el mundo presente, tanto en lo interior como en lo exterior, para acometer todos nuestros problemas se necesita con urgencia una mente nueva, fresca, joven; no un problema especifico de ciencia, medicina, política, etc., sino el problema humano total. La mente vieja está cansada, entorpecida, pero la mente joven ve rápidamente, sin distorsión, sin ilusión; es aguda, decisiva, no aprisionada dentro de las fronteras del conocimiento acumulado, ni atada por la experiencia pasada.

Después de todo, ¿qué es esa experiencia que nos da tal sentimiento de nobleza, de sabiduría, de superioridad? La experiencia es, seguramente, la respuesta de nuestro trasfondo a un reto. La respuesta está condicionada por el trasfondo, y así cada experiencia refuerza el trasfondo. Si frecuentáis la iglesia, si sois devoto de cierta secta, de cierta religión, entonces tenéis experiencias, visiones, de acuerdo con ese trasfondo, cosa que sólo fortalece el trasfondo, ¿no es así? Y este condicionamiento, esta propaganda religiosa -tanto si es de hace dos mil años como si es muy reciente-, nos está moldeando las mentes, influyendo sobre la respuesta de nuestros cerebros. No podéis negar estas influencias; están ahí: la comunista, la socialista, la católica, la protestante, la hindú, docenas y centenas de influencias están incidiendo de continuo, consciente o inconscientemente, y moldeando la mente, dominándola. De modo que la experiencia no libera a la mente, no la vuelve joven, fresca, inocente. Lo que es necesario es la destrucción de todo el trasfondo.

La comprensión de esto no es cuestión de tiempo. Si os ponéis a comprender cada influencia separadamente, habréis muerto antes de llegar a comprenderlas a todas. Pero si podéis comprender una sola plenamente, por completo, entonces rompéis toda forma de influencia. Mas para comprender una influencia tenéis que entrar en ella total, completamente. El decir simplemente que es buena o mala, noble o innoble, es del todo inoperante. Y para entrar en ello completamente no tiene que haber temor. Penetrar en toda esta cuestión de la autoridad es muy peligroso, ¿verdad? Estar libre de autoridad es invitar al peligro, porque nadie quiere vivir en la incertidumbre. Pero la mente segura es una mente muerta; sólo la mente insegura es joven, fresca.

De modo que comprender la autoridad, tanto la interna como la externa, no es cuestión de tiempo. Es uno de los más grandes errores, de los mayores impedimentos, el confiar en el tiempo. El tiempo es realmente una postergación. Esto significa que estamos disfrutando con la seguridad, con la imitación, el seguimiento, y que lo único que decimos es: 'por favor, que no me molesten. Todavía no estoy preparado para que me molesten'. No veo por qué no habría de ser uno perturbado. ¿Qué hay de malo en que se nos perturbe? En realidad, cuando no queréis que se os moleste, estáis de hecho invitando a la perturbación. Pero el hombre que quiere descubrir, sea ello perturbador o no, está libre del miedo a la perturbación. Sé que algunos sonreís de esto, pero es una cuestión demasiado grave para ello. Es un hecho que ninguno de nosotros quiere ser molestado. Hemos caldo en una rutina, un estrecho surco, intelectual, emocional o ideológico, y no queremos que se nos perturbe. Lo único que queremos, en nuestras relaciones y en todo lo demás, es hacer una vida cómoda, sin molestias, respetable, burguesa. Y el no querer ser burgués, respetable, equivale a lo mismo.

Pues bien; si estáis escuchando con autoaplicación, hallaréis que el liberarse de la autoridad no es cosa temible. Es como el desprenderse de una gran carga. La mente experimenta enseguida una enorme revolución. Para un hombre que no está buscando seguridad de ninguna clase, no hay perturbación; hay un continuo movimiento de comprensión. Si no ocurre eso, no estéis escuchando, no estáis viendo. Simplemente consentís en la aceptación o el rechazo de cierta serie de explicaciones. De modo que sería muy interesante que descubrierais por vosotros mismos cuál es vuestra respuesta actual.

PREGUNTA: *¿Lleva la mente en sí misma los elementos de su propia comprensión?*

KRISHNAMURTI: Creo que si ¿no es verdad? ¿Qué es lo que impide la comprensión? ¿No son creadas las barreras por la mente misma? Por lo tanto, la comprensión, lo mismo que las barreras, son elementos de la mente.

Mirad, señor, el vivir con un sentido de incertidumbre sin enfermar mentalmente requiere mucha comprensión. Una de las principales barreras es ¿verdad?, que yo insisto en que debo estar seguro interiormente. En lo exterior veo que no hay seguridad; por eso en lo interior la mente crea su propia seguridad en una creencia, un dios, una idea. Esto impide do hecho descubrir si hay o no seguridad interna. Así la mente crea su propia esclavitud, y también tiene los elementos de su propia liberación.

PREGUNTA: *¿Por qué no sufre perturbación un hombre libre?*

KRISHNAMURTI: ¿Es ésta una pregunta correcta? Como no sabéis nada sobre el hombre libre, la pregunta es sólo una cuestión especulativa. Si me perdonáis el decirlo, esa pregunta no tiene sentido, ni para mí ni para vos; pero si hacéis la pregunta al revés: '¿Por qué soy yo perturbado?' entonces tiene validez y puede contestarse correctamente. Así pues ¿por qué sufre uno perturbación: si mi marido me deja, cuando muere alguien, o en el fracaso, al sentir que mi vida no tiene éxito? Si realmente penetraseis en esto, hasta el fin mismo, veríais toda su esencia

PREGUNTA: *¿Se basa siempre es el temor la creencia en Dios?*

KRISHNAMURTI: ¿Por qué creéis en Dios? ¿Cuál es la necesidad? ¿Os preocupáis de la creencia en Dios cuando sois muy feliz, o sólo cuando hay una aflicción por delante? ¿Creéis porque habéis sido condicionados para hacerlo así? Después de todo, durante dos mil años se nos ha dicho que hay Dios; y en el mundo comunista se les condiciona la mente para no creer en Dios. Es la misma cosa; en ambos casos la mente ha sido influida. La palabra 'Dios' no es Dios; y el descubrir realmente por vosotros mismos si hay eso que se llama Dios es mucho más importante que el ataros a una creencia o incredulidad. Y el descubrir por sí mismo requiere enorme energía -la energía para romper con todas las creencias-, lo que no significa un estado de ateísmo o duda. Pero la creencia es una cosa muy cómoda, y muy pocas personas están dispuestas a destruirla interiormente. La creencia no os lleva a Dios. Ningún templo, iglesia, dogma ni rito os llevará a la realidad. Existe esa realidad; mas para descubrir eso debéis tener una mente inmensurable. Una mente mezquina, pequeña, sólo puede hallar sus propios mezquinos y pequeños dioses. Por consiguiente debemos estar dispuestos a perder toda nuestra respetabilidad, todas nuestras creencias, para descubrir lo que es real.

No creo que podáis escuchar más. Si lo habéis hecho perezosamente, oyendo simplemente las palabras, entonces sin duda podríais seguir durante otro par de horas. Pero si habéis escuchado correcta, atentamente, con un sentido de penetración profunda, entonces diez minutos serían suficientes, porque en ese período habríais podido destrozar las barreras que ha creado por sí misma la mente' y habríais podido descubrir lo que es verdadero.

7 de septiembre de 1961

XXIV

ME parece que la mayoría de nosotros queremos alguna clase de paz. Los políticos hablan mucho sobre ello; por todo el mundo esa es su jerga, su palabra favorita. También cada uno de nosotros quiere paz. Pero me parece que la clase de paz deseada por los seres humanos es más bien una evasión; queremos encontrar algún estado en el cual pueda refugiarse la mente, y nunca hemos considerado si es posible de hecho trascender nuestros conflictos y llegar así a la paz real. Quisiera, pues, hablar sobre el conflicto, porque me parece que si éste pudiera eliminarse -de manera fundamental, profunda, interiormente, más allá del nivel de la mente consciente-, entonces tal vez tuviéramos paz.

La paz de que hablo no es la que buscan la mente y el cerebro; es algo enteramente distinto. Creo que será un factor muy perturbador esa paz, porque es muy creativa y por tanto muy destructora. Para llegar a esa comprensión de la paz, me parece esencial que comprendamos el conflicto, porque sin penetrar de manera fundamental, básica, radical, en el problema del conflicto, no podremos tener paz, ni exterior ni interiormente, por mucho que la busquemos o anhelemos.

Para hablar sobre algo unos con otros -no como un orador y un auditorio, relación que es absurda- se requiere que vosotros y yo pensemos y sintamos al mismo nivel y que investiguemos desde el mismo punto de vista. Si vosotros y yo pudiéramos entrar juntos en esta cuestión del conflicto, con tremenda avidez y vitalidad, entonces acaso llegásemos a una paz que es del todo diferente de la paz que tratamos de hallar la mayoría de nosotros.

El conflicto existe cuando hay un problema ¿no es así? Un problema implica un conflicto; un conflicto de adaptación, de tratar de comprender, de tratar de librarse de algo, de encontrar una respuesta. Y la mayoría de nosotros tenemos problemas de muchas clases: sociales, económicos, problemas de parentela, del conflicto de ideas, etc. Y esos problemas permanecen sin resolverse ¿no es así? Nunca los pensamos realmente hasta el fin mismo y los libramos así de ellos, sino que seguimos día tras día, mes tres mes a lo largo de toda la vida, llevando toda clase de problemas como una carga en nuestra mente y corazón. Parecemos incapaces de disfrutar de la vida, de ser sencillos, porque todo lo que tocamos: amor, Dios, relaciones, o lo que queráis,

queda reducido al fin a un feo y perturbador problema. Si me siento ligado a una persona, ello se vuelve problema, y entonces quiero saber cómo desligarme. Y si amo, veo que en ese amor hay celos, ansiedad y miedo. Y no pudiendo resolver nuestros problemas, los llevamos con nosotros y nos sentimos incapaces de dar con una solución.

Luego hay la competencia, que también hace surgir problemas. La competencia es imitación, tratar de ser como algún otro. Hay el modelo de Jesús, el del héroe, del santo, del vecino que está en mejor posición,- y existe el modelo interno, que habéis establecido vosotros mismos y que tratáis de seguir, de vivir según él. La competencia suscita pues muchos problemas.

Existe también, el empeño de la realización. Cada uno quiere realizarse de una u otra manera, mediante la familia, la esposa, el marido o el hijo. Y si uno va un poco más allá de eso, hay el deseo de realizarse socialmente, escribiendo un libro, haciéndose famoso de alguna manera. Y cuando existe este afán de realizarse, de llegar a ser algo, hay también frustración, y con ella viene el dolor. Entonces surge el problema de cómo evitar el dolor, y poder sin embargo realizarse. Y así estamos atrapados en este circulo vicioso, de modo que todo se vuelve un problema, conflicto.

Y hemos aceptado el conflicto como inevitable; hasta es considerado respetable y neceser o para la evolución, para el desarrollo, para llegar a ser algo. Pensamos que si no hubiera competencia ni conflicto, nos estancaríamos, decaeríamos; por eso, mental y emocionalmente siempre estamos haciéndonos más perspicaces, luchando. perpetuamente en conflicto con nosotros mismos, con nuestros semejantes y con el mundo. Esto no es una exageración; es un hecho. Y creo que todos sabemos cuán terrible carga es este conflicto.

Me parece, pues, que la cuestión urgente es la de si veis la importancia real de estar libre de conflicto; pero no para conseguir otra cosa. ¿Es acaso posible ser libre, *per se*, por sí mismo, de modo que la mente ya no esté en conflicto bajo ninguna circunstancia en absoluto? Actualmente, no sabemos si es posible o no. Lo único que sabemos es que estamos en conflicto, y conocemos su tormento, el sentimiento de culpa, de desaliento, la desesperación y la amargura de la existencia moderna; eso es todo lo que conocemos.

¿Cómo va uno, pues, a descubrir, no de manera verbal, intelectual o meramente emocional, sino descubrir de hecho, si es posible ser libre? ¿Cómo lo intentaremos? Por cierto, sin comprender por completo este conflicto en todos los diferentes niveles de la conciencia, no es posible que nos liberemos de él y comprendamos qué es la verdad. Una mente en conflicto es una mente confusa. Y cuanto mayor es la tensión del conflicto, mayor es la productividad de la acción. Debéis haber observado cómo los escritores, los oradores, los llamados intelectuales están siempre produciendo teorías, filosofías, explicaciones. Si tienen algún talento siquiera, entonces cuanto mayor es la tensión y la frustración, tanto más producen; y el mundo los llama grandes autores, grandes oradores, grandes líderes religiosos, etc.

Ahora bien, si uno observa de cerca, puede ver seguramente que el conflicto desvía, pervierte; es, en su esencia, confusión, y es destructivo para la mente. Si podemos ver esto de hecho -sin decir que el conflicto de la competencia es inevitable, que la estructura social se ha levantado sobre él y que tenéis que tenerlo, etc.- entonces creo que nuestra actitud ante el problema será del todo diferente. Creo que eso es lo primero: ver, no intelectual o verbalmente, sino estar en contacto real con ese hecho. Desde el momento en que nacemos hasta aquel en que morimos, hay esta incesante batalla interna y externa; y ¿podemos ver, de modo efectivo, el hecho de que este conflicto no es inteligente? ¿Qué es lo que nos da la energía, la vitalidad, para entrar en contacto emocional con un hecho?

Sabéis que por centurias se nos ha educado para vivir en conflicto, para aceptarlo o para encontrar algún modo de eludirlo. Y sabéis que hay interminables evasiones: entregarse a la bebida, a las mujeres, a las iglesias, a Dios, volverse terriblemente intelectual, lleno de conocimiento, encender la radio, comer en exceso. Y también sabemos que ninguna de estas evasiones resuelve el problema del conflicto; sólo sirven para aumentarlo. Pero ¿afrontamos nosotros deliberadamente el hecho de que no hay evasión alguna? Creo que nuestra dificultad primordial es que hemos establecido tantas evasiones que nos hemos incapacitado para ver el hecho directamente.

Tenemos, pues, que entrar a fondo en al cuestión de estas evasiones conscientes o inconscientes. Creo que es bastante fácil descubrir las evasiones conscientes. Sois conscientes, ¿no es así?, cuando encendéis la radio o cuando vais a la iglesia el domingo, de haber hecho durante toda la semana una vida brutal, ambiciosa, envidiosa, fea. Pero es mucho más difícil descubrir lo que son las evasiones ocultas, inconscientes.

Quisiera entrar un poco en todo este problema de la conciencia. Esta, en su totalidad, se ha constituido a través del tiempo, ¿no es así? Es el resultado de millares de años de experiencia; está hecha de las influencias raciales, culturales, sociales, del pasado, y es transferida mediante la familia, el individuo, mediante la educación, etc. La suma de todo eso es la conciencia; y si queréis examinar vuestra propia mente, hallaréis

que en la conciencia hay siempre una dualidad, el observador y lo observado. Espero que esto no sea demasiado difícil. Esta no es una clase de psicología ni una diversión analítica, intelectual. Estamos hablando de una efectiva experiencia viviente, en la que tenemos que penetrar deliberadamente vosotros y yo, si es que no vamos a quedarnos meramente en el nivel verbal.

Tiene que haber conflicto en la totalidad de la conciencia mientras haya en ella una división entre el pensador y el pensamiento. Esta división implica contradicción; y donde hay contradicción tiene que haber conflicto. Sabemos ¿no es cierto?, que estamos en la contradicción, tanto exterior como interiormente. Exteriormente hay contradicción en nuestras acciones, al querer vivir de cierta manera y estar enredados en actividades diferentes; e interiormente hay contradicción en nuestros pensamientos, sentimientos y deseos. El sentimiento, el pensamiento, el deseo, la voluntad y la palabra componen la totalidad de nuestra conciencia, y en esa totalidad hay contradicción, porque siempre hay en ella una división: el censor, el observador, que está siempre vigilando, aguardando, cambiando, reprimiendo, y el sentimiento o pensamiento sobre el cual se actúa.

Si uno ha penetrado por sí mismo en este problema -no por medio de libros, filosofías y leyendo todas las cosas que han dicho otros, que son todas palabras vacías, sino si habéis entrado en ello muy a fondo, con insistencia, sin elección, sin negar ni aceptar- entonces tiene uno que descubrir el hecho de que la totalidad de la conciencia es, en sí misma, un estado de contradicción, porque siempre está el pensador actuando sobre el pensamiento, y esto hace surgir incesantes problemas.

Surge, pues, la cuestión de si es inevitable esta división en la conciencia. ¿Existe acaso un pensador separado, o es que el pensamiento ha creado al ‘pensador’, para tener un centro de permanencia desde el cual pensar y sentir?

Como veis, si queremos comprender el conflicto, tenemos que penetrar en todo esto. No basta decir simplemente, ‘quiero escapar del conflicto’. Si eso es todo lo que queremos, lo mismo podríamos tomar una droga, un tranquilizante, cosa bastante fácil y barata. Mas si uno desea entrar en ello realmente a fondo y eliminar de raíz todas las fuentes de conflicto, tiene que investigar la totalidad de la conciencia: todos los oscuros rincones de su mente y corazón, los secretos escondrijos en que la contradicción se oculta. Y sólo puede uno comprender a fondo cuando empieza e inquirir por qué hay esta división entre el pensador y el pensamiento. Tenéis que averiguar si existe siquiera un pensador, o sólo el pensamiento. Y si sólo hay pensamiento, ¿por qué existe este centro del cual viene todo pensamiento?

Puede uno ver ¿no es cierto?, por qué el pensamiento ha creado un centro como el yo, el ego; el nombre que uno le dé no hace al caso, mientras reconozca uno que hay un centro del que surge todo pensamiento. El pensamiento ansía permanencia; y viendo que sus expresiones son impermanentes. crea el ‘yo’ como un centro. Entonces aparece la contradicción.

Para ver efectivamente todo esto -y no limitarse a aceptarlo verbalmente- tenemos ante todo que rechazar por entero todos los escapes, cortar como un cirujano toda forma de evasión. Eso requiere intensa percepción, en que no haya elección ni el aferrarse a las evasiones placenteras y evitar las dolorosas. Esto requiere energía, constante vigilancia, porque el cerebro se ha acostumbrado tanto a escapar, que el escape se ha vuelto más importante que el hecho efectivo del cual está huyendo. Pero sólo cuando hay una negación total, de todos los escapes, puede uno encarar, hacer frente al conflicto.

Entonces, cuando uno ha llegado hasta ahí, cuando física, emocional e intelectualmente ha rechazado toda forma de evasión, ¿qué pasa? ¿Hay entonces un problema? Por cierto, es la evasión lo que crea el problema. Cuando ya no estáis compitiendo con vuestro prójimo, cuando ya no tratáis de realizaros, de cambiar lo que sois en alguna otra cosa, ¿hay conflicto? Entonces podéis encarar efectivamente el hecho de lo que sois, sea lo que fuere; ya no hay juicio en forma de ‘bueno’ o ‘malo’. Entonces sois lo que sois, y el hecho mismo actúa; no hay un ‘vos’ que actúe sobre el hecho.

Todo esto es realmente muy interesante si de hecho lo indagáis. Considerad los celos. La mayoría de nosotros somos celosos, envidiosos, en forma aguda o atenuada. Cuando veis realmente que sois celosos, sin negarlo, sin condenarlo, ¿qué ocurre? ¿Son entonces los celos una mera palabra, o son un hecho? Espero estéis siguiendo esto, porque, como veis, la palabra tiene una extraordinaria importancia para la mayoría de nosotros. Las palabras ‘Dios’, la palabra ‘comunista’, la palabra ‘negro’, tienen un inmenso contenido emocional, neurológico. De la misma manera, la palabra ‘celos’ está ya recargada. Ahora bien, cuando la palabra se deja de lado, hay entonces un sentimiento que queda: ese es el hecho, no la palabra. Y para percibir el sentimiento sin la palabra se requiere estar libre de condenación, de justificación.

Alguna vez, cuando estéis celosos, irritados, o más especialmente cuando estéis disfrutando de algo, mirad a ver si podéis distinguir la palabra del sentimiento, si lo de mayor importancia es la palabra, o el

sentimiento. Entonces descubriréis que al mirar el hecho sin la palabra, hay una acción que no es un proceso intelectual; el hecho mismo actúa, y por consiguiente no hay contradicción, no hay conflicto

Es realmente muy extraordinario descubrir por sí mismo que solo existe el pensar, y no el pensador. Entonces hallaréis que podemos vivir sin contradicción en este mundo, porque entonces necesitamos muy poco. Si uno necesita mucho -sexual, emocional, psicológica, o intelectualmente-, hay el depender de otro; y en cuanto hay dependencia, hay contradicción y conflicto. Cuando la mente se libera del conflicto, de esta libertad surge un movimiento totalmente diferente. La palabra 'paz', tal como la conocemos, no es aplicable a ello, porque para nosotros la palabra tiene muchos significados diferentes, según la persona que la use, ya sea un político o un sacerdote o algún otro. No es la paz en los cielos que se promete para cuando estéis muertos; no se halla en ninguna iglesia, en ninguna idea, ni en la adoración de ningún Dios. Surge cuando cesa por completo todo conflicto interior; y eso sólo es posible cuando no se siente necesidad. Entonces no hay necesidad ni aun de Dios; sólo hay un inmensurable movimiento que no puede ser corrompido por ninguna acción.

PREGUNTA: *¿Cómo es posible, sin destruir o reprimir el deseo, darle libertad?; y ¿lo hace desaparecer el considerarlo sin condenarlo?*

KRISHNAMURTI: Ante todo, tenemos una idea de que el deseo es cosa mala, porque produce varias formas de conflicto y contradicción. Hay en nuestro interior muchos deseos, pugnando en diferentes direcciones. Ese es un hecho: tenemos deseos, y ellos crean conflicto. La pregunta es: ¿cómo vivir con el deseo intensamente, sin destruirlo? Si cedemos al deseo, cuando lo realizamos, en ese mismo hecho de ceder existe también el dolor de la frustración. No quiero dar un ejemplo, porque el explicar por medio de un ejemplo determinado pervierte la comprensión de la totalidad del deseo.

Primero tenemos que ver muy claramente que toda forma de condenación del deseo no es más que el eludir la comprensión de éste. Si se ve claramente este hecho, surge entonces la cuestión de qué haremos con el deseo. Él está ahí, ardiente. Hasta ahora lo hemos condenado, o aceptado, o disfrutado; y en su mismo disfrute hay dolor. En su represión, en su control, también hay dolor. Pero si no lo condenamos ni lo evaluamos, entonces está ahí, ardiente; ¿y qué tenemos que hacer? Pero ¿es que llegamos alguna vez a ese estado? Porque en ese estado sois el deseo, ya no hay 'vosotros y el deseo', como dos cosas separadas

Lo que siempre ocurre es ¿verdad?, que queremos hacer desaparecer los deseos penosos y aferrarnos a los placenteros. Yo digo que esa es una actitud del todo falsa. Pregunto: ¿podéis mirar el deseo sin condenar, sin juzgar, sin escoger entre los diversos deseos? ¿Lo habéis hecho alguna vez? Lo dudo.

Para comprender el significado del deseo, para vivir con él, para comprenderlo, para verlo efectivamente, sin juicio de ninguna clase, para eso se necesita inmensa paciencia íntima. No creo que lo hayáis hecho nunca. Pero si queréis intentarlo, hallaréis que entonces no hay contradicción, no hay conflicto. Entonces el deseo tiene un sentido muy distinto; entonces el deseo puede ser la vida.

Mas, en tanto digamos 'el deseo es malo' o 'el deseo es bueno', o '¿debo ceder?', '¿no debo ceder?', en todo ese proceso estáis creando una división entre vosotros y el deseo, y por lo tanto tiene que haber conflicto. Lo que da comprensión es entrar en vosotros mismos tranquilamente, penetrar profundo en vosotros mismos inquiriendo, investigando por qué condenáis, qué es lo que estáis buscando. Entonces, partiendo de esa indagación interna, en la cual no hay nada de elección, descubriréis que podéis vivir con el deseo y que este tiene un sentido muy diferente. Para vivir con cualquier cosa necesitáis energía, vitalidad; y no queda energía cuando estáis todo el tiempo condenando y juzgando. Vivir con el deseo es descubrir un estado en el que no hay contradicción alguna. Eso significa que entonces hay amor, sin celos, sin odio, sin ninguna forma de corrupción; y descubrir eso por uno mismo es realmente una cosa maravillosa.

PREGUNTA: *¿Qué queráis significar cuando dijisteis el otro día que tenemos que ser perturbados?*

KRISHNAMURTI: Por favor, no me consideréis como autoridad; eso sería terrible. Sin embargo, podéis ver vos mismo que el deseo de no ser perturbado es una de nuestras principales exigencias. Y puede ser que la mente, el cerebro, cuando cesa en su incesante parloteo, descubra que hay una gran perturbación interior. Podéis ver vos mismo que tenéis todo el tiempo ocupada la mente: con la esposa, el marido, el sexo, con la nacionalidad, con Dios, con la búsqueda de la próxima comida, etc. Y ¿habéis tratado alguna vez de descubrir por qué está ella ocupada, y qué pasaría si no estuviera ocupada? Entonces os enfrentáis con algo que nunca habéis pensado; y ese puede ser un factor extraordinariamente perturbador. Y lo es. Esta constante ocupación

de la mente puede ser mera evasión del hecho que es la tremenda soledad, la vacuidad. Y tenéis que hacer frente a esa perturbación, y penetrar en ella.

10 de septiembre de 1961

XXV

HABLÁBAMOS el otro día sobre el deseo y el conflicto que de él surge; y desearía seguir con esto, y hablar también de la necesidad, la pasión y el amor, porque creo que todos están relacionados. Si podemos indagar todo esto honda y fundamentalmente, entonces quizá podamos comprender el significado total del deseo. Pero antes de que podamos comprender el deseo, con todos sus conflictos y torturas, creo que debemos comprender la cuestión de la necesidad.

Necesitamos, por supuesto, ciertas cosas exteriores superficiales, como ropas, albergue y alimento. Ellas son absolutamente indispensables para todos. Pero me pregunto si en verdad necesitamos alguna otra cosa. ¿Hay en realidad alguna necesidad, psicológicamente, del sexo, de la fama, del apremio compulsivo de la ambición, de la perpetua exigencia interior de más y cada vez más? ¿Qué necesitamos, psicológicamente? Creemos necesitar muchísimas cosas, y de eso proviene toda la tristeza de la dependencia. Mas si en realidad penetramos en ello hondamente e inquirimos, ¿hay acaso alguna necesidad esencial psicológica o íntima? Creo que valdría la pena que nos hiciéramos seriamente esta pregunta. La dependencia psicológica en las relaciones, la necesidad de estar en comunión con otro, la necesidad de entregarse a alguna forma de pensamiento y actividad, la necesidad de realizarse, de llegar a ser famoso: todos conocemos tales necesidades y estamos perpetuamente cediendo a ellas. Y creo que sería importante que pudiéramos, cada uno de nosotros, tratar de descubrir lo que son efectivamente nuestras necesidades y hasta qué punto dependemos de ellas. Porque, sin comprender la necesidad no podremos comprender el deseo, ni la pasión, ni por lo tanto el amor. Sea uno rico o pobre, es evidente que necesita alimento, ropas y albergue, si bien aun en eso la necesidad puede ser limitada, pequeña, o expansiva. Pero, fuera de eso, ¿hay acaso alguna necesidad? ¿Por qué se han vuelto tan importantes nuestras necesidades psicológicas una fuerza tan compulsiva, tan apremiante? Y ¿son mera mente una evasión de algo mucho más profundo?

Al indagar todo esto, no hablamos en términos de análisis. Tratamos de enfrentarnos con el hecho, de ver exactamente lo que es; y eso no necesita ninguna forma de análisis, de psicología, ni el rodeo de ingeniosas explicaciones. Lo que tratamos de hacer es ver por nosotros mismos lo que son nuestras necesidades psicológicas, no despacharlas con explicaciones, no racionalizarlas, no decir, '¿qué haré sin ellas? Tengo que tenerlas'. Todas esas cosas cierran la puerta a la indagación. Y es evidente que la puerta está igualmente bien cerrada cuando la indagación es meramente verbal, intelectual o emocional. La puerta está abierta cuando realmente queremos hacer frente al hecho, y eso no necesita un gran intelecto. Para comprender un problema muy complejo necesitáis una mente clara, sencilla; pero la sencillez y la claridad no existen cuando tenéis muchas teorías y tratáis de evitar enfrentaros con la cuestión.

La cuestión es, pues: ¿por qué tenemos una necesidad tan apremiante de realizar? ¿Por qué somos tan implacablemente ambiciosos? ¿Por qué tiene el sexo tan extraordinaria importancia en nuestra vida? No se trata de la calidad ni del número de las necesidades de uno, ni de si tiene uno el máximo o el mínimo; sino de por qué existe este tremendo afán de realizarse, en la familia, en un nombre, en una posición, etc., con toda su ansiedad, su frustración, su desdicha, estimulado ello por la sociedad y bendecido por la iglesia.

Ahora bien, cuando lo examináis, dejando de lado la reacción superficial de decir: '¿qué me pasaría si no tuviera éxito en la vida?', creo que hallaréis que hay en ello una cuestión mucho más honda, que es el temor de 'no ser', del aislamiento completo, del vacío y de la soledad. Está ahí, profundamente oculta, esta tremenda sensación de ansiedad, este miedo de quedar apartado de todo. Es por eso que nos aferramos a toda clase de relaciones. Es por eso que hay está necesidad de pertenecer a algo, a un culto, a una sociedad; de entregarse a ciertas actividades, de aferrarse a alguna creencia; porque de ese modo escapamos de esa realidad que este efectivamente ahí, hondamente adentro. Es ese temor por cierto, el que fuerza la mente, el cerebro, todo el ser, a entregarse a alguna forma de creencia o relación, que luego llega a ser la necesidad, lo necesario.

No sé si habéis llegado hasta ahí en esta indagación, no verbalmente sino de hecho. Significa ello descubrir por vosotros mismos y encarar el hecho de que uno es completamente nada que interiormente está uno tan vacío como una cáscara, recubierta de muchas joyas de conocimiento y experiencia que realmente no son más que palabras, explicaciones. Ahora bien, para encarar ese hecho sin desesperación, sin el sentimiento de cuán terrible es, sino simplemente estar con él, es necesario comprender primero la necesidad. Si

comprendemos la significación de la necesidad, entonces no tendrá ella tal poder sobre nuestras mentes y corazones.

Volveremos luego sobre ello, pero sigamos considerando el deseo. Conocemos ¿no es cierto?, el deseo que es contradictorio, que es torturante, que empuja en distintas direcciones; el dolor, la confusión, la ansiedad del deseo, y el disciplinarlo, el someterlo a control. Y en la eterna batalla con él, lo torcemos, dejándolo desfigurado e irreconocible; pero él está ahí, constantemente vigilando, aguardando, empujando. Hagáis lo que hiciereis: sublimarlo, huir de él, rechazarlo o aceptarlo, darle rienda suelta, siempre está ahí. Y sabemos cuanto han dicho, los maestros religiosos y otros, que no debemos desear, que debemos cultivar el desapego, estar libres de deseo, cosa que es realmente absurda, porque el deseo tiene que ser comprendido, no destruido. Si lo destruís, podéis destruir la vida misma. Si pervertís el deseo, si lo moldeáis, si lo sometéis a control, si lo domináis o reprimís, podéis estar destruyendo algo extraordinariamente bello.

Tenemos que comprender el deseo; y es muy difícil comprender algo que es tan vital, tan exigente, tan apremiante, porque en la realización misma del deseo se engendra la pasión, con su placer y su dolor. Y si uno ha de entender el deseo, es evidente que no tiene que haber elección. No podéis juzgar el deseo como bueno o malo, noble o innoble, ni decir: 'mantendré este deseo y negaré ese otro'. Todo eso hay que dejarlo de lado, si hemos de descubrir la verdad del deseo: su belleza, su fealdad o lo que sea. Es una cosa muy curiosa de considerar, pero aquí, en el Oeste, en Occidente, pueden realizarse muchos deseos. Tenéis automóviles, prosperidad, mejor salud, la capacidad de leer libros, de adquirir conocimientos y acumular diversas clases de experiencia; mientras que si vais a Oriente, allí aun carecen de alimentos, ropas y albergue, están todavía sumidos en la miseria y la degradación de la pobreza. Pero, en Occidente tanto como en Oriente, el deseo está ardiendo continuamente, en todas direcciones está ahí: en lo exterior y en la profundidad interior. El hombre que renuncia al mundo está tan invalidado por su deseo de buscar a Dios como el que persigue la prosperidad. Está pues ahí todo el tiempo, ardiente, contradictorio, creando confusión, ansiedad, sentimientos de culpabilidad y desesperación.

No sé si habéis experimentado alguna vez con todo esto. Mas, ¿qué pasa si no condenáis el deseo, si no lo juzgáis como bueno o malo, sino que simplemente os dais cuenta de él? Me pregunto si sabéis lo que significa darse cuenta de algo. La mayoría de nosotros no nos damos cuenta por habernos acostumbrado tanto a condenar, a juzgar, a valorar, identificar, escoger. La elección evidentemente impide darse cuenta, porque siempre se escoge como resultado del conflicto. Darse cuenta, cuando entráis en una habitación, de todo el mobiliario, de la alfombra o de su ausencia, etc. -simplemente verlo, darse cuenta de todo ello, sin ningún sentida de juicio -es muy difícil. ¿Habéis tratado alguna vez de mirar una persona, una flor, una idea, una emoción, sin ninguna elección, ningún juicio?

Y si uno hace lo mismo con el deseo, si vive uno con él -sin negarlo ni decir '¿qué haré con este deseo que es tan feo, tan dominante, tan violento?', sin darle un nombre, un símbolo, sin encubrirlo con una palabra-entonces ¿no deja ya de ser causa de perturbación? ¿Es entonces el deseo algo que haya que eliminar, destruir? Queremos destruirlo porque un deseo se opone a otro, creando conflicto, desdicha y contradicción; y puede uno ver cómo trata de escapar de este perpetuo conflicto. ¿Podemos, pues, darnos cuenta de la totalidad del deseo? Lo que quiero decir con 'totalidad' no es puramente un deseo o muchos, sino la cualidad total del deseo mismo. Y puede uno darse cuenta de la totalidad del deseo sólo cuando no hay opinión sobre él, ni palabra, ni juicio, ni elección. Dándose cuenta de todo deseo según surge, no identificándose con él ni condenándolo, en ese estado de alerta, ¿hay entonces deseo, o es una llama, una pasión que es necesaria? La palabra 'pasión' se reserva generalmente para una cosa: el sexo. Mas, para mí, la pasión no es el sexo. Debéis tener pasión, intensidad, para vivir realmente con cualquier cosa; para vivir plenamente, para mirar una montaña, un árbol, para mirar realmente un ser humano, debéis tener una apasionada intensidad. Pero esa pasión, esa llama, no existe cuando estáis cercados por diversos apremios, exigencias, contradicciones, temores. ¿Cómo puede subsistir una llama cuando está sofocada por tanto humo? Nuestra vida no es sino humo. Estamos buscando la llama, pero la rechazamos al reprimir, al dominar, al moldear la cosa que llamamos deseo.

Sin pasión, ¿cómo puede haber belleza? No me refiero a la belleza de cuadros, de edificios, de mujeres pintadas y todo lo demás. Esas cosas tienen su propia forma de belleza, pero no estamos hablando de la belleza superficial. Una cosa hecha por el hombre, como una catedral, un templo, un cuadro, un poema o una estatua, puede o no ser bella. Pero hay una belleza que está más allá del sentimiento y el pensamiento y que no puede percibirse, comprenderse o conocerse si no hay pasión. No comprendáis mal, pues, la palabra 'pasión'. No es una fea palabra; no es cosa que podáis comprar en el mercado o hablar de ella en forma romántica; no tiene nada que ver con la emoción, con el sentimiento. No es una cosa respetable; es una llama que destruye

todo lo falso. Y tenemos siempre mucho miedo de dejar que esa llama devore las cosas que nos son queridas, las cosas que llamamos importantes.

Después de todo, las vidas que hacemos ahora, basadas en las necesidades, los deseos y los medios de dominar el deseo, nos hacen más superficiales y vacíos que nunca. Podemos ser muy sagaces, muy instruidos, capaces de repetir lo que hemos acumulado; pero eso lo hacen las máquinas electrónicas, y ya en algunos campos las máquinas son más capaces que el hombre, más exactas y veloces en sus cálculos. Volvemos, pues, siempre a lo mismo, que es que la vida, tal como la vivimos, es muy superficial, estrecha, limitada, y todo porque en lo hondo estamos vacíos, solitarios, y siempre tratando de ocultarlo, de llenar ese vacío; por consiguiente la necesidad, el deseo, llegan a ser una cosa terrible. Nada puede llenar ese profundo vacío interior, ni los dioses, ni los salvadores, ni el conocimiento, ni las relaciones, los hijos, el marido ni la esposa; nada. Pero si la mente, el cerebro, la totalidad de vuestro ser puede ver eso, vivir con ello, entonces veréis que, psicológicamente, íntimamente, no hay necesidad de nada. Esa es la verdadera libertad.

Mas eso requiere muy honda penetración, profunda indagación, vigilancia incesante; y, partiendo de eso, tal vez conoceremos qué es el amor. ¿Cómo puede haber amor cuando hay apego, celos, envidia, ambición, y toda la ficción que va con esas palabras? Entonces, si hemos pasado por ese vacío -que es un hecho, no un mito, no una idea- hallaremos que el amor y el deseo y la pasión son la misma cosa. Si destruís uno, destruís los otros; si corrompéis uno, corrompéis la belleza. Para penetrar en todo esto, hace falta no una mente desligada, no una mente consagrada, o religiosa, sino una mente que esté indagando, que nunca esté satisfecha, que siempre esté mirando, vigilando, observándose, conociéndose. Sin amor, nunca descubriréis qué es la verdad.

PREGUNTA: *¿Cómo puede uno descubrir cuál es su principal problema?*

KRISHNAMURTI: ¿Por qué dividir los problemas en mayores y menores? ¿No es todo un problema? ¿Por qué hacerlos pequeños o grandes, esenciales o no esenciales? Si pudiéramos comprender uno solo, penetrar en él muy hondamente, por pequeño o grande que sea, entonces dejaríamos al descubierto todos los problemas. Esta no es una respuesta retórica. Tomad cualquier problema: cólera, celos, envidia, odio, todos ellos los conocemos muy bien. Si indagáis en la cólera muy profundamente, sin limitaros a apartarla a un lado ¿qué está implicado entonces? ¿Por qué está uno encolerizado? Porque se siente herido, porque alguien ha dicho algo ofensivo. Y cuando alguien dice una cosa aduladora, os sentís complacidos. ¿Por qué os ofendéis? Amor propio, ¿no es así? ¿Y por qué existe el amor propio? Es porque tenemos una idea, un símbolo, una imagen de nosotros mismos, de lo que deberíamos ser, de lo que somos o de lo que no deberíamos ser. ¿Por qué creamos una imagen de nosotros mismos? Porque jamás hemos estudiado lo que de hecho somos. Creemos que deberíamos ser esto o aquello, el ideal, el héroe, el ejemplo. Lo que suscita cólera es que se ataque nuestro ideal, que tenemos de nosotros mismos. Y nuestra idea de nosotros mismos es nuestra evasión del hecho de lo que somos. Pero cuando observáis el hecho real de lo que sois, nadie puede heriros. Entonces, si uno es un mentiroso y le dicen que lo es, ello no significa que lo ofenden a uno; es un hecho. Pero cuando pretendéis no ser mentiroso, y se os dice que lo sois, entonces os irritáis, os violentáis. Estamos, pues, viviendo siempre en un mundo de ideas, un mundo de mitos, y jamás en un mundo de realidad. Para observar lo que es, para verlo, para estar familiarizado efectivamente con ello, es necesario que no haya juicio, ni valoración, ni opinión, ni temor.

PREGUNTA: *¿Podemos liberarnos siguiendo alguna religión determinada?*

KRISHNAMURTI: Ciertamente que no. Como sabéis, dos mil o cinco mil años de enseñanza que os persuade para creer en ciertas cosas, no es religión. Es propaganda. Durante siglos se os ha dicho que sois francés, inglés, católico, hindú, budista o musulmán, y repetís sin cesar esas palabras. ¿Y queréis decir que una mente que ha sido así condicionada, así influenciada, y que se ha hecho tan esclava de la propaganda, de la ceremonia y el espectáculo de la religión, puede ser liberada dentro de ese condicionamiento?

PREGUNTA: *Habéis dicho que, no por creer en Dios, encuentra uno a Dios; pero ¿podemos encontrarlo por revelación?*

KRISHNAMURTI: ¿Por qué queréis que os revelen cosas, cuando no conocéis vuestro propio yo? Vuestro propio yo os ha sido revelado esta tarde; vuestra manera de pensar, de obrar, vuestros motivos, ambiciones, impulsos, vuestras incesantes batallas con vosotros mismos, os han sido revelados, pero no sabéis nada sobre

ello. Sólo conocéis vuestras teorías, vuestras visiones. Y si no conocéis lo que es inmediato, cercano y a la mano, ¿cómo podéis conocer algo que es inmenso? Es, pues, mucho mejor empezar por lo que está muy cerca, que es vosotros mismos. Y, cuando hayan sido eliminados todos los engaños, las ilusiones, descubriréis vosotros mismos qué es lo real. No tenéis entonces que creer en Dios, no necesitáis tener una doctrina; está ahí, eso que es sublime, innombrable.

PREGUNTA: *¿Por qué sentimos temor criando llegamos a tener conciencia de nuestra propia vacuidad?*

KRISHNAMURTI: El temor sólo surge cuando escapáis de la cosa que es; cuando la estáis eludiendo, rechazando. Cuando os enfrentáis de hecho con la cosa, cuando le hacéis frente, ¿hay entonces temor? El escapar, alejarse del hecho, produce temor. El temor es el proceso del pensamiento, y el pensamiento es del tiempo; y sin comprender todo el proceso del pensamiento y del tiempo, no comprenderéis el temor. Mirar el hecho sin eludirlo es la terminación del miedo.

PREGUNTA: *Habéis dicho que nuestras necesidades esenciales son el alimento, ropas y albergue, mientras que el sexo pertenece al mundo de los deseos psicológicos. ¿Podéis explicar esto algo más?*

KRISHNAMURTI: ¡Estoy seguro de que ésta es una cuestión sobre la cual todos quieren descubrir! ¿Qué es el sexo? ¿Es el acto, o las imágenes placenteras, el pensamiento, los recuerdos en torno a todo ello? ¿O es sólo tan hecho biológico? ¿Y hay recuerdo, imagen, excitación, necesidad, cuando hay amor, si puedo usar esta palabra sin estropearla? Creo que tenemos que comprender el hecho físico, biológico. Eso es una cosa. Todo el romanticismo, la excitación, la sensación de que uno se ha entregado a otra persona, la identificación de uno mismo con otro en esa relación, el sentido de continuidad, la satisfacción: todo eso es otra cosa. Cuando nos interesamos realmente en el deseo, en la necesidad, ¿hasta qué profundidad desempeña un papel el sexo? ¿Es una necesidad psicológica, tal como lo es biológica? Hace falta una mente, un cerebro, muy claros, agudos, para distinguir entre la necesidad física y la necesidad psicológica. Muchas cosas están implicadas en el sexo y no simplemente el acto. El deseo de olvidarse de sí mismo mediante otra persona, la continuidad de una relación, los hijos, y el tratar de encontrar inmortalidad a través de los hijos, de la esposa, del marido; el sentimiento de entregarse a otro, con todos los problemas de los celos, del apego, del temor, la agonía de todo eso, ¿es amor todo eso? Si no hay comprensión de la necesidad, básicamente, en lo profundo, por completo, en los oscuros rincones de la propia conciencia, entonces el sexo, el amor y el deseo hacen estragos en nuestras vidas.

PREGUNTA: *¿Pueden todos alcanzar la liberación?*

KRISHNAMURTI: Ciertamente. Ella no es para los pocos. La liberación no es una forma de esnobismo, está ahí, para cualquiera que desee inquirirla. Está ahí, con una belleza y fuerza cada vez más amplia y profunda, cuando existe conocimiento propio. Y cualquiera puede empezar a descubrir sobre sí mismo observándose, como os observáis en un espejo. El espejo no miente; os muestra exactamente cómo es vuestro rostro. Del mismo modo podéis observaros a vosotros mismos sin distorsión. Entonces empezáis a descubrir acerca de vosotros mismos. El conocerse, el aprender acerca de sí mismo, es una cosa extraordinaria. El camino hacia la realidad, hacia esa desconocida inmensidad, no pasa por la puerta de una iglesia, ni a través de ningún libro, sino por la puerta del conocerse a sí mismo.

12 de septiembre de 1961

XXVI

CREO que sería bueno el que pudiéramos experimentar de hecho aquello de que voy a hablar. Para la mayoría de nosotros, la experiencia es cosa muy casual. Respondemos en forma tímida, lánguida, a cualquier reto; hay vacilación, miedo de lo que pueden ser las consecuencias. Nunca respondemos a un reto completamente, con todo nuestro ser. Hay pues siempre una falta de atención total cuando hay un reto, y por consiguiente nuestras respuestas son muy limitadas, restringidas; nunca son libres, completas. Tenemos que haber notado esto, y creo que es muy importante considerarlo cuidadosamente, porque tenemos muchísimas experiencias a lo largo del día, pasan por nosotros muchas influencias, dejando cada una su señal. La palabra casual, un gesto, una

idea, una frase o mirada pasajera, todas estas cosas dejan su marca, y nunca prestamos toda nuestra atención a ninguna de ellas. Para experimentar cualquier cosa completamente tiene que haber atención total; y podemos ver que la atención es muy diferente de la concentración. La concentración es un proceso de exclusión, una reducción, una eliminación, mientras que la atención incluye todo.

Como voy a hablar de algo que es bastante complejo, creo que deberíamos darnos cuenta de que el experimentar reclama atención total; no solamente escuchar las palabras, sino experimentar efectivamente la cosa. Escuchar es muy difícil. Apenas escuchamos nunca nada: un pájaro, una voz, al marido, a la esposa o al hijo; sólo recibimos descuidadamente unas pocas palabras y desechamos el resto, siempre interpretando, cambiando, condenando y escogiendo. Escuchar reclama cierta cualidad de plena atención, en que no pasa nada de eso, y en que ponéis todo vuestro ser para descubrir.

De modo que, para examinar el temor, de lo que voy a hablar ahora con vosotros, para indagarlo bastante profundamente, hace falta sostenida atención, no escuchar unas pocas frases solamente y luego desviaros para pensar sobre vuestras propias ideas y problemas, sino pasar de hecho por todo el problema del temor, hasta el mismo fin. Ser realmente serio es tener la capacidad de ir hasta el fin mismo de cualquier cuestión, sean las que fueren las consecuencias o el resultado final.

Deseo hablar sobre el miedo, porque el miedo falsea todos nuestros sentimientos, nuestros pensamientos y nuestras relaciones. Es el temor el que nos hace acudir, a la mayoría de nosotros, a lo que se llama espiritual; es el temor el que nos empuja hacia las soluciones intelectuales ofrecidas por tanta gente; es el temor el que nos hace hacer toda clase de cosas raras o peculiares. Y me pregunto si jamás hemos experimentado de hecho el temor, no el sentimiento que surge antes o después de un acontecimiento. ¿Existe el temor, en sí mismo? ¿O es que sólo existe el temor cuando se piensa en el mañana o el ayer, en lo que ha pasado o en lo que pasará? ¿Existe jamás temor en el presente activo, viviente? Cuando os enfrentáis con la cosa de la cual decís que tenéis miedo, ¿hay temor en ese efectivo momento?

Para mí, es muy importante esta cuestión del temor; porque a menos que la mente esté total, completa, absolutamente libre de toda clase de temor -temor de la muerte, de la opinión pública, de la separación, de no ser amado, ya conocéis los muchos tipos y variedades de temor -a menos que la totalidad de la conciencia esté libre de temor, es imposible llegar muy lejos. Puede uno esforzarse ansiosamente en el encierro del propio cerebro; pero para penetrar muy, muy profundo en sí mismo y ver lo que hay ahí y más allá, no tiene que haber miedo de ninguna clase; ni el miedo a la muerte, ni a la pobreza, ni el de no lograr algo.

El temor, por su misma naturaleza, inevitablemente impide la indagación; y a menos que la mente, todo el ser, esté libre de temor, no sólo de los temores conscientes, sino de los temores hondos, secretos, ocultos, de los que apenas se da uno cuenta, no habrá posibilidad de descubrir qué es realmente eso, lo que es verdadero, lo 'factual', y si de hecho existe ese sentido de lo sublime, de lo inmenso, de que ha estado hablando el hombre durante siglos y más siglos.

Creo que es posible estar enteramente libre de temor, no durante un periodo, no de manera fortuita, sino estar literalmente libre de él por completo. La experiencia de ese estada total sin temor es lo que quiero indagar con vosotros.

Quiero aclarar que no estoy hablando de memoria, no he pensado de antemano la cuestión del temor para venir aquí a repetir lo que he ensayado. Eso sería horriblemente fastidioso para mí y para vosotros. También yo estoy indagando. Tiene que ser cada vez nuevo, y espero que vosotros emprendáis el viaje de la indagación conmigo, y no os intereséis sólo en vuestra particular clase de temor, ya se trate de la. oscuridad, del médico, del infierno, de la enfermedad, de Dios, de lo que puedan decir vuestros padres, de lo que diga la esposa, el marido, o de cualquiera de las docenas de clases de temor. Estamos investigando la naturaleza del temor y no alguna expresión particular de él.

Ahora bien, el lo examináis, veréis que sólo hay temor cuando el pensamiento se detiene en el ayer o el mañana, en el pasado o el futuro. El verbo activo nunca es temeroso, pero en el pasado o el futuro del verbo siempre hay temor. No hay miedo en el efectivo presente; y es una cosa extraordinaria descubrir esto por nosotros mismos. No hay miedo de ninguna clase cuando existe el real momento viviente, el presente activo. De manera que el pensamiento es el origen del miedo, el pensamiento del mallara o del ayer. La atención está en el presente activo. El pensamiento de lo que pasó ayer o de lo que sucederá mañana es desatención, y la desatención engendra temor, ¿no es así? Cuando puedo poner toda mi atención en cualquier cosa, sin reservas, sin negarla, sin juzgarla ni evaluarla, en ese catado de atención no hay miedo. Pero si hay desatención, esto es, si digo: '¿qué pasará mañana?', o si estoy atrapado en lo que pasó ayer, -entonces eso engendra temor. La atención es el presente activo. El temor es el pensamiento aprisionado en el tiempo. Cuando os veis enfrentado con algo real, efectivo, cuando hay peligro, en ese momento no hay pensamiento, actuáis. Y esa acción puede ser positiva o negativa.

El pensamiento es, pues, tiempo; no tiempo según el reloj, sino el tiempo psicológico del pensamiento. El tiempo engendra pues temor: el tiempo como distancia de aquí allí, que es el proceso de llegar a ser algo; el tiempo como las cosas que he dicho y hecho ayer, las cosas ocultas que no quiero que sepa nadie; el tiempo como lo que ocurrirá mañana, lo que será de mí cuando muera.

El pensamiento es pues tiempo. Y en el presente activo ¿hay tiempo, y hay pensamiento? Podemos ver ¿no es así?, que el miedo sólo existe cuando el pensamiento se proyecta hacia adelante o hacia atrás, y que el pensamiento es resultado del tiempo: tiempo como devenir o no devenir; tiempo como realización o frustración. No estamos hablando del tiempo cronológico; es evidente que sería desequilibrado y tonto el tratar de prescindir de este. Estamos hablando del tiempo como pensamiento. Si eso está claro, entonces tenemos que entrar en la cuestión de qué es el pensamiento, qué es pensar. Y espero que no estéis meramente escuchando las palabras, sino que escuchéis realmente el reto de lo que se está diciendo, y respondáis por vosotros mismos. Pregunto qué es el pensar. A menos que conozcáis el mecanismo del pensar y que hayáis penetrado en él muy profundamente, no podréis contestar, vuestra respuesta será inadecuada. Y si vuestra respuesta es inadecuada habrá conflicto, y al tratar de eludir el conflicto, se elude el hecho -el hecho de que no sabéis. En cuanto comprendéis que no tenéis respuesta, que no sabéis, hay miedo. Me pregunto si segáis todo esto.

¿Qué es, pues, el pensar? Obviamente, el pensar es la reacción entre reto y respuesta ¿no es así? Os pregunto algo, y hay un intervalo de tiempo antes de responder: En ese intervalo el pensamiento está activo, buscando una respuesta. Es bastante sencillo escuchar esta explicación; pero experimentar de hecho por vosotros mismos el proceso del pensar, entrar en la cuestión de cómo responde el cerebro a un reto y qué es el proceso de producir la respuesta, requiere activa atención ¿no es así? Por favor observad vuestra respuesta a la pregunta: ¿qué es pensar?. ¿Qué es lo que sucede? No podéis responder; nunca lo habéis observado para descubrir; estáis esperando alguna respuesta de vuestra memoria. Y en ese lapso, en el intervalo entre la pregunta y la respuesta está el proceso del pensar, ¿no es así? Si os pregunto algo con lo que estáis familiarizado, como vuestro nombre, respondéis instantáneamente, porque tras constante repetición sabéis la respuesta muy bien. Si uno pregunta algo un poco más serio, hay un intervalo de tiempo de varios segundos, ¿verdad?, durante el cual se pone el cerebro en movimiento y busca la respuesta en la memoria. Si se hace una pregunta mucho más compleja, el intervalo de tiempo es mayor, pero el proceso es el mismo: mirar en la memoria, buscar las palabras acertadas, hallarlas y luego responder. Seguid esto despacio, por favor, porque es realmente muy entretenido e interesante observar cómo se desarrolla este proceso. Todo ello forma parte del conocerse a sí mismo.

Se puede también hacer una pregunta tal como '¿cuántos kilómetros hay de aquí a Nueva York?', a la cual, después de rebuscar en la memoria, tenéis que decir: 'no sé, pero puedo averiguarlo'. Esto lleva más tiempo. Y puede uno hacer una pregunta a la cual tenéis que decir. 'no sé la respuesta'; pero, al mismo tiempo, estáis esperándola, esperando que os la digan. Hay pues la pregunta familiar y la inmediata respuesta; la pregunta menos familiar, que lleva un poco de tiempo; aquella en que hay algo de que no estáis seguros, pero que podéis descubrir, lo que también lleva tiempo; y la que tiene algo que no sabéis, pero pensáis que si esperáis tendréis una respuesta.

Ahora bien, si se hace la pregunta: '¿hay Dios, o no?', ¿qué ocurre? No se encuentra respuesta en la memoria, ¿verdad? Aunque os guste creer, aunque se os haya dicho, tenéis que dejar de lado todos esos disparates. No nos sirve la investigación en la memoria; no sirve de nada esperar a que se os diga, porque nadie puede decíroslo, y el intervalo de tiempo no es ya útil. Sólo hay el hecho en el presente activo, la certeza absoluta de que no sabéis. Este estado de no saber es atención completa, ¿no es así? Y todas las demás formas de saber o no saber provienen del tiempo y del pensamiento, y son inatención.

Al seguir todo esto, ¿estáis aprendiendo? Por cierto, el aprender implica no saber. El aprender no es aditivo, no podéis acumularlo. En el proceso de reunir, de acumular, meramente estáis añadiendo conocimiento, lo cual es estático. Mientras que el aprender está constantemente cambiando, moviéndose, viviendo.

Por consiguiente, ¿qué ocurre si estáis aprendiendo con respecto al temor? Estáis persiguiendo al temor, ¿no es así? Vais tras del temor, y no el temor tras de vosotros. Y entonces encontráis que no existe eso de 'vosotros y el temor'; no hay tal división. Así, la atención es el presente activo, en el cual la mente, el cerebro, dice: 'no lo sé en absoluto'. Y en ese estado no hay miedo. Pero hay miedo cuando decís: 'no sé, mas lo espero'. Creo que este es un punto muy decisivo para la comprensión. Vamos a verlo de otro modo.

Después de todo, el temor surge cuando estáis buscando seguridad, exterior o interior; cuando queréis un estado que sea permanente, duradero, estable, en las relaciones, en las cosas de este mundo, en la certeza que da el conocimiento, en la experiencia emocional. Y finalmente decimos que existe Dios, que es absoluta,

eternamente permanente, y que en él podemos hallar una paz, una seguridad imperturbable. Cada uno está buscando seguridad en una u otra forma, y ya sabéis cómo juega uno con todo ello: buscando seguridad en el amor, en la propiedad, en la virtud, prometiéndose ser bueno, no ser sexual. Todos conocemos los horrores involucrados en la abierta o secreta busca de seguridad. Y eso es temor, porque nunca habéis descubierto si hay seguridad. No lo sabéis. Uso estas palabras en el sentido de que es un hecho que absoluta y completamente no lo sabéis. No sabéis si hay Dios o no. No sabéis si habrá otra guerra o no. No sabéis lo que va a ocurrir mañana. No sabéis si existe algo permanente interiormente. No sabéis lo que va a pasar en vuestras relaciones, con vuestra esposa, con vuestro marido, con vuestros hijos. No lo sabéis, pero tenéis que averiguar, ¿verdad? Tenéis que descubrir por vosotros mismos que no sabéis. Y ese estado de no saber, ese estado de completa incertidumbre no es temor; es plena atención, en la cual podéis descubrir

Vemos, pues, que la totalidad de la conciencia, toda ella -que incluye lo superficial, lo consciente, lo oculto, y las mayores profundidades del residuo racial, los motivos, todo lo que es pensamiento- es esencialmente temor. Aunque pueda haber ciertas formas de placer, de dolor, diversión, alegría y todo lo demás, veréis que es resultado del tiempo. La conciencia es tiempo, es el resultado de muchos días, meses, años y siglos. Vuestra conciencia como francés, históricamente ha requerido muchas generaciones de propaganda. El hecho de que seáis cristiano, católico o lo que sea, ha requerido dos mil años de propaganda, durante los cuales se os ha hecho creer, pensar, funcionar y actuar dentro de cierta norma que llaméis cristiana. Y no tener ninguna creencia, el ser como nada, parece muy temible. De modo que la conciencia total es temor. Eso es un hecho y no podéis estar meramente de acuerdo o en desacuerdo con un hecho.

Ahora, bien, ¿qué ocurre cuando os enfrentáis con un hecho? o tenéis opiniones sobre el hecho, o sólo lo observáis. Si tenéis opiniones, juicios, evaluaciones del hecho, entonces interviene el tiempo, porque vuestra opinión es del tiempo, del ayer, lo que habéis sabido anteriormente. El ver de hecho es el presente activo, y en ese ver no hay temor. No os estoy hipnotizando al decir que no hay temor. Este es un hecho real. Es la vivencia de un hecho efectivo que libera del temor la conciencia total. Espero no estéis demasiado cansados y estéis vivenciando esto, porque no podéis llevarlo a casa para pensarlo; entonces no tiente valor. Lo que tiene valor es encararlo directamente y penetrar en ello. Entonces veréis que todo vuestro mecanismo pensante, con sus conocimientos, sutilezas, defensas y negaciones, todo eso es pensamiento y la causa efectiva del temor. Y vemos también que cuando hay total atención, no hay pensamientos; hay mera percepción, ver.

Cuando hay atención, hay completa quietud; porque en esa atención no hay exclusión. Cuando el cerebro puede estar en completa quietud, no dormido sino activo, sensible, vivo, en ese estado de atenta quietud, no hay temor. Entonces hay una calidad de movimiento que no es pensamiento en absoluto, ni es impresión, emoción o sentimiento. No es una visión, una ilusión; es una clase de movimiento totalmente distinta, que lleva a lo Innombrable, a lo Inconmensurable, a la Verdad.

Pero infortunadamente no estáis realmente escuchando, vivenciando, porque no habéis penetrado de hecho en ello; no habéis llegado a inquirir hasta ahí. Por tanto, pronto el miedo os invadirá de nuevo y os abrumará. Tenéis, pues, que penetrar en él; y a medida que penetréis, él se irá disolviendo. Esa es la base. Y cuando hayáis puesto los cimientos, nunca buscaréis, porque toda busca de la realidad se basa en el temor. Cuando la mente, el cerebro, esté libre de temor, entonces descubriréis.

PREGUNTA: *He leído un libro vuestro sobre educación. ¿No podríamos fundar una escuela de esa clase mientras estéis aquí en París?*

KRISHNAMURTI: Ante todo, señores, hemos estado hablando del temor, no de fundar escuelas. Si queréis fundar una escuela de esa clase, es cosa vuestra, no mía, porque yo me iré a fines de la semana próxima. Y las escuelas no se fundan tan fácilmente. Tiene que haber fuego tras de ello. Esta pregunta es correcta en su propio lugar; pero tal vez podamos hacer preguntas más pertinentes.

PREGUNTA: *¿Por qué tienen temor los niños?*

KRISHNAMURTI: ¿No es la pregunta: por qué tenéis temor vosotros? Es bastante evidente por qué tienen miedo los niños: Están rodeados por una sociedad que se basa en el miedo. Los padres están atemorizados; y el niño necesita esencialmente seguridad, y cuando se ve privado de ella, tiene temor. Como veis, no estáis enfrentando el hecho de que tenéis temor.

PREGUNTA: *¿Es posible hallarse siempre en el estado de plena atención que excluye el miedo?*

KRISHNAMURTI: En la atención no hay exclusión; no es un proceso de resistencia. Hemos entrado en la cuestión del temor y vimos que no hay temor cuando estáis atendiendo. En la atención no hay un proceso de pensamiento excluyente. Podéis utilizar el pensamiento, pero no hay exclusivismo. No sé si veis lo que digo. Estoy atendiendo; en el momento estoy ahí completamente. Pero estoy utilizando palabras para comunicar. El uso de las palabras se limita a eso solamente, a la comunicación, y no a la vivencia del hecho mismo.

Y hay la cuestión de si podemos mantener plena atención. 'Mantener' implica tiempo, y por lo tanto ya habéis destruido la atención. Si cesa la atención, dejadla, y dejad que surja. No digáis: 'tengo que mantenerla'; pues eso significa esfuerzo, tiempo, pensamiento, y todo lo demás.

PREGUNTA: *¿Está relacionada toda la memoria con el conocimiento, o es ese silencio una memoria de distinta clase?*

KRISHNAMURTI: Todo el proceso de conocer de reunir experiencia, se convierte en memoria, que es tiempo. Conocemos el proceso mecánico de acumular memoria. Cada experiencia incomprendida, incompleta, deja su huella, a la que llamamos memoria.

Y ¿es esa quietud una memoria de clase diferente? No tiene nada que ver en absoluto con la memoria. Esta implica ¿no es así?, continuidad: el pasado, el presente y el futuro. La quietud no tiene continuidad; y es importante comprender esto. Puede uno inducir, disciplinar el cerebro para que esté quieto, y esa disciplina tiene continuidad; pero la quietud que es resultado de la disciplina, de la memoria, no es quietud en absoluto.

Hablamos de una quietud que llega sin invitación, cuando no hay miedo de ninguna clase, manifiesto o secreto. Y cuando existe esa quietud, que es una absoluta necesidad, y que no es de la memoria, entonces hay una clase de movimiento del todo diferente.

14 de septiembre de 1961

XXVII

QUISIERA hablar de algo que me parece importante; es la cuestión de la mutación y el cambio. ¿Qué entendemos por cambio? Y ¿a qué nivel, a qué profundidad cambiamos? Evidentemente, el cambio es necesario; no sólo tiene que cambiar el individuo, sino también lo colectivo. No creo que haya ninguna mente colectiva, excepto los instintos raciales heredados y el conocimiento almacenado en el subconsciente; pero obviamente, la acción colectiva es necesaria. Mas para que esa acción colectiva sea completa, no discordante, el individuo tiene que cambiar en su relación con lo colectivo. En la acción misma del individuo que cambia, seguramente lo colectivo también cambiará. No son dos cosas separadas, opuestas entre sí, el individuo y lo colectivo, aunque ciertos grupos políticos tratan de separarlas y de forzar al individuo a ajustarse a lo llamado colectivo.

Si pudiéramos aclarar juntos todo el problema del cambio, cómo producir un cambio en el individuo y lo que ese cambio implica, entonces tal vez, en el acto mismo de escuchar, participando en la indagación, podría producirse un cambio sin vuestra volición. Para mí, un cambio deliberado, un cambio que es compulsivo, disciplinario, por conformidad, no es cambio en absoluto. La fuerza, la influencia, alguna nueva invención, la propaganda, un temor, un motivo, os compelen a cambiar; mas eso no es ningún cambio. Y aunque intelectualmente podáis asentir con facilidad a esto, os aseguro que es muy extraordinario el sondear la verdadera naturaleza del cambio sin motivo.

La mayoría de nosotros tenemos hábitos de pensamiento, de ideas, de inclinaciones físicas, tan fijos, tan profundamente arraigados, que parece casi imposible abandonarlos. Hemos establecido ciertos modos de comer, insistimos en ciertos alimentos, varias formas de vestir, hábitos físicos, hábitos emocionales y hábitos de pensamiento, etc.; y resulta realmente muy difícil producir un cambio profundo, radical, sin alguna amenaza compulsiva. El cambio que conocemos en siempre muy superficial. Una palabra, un gesto, una idea, un invento, pueden hacer que rompamos un hábito y nos ajustemos a una nueva norma, y creemos que hemos cambiado. Dejar una iglesia e incorporarse a otra, dejar de llamarse francés para llamarse europeo o internacionalista, esa clase de cambio es muy superficial; es mera cuestión de comercio, de intercambio. Un cambio en la manera de vivir, el emprender un viaje alrededor del mundo, el cambiar de ideas, de actitudes, de valores, todo este proceso me parece muy superficial, porque es resultado de alguna fuerza compulsiva, exterior o interior.

Podemos, pues, ver muy claramente que el cambiar debido a cualquier influencia exterior, por temor, o debido al deseo de lograr un resultado, no es un cambio radical. Y nosotros necesitamos un cambio completo, una tremenda revolución. Lo que necesitamos no es un cambio de ideas, de normas, sino romper, destruir por completo todas las normas. Podemos ver, históricamente, que todas las revoluciones, por muy prometedoras, por muy violentas que hayan sido al principio, terminan invariablemente en la repetición del viejo modelo; y que todos los cambios producidos por la compulsión del temor o de la recompensa, de la ganancia, son simplemente otra adaptación. Y tiene que haber un cambio, porque no podéis seguir viviendo con estas actitudes, creencias y dogmas mezquinos, estrechos, limitados. Tienen que ser destruidos, quebrantados. Y ¿cómo van a ser quebrantados? ¿Cuáles son los procesos que romperán totalmente la formación de hábitos? ¿Es posible no tener norma alguna, no dejar un hábito para establecer otro?

Si hasta aquí se ha comprendido toda la cuestión, entonces podemos proceder a descubrir si es posible obtener una cualidad de la mente o el cerebro que sea siempre fresca, siempre joven, nueva, que jamás cree un hábito de pensamiento, ni se aferre a un dogma o creencia. Me parece, pues, que tenemos que inquirir acerca de todo el armazón de la conciencia en que funcionamos. El total de nuestra conciencia, la oculta y la superficial, funciona dentro de un marco, un límite; y la cuestión con que nos enfrentamos es la destrucción de los límites. No es simplemente cuestión de cambiar de modo de pensar; porque podéis pensar de una nueva manera, como el más reciente comunista, o adoptar una nueva creencia; pero ello estará aún dentro del marco de la conciencia, del pensamiento; y el pensamiento es siempre limitado. De modo que un cambio en la norma de pensamiento no es la destrucción de las limitaciones de la conciencia.

La mayoría de nosotros estamos muy satisfechos con un ajuste superficial y creemos que es un progreso el aprender una nueva técnica, un nuevo idioma, conseguir un nuevo empleo, hallar otra manera de ganar dinero, o entablar una nueva relación cuando la antigua se vuelve fastidiosa. Para la mayoría de nosotros la vida está en ese nivel: adaptación, compulsión, romper con las viejas normas y quedar presos en otras nuevas. Pero eso no es cambio en absoluto, y las presentes circunstancias humanas reclaman una completa revolución, una mutación total. Tenemos pues que penetrar mucho más hondo en la conciencia para descubrir si es posible producir un cambio radical, de modo que se rompan las limitaciones del pensamiento y quede libre la conciencia.

Tal vez superficialmente, conscientemente, podáis borrar un poco lo que está sobre la pizarra; pero limpiar los profundos recovecos del propio corazón y mente, lo oculto, lo inconsciente, parece casi imposible ¿no es verdad? Porque no sabéis lo que hay allí; la mente superficial no puede penetrar en el oscuro depósito de la memoria. Pero ello tiene que ser hecho.

Espero que no os limitaréis a seguir todo esto verbal, intelectualmente, porque ese sería un estúpido juego; sería como jugar con cenizas. Mas, si seguís experimentalmente, ‘factualmente’ -no al que habla, sino el experimento que vosotros mismos estáis realizando- entonces creo que ello tendrá gran valor. Así que ¿cómo podemos entrar en lo inconsciente, en los ocultos rincones del propio corazón, mente y cerebro? Los psicólogos y los analistas tratan de retrotraeros a la infancia y todo lo demás; pero esto no resuelve en absoluto el problema fundamental, porque existe el intérprete, el que evalúa, y os estaréis ajustando simplemente de nuevo a una norma. Hablamos de destruir las normas por completo, porque las normas son sencillamente las experiencias de millares de años, forzadas sobre el cerebro, que es fantásticamente sensible y adaptable, por repetición.

¿Cómo haremos, pues, para romper las normas? Ante todo, tenemos que estar seguros de que el proceso analítico seguido por el psicólogo, el analista o por vosotros mismos, carece de valor cuando lo que nos interesa es la completa transformación, la mutación completa. Puede tener algún valor al capacitar a una persona mentalmente enferma para adaptarse más a la presente malsana sociedad; pero no estamos hablando de eso. Antes de poder seguir adelante, tenemos que estar completamente seguros de que el análisis no puede producir una revolución total en la conciencia. ¿Qué está implicado en el análisis? Tanto si os lo hace otra persona como si lo hacéis vosotros mismos, siempre hay el observador y lo observado ¿no es verdad? Existe el observador, que vigila, critica, censura; y él está interpretando lo que observa de acuerdo con una serie de valores que ya tiene. Hay pues una división entre el observador y lo observado, un conflicto; y si el observador no observa con precisión, hay un falseamiento, y este falseamiento se lleva en adelante indefinidamente, causando más profunda incomprensión. No termina pues nunca el error de cálculo en el análisis. De eso podéis estar absolutamente seguros; seguros en el sentido de que podéis ver que ese no es el buen camino para liberar la conciencia.

De modo que si, no sabiendo cuál es el correcto enfoque, podemos sin embargo rechazar el enfoque falso, entonces la mente se halla en un estado de negación ¿no es así? Me pregunto si habréis ensayado alguna vez el pensar negativo. La mayor parte de nuestro pensar es positivo, que también incluye cierta forma de

negación. Nuestro pensar se basa actualmente en el miedo, en la ganancia, en la recompensa, en la autoridad; pensamos de acuerdo a una fórmula, y ese pensar es positivo, con sus propias negaciones. Pero nosotros estamos hablando de negar lo falso sin saber qué es verdadero. ¿Podemos decirnos: 'sé que el análisis es falso, que no destruirá las limitaciones de la conciencia ni producirá una mutación, de modo que no lo consentiré'? O bien, 'sé que el nacionalismo es un veneno, tanto si es el de Francia como el de Rusia o la India, de modo que lo rechazo. Sin saber qué otra cosa puede haber, puedo ver que el nacionalismo es un mal'. Y para ver que los dioses, los salvadores, las ceremonias que el hombre ha inventado, tanto si son de hace diez mil años, de dos mil años, o de los últimos cuarenta años, para ver que carecen de validez y para rechazarlos por completo, para eso hace falta una mente, un cerebro, muy claros, que no tengan miedo en su negación. Y entonces, al negar lo que es falso, estáis ya empezando a ver lo que es verdadero ¿no es así? Para ver lo verdadero tiene que haber primero negación, la negación de lo que es falso. No sé si estáis siguiendo todo esto.

Para descubrir qué es la belleza, tenéis que negar toda la belleza que el hombre ha creado. Para experimentar la esencia de la belleza, tiene que haber primero la destrucción de todo lo que se ha creado hasta ahora; porque la expresión, por muy maravillosa que sea, no es belleza. Para descubrir qué es la virtud, que es cosa extraordinaria, tiene que eliminarse por completo la moral social de la respetabilidad, con todos sus necios tabúes sobre lo que debéis y no debéis hacer. Cuando veis y rechazáis lo que es falso, sin saber de antemano lo que es verdadero, entonces en eso está el auténtico estado de negación. Sólo la mente y el cerebro vacíos de lo falso pueden descubrir lo verdadero.

De modo que si el proceso analítico no rompe el marco dentro del cual funciona la conciencia, si habéis rechazado ese proceso, entonces tenéis que preguntaros cuáles son las demás cosas falsas que hay que negar. Espero estéis siguiendo todo esto.

Seguramente, la otra cosa que hay que negar es la de manda de un cambio. ¿Por qué queremos un cambio? Nunca reclamáis un cambio si las condiciones actuales os convienen, os satisfacen. No queréis una revolución si tenéis un millón de dólares. No queréis una revolución si estáis cómodos, si sois burgueses, establecidos en la sociedad con vuestra esposa, vuestro marido, vuestros hijos. Decís entonces: '¡por Dios, dejadlo todo en paz!' Sólo queréis un cambio cuando estáis molestos, descontentos, cuando queréis más dinero, una casa mejor. De modo que si penetráis en ello muy hondamente, veis que nuestra demanda de cambio es la exigencia de una vida más cómoda, más ventajosa. Se basa en un motivo, adquirir una nueva clase de confort, de seguridad. Ahora bien, si consideréis falso ese proceso, como debéis considerarlo, si queréis descubrir qué es verdadero ¿existe entonces la búsqueda de un cambio? ¿Existe siquiera una búsqueda?

Al fin y al cabo, todos los que estáis aquí queréis descubrir ¿no es así? ¿Qué buscáis y por qué buscáis? Si entráis en ello a fondo, hallaréis que estáis descontentos de las cosas como están, y queréis algo nuevo. Y lo nuevo tiene que ser siempre satisfactorio, consolador, tranquilizante, seguro. Las personas llamadas religiosas buscan a Dios. Por lo menos ellas así lo dicen. Pero la busca implica seguramente algo que habéis perdido, algo que habéis conocido y que queréis recobrar. ¿Cómo podéis buscar a Dios? No sabéis nada sobre Dios, excepto lo que se os ha dicho, que es propaganda. La iglesia sigue por la propaganda, y los comunistas también. Pero no sabéis nada sobre Dios; y para descubrir tenéis primero que negar totalmente, dejar de lado toda forma de propaganda, todos los engaños que las iglesias y otros han urdido.

Así pues, para que se produzca la completa mutación en la conciencia, tenéis que rechazar el análisis y la búsqueda, no estar más bajo ninguna influencia, lo cual es enormemente difícil. La mente, viendo lo que es falso, lo ha dejado de lado por completo, sin saber qué es verdadero. Si ya conocéis lo verdadero, entonces estáis meramente cambiando lo que consideráis falso por lo que imagináis verdadero. No hay renunciación si sabéis lo que vais a recibir a cambio. Sólo hay renunciación cuando dejáis algo sin saber lo que va a pasar. Ese estado de negación es completamente necesario. Os ruego sigáis esto con cuidado, porque, si habéis llegado hasta aquí, veréis que en ese estado de negación descubrís lo que es verdadero; porque la negación consiste en vaciar la conciencia de lo conocido.

Después de todo, la conciencia se basa en el conocimiento, la experiencia, la herencia racial, la memoria, en las cosas que uno ha experimentado. Las experiencias siempre son del pasado, actuando sobre el presente, son modificadas por el presente y continúan en el futuro. Todo eso es la conciencia, el vasto depósito de siglos. Tiene su utilidad solamente en el vivir mecánico. Sería absurdo negar todo el conocimiento científico adquirido a lo largo del dilatado pasado. Pero para producir una mutación en la conciencia, una revolución en toda esta estructura, tiene que haber vacío completo. Y ese vacío únicamente es posible cuando hay descubrimiento, cuando de hecho se ve qué es falso. Entonces veréis, si habéis llegado hasta ahí, que el vacío mismo produce una revolución completa en la conciencia; se ha realizado.

Como sabéis, muchos de nosotros tenemos miedo, nos espanta estar solos. Siempre queremos una mano en qué apoyarnos, una idea a que asirnos, un Dios que adorar. Nunca estamos solos. En nuestro cuarto, en un ómnibus, tenemos la compañía de nuestros pensamientos, de nuestras ocupaciones; y cuando estamos con otras personas, nos adaptamos al grupo, a la compañía. Realmente nunca estamos solos, y para la mayoría de las personas, sólo pensar en ello es espantoso. Mas la mente, el cerebro que están completamente solos, vacíos de toda exigencia, de toda forma de ajuste, de toda influencia, vaciados por completo, sólo una mente así descubre que ese mismo vacío es mutación.

Os aseguro que todo nace de lo vacío; todo lo nuevo surge de esta vasta, inconmensurable, insondable sensación de vacuidad. Esto no es romanticismo, no es una idea, no es una imagen, no es una ilusión. Cuando negáis por completo lo falso sin saber lo que es verdadero, entonces hay una mutación en la conciencia, una revolución, una transformación total. Acaso entonces ya no exista la conciencia tal corno la conocemos, sino algo enteramente distinto; esa conciencia, ese estado, puede vivir en este mundo, porque no estamos negando el conocimiento mecánico. De modo que, si habéis penetrado en ello, ahí está.

Pero la mayoría de nosotros queremos un cambio que es sólo una continuidad modificada. En eso no hay nada nuevo. En eso no hay mente fresca, joven. Y sólo la mente fresca, inocente, joven, es la que puede descubrir lo que es verdadero; y sólo a una mente así, libre de lo conocido, puede llegar lo Innombrable, lo Incognoscible.

PREGUNTA: *Si unto percibe lo falso como falso, y lo deja, ¿es eso negación, o hay algo más en ella?*

KRISHNAMURTI: Creo que hay algo más que eso en la negación. ¿Qué es lo que os hace negar, cuál es la razón, el motivo? Lo que os impulsa a rechazar algo es el miedo o bien el provecho. Si ya no os consuela vuestra iglesia, ingresáis a otra, o a alguna estúpida secta. Pero si rechazáis toda clase de iglesia, toda forma de aferrarse a algo que os dé consuelo, sin saber a dónde os va a llevar, en ese estado de incertidumbre, en ese estado de peligro, entonces eso es negación. Eso requiere una percepción muy clara de que cualquier organización religiosa es perjudicial, es algo feo, que mantiene al hombre en cautiverio; y, cuando negáis eso, negáis todas las organizaciones espirituales. Y eso significa que tendréis que estar solo ¿no es así? En cambio, todos vosotros queréis pertenecer a una u otra cosa, llamaros franceses, ingleses, alemanes, católicos, protestantes, y todas las demás cosas. Instar completamente fuera de todo eso es negación.

PREGUNTA: *¿Cómo podemos vivir prácticamente en este mundo, cuando llegamos a ese sentimiento de vacuidad?*

KRISHNAMURTI: Ante todo, ¿llegáis a eso? Y además, nosotros no hemos negado el conocimiento mecánico, ¿verdad? Debéis tener conocimiento mecánico para vivir en este mundo, para ir a vuestra oficina, para funcionar como ingeniero, como electricista, violinista o lo que queráis. Estamos hablando de una revolución en la conciencia, en la psiquis, en el ser entero. El conocimiento técnico superficial, la maquinaria mecánica del funcionamiento del empleo diario, eso lo debéis tener. Pero si la mente que utiliza este conocimiento técnico no es completamente libre, no se halla en estado de mutación, entonces el mecanismo superficial se vuelve destructivo, nocivo, feo, brutal; y eso es lo que está pasando en el mundo.

PREGUNTA: *¿Podéis decirnos otra vez por qué es erróneo el análisis? No lo he comprendido bien.*

KRISHNAMURTI: Vamos a considerarlo de otro modo. ¿Qué son los sueños? ¿Por qué soñamos? No me estoy desviando de la cuestión. Soñáis porque durante el día tenéis el cerebro tan ocupado, que no tiene la quietud en la cual y con la cual pueda profundizar. Y ya sabéis cómo está ocupado: con el empleo, la competencia, con mil cosas. De modo que, mientras estáis dormidos, hay insinuaciones, intimaciones de lo inconsciente, que se convierten en símbolos, sueños; y, al despertar, los recordáis y tratáis de interpretarlos o de que os los interprete otro. Ya conoceis todo este proceso. Pero ¿por qué soñáis siquiera? ¿Por qué habéis de soñar? ¿No es acaso el sonar -si puedo usar la palabra- falso? Porque, si sois observadores, si os dais cuenta de todo lo que pasa alrededor y dentro de vosotros en todas las horas de vigilia, entonces, en esa vigilancia dejáis al descubierto todo a medida que avanzáis, todos los motivos inconscientes salen a la mente consciente y son comprendidos, deseos, impulsos. Entonces, cuando dormís, no es posible soñar; entonces el dormir tiene otro significado completamente distinto. Lo mismo pasa con el análisis. Si podéis percibir el proceso total del análisis de una ojeada -y efectivamente podéis- entonces veis muy bien que mientras haya un observador, un

censor que interpreta, el análisis tiene siempre que ser falso. Porque la condenación o la aprobación que formula el censor se basa en su condicionamiento.

PREGUNTA: *Habláis de librarse de toda influencia; pero, ¿no están influyendo sobre nosotros estas reuniones?*

KRISHNAMURTI: Si el orador os está influenciando, entonces lo mismo podríais ir al cine, a la iglesia, o a 'misa'. Si sois influido por el que habla, entonces estáis creando autoridad; y cualquier forma de autoridad os impide comprender lo real, lo verdadero. Y si sois influenciados por el que habla, no habéis comprendido lo que él ha estado diciendo durante la hora pasada, o los últimos treinta años. Estar libre de toda influencia -de los libros que leéis, los periódicos, el cine, la educación que habéis tenido, la sociedad a que pertenecéis, la influencia de la iglesia-, darse cuenta de todas las influencias y no quedar atrapado en ninguna de ellas, eso es inteligencia. Eso requiere estar alerta, vigilante, darse cuenta de todo lo que pasa dentro, de toda reacción, lo cual significa no dejar pasar un sólo pensamiento sin conocer el contenido, el trasfondo, el motivo de ese pensamiento.

17 de septiembre de 1961

XXVIII

SI se me permite, quisiera hablar con vosotros sobre un asunto bastante complejo, que es la muerte. Pero antes de comenzar, desearía sugerir a quienes están tomando notas, que no lo hagan. El que habla no está dando una conferencia de la que tomáis apuntes y más tarde vosotros u otros interpretáis lo que se ha dicho. Los intérpretes son explotadores, tanto si son bien intencionados como si sólo buscan darse importancia. Por eso propondría seriamente que escuchéis, que experimentéis, en vez de reflexionar sobre ello luego, o escuchar los comentarios de otros sobre lo mismo, todo lo cual es tan inútil.

Quisiera también señalar que las palabras en sí, tienen muy poco sentido. Son símbolos, usados con objeto de comunicarse. Tengo que usar ciertas palabras, pero las empleo con el fin de conversar; y a través de ellas uno tiene que tentar su camino hacia cosas que no son explicables con palabras; y en eso hay un peligro, porque somos propensos a interpretar las palabras de acuerdo a nuestro agrado o desagrado, y perder por lo tanto el significado de lo que en realidad se ha dicho. Estamos tratando de descubrir qué es falso y qué es verdadero, y para hacer esto, tiene uno que ir más allá de las palabras. Y al ir más allá de las palabras está ese peligro de nuestra propia interpretación personal, individual, de esas palabras. De manera que si deseamos penetrar de veras profundamente en este problema de la muerte, como intento hacerlo, tenemos que darnos cuenta de las palabras y de su significado y cuidarnos de no interpretarlas de acuerdo con lo que nos gusta o no nos gusta. Si nuestras mentes están libres de la palabra, del símbolo, entonces podremos estar en comunión unos con otros más allá de las palabras.

La muerte es un problema bastante complejo, si es que realmente hemos de experimentar y penetrar en él profundamente. Nosotros, o lo racionalizamos, lo explicamos intelectualmente y nos desentendemos de él, o bien tenemos creencias, dogmas, ideas, a que recurrimos. Pero los dogmas, creencias y racionalizaciones no resuelven el problema. La muerte está allí, siempre está ahí. Aunque los médicos y científicos puedan prolongar la maquinaria física por cincuenta o más años, la muerte está esperando. Y para comprenderla tenemos que penetrarla, no verbalmente, intelectual o sentimentalmente, sino de veras encarar el hecho y penetrar en él. Eso requiere mucha energía, gran claridad de percepción; y la energía y la claridad faltan cuando hay miedo.

A la mayoría de nosotros, seamos jóvenes o viejos, nos asusta la muerte. Aunque vemos pasar la carroza fúnebre todos los días, la muerte nos espanta; y donde hay miedo, no hay comprensión. De modo que para entrar en el problema de la muerte, el requisito primero, esencial, es estar libre de miedo. Y por 'entrar' entiendo vivir con la muerte -no verbalmente, no intelectualmente, sino de hecho saber lo que se siente al vivir con algo tan drástico tan definitivo, con lo que no podéis discutir, no podéis regatear. Pero para hacer esto, primero tiene uno que estar libre de miedo; y eso es extraordinariamente difícil.

No sé si alguna vez habéis ensayado estar libres del miedo de cualquier cosa: de la opinión pública, de perder vuestro empleo, de estar sin una creencia. En tal caso sabréis que es extremadamente difícil deshacerse por completo del miedo. ¿Conocemos el miedo de hecho, o es que siempre hay un intervalo entre el proceso de pensamiento y el hecho? Si temo la opinión pública, qué dirá la gente, ese temor es sólo un proceso de

pensamiento, ¿no es así? Pero cuando se presenta efectivamente el momento de enfrentar el hecho de lo que está diciendo la gente, en ese momento mismo no hay temor. En el total darse cuenta no hay experimentador. No sé si jamás habéis ensayado estar completamente atento sin ninguna elección, estar enteramente perceptivo sin nada que limite la atención. Si uno está así consciente, puede ver que siempre está huyendo, siempre está escapando de las cosas a las cuales tiene miedo. Y es ese huir de las cosas que la mente considera temibles lo que crea el miedo, lo que es el miedo. Lo que significa en realidad que el miedo es causado por el tiempo y el pensamiento.

Y ¿qué es el tiempo? Aparte del tiempo cronológico del reloj -en el sentido de mañana, de ayer- ¿hay tiempo, interiormente, psicológicamente? ¿O es que el pensamiento ha inventado el tiempo como medio de llegar, como medio de ganar, para cubrir el intervalo entre *lo que es* y *lo que debería ser*? *Lo que debería ser* es sólo una afirmación ideológica; no tiene validez, es sólo una teoría. Lo efectivo, lo 'factual', es *lo que es*. Frente a frente con *lo que es* no hay miedo. Uno tiene miedo de saber lo que en verdad uno es, pero al enfrentar realmente *lo que es*, no hay miedo. Es el pensamiento, es el pensar acerca de *lo que es*, lo que crea el miedo. Y el pensamiento es un proceso mecánico, una respuesta mecánica de la memoria; de manera que la cuestión es: ¿puede el pensamiento morir para sí mismo? ¿Puede uno morir para todos los recuerdos, las experiencias, los valores, los juicios que ha acumulado?

¿Habéis ensayado alguna vez morir para algo? ¿Morir, sin argumento, sin elección, para un dolor, o más especialmente para un placer? En el morir no hay argumento; no podéis argüir con la muerte; es definitiva, absoluta. Del mismo modo tiene uno que morir para un recuerdo, para un pensamiento, para todas las cosas, para las ideas que ha acumulado, reunido. Si lo habéis ensayado, sabréis cuán extraordinariamente difícil es eso; cómo la mente, el cerebro, se aferra, se apega a un recuerdo. Abandonar algo totalmente, completamente, sin pedir nada en cambio, requiere una clara percepción, ¿verdad?

Mientras haya continuidad de pensamiento como tiempo, como placer y dolor, tiene que haber miedo; y donde hay miedo, no hay comprensión. Creo que esto es bastante sencillo y claro. Tiene uno miedo de tantas cosas; pero si tomáis una de esas cosas y morís para ella por completo, entonces hallaréis que la muerte no es lo que habíais imaginado que era; es algo totalmente diferente. Pero nosotros queremos continuidad. Hemos tenido experiencias, reunido conocimientos, acumulado diversas formas de virtud, formado un carácter, etc.; y tenemos miedo de que eso termine; y así preguntamos '¿qué me pasará cuando venga la muerte?' Y ese es en realidad el problema. Conociendo la inevitabilidad de la muerte, recurrimos a la creencia en la reencarnación, la resurrección y todas las fantasías involucradas en la creencia -lo que en realidad es una continuación de lo que sois. Y de hecho ¿qué sois? Dolor, esperanza, desesperación, diversas formas de placer; estáis atados por el tiempo y la tristeza. Tenemos unos pocos momentos de alegría pero el resto de nuestra vida es vacío, superficial, una constante batalla, lleno de lucha y miseria. Esto es todo lo que conocemos de la vida y esto es lo que queremos que continúe. Nuestra vida es la continuidad de lo conocido; nos movemos y actuamos de lo conocido a lo conocido; y cuando lo conocido se destruye, surge toda la sensación del miedo, miedo de hacer frente a lo desconocido. La muerte es lo desconocido. Así pues, ¿puede uno morir para lo conocido y hacerle frente? Es ésta la cuestión.

No estoy hablando de teorías. No estoy traficando con ideas. Estamos tratando de descubrir qué significa vivir. Vivir sin miedo puede ser inmortalidad, estar libre de muerte. Morir para los recuerdos, para el ayer y el mañana, es por cierto vivir con la muerte; y en ese estado no hay miedo de la muerte y de todas las absurdas invenciones que el miedo crea. ¿Y qué significa morir interior mente? El pensamiento es una continuidad del ayer hacia el futuro, ¿verdad? El pensamiento es la respuesta de la memoria. La memoria es el resultado de la experiencia y ésta es el proceso del reto y la respuesta. Podéis ver que el pensamiento funciona siempre en el terreno de lo conocido; y en tanto esté funcionando la maquinaria del pensamiento, tiene que haber miedo. Porque es el pensamiento que impide inquirir en lo desconocido.

Mirad, estamos tratando de examinar esto juntos. No os estoy hablando como una persona que ha descubierto algo nuevo y os lo está refiriendo simplemente para que sólo lo sigáis verbalmente. Debéis seguirlo y escudriñar vuestra propia mente y corazón. Debe haber conocimiento propio; porque el conocerse a sí mismo es el comienzo de la libertad del miedo.

Nos preguntamos si es posible vivir con la muerte, no a último momento cuando la mente está enferma o hay vejez o un accidente, sino de hecho descubrirlo ahora. Vivir con la muerte debe ser una experiencia extraordinaria, algo totalmente nuevo, no pensado, y que el pensamiento no puede descubrir. Y para descubrir qué significa vivir con la muerte, debéis tener inmensa energía, ¿no es así? Para vivir con vuestra esposa, con vuestro esposo, con vuestros hijos, con vuestros vecinos y no ser pervertido, desviado; para vivir con un árbol, con la naturaleza, para hacer frente a eso necesitáis tener energía. Para vivir con una cosa fea debéis tener energía; de lo contrario la cosa fea os torcerá, o llegaréis a acostumbraros a ella mecánicamente; y lo mismo

vale para lo bello. A menos que viváis intensamente, completamente, con plenitud en un mundo de esta clase, donde hay todo tipo de propaganda, de influencia, de presión, de control, de falsos valores, llegaréis a acostumbraros a todo ello, y eso embota la mente, el espíritu. Y para tener energía no debe haber miedo; lo que significa que no se debe pedir nada en absoluto a la vida. No sé si podéis llegar hasta eso: no pedir nada a la vida.

El otro día hemos discutido sobre la 'necesidad'. Necesitamos ciertas comodidades físicas, alimento y techo; pero tener exigencias psicológicas para la vida significa que estáis mendigando, que tenéis miedo. Requiere una intensa energía estar solo. Comprender esto no es cuestión de pensar sobre ello. Sólo hay comprensión cuando no hay elección, ni se juzga, sino que únicamente hay observación. Morir cada día significa no arrastrar todas vuestras ambiciones de ayer, vuestros agravios, vuestros recuerdos de realizaciones, vuestros rencores, vuestros odios. La mayoría de nosotros de caemos, pero eso no es morir. Morir es saber qué es el amor. El amor no tiene continuidad, ni mañana. El retrato de una persona en la pared, la imagen en vuestra mente, eso no es amor, es sólo recuerdo. Como el amor es lo desconocido, así también la muerte es lo desconocido. Y para penetrar lo desconocido, que es la muerte y el amor, tiene uno que morir primero para lo conocido. Solo entonces la mente es fresca, joven e inocente; y en eso no hay muerte.

Sabéis, si os observáis a vosotros mismos como en un espejo, que no sois más que un haz de recuerdos, ¿verdad? Y todos esos recuerdos son del pasado; todos han terminado, ¿verdad? ¿No puede uno, pues, morir para todo eso de golpe? Esto puede hacerse, sólo que exige mucha autoinvestigación, y darse cuenta de cada pensamiento, de cada gesto, de cada palabra, de manera que no haya acumulación. Por cierto, uno puede hacer esto. Entonces sabréis qué es morir cada día; y tal vez sepamos también entonces qué es amar cada día, y no simplemente conocer el amor como recuerdo. Todo lo que ahora conocemos es el humo del apego, el humo de los celos, de la envidia, de la ambición, de la codicia, y todas estas cosas. No conocemos la llama tras el humo. Pero si uno puede apartar el humo completamente, entonces encontraremos que vivir y morir son la misma cosa, no teóricamente, sino de hecho. Después de todo, lo que continúa, lo que no llega a un término, no es creativo. Lo que tiene continuidad jamás puede ser nuevo. Es sólo en la destrucción de la continuidad que existe lo nuevo. No me refiero a la destrucción social o económica; eso es muy superficial. Y si habéis penetrado en esto muy profundamente, no sólo al nivel consciente sino mucho más hondo, más allá del alcance del pensamiento, más allá de toda conciencia -la cual está aún dentro del marco del pensamiento- entonces hallaréis que morir es algo extraordinario. Entonces morir es creación. No el escribir poemas, pintar cuadros o inventar nuevos artefactos -eso no es creación. La creación viene sólo cuando habéis muerto para todas las técnicas, para todo conocimiento, para todas las palabras.

La muerte, pues, tal como la concebimos, es miedo. Y cuando no hay miedo, porque estáis invitando a la muerte cada minuto, entonces cada minuto es algo nuevo; es nuevo porque interiormente lo viejo ha sido destruido. Y para destruir no debe haber miedo, sino sólo el sentido de completa soledad; poder estar completamente solo, sin Dios, sin familia, sin nombre, sin tiempo. Y esto no es desesperación. La muerte no es desesperación. Al contrario, es vivir cada instante completamente, totalmente, sin la limitación del pensamiento. Y entonces encontraréis que la vida es muerte, y que la muerte es creación y amor. La muerte, que es destrucción, es creación y amor; ellos siempre van juntos; los tres son inseparables. Al artista sólo le interesa su expresión, lo que es muy superficial, y él no es creativo. La creación no es expresión, está más allá del pensamiento y del sentimiento, está libre de técnica, libre de palabra y color. Y esa creación es amor.

PREGUNTA: *¿Cómo van a existir las generaciones futuras si morimos a cada minuto?*

KRISHNAMURTI: Creo, si puedo decirlo así, que habéis entendido mal todo esto. ¿Os interesa realmente qué ocurrirá a las próximas generaciones? ¿Es incompatible el amor con la procreación de los hijos? ¿Sabéis lo que significa amar realmente a alguien? No hablo de la lujuria. No estoy hablando de esa identificación completa uno con el otro, de manera que os sentís arrastrados. Eso es relativamente fácil cuando estáis impulsados por la emoción. No hablo de eso. Estoy hablando de esa calidad de la llama que existe cuando vos o el otro cesáis por completo. Pero creo que muy pocos han conocido eso; muy pocos han cesado, ni aún por un momento. Si realmente sabéis lo que eso significa, entonces no es cuestión de futuras generaciones. Después de todo, si en verdad os interesaran las generaciones futuras, tendríais diferentes escuelas, una clase de educación totalmente distinta, ¿no es así?, sin la competencia y todas las demás cosas entorpecedoras.

PREGUNTA: *Si uno no sabe qué es la verdad mientras vive, ¿lo sabrá cuando esté muerto?*

KRISHNAMURTI: Señor, ¿qué es la verdad? La verdad no es algo que os ha dicho la iglesia, el sacerdote, vuestro vecino o un libro; no es una idea o una creencia. Es algo vital, nuevo; tenéis que descubrirlo; está allí para que lo descubráis. Y para descubrirlo tenéis que morir para las cosas que ya conocéis. Para ver algo muy claramente, para ver la rosa, la flor, para ver a otra persona sin interpretación, debéis morir para la palabra, para los recuerdos sobre esa persona. Entonces sabréis qué es la verdad. La verdad no es algo lejano, algo misterioso que sólo puede descubrirse cuando estáis físicamente muertos, en el cielo o en el infierno. Si estuvierais de veras hambrientos, no os satisfarías con explicaciones sobre el alimento. Querríais alimento, no la palabra 'alimento'. Del mismo modo, si queréis descubrir acerca de la verdad, entonces la palabra, el símbolo, las explicaciones, son sólo cenizas, carecen de significado.

PREGUNTA: *Veo que tenemos que estar libres de miedo para tener esa energía, y sin embargo me parece que en cierta manera el miedo es necesario. ¿Cómo vamos, pues, a salir de este circulo vicioso?*

KRISHNAMURTI: Seguramente, cierta medida de miedo físico es necesaria, de otra manera terminaríais bajo un ómnibus. Hasta cierto punto la propia advertencia de la autoprotección es necesaria. Pero más allá de eso no debe haber miedo de ninguna clase. Utilizo la palabra 'debe', no como una orden, sino porque es inevitable. No creo que veamos la importancia, la necesidad de estar total e íntimamente libres de miedo. Una mente temerosa no puede proceder a descubrir en ninguna dirección. Y la razón de que no veamos esto, es que hemos erigido muchos muros de seguridad alrededor nuestro y estamos atemorizados por lo que pasaría, si esas garantías, esas resistencias, fuesen destruidas. Todo lo que conocemos es la resistencia y la defensa. Decimos, '¿qué me pasará si no tengo resistencia contra mi esposa, mi esposo, mi vecino, mi jefe?' Puede no pasar nada, o puede pasar todo. Para descubrir la verdad acerca de ello, debemos estar libres de resistencia, de miedo.

PREGUNTA: *Mientras os estamos escuchando, tal vez vivamos en ese estado; pero, ¿por qué no vivimos en él continuamente?*

KRISHNAMURTI: Me escucháis, ¿verdad?, porque soy bastante insistente, porque soy enérgico y amo aquello de que estoy hablando. No es que me guste precisamente hablar a un auditorio eso no tiene sentido alguno para mí. Descubrir qué significa vivir con la muerte es amar la muerte, comprenderla, penetrar en ella por completo, totalmente, a cada minuto del día. De manera que me escucháis porque os estoy arrinconando para que os veáis a vosotros mismos. Mas después olvidaréis todo esto. Volveréis a la vieja rutina, y luego diréis, '¿cómo puedo salir de esta rutina?' Por eso es realmente mucho mejor no escuchar en absoluto, antes que hacer un nuevo problema de cómo continuar en otro estado. Tenéis bastantes problemas: guerras, vuestros vecinos, vuestros esposos o esposas, vuestros hijos, vuestras ambiciones. No agreguéis otro. O morid completamente, conociendo la necesidad, la importancia, la urgencia de ello, o seguid sin más. No creéis otra contradicción, otro problema.

PREGUNTA: *¿Qué podéis decir de la muerte física?*

KRISHNAMURTI: ¿No se desgasta toda maquinaria? La máquina, por precisamente que esté construida, por bien aceitada que esté, debe finalmente desgastarse. Comiendo correctamente, haciendo ejercicio, encontrando la droga adecuada, podéis vivir ciento cincuenta años, pero al fin la máquina se derrumbará, y entonces tendréis este problema de la muerte. Tenéis el problema al principio y lo tenéis al final. Por lo tanto es mucho más sabio, más cuerdo, más racional, resolver el problema ahora y terminar con él.

PREGUNTA: *¿Cómo responderemos al niño que nos pregunta acerca de la muerte?*

KRISHNAMURTI: Sólo podéis responder al niño si vosotros mismos sabéis qué es la muerte. Podéis decir al niño que el fuego quema porque vosotros mismos os habéis quemado. Pero no podéis decir al nido qué es el amor, ¿verdad?, o qué es la muerte. Ni podéis decir al niño qué es Dios. Si sois católico, cristiano, con creencias y dogmas, responderéis al niño en concordancia; pero eso es sólo vuestro condicionamiento. Si vosotros mismos habéis entrado íntimamente en la casa de la muerte, entonces sabréis realmente qué decir al niño. Pero si jamás habéis probado lo que significa morir, de hecho, íntimamente, entonces cualquier respuesta que deis al niño carecerá de valor, será sólo un conjunto de palabras.

19 de septiembre de 1961

XXIX

EN esta plática necesitamos abarcar mucho terreno, y puede ser algo difícil, o tal vez la palabra acertada sea 'extraño'. Voy a usar ciertas palabras que pueden significar una cosa para vosotros y otra muy diferente para mí. Para entrar realmente en comunión uno con otro en todos los niveles, debemos tener una comprensión mutua de las palabras que usamos y su significado. La meditación, que me propongo indagar con vosotros, tiene para mí una enorme importancia, mientras que tal vez para vosotros sea una palabra de esas que utiliza uno más bien ocasionalmente. Quizá para vosotros signifique un método para lograr un resultado, para llegar a alguna parte; y puede implicar la repetición de palabras y frases para calmar la mente, y la actitud de la súplica. Mas, para mí, la palabra 'meditación' tiene un significado extraordinario; y para penetrar en él plenamente, que es lo que pienso hacer, tenemos primero que comprender, creo, el poder que crea ilusión.

La mayoría de nosotros vivimos en un mundo de meras apariencias. Todas nuestras creencias son ilusiones; carecen de toda validez. Y para desnudar la mente de toda clase de ilusión y del poder de crearla, hace falta una percepción realmente clara, aguda, la capacidad de razonar bien, sin ninguna evasión, ninguna desviación. Un cerebro que no tenga temor, que no se oculte tras secretos deseos, un cerebro que esté muy quieto, sin ningún conflicto, una mente así es capaz de descubrir lo verdadero, de descubrir si hay Dios. No me refiero a la palabra 'Dios', sino a lo que esa palabra representa, algo no medible en términos de palabras o de tiempo, si es que existe tal cosa. Para descubrir, por cierto tiene que terminar toda forma de ilusión y el poder de crearla. Y el despejar la mente de toda ilusión es, para mí, la vía de la meditación. Creo que por la meditación se llega a un vasto campo de inmenso descubrimiento: no invención, no visiones, sino algo enteramente distinto que está de hecho más allá del tiempo, más allá de las cosas que han sido concebidas por la mente del hombre a través de siglos de búsqueda. Si uno quiere realmente descubrir eso por sí mismo, tiene que poner la adecuada fundación, y el poner la acertada base es la meditación. Copiar un modelo, ir tras un sistema, seguir un método de meditación, todo eso es demasiado infantil, demasiado falto de madurez, es tan sólo imitación y no conduce a ninguna parte, aunque produzca visiones.

La correcta base para descubrir si existe una realidad detrás de las creencias que la propaganda ha impuesto sobre la mente de cada uno, solo se produce por el autoconocerse. El propio hecho de conocer acerca de uno mismo es meditación. Saber sobre sí mismo no es saber lo que uno debería ser; eso no tiene validez ni realidad, es simplemente una idea, un ideal. Pero comprender lo que es, el hecho efectivo de lo que uno es, de instante en instante, eso requiere que la mente se libere del condicionamiento. Entiendo por 'condicionamiento', todas las imposiciones que ha hecho sobre nosotros la sociedad, la religión, a través de la propaganda, de la insistencia, de la creencia, del miedo, del cielo y el infierno. Incluye el condicionamiento de la nacionalidad, del clima, de la costumbre, de la tradición, de la cultura como francés, hindú o ruso, y las innumerables creencias, supersticiones, experiencias, que forman todo el trasfondo en que vive la conciencia y que se ha establecido por el propio deseo de estar seguro. Y la investigación de ese trasfondo y su destrucción es lo que constituye la colocación de la correcta base para la meditación.

Sin libertad, no podemos ir muy lejos; sólo deambulamos dentro de la ilusión, que no tiene sentido alguno. Si queremos descubrir si hay o no realidad, si queremos de veras ir hasta el fin mismo de ese descubrimiento -no meramente jugar con ideas, por muy agradables, intelectuales, razonables o aparentemente sanas que sean- tiene que haber primero libertad, liberación del conflicto. Y eso es sumamente difícil. Es bastante fácil eludir el conflicto; podemos seguir algún método, tomar una píldora, un sedante, una bebida, y ya no somos conscientes del conflicto. Pero para entrar a fondo en toda la cuestión del conflicto, hace falta atención.

Atención y concentración son dos cosas diferentes. La concentración es exclusión, estrechar la mente o el cerebro para enfocar aquello que se desea estudias, observar. Eso se comprende con bastante facilidad. Y la concentración excluyente crea distracciones ¿no es así? Cuando deseo concentrarme y la mente divaga sobre alguna otra cosa, esa otra cosa es una distracción, y por tanto hay un conflicto. Toda concentración implica distracción, conflicto y esfuerzo. Por favor, no os limitéis a seguir mis palabras, mis explicaciones, sino seguid en realidad vuestros propios conflictos, vuestras distracciones, vuestros esfuerzos. El esfuerzo implica conflicto ¿no es así?; y sólo hay esfuerzo cuando queréis ganar, alcanzar, evitar, seguir o negar.

Este, si puedo decirlo así, es un punto muy importante que hay que comprender: que la concentración es exclusión, resistencia, reducción del poder del pensamiento. La atención no es en absoluto el mismo proceso. La atención es inclusiva. Sólo podemos atender cuando la mente no tiene barreras. Es decir, puedo ver ahora

los muchos rostros que tengo enfrente, escuchar las voces de afuera, oír el funcionamiento o no funcionamiento del ventilador eléctrico, ver las sonrisas, las cabezas que se mueven asintiendo; la atención incluye socio eso y más. Mientras que si meramente os concentráis, no podéis incluir todo eso; ello se convierte en distracción. En la atención no hay distracción; en ella puede haber concentración, pero ésta no es excluyente. En cambio la concentración excluye la atención. Quizá esto pueda ser algo nuevo para vosotros; pero si queréis experimentara por vosotros mismos, hallaréis que existe una cualidad de atención que puede escuchar, ver, observar, sin ningún sentido de identificación; hay un ver, un observar completo, y por lo tanto sin exclusión.

Estoy hablando un poco sobre todo esto, porque creo que es muy importante comprender que una mente en conflicto sobre cualquier cosa -con respecto a sí misma, a sus problemas, su prójimo, su seguridad- una mente, un cerebro así, jamás puede ser libre. Tenéis pues que descubrir por vosotros mismos si es posible, viviendo en este mundo, teniendo que ganarse la vida, haciendo una vida de familia con todo el fastidio diario de la rutina, las ansiedades, el sentimiento de culpabilidad, penetrar muy profundamente, trascender la conciencia, y vivir sin conflicto interno.

El conflicto existe, seguramente, cuando queréis llegar a ser algo; existe cuando hay ambición, codicia, envidia. Y ¿es posible vivir en este mundo sin ambición, sin codicia? ¿O es el destino final del hombre ser eternamente codicioso, ambicioso, buscar realización y sentirse frustrado, ansioso, culpable y todo lo demás? ¿Y es posible barrer todo eso? Porque sin eliminarlo no podéis ir muy lejos; eso ata el pensamiento. Y el eliminar de la conciencia todo este proceso de ambición, envidia, codicia, es meditación. Una mente ambiciosa no puede saber lo que es el amor; una mente que está paralizada por deseos mundanos no puede ser libre. No es que tengamos que estar sin albergue, alimento, vestido, sin un cierto grado de bienestar físico; pero una mente ocupada con la envidia, el odio, la codicia -tanto si es codicia de conocimientos, de Dios o de más ropas- una mente así, como está en conflicto, jamás puede ser libre. Sólo la mente libre es la que puede llegar lejos.

De modo que el conocerse a sí mismo es el principio de la meditación. Sin conoceros a vosotros mismos, carece de todo sentido repetir una serie de palabras de la Biblia, del Gita o de cualquiera de los llamados libros sagrados. Puede pacificaros la mente, pero podéis hacer eso con una píldora. Repitiendo una frase una y otra vez, vuestro cerebro naturalmente se aquieta, se adormece y embota; y en ese estado de insensibilidad, de embotamiento, podéis tener alguna clase de experiencia, lograr ciertos resultados. Pero seguiréis siendo ambiciosos, envidiosos, codiciosos, y creando enemistad. De modo que el aprender sobre uno mismo lo que uno es en realidad, es el comienzo de la meditación. Uso la palabra ‘aprender’ porque, cuando estáis aprendiendo en el sentido en que hablo, no hay acumulación. Lo que llamáis aprender es el proceso de añadir cada vez más a lo que ya sabéis. Mas, para mí, desde el momento en que hayáis adquirido, acumulado, esa acumulación se vuelve conocimiento, y el conocimiento no es aprender. El aprender jamás es acumulativo; mientras que el adquirir conocimiento es un proceso de condicionamiento.

Si quiero aprender acerca de mí mismo, descubrir lo que en realidad soy, tengo que vigilar todo el tiempo, cada minuto del día, para ver cómo me expreso. Observar no es condenar ni aprobar, sino ver lo que soy de instante en instante. Porque lo que soy está cambiando continuamente, ¿no es así?, nunca es estático. El conocimiento es estático; mientras que el proceso de aprender sobre el movimiento de la ambición nunca es estático, está viviendo, avanzando. Espero que estaré explicándome. De modo que aprender y adquirir conocimiento son dos cosas diferentes. El aprender es infinito, es un movimiento en libertad; el conocimiento tiene un centro que está acumulando, y el único movimiento que conoce es una nueva acumulación, una nueva esclavitud.

Para seguir esta cosa que llamo el ‘yo’, con todos sus matices, sus expresiones, desviaciones, sutilezas, su astucia, la mente ha de estar muy clara, alerta, porque lo que soy está cambiando constantemente, está siendo modificado ¿no es eso? No soy el mismo que ayer, ni siquiera el mismo que hace un minuto, porque cada pensamiento y sentimiento está modificando, moldeando la mente. Y si sólo os interesa condenar o juzgar partiendo de vuestro conocimiento acumulado, de vuestro condicionamiento, entonces no estáis siguiendo, avanzando con la cosa, observando. Así es que el aprender acerca de vosotros mismos tiene un significado mucho más grande que el adquirir conocimiento sobre vosotros mismos. No podéis tener conocimiento estático sobre una cosa viva. Podéis tenerlo sobre algo que ha pasado, porque todo conocimiento está en el pasado; es estático, ya está muerto. Pero una cosa viviente está siempre cambiando, sufriendo modificación; es diferente a cada minuto, y tenéis que seguirla, aprender sobre ella. No podéis comprender a vuestro hijo si estáis todo el tiempo condenando, justificando o identificándoos con el niño; tenéis que vigilarlo sin juzgarlo, cuando duerme, cuando llora, cuando juega, en todo momento.

El aprender sobre vosotros mismos es pues el comienzo de la meditación; y cuando aprendéis con respecto a vosotros mismos, se elimina toda ilusión. Y eso es absolutamente indispensable, pues para descubrir lo que es verdadero -si existe la verdad, algo sin medida- no tiene que haber engaño. Y hay engaño cuando existe el deseo de placer, de consuelo, de satisfacción. Ese proceso, desde luego, es muy sencillo. En vuestro deseo de satisfacción creáis la ilusión, y ahí permanecéis enredados durante el resto de vuestra vida. Ahí estáis satisfecho; y la mayoría de las personas se satisfacen cuando creen en Dios. Están atemorizadas de la vida, de la inseguridad, de la inquietud, de la agonía, de la culpabilidad, de la ansiedad, de la miseria y la tristeza de la vida; establecen pues algo al fin, que llaman Dios, y van a ello. Y habiéndose entregado a la creencia tienen visiones y se convierten en santos, y todo lo demás. Eso no es tratar de descubrir si hay realidad o no. Puede que la haya o no la haya; tenéis que descubrió lo. Y para descubrir tiene que halar libertad al principio y no al fin; libertad de todas esas cosas como la ambición, la codicia, la envidia, la fama, el querer ser importante, y todas esas cosas pueriles.

Así que, cuando estáis aprendiendo sobre vosotros mismos, entráis en vosotros, no sólo al nivel consciente, sino en el nivel profundo, inconsciente, sacando todos los secretos deseos, los secretos empeños, impulsos, compulsiones. Entonces el poder de crear ilusión se destruye, porque habéis puesto los buenos cimientos. Cuando la mente, el cerebro, se autoexamina, se vigila en el movimiento del vivir, sin dejar nunca que escape un solo pensamiento o sentimiento sin ser mirado, comprendido, entonces la totalidad de todo eso es el darse cuenta. Es el daros cuenta de vosotros mismos enteramente, sin condenación, sin justificación, sin escoger, como os mirabais la cara en el espejo. No podéis decir: 'desearla tener otra cara distinta'; está ahí.

Y por esta comprensión propia, el cerebro -que es mecánico, que está perpetuamente charlando, respondiendo a todas las influencias- se vuelve muy tranquilo, pero sensible y vivo. No es un cerebro muerto, sino activo, dinámico, alerta, pero muy quieto, silencioso, porque no tiene conflicto. Es silencioso porque ha desechado, ha comprendido todos los problemas que habla creado por sí mismo. Después de todo, un problema surge sólo cuando no habéis comprendido la cuestión. Cuando el cerebro ha comprendido por completo, cuando ha examinado la ambición, entonces ya no hay más problema acerca de ésta: ella ha terminado. Y así el cerebro queda en calma.

Pues bien, desde este punto podemos seguir adelante, ir juntos, ya sea verbalmente, o haciendo realmente el viaje juntos y experimentando, lo que significa desechar por completo la ambición. Como sabéis, no podéis desechar la ambición o la codicia poco a poco; no se trata de 'mas tarde' ni de 'entretanto'. O la desecháis totalmente o no la desecháis en absoluto. Pero, si habéis llegado hasta ahí, de modo que ya no hay codicia, envidia, ambición, entonces el cerebro está sumamente quieto, sensible, y por lo tanto, libre -todo lo cual es meditación. Y entonces, mas no antes, podéis seguir adelante. El seguir adelante, si no habéis llegado hasta ahí, es mera especulación y no tiene sentido. Para seguir más allá hay que establecer esta base, que es realmente virtud. No es la virtud de la respetabilidad, la moralidad social de una comunidad, sino una cosa extraordinaria, una cosa limpia y verdadera, que surge sin esfuerzo, y que en sí misma es humildad. La humildad es esencial, pero no podéis cultivarla, desarrollarla, practicarla. Decirse 'seré humilde' es demasiado tonto; es vanidad encubierta con la palabra 'humildad'. Pero hay una humildad que surge naturalmente, en forma inesperada, sin buscarla; y entonces no hay conflicto en ella, porque esa humildad nunca está trepando, deseando.

Y, cuando uno ha llegado hasta ahí, cuando hay completo silencio, cuando el cerebro esta por completo en calma y por lo tanto libre, entonces hay un movimiento del todo distinto.

Ahora bien, os ruego comprendáis que para vosotros cate estado es especulativo. Estoy diciendo algo sobre lo cual no sabéis, y por consiguiente para vosotros tiene muy escasa significación. Pero lo digo porque tiene importancia en relación con el todo, con la existencia total de la vida. Porque, si no hay descubrimiento de lo que es verdadero y de lo que es falso, si hay o no verdad, la vida se vuelve extraordinariamente superficial. Tanto si os llamáis cristianos, como budistas, hindúes o lo que queréis, la mayoría de nuestras vidas son muy superficiales, vacuas, torpes, mecánicas. Y, con esa mente torpe tratamos de hallar algo que no se puede poner en palabras. Una mente mezquina que busque lo que es inconmensurable seguirá siendo mezquina. Por lo tanto, la mente torpe tiene que transformase. Hablo, pues, de algo que podéis haber visco o no; pero es importante aprender sobre ello, porque esa realidad incluye la totalidad íntegra de la conciencia, incluye toda la acción de nuestra vida. Para descubrir eso, la mente ha de estar por completo quieta, no por la autohipnosis, no por la disciplina, la represión, ir conformidad; todo eso es tan sólo sustituir un deseo por otro.

No sé si os habrá ocurrido alguna vez tener una mente muy en calma. No la clase de calma que lográis en una iglesia, ni el sentimiento superficial que tenéis cuando vais caminando por la calle, o en un bosque, o cuando estáis ocupado con la radio, con la cocina. Estas cosas exteriores pueden absorberos y os absorben

efectivamente, y hay una temporaria forma de quietud. Eso es como un muchacho qué se divierte con un juguete; el juguete es tan interesante que absorbe toda su energía, su pensamiento; pero eso no es quietud. Yo me refiero a la quietud que surge cuando se ha comprendido la totalidad de la conciencia y ya no se busca, ya no se indaga, no se desea, no se anda a tientas; y, por lo tanto, hay completa quietud. En esa quietud hay un movimiento del todo diferente; y ese movimiento es sin tiempo. No tratéis de retener estas frases, porque como tales carecen de sentido. Nuestros cerebros, nuestros pensamientos, son el resultado del tiempo; de modo que pensar sobre lo que es atemporal no tiene sentido Sólo cuando el cerebro se ha aquietado, cuando ya no busca, no indaga, no elude, no resiste, sino que está en completa quietud, porque ha comprendido todo este mecanismo, sólo entonces, en esa quietud, viene una diferente clase de vida, un movimiento que trasciende al tiempo.

PREGUNTA: *¿No existe una correcta clase de esfuerzo?*

KRISHNAMURTI: Para mí, no hay esfuerzo correcto y esfuerzo erróneo. Todo esfuerzo implica conflicto ¿no es así? Cuando amáis algo, en eso no hay esfuerzo, no hay conflicto ¿verdad? Veo que tiene que haber un enorme cambio en este mundo. Con todos los líderes políticos, los comunistas, los capitalistas, los autoritarios en todas partes, es indispensable en el mundo un cambio fundamental, interiormente. Tiene que haber mutación; y quiero descubrir exactamente lo que significa el cambio. ¿Puede lograrse por el esfuerzo? Cuando usáis la palabra 'esfuerzo', ello implica ¿verdad?, un centro desde el cual hacéis un esfuerzo para cambiar en alguna otra cosa. Quiero cambiar mi ambición, destruirla. Pero ¿qué es la entidad que quiere destruir la ambición? ¿Es la ambición algo separado de la entidad? La entidad que observa la ambición y quiere cambiarla, transformarla en alguna otra cosa, sigue siendo pues ambiciosa; luego no hay cambio alguno. Lo que produce mutación es simplemente observar, ver; no juzgar, valorar, sino sólo observar. Mas ese ver, esa observación, es impedida porque nosotros estamos tan condicionados para condenar, para justificar, para comparar. Lo que produce mutación es el descondicionamiento del cerebro.

Tenemos que ver todo el absurdo de estar condicionado, influenciado: por los padres, la educación, la sociedad, la iglesia, la propaganda de diez mil o de dos mil años. Hay un centro, interiormente, que se ha formado alrededor de todo eso; el centro es eso. Y cuando ese centro encuentra que algo no es beneficioso, quiere entonces ser alguna otra cosa que cree de mayor provecho. Pero no podemos ver esto a causa de nuestro condicionamiento como cristianos, franceses, ingleses, alemanes, o por las influencias de otras personas, por la de nuestra propia elección, la del ejemplo, la de los héroes, etc. Todo esto impide la mutación. Pero comprender que estáis condicionados, ver el hecho, sin astucia, sin deseo de beneficio -sólo ver, no verbalmente, en forma intelectual, sino entrar en efectivo contacto emocionalmente con ese condicionamiento- es escuchar lo que se está diciendo. Si escucháis ahora, cuando la cosa se está diciendo, estáis emocionalmente en contacto con el hecho; y entonces no hay elección: es un hecho, como una sacudida eléctrica. Mas vosotros no recibís esa sacudida emocional, porque os resguardáis, verbalmente os protegéis; decís: '¿qué me va a pasar si pierdo todo, psicológicamente?' Pero un hombre que quiere realmente descubrir, que tiene hambre de esto, debe liberar la mente de todas las influencias y de la propaganda.

Como sabéis, es muy sorprendente lo importante que se ha vuelto la propaganda en nuestras vidas. Ha estado ahí durante siglos, pero ahora se va volviendo cada vez más desenfrenada: la doblez de palabra, la venta; se os pide que compréis; las iglesias repiten sus palabras incesantemente. Y estar libre de todo eso es observar todos los pensamientos, todas las emociones a medida que surgen de momento a momento, para aprenderlo todo sobre ello. Entonces veréis, al observar por completo, que no hay ningún proceso que dilate expresamente el periodo de descondicionamiento; él está ahí inmediatamente, y, por lo tanto, no hace falta esfuerzo alguno.

PREGUNTA: *¿Cómo puede la gente, incluyéndome yo mismo, tener este amor por la realidad?*

KRISHNAMURTI: No podéis tenerlo, señor; no podéis comprarlo. Para los que no conocen el amor, ningún sacrificio ni intercambio lo traerá ¿Cómo conseguís el amor? ¿Por la práctica, por el esfuerzo, porque se os diga día tras día, año tras año, que améis? La mera bondad no es amor; pero el amor incluye la bondad, la amabilidad, el interés por otro. Como veis, el amor no es un resultado final; y en el amor no hay apego. El amor sólo viene cuando no hay temor. Puede uno estar casado, vivir con una familia y amar sin apeno. Pero eso es increíblemente arduo; eso requiere vigilar todo el tiempo.

PREGUNTA: *¿Es distinta la energía que se necesita para descubrir acerca de la muerte, de la que se requiere para la meditación?*

KRISHNAMURTI: El otro día explicaba que, para vivir con la muerte o para vivir con cualquier cosa -con vuestra esposa, con vuestro marido, vuestros hijos, vuestro prójimo- necesitáis energía. La necesitáis para vivir con una cosa bella o con una cosa fea. Si no tenéis energía para vivir con la belleza, os habituáis a ella; y si no tenéis energía para vivir con algo feo, esa fealdad os corrompe, os corroe. Y del mismo modo, para vivir con la muerte, que es morir para todo, cada día, cada minuto, hace falta energía. Y entonces no hay miedo de la muerte, cosa que examinamos el otro día. Y esa misma energía se necesita en la comprensión de sí mismo. ¿Cómo podéis comprenderos a vosotros mismos si no tenéis la energía para ello? Y esta energía surge cuando no hay temor, ni apego a vuestra propiedad, a vuestro marido, esposa, hijos, país, dioses y creencias. Esta energía no es algo que pueda medirse poco a poco; tenéis que tenerla por completo para penetrar en esto. No hay diferencia entre energías: sólo hay energía.

PREGUNTA: *¿Cuál es la diferencia entre concentración y atención?*

KRISHNAMURTI: Este señor quiere saber qué diferencia hay entre concentración y atención. Entraré en ello muy sucintamente. Donde hay concentración hay un pensador, y el pensador se separa a sí mismo del pensamiento, y por consiguiente tiene que concentrarse en el pensamiento para producir en este último un cambio. Pero el pensador mismo es resultado del pensamiento. El pensador no es diferente del pensamiento. Si no hay pensar, no hay pensador.

Ahora bien, en la atención no hay pensador, no hay observador; la atención no es desde un centro. Experimentad con esto; escuchad todo lo que os rodea; oíd los diversos ruidos, el movimiento de las personas mientras uno está hablando, sacando un pañuelo, mirando un libro, todo lo que está pasando ahora. En esa atención no hay pensador, y por o tanto no hay conflicto, ni contradicción, ni esfuerzo. Observar exteriormente es bastante fácil, pero estar atento interiormente a cada pensamiento, cada gesto, cada palabra y sentimiento, requiere energía. Y cuando estáis tan atento, habéis terminado con todo el mecanismo del pensar; y sólo entonces es posible ir más allá de la conciencia.

21 de septiembre de 1961

XXX

ESTA es la última plática. Quisiera hablar esta mañana sobre el dolor y sobre la mente religiosa. Hay dolor por todas partes, exterior e interiormente. Lo vemos en las capas superiores y en las bajas. Ha existido durante miles de años. Se han hilado muchas teorías en torno a él, y sobre él han hablado mucho todas las religiones; pero continúa. ¿Es posible poner fin al dolor, estar libre realmente del dolor interiormente, por completo? No sólo hay el dolor de la vejez y la muerte, sino el del fracaso, de la ansiedad, de la culpa, del miedo, el dolor de la continuada brutalidad, la crueldad del hombre contra el hombre. ¿Es acaso posible desarraigar la causa de este dolor, no en otro, sino en uno mismo? Por cierto, si ha de realizarse alguna transformación, tiene que empezar por uno mismo. Después de todo, no hay separación entre uno mismo y la sociedad. Somos la sociedad, somos lo colectivo. Como francés, ruso, inglés, hindú, somos el resultado de reacciones y respuestas, retos e influencias colectivas. Y al transformar este centro, el individuo, acaso podamos cambiar la conciencia colectiva

Creo que no se trata tanto de una crisis en el mundo exterior como de una crisis en la conciencia, en el pensamiento, en todo nuestro ser. Y creo que es sólo la mente religiosa la que puede disolver este dolor, la que puede disipar por entero, totalmente, el proceso integro del pensamiento y el resultado que este produce en forma de dolor, de miedo, de ansiedad y sentimiento de culpa.

Hemos ensayado muchos medios para librarnos del dolor: ir a la iglesia, escapar hacia creencias, dogmas, entregarnos a diversas actividades sociales y políticas, y otros innumerables medios de escapar de este perpetuo roer del miedo y el dolor. Creo que es sólo la mente verdaderamente religiosa la que puede resolver el problema. Y por mente religiosa quiero significar algo del todo distinto de la mente, del cerebro que cree en la religión. No hay religión donde hay creencia. No hay religión donde hay dogma, donde existe la eterna repetición de palabras, palabras, palabras, ya sea en latín, sánscrito o cualquier otra lengua. Ir a 'misa' es simplemente otra forma de entretenimiento; no es religión. La religión no es propaganda. Tanto si vuestro

cerebro es depurado por la gente de iglesia como por los comunistas, es lo mismo. La religión es algo enteramente diferente de la creencia o la no creencia. Y deseo entrar en toda la cuestión de lo que es la mente religiosas. Veamos pues muy claramente que la religión no es la fe en que creéis: eso es demasiado falto de madurez. Y donde falta madurez tiene que haber dolor. Se requiere gran madurez para descubrir lo que es una verdadera mente religiosa. No es la que cree, por cierto; no es la que sigue a la autoridad, de cualquier clase que sea, tanto si es la del mas grande maestro como la del jefe de determinada secta. Así, es obvio que una mente religiosa está libre de todo seguimiento y, por lo tanto, de toda autoridad.

¿Puedo aquí hacer una pequeña disgresión para hablar de otra cosa? Algunos de vosotros habéis estado escuchando estas nueve platicas durante las tres semanas pasadas con bastante regularidad. Y si os marcháis con un conjunto de conclusiones, con una nueva serie de ideas y frases, os iréis con las manos vacías, o las llevaréis llenas de ceniza. Las conclusiones e ideas de cualquier clase no disuelven el dolor. Espero pues terminantemente que no os aferraréis a las palabras, sino que más bien viajaréis juntos conmigo, de modo que podamos trascender las palabras y descubrir por nosotros mismos, a través del conocimiento propio, lo que son hechos reales, y, desde ahí, emprender el nuevo viaje. El descubrimiento de lo que hay, de hecho, 'factualmente', en uno mismo' produce una respuesta y acción muy diferentes. Espero pues que no os llevaréis las cenizas de las palabras, de los recuerdos.

Como decía, una mente religiosa está libre de toda autoridad. Y es extremadamente difícil estar libre de autoridad, no sólo de la impuesta por otro, sino también de la autoridad de la experiencia que hemos acumulado, que es del pasado, que es tradición. Y la mente religiosa no tiene creencias, ni dogmas, se mueve de hecho a hecho, y por tanto es la mente científica. Pero la mente científica no es la mente religiosa. Esta última incluye a aquella; pero la mente que esta entrenada en el conocimiento de la ciencia no es una mente religiosa.

Una mente religiosa se interesa en la totalidad, no en una función particular, sino en el funcionamiento total de la existencia humana. Al cerebro le concierne una función determinada; se especializa. En la especialización actúa como científico, médico, ingeniero, músico, artista, escritor. Estas técnicas especializadas, circunscriptas, son las que crean división, no sólo interior sino también en lo exterior. Probablemente el hombre de ciencia es considerado como el más importante de los que requiere la sociedad ahora, como pasa con el médico. De modo que la función se vuelve importantísima; y con ella va la categoría, que es prestigio. Así que, donde hay especialización, tiene que haber contradicción y estrechez, y esa es la función del cerebro.

Por cierto, cada uno de nosotros funciona por un estrecho canal de reacciones autoprotectoras. Ahí es donde surge el 'ego', el 'yo', en el cerebro con sus defensas, sus agresiones sus ambiciones, frustraciones y sufrimientos.

Hay pues una diferencia entre el cerebro y la mente. El cerebro es separativo, funcional, no puede ver el todo, funciona dentro de un molde. Y la mente es la totalidad, que puede ver el todo. El cerebro está contenido en la mente pero no la contiene a ella. Y por mucho que el pensamiento se purifique, se refine y someta a control, no puede en modo alguno concebir, formular o comprender lo que es el total. Es la capacidad de la mente la que ve el todo, y no el cerebro.

Pero nosotros hemos desarrollado el cerebro en grado asombroso. Toda nuestra educación es el cultivo del cerebro, porque hay utilidad en el cultivo de una técnica, en la adquisición de conocimiento. La capacidad de ver el todo, la totalidad de la existencia, esa percepción carece de motivo utilitario; por consiguiente la descuidamos. Para nosotros la función es mucho más importante que la comprensión. Y sólo hay comprensión cuando existe la percepción de lo total. Por mucho que el cerebro investigue la razón, el efecto, la causa. Sólo termina el dolor cuando la mente percibe la causa, el efecto, el proceso íntegro, total, y va más allá de las cosas, nunca podrá el pensamiento disolver el dolor.

Para la mayoría de nosotros la función se ha vuelto muy importante, porque ella implica categoría, posición, clase; y cuando mediante la función surge el prestigio, hay contradicción y conflicto. ¡Cómo respetamos al científico y despreciamos al cocinero! ¡Cómo apreciamos al primer ministro, al general, y no hacemos caso del soldado! Hay, pues, contradicción cuando la categoría está relacionada con la función; hay la diferenciación de clases, la lucha de clases. Una sociedad puede tratar de eliminar las clases, pero mientras exista la categoría acompañando a la función, tiene que haber clases. Y eso es lo que todos queremos. Todos queremos prestigio, categoría, que es poder.

Como sabéis, el poder es una cosa extraordinaria. Todo el mundo lo persigue: el ermitaño, el general, el hombre de ciencia, el ama de casa, el marido. Todos queremos poder: el poder que da el dinero, el de dominar, el del conocimiento, el de la capacidad. Nos da posición, prestigio, y eso es lo que queremos. Y el poder es malo, tanto si es el del dictador, el de la esposa sobre el marido o de éste sobre aquella. Es malo

porque fuerza a otros a conformarse, a ajustarse; y en ese proceso no hay libertad. Y lo queremos, en forma muy sutil o muy cruda; y es por eso que buscamos el conocimiento. Los conocimientos son muy importantes para la mayoría de nosotros, y admiramos a los sabios con sus tretas intelectuales, porque con el conocimiento va el poder.

Por favor, escuchad, no simplemente a mí, sino a vuestras propias mentes, cerebros y corazones. Vigiladlos y veréis cuán ávidamente queremos este poder la mayoría de nosotros. Y si se busca el poder no se aprende. Sólo una mente inocente puede aprender; sólo una mente joven, fresca, se deleita en aprender, no la mente, el cerebro cargados de conocimientos, de experiencia. Por eso una mente religiosa está siempre aprendiendo, y no hay fin para el aprender. Aprender no es acumular conocimiento. Al aferraros al conocimiento y acrecentarlo, estáis cesando de aprender. Os ruego sigáis esto hasta el fin mismo.

Cuando observáis todas estas cosas, os dais cuenta de una extraordinaria sensación de aislamiento, de soledad, de estar sin comunicación. La mayoría de nosotros hemos experimentado en uno u otro momento esta sensación de estar completamente solo, encerrado, sin relación con nada ni con nadie. Y al percibir eso, hay miedo; y, cuando hay miedo, existe inmediatamente el impulso, el ansia de eludirlo. Por favor seguid todo esto interiormente, porque esto no es una conferencia; estamos efectivamente haciendo juntos el viaje. Y si podéis emprender el viaje, saldréis de aquí con una mente del todo distinta, con una calidad cerebral muy diferente.

Hay que pasar por esta sensación de soledad, y no podéis pasar por ella si tenéis miedo. Esta soledad es efectivamente creada por la mente a través de sus reacciones autoprotectoras y actividades egocéntricas. Si observáis vuestro propio cerebro y vuestra propia vida, veréis cómo os estáis aislando en todo lo que hacéis y pensáis. Todo eso de 'mi nombre, mi familia, mi posición, mis cualidades, mis capacidades, mi propiedad, mi trabajo', todo eso os está aislando. Hay, pues, soledad, y no podéis evitarla. Tenéis que pasar por ella tan de hecho como tenéis que pasar por una puerta. Y para pasar por ella tenéis que vivir con ella. Y vivir con la soledad, pasar por ella, es llegar a una cosa mucho más grande, a un estado mucho más profundo, que es la 'unitotalidad' (aloneness): estar completamente solo, sin conocimientos. Con eso no quiero decir estar sin el conocimiento mecánico superficial, que es necesario para la existencia diaria; el cerebro no necesita que se lo depure; sino que quiero decir que el conocimiento que uno ha adquirido y acumulado no debiera utilizarse para la propia expansión y seguridad psicológica. Al decir 'unitotalidad' me refiero a un estado invulnerable a toda influencia. Ya no es un estado de aislamiento, porque al aislamiento se lo ha comprendido, y se ha comprendido todo el proceso mecánico del pensar, de la experiencia, del reto y la respuesta.

No sé si habéis pensado alguna vez en este problema del reto y la respuesta. El cerebro está siempre respondiendo a toda clase de retos, conscientes o inconscientes. Todo influencia deja su impresión sobre el cerebro, y este responde. Podéis comprender con bastante facilidad los retos exteriores, que son muy mezquinos; y, si profundizáis bastante, podéis comprender los retos y las respuestas interiores. Os ruego sigáis esto, porque cuando ahondáis aún más no hay reto ni respuesta, lo que no significa que la mente esté dormida. Al contrario, está por completo despierta, tanto, que no necesita ningún reto, ni hay necesidad alguna de respuesta. Ese estado en que la mente está sin reto ni respuesta porque ha comprendido todo el proceso, ese estado es 'unitotalidad'. Así, la mente religiosa comprende todo esto, pasa a través de esto, no en el curso del tiempo, sino percibiéndolo inmediatamente.

¿Trae comprensión el tiempo? ¿Tendréis comprensión mañana? ¿O es que hay comprensión solamente en el presente activo, ahora? Comprender es ver algo de manera total, inmediata. Pero esa comprensión es impedida por cualquier forma de evaluación. El verbalizar, condenar, justificar, etc., impide la percepción. Decís: 'Se necesita tiempo para comprender. Necesito muchos días para ello'. Y cuando tardéis muchos días, el problema arraiga más hondo en la mente, y es mucho más difícil librarse de él, sea el que fuere el problema. La comprensión está, pues, en el presente inmediato, y no en término de tiempo. Cuando veo algo de modo muy claro, inmediato, hay comprensión. Es la 'inmediaticidad' lo importante, no la postergación. Si veo claramente el hecho de que soy colérico, celoso, ambicioso, etc., sin ninguna opinión, valoración ni juicio, entonces el hecho mismo empieza a actuar inmediatamente.

Veis, pues, que la cualidad de 'unitotalidad' es el estado de una mente completamente despierta. Es no pensar en términos de tiempo. Y eso es realmente extraordinario si penetráis en ello. Por consiguiente la mente religiosa no es una mente evolutiva; porque la realidad está más allá del tiempo. Es realmente importante comprender esto, si habéis llegado hasta este punto en el descubrimiento.

Veis que el tiempo cronológico y el psicológico son dos cosas distintas. Estamos hablando del tiempo psicológico, del interno reclamo de más días, más tiempo, para conseguir -lo que significa el ideal, el héroe, la brecha entre lo que sois y lo que deberíais ser. Decís que para salvar esta brecha, para tender un puente sobre

ella, necesitáis tiempo; pero esa actitud es una forma de pereza, porque podéis ver estas cosas inmediatamente si les concedéis toda vuestra atención.

La mente religiosa no se interesa, pues, en el progreso, en el tiempo; se halla en un estado de constante actividad, mas no en términos de ser o de llegar a ser. Podéis entrar en él ahora, aunque probablemente nunca lo hagáis. Porque veréis, a medida que penetráis, que la mente religiosa es la mente destructiva, pues sin destrucción no hay creación. La destrucción no es cuestión de tiempo. Se produce la destrucción cuando la totalidad de la mente ha puesto su atención a 'lo que es'. Ver lo falso por completo como falso, es la destrucción de lo falso. Esta no es la destructividad del comunismo, del capitalismo, y todas esas cosas carentes de madurez. La mente religiosa es destructora, y, al serlo, es creadora. Lo que es creación es destrucción.

Y no hay creación sin amor. Como sabéis, para nosotros el amor es una cosa extraña. Lo hemos dividido en pasión, sensualidad, en profano y sagrado, carnal y divino; en amor familiar, amor al país, etc., dividiéndolo una y otra vez. Y en la división hay contradicción, conflicto y dolor.

El amor, para la mayoría de nosotros, es pasión, lujuria; y, en el proceso mismo de !a identificación con otro hay contradicción, conflicto y el principio del dolor. Y, para nosotros, el ardor se va. Su humo -los celos, el odio, la envidia, la codicia-, destruye la llama. Pero cuando hay amor, hay belleza y pasión. Debéis tener pasión. Pero no interpretéis inmediatamente esa palabra como pasión sexual. Con la palabra 'pasión' me refiero a la pasión de intensidad, esa energía que inmediatamente ve las cosas con claridad ardientemente Sin pasión no hay austeridad. La austeridad no es mera negación: el tener solo pocas cosas, el dominarse, cosas todas que son demasiado pequeñas y mezquinas. La austeridad viene por el autoabandono; y con este hay pasión y, por lo tanto, hay belleza. No la belleza concebida por el hombre, no la que crea el artista -aunque no digo que no haya belleza en eso. Mas yo hablo de una belleza que está mas allá del pensamiento y del sentimiento. Y eso sólo puede existir cuando hay alta sensibilidad del cerebro, así como del cuerpo y de la mente. Y no puede haber sensibilidad de ese naturaleza y calidad cuando no hay completo abandono, cuando el cerebro no se entrega por completo a la totalidad que la mente ve. Entonces hay pasión.

Así pues, la mente religiosa es destructiva, y es creadora porque se interesa en la totalidad de la existencia. No es la creatividad del artista, porque este sólo se interesa en cierto sector de la vida y trata de expresar en este lo que siente, como el hombre mundano trata de expresarse en los negocios -aunque el artista cree que es superior a cualquier otro. Así es que la creación sólo surge cuando hay comprensión completa de la vida total, no de una parte de ella.

Ahora bien, si el cerebro ha llegado hasta ahí y ha comprendido todo el proceso de la existencia, y ha desechado todos los dioses fabricados por el hombre, sus salvadores, sus símbolos, su infierno y su cielo, entonces, cuando hay completa 'unitotalidad', hay una jornada muy distinta que emprender. Pero es necesario llegar a eso antes de poder negar o afirmar si hay Dios o no lo hay. A partir de entonces, hay verdadero descubrimiento porque la mente, el cerebro, ha destruido por completo todo lo que ha conocido. Solo entonces es posible entrar en lo desconocido; entonces allí está lo Incognoscible. No es el dios de las iglesias, de los templos, de las mezquitas; ni el dios de vuestros temores y creencias. Hay una realidad que puede hallarse solamente en la comprensión completa del proceso total de la existencia, y no de una parte de él.

Hallaréis entonces que la mente se vuelve extraordinariamente quieta y serena, y también el cerebro. Me pregunto si os habréis fijado alguna vez en vuestro propio cerebro en funcionamiento, si el cerebro se ha dada cuenta alguna vez de sí mismo en acción. Si os habéis dado cuenta en esa forma, sin elección, negativamente, veréis que está perpetuamente parloteando, hablándose a sí mismo o hablando sobre algo, acumulando conocimiento y guardándolo. Está actuando todo el tiempo, conscientemente en los niveles superiores y también profundamente en los sueros, insinuaciones, intimaciones de ideas, etc. Está constantemente moviéndose, cambiando, actuando; pero nunca está quieto. Y es necesario que la mente, el cerebro, estén por completo, totalmente, en calma y quietud, sin contradicción, sin conflicto. De lo contrario, tiene que haber proyección de ilusiones. Pero cuando mente y cerebro están en completa quietud, sin ningún movimiento -cuando se ha eliminado en absoluto toda forma de visión, influencia e ilusión- entonces, en esa quietud, la totalidad proseguirá en la jornada para recibir aquello que no es medible por el tiempo, aquello que no tiene nombre, lo Eterno, lo Perenne.

PREGUNTA: *¿No es todo el problema una cuestión de eliminar algo que no es, con el fin de recibir aquello que es?*

KRISHNAMURTI: Seguramente que el buscar confirmación es bastante absurdo, si se me permite decirlo. Aquello de que hemos estado hablando no necesita ninguna confirmación. O es así, lo cual está bien; o no es así lo cual está bien igualmente. Mas no podéis buscar confirmación por parte de otro, tenéis que descubrir.

PREGUNTA: *¿Es lo mismo que la meditación el estado mental en que no hay reto ni respuesta?*

KRISHNAMURTI: Con mucho cuidado dije que no hay meditación si no existe el autoconocerse. Establecer la correcta base -cosa que es meditación- es estar de hecho libre de ambición, de envidia, de codicia, y de la veneración del éxito. Y si, después de establecer la adecuada base, va uno más allá, más hondamente, no hay reto ni respuesta. Pero ese es un largo viaje, no en el tiempo, no en días y años, sino en un implacable conocerse a sí mismo.

PREGUNTA: *¿No existe un temor que no es resultado del pensamiento?*

KRISHNAMURTI: Hemos dicho que hay miedo instintivo, físico. Cuando os encontráis con una serpiente, o cuando pasa a vuestro lado estrepitosamente un autobús, os apartáis, cosa que es protección natural, sana, cuerda. Pero toda forma de autoprotección psicológica lleva a la enfermedad mental.

PREGUNTA: *¿No hay, en el morir, una nueva existencia?*

KRISHNAMURTI: En el morir, como hemos estado viendo, no hay devenir, y no hay ser. Hay un estado del todo distinto.

INTERLOCUTOR: *¿Por qué no nos hallamos siempre en ese maravilloso estado?*

KRISHNAMURTI: El hecho real es que no estáis. Todo lo que sois es resultado de vuestro condicionamiento. Llegar a fondo en la comprensión total de lo que sois es poner la correcta base para un ulterior descubrimiento.

Como veis, me parece que lo que ha ocurrido es que no habéis estado escuchando para nada aquello de que hemos estado hablando. Esta es la última plática, y sería una lástima el que escogierais las partes que os convienen y trataseis de llevaros a casa esas cenizas. Lo que se ha dicho, desde la primera plática hasta la última, es todo uno. En ello no puede haber elección o preferencia. O habéis de tomar la totalidad o nada en absoluto. Pero si habéis puesto la correcta base, podéis llegar muy lejos; no, como dije, en términos de tiempo, sino lejos en el sentido de la comprensión de una inmensidad que no se puede poner jamás en palabras, en pintura, en mármol. Sin ese descubrimiento nuestra vida es vacía, superficial, sin sentido.

24 de septiembre de 1961

ÍNDICE